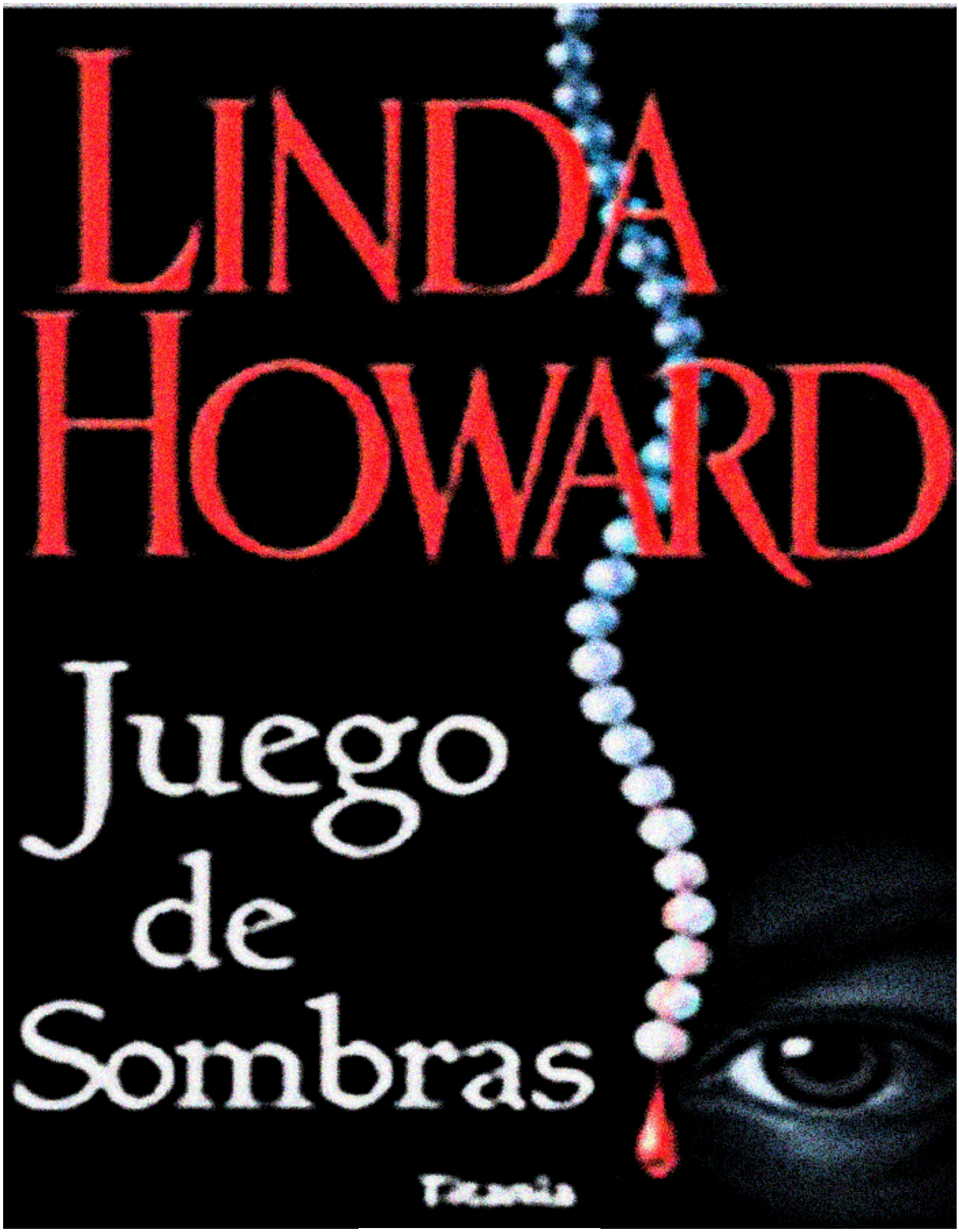
JUEGO DE SOMBRAS
LINDA HOWARD



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO 1

1994, Irán.

Hacía frío en la pequeña y tosca cabaña. A pesar de las mantas que colgaban sobre la única ventana y la puerta desencajada para impedir que escapase cualquier rastro de luz que pudiera delatarles, lograba filtrarse el aire helado. Nierma Burdock exhaló sobre los dedos para calentarlos, y al hacerlo su aliento formó una ligera nubecilla de vapor contra la tenue luz de la linterna a pilas, que era lo único que Tucker, el jefe del equipo, permitía tener encendido.

Su marido, Dallas, parecía sentirse perfectamente a gusto con su camiseta mientras guardaba calmosamente los bloques de Semtex en compartimentos seguros de su equipamiento. Nierma le observó, tratando de ocultar su ansiedad. No era el explosivo lo que la preocupaba; aquel plástico era tan estable que los soldados de Vietnam lo quemaban como combustible. Pero Dallas y Sayyed tenían que colocar los explosivos en la planta de fabricación, y aquella era la parte más peligrosa de un trabajo que ya era como para poner los pelos de punta. Aunque su marido adoptaba una actitud tan resuelta como si fuera a cruzar la calle, Niema no sentía la misma indiferencia. El detonador por radio no era precisamente el último grito, ni mucho menos. Aquello era premeditado, una preocupación por si acaso alguna pieza del equipo caía en malas manos. Nada de lo que estaban usando podía asociarse con los Estados Unidos, y esa era la razón por la que Dallas empleaba Samtex en lugar de C4. Pero como el equipo no era de lo mejor, Niema se había tomado granes molestias para cerciorarse de que fuera fiable. Al fin y al cabo, no era el dedo de su marido el que pulsaría el interruptor. Dallas captó su mirada y le guiñó un ojo. Su semblante cambió su impasibidad habitual y se transformó en una cálida sonrisa que reservaba sólo para ella.

- Eh - le dijo suavemente -. Soy muy bueno en esto. No te preocupes.

Se acabó lo de intentar ocultar su ansiedad. Los otros tres hombres se volvieron para mirarla. No quería que creyeran que no era capaz de soportar la tensión nerviosa de aquel trabajo, de modo que se encogió de hombros y dijo:

-Qué le voy a hacer. Soy nueva en este papel de esposa. Creí que debía preocuparme.

Sayyed rió mientras empaquetaba su equipo.

-Vaya una manera de pasar la luna de miel.- Era un iraní nativo convertido en ciudadano estadounidense, un hombre nervudo y robusto de una edad que frisaba los cincuenta. Hablaba inglés con acento del Medio Oeste, resultado tanto de un duro esfuerzo como de los casi treinta años que

había pasado en Estados Unidos-. Yo, personalmente, habría elegido Hawai para mi viaje de novios. Por lo menos allí haría calor.

-O Australia- dijo Hadi con aire melancólico-. Allí es verano ahora.

Hadi Santana era de herencia árabe y mexicana, pero estadounidense de nacimiento. Había crecido en el calor del sur de Arizona y, al igual que Niema, no le gustaban las frías montañas de Irán en pleno invierno. Iba a montar guardia mientras Dallas y Sayyed colocaban las cargas, y de momento estaba ocupado en revisar una y otra vez su rifle y la munición.

-Nada más casarnos pasamos dos semanas en Aruba-dijo Dallas-. Un lugar maravilloso-. Volvió a guiñar el ojo a Niema, y esta tuvo que sonreír. A menos que Dallas hubiera estado en Aruba en otra ocasión, no había visto gran cosa durante su luna de miel, tres meses atrás. Habían pasado las dos semanas enteras el uno en compañía del otro, haciendo el amor y durmiendo hasta muy tarde. Felicidad total.

Tucker no se unió a la conversación, pero tenía sus fríos y oscuros ojos clavados en Niema como si la estuviera evaluando, como si se preguntase si se había equivocado al incluirla en el equipo. No tenía tanta experiencia como los otros, pero tampoco era una novata. Y no sólo eso: era capaz de poner un micrófono en una línea telefónica con los ojos cerrados. Si Tucker albergaba alguna duda acerca de su capacidad, prefería que diera un paso al frente y la expresara en voz alta.

Pero si realmente albergaba alguna duda respecto a ella, entonces la situación daría un giro total, pensó con ironía, porque desde luego ella tampoco estaba segura de él. No era que hubiera dicho o hecho algo malo; aquella incomodidad que la tenía constantemente de uñas respecto a él era instintiva, no obedecía a ninguna razón concreta. Ojalá fuese uno de los tres hombres que iban a meterse en la fábrica, en lugar de quedarse en la retaguardia con ella. La idea de pasar las horas a solas con él no era ni con mucho tan inquietante como el hecho de saber que Dallas iba a estar en peligro, pero no le hacía ninguna falta más tensión cuando ya tenía los nervios crispados y de punta.

En un principio, Tucker había planeado entrar, pero fue Dallas el que se opuso.

-Mira, jefe- le dijo con aquella calma tan típica en él-, no es que no sepas hacer este trabajo, porque eres tan bueno como yo, pero no es necesario que te arriesgues. Si tuvieras que hacerlo, sería distinto, pero no es el caso.

Una mirada indescifrable flameó entre los dos, y Tucker asintió con una breve inclinación de cabeza.

Dallas y Tucker ya se conocían antes de que este último formase su equipo, ya habían trabajado juntos. Lo único que tranquilizaba a Niema respecto del jefe del equipo era que su marido le respetaba y confiaba en él, y Dallas Burdock no era hombre que se dejase convencer fácilmente; de hecho era más bien lo contrario; uno de los hombres más duros y peligrosos que había conocido. Le consideraba el más peligroso de todos, hasta que conoció a Tucker.

Aquello en sí mismo daba miedo, pues Dallas era algo más. Hasta hacía cinco meses, en realidad no creía que existieran hombres como él; pero ahora pensaba de forma distinta. Se le hizo un nudo en la garganta al contemplar a su marido, que mantenía la cabeza inclinada y toda su atención centrada en el material y el equipo. Así como estaba, era capaz de desconectar de todo excepto del trabajo; su poder de concentración era admirable. Sólo había visto aquella capacidad para concentrarse en otro hombre: Tucker.

De repente sintió una leve punzada de incredulidad, casi una suspensión de la realidad, ante el hecho de que estaba casada, y con un hombre como Dallas. Le conocía sólo desde hacía cinco meses, y aunque se enamoró de él casi al instante, en muchos aspectos seguía siendo un desconocido para ella. Pero, poco a poco, estaban comenzando a conocerse el uno al otro, acostumbrándose a la rutina del matrimonio... Bueno, a toda la rutina que era posible, dados sus respectivos trabajos de agentes contratados por diversas entidades, principalmente por la CIA.

Dallas era tranquilo, estable y capaz. Hubo un tiempo en el que Niema hubiera descrito aquellas características como deseables, si fuera la típica ama de casa que habita en un barrio residencial, básicamente aburrida. Pero ahora no. Dallas no tenía nada de serio y formal. Si había que bajar un gato de un árbol, él se encaramaba como un felino. Si había que arreglar un grifo, él sabía hacerlo. Si uno necesitaba que le rescatasen de la tabla de surf, él era un experto nadador. Si hacía falta alguien que hiciera un disparo difícil, él era un tirador de primera. Si había que volar un edificio en Irán, Dallas era el hombre adecuado.

De modo que hacía falta mucho para ser más duro y más peligroso que él, pero Tucker... de algún modo lo era. Niema no sabía por qué estaba tan segura. No era por su aspecto físico, alto y delgado, pero no tan musculoso como Dallas, ni porque fuera nervioso; si acaso, era todavía más tranquilo que Dallas. Pero había algo en sus ojos, en aquella quietud tan característica, que le decía que Tucker era letal.

Se guardó para sí sus dudas acerca del jefe del grupo. Quería mantener la opinión que Dallas tenía de Tucker porque confiaba mucho en su marido. Además, había sido ella la que en realidad había querido aceptar aquel trabajo, mientras Dallas insistía en ir a bucear a Australia. A lo mejor, simplemente estaba dejándose llevar por lo tenso de aquella situación. Después de todo, estaban haciendo un trabajo que acabaría con todos si les descubrían, aunque el éxito aún era más importante que librarse de ser detectados.

Una actuación por aire hubiera sido la manera más rápida y eficiente de destruirla, pero eso también hubiera desencadenado una crisis internacional y roto el delicado equilibrio de Oriente Medio al mismo tiempo que la fábrica. Y nadie quería provocar una guerra a gran escala.

Por lo tanto, una vez descartado el ataque aéreo, habría que ingeniárselas para destruir la fábrica desde tierra, lo que significaba colocar los explosivos a mano; y debían ser potentes. Dallas no confiaba sólo en Semtex para aquella misión; en la fábrica había combustible y aceleradores

que tenía pensado usar para cerciorarse de que las instalaciones no sólo saltases por los aires sino que también ardieran hasta los cimientos.

Llevaban cinco días en Irán viajando con toda libertad, sin esconderse. Niema iba vestida con la indumentaria islámica tradicional, que sólo dejaba al descubierto los ojos, y en algunas ocasiones también se los tapaba. No hablaba parsi- había estudiado francés, español y ruso, pero no parsi-, aunque eso no importaba porque, como era una mujer, nadie esperaba que hablase. Sayyed era nativo, y por lo que logró discernir, Tucker hablaba igual de bien que él. Dallas se les acercaba bastante, y Hadi era el que menos dominaba la lengua. A veces le divertía el hecho de que los cinco fueran de cabello y ojos oscuros, y se preguntaba si aquello no habría influido en buena medida en que la hubiesen escogido como miembro del equipo, además de por su destreza con la electrónica.

-Listo.

Dallas se enganchó el transmisor de radio a la ropa y se echó al hombro la mochila de explosivos. Él y Sayyed llevaban idéntico equipamiento. Niema había montado los transmisores prácticamente con piezas de repuesto, ya que los que habían adquirido estaban todos defectuosos. Los había desmontado y había construido dos que probó repetidamente hasta que estuvo segura de que no fallarían. También había pinchado las líneas telefónicas de la fábrica, un trabajo que resultó ser pan comido porque el equipamiento era de la cosecha de principios de los setenta. No habían obtenido mucha información con aquella maniobra, pero sí la suficiente para saber que sus informes eran exactos y que la pequeña fábrica había preparado un suministro de ántrax para los terroristas de Sudán. El ántrax no era una enfermedad exótica, pero resultaba segura y de lo más efectiva.

Sayyed se había deslizado al interior de la fábrica la noche anterior para explorar el terreno, y al regresar dibujó un mapa aproximado de la planta con el que les indicó dónde se llevaban a cabo las pruebas y la incubación, y dónde estaba el almacén, en el que él y Dallas concentrarían la mayor parte de los explosivos. En cuanto explotara la fábrica, Tucker y Niema destruirían su equipo- la verdad es que no valía mucho- y se prepararían para huir tan pronto como regresaran los otros tres. Después de esto, se separarían y cada uno saldría del país por sus propios medios, para volver a encontrarse en París e informar sobre la operación. Niema, naturalmente, viajaría con Dallas.

Tucker aqpagó la luz, y los tres hombres salieron silenciosamente por la puerta y desaparecieron en la oscuridad. En ese momento, Niema hubiera querido haberle dado un abrazo a Dallas o haberle deseado buena suerte con un beso, sin importarle lo que pensaran los otros. Sin su presencia vigorizante, el frío se hacía más intenso.

Después de cerciorarse de que las mantas estaban en su sitio, Tucker encendió de nuevo la luz y acto seguido comenzó a empaquetar rápidamente las cosas que iban a llevarse consigo. No eran muchas: unas cuantas provisiones, una muda de ropa, algo de dinero, nada que despertase sospechas en el caso de que les detuvieran. Niema se puso a ayudarle, y en silencio dividieron las provisiones en cinco paquetes iguales.

Después de eso no quedó nada más que hacer excepto esperar. Se acercó a la radio y revisó los ajustes, aunque ya los había revisado antes; no se recibía nada por el altavoz porque los hombres no hablaban. Se sentó delante del aparato y se abrazó a sí misma para protegerse del frío.

No había habido nada agradable en aquel trabajo, pero la espera era lo peor de todo. Siempre lo había sido, aunque ahora que Dallas estaba en peligro, la ansiedad se multiplicaba por diez. Aquel demonio interior le roía las entrañas. Miró su reloj de pulsera barato; sólo habían transcurrido diez minutos. Todavía no habían tenido tiempo de alcanzar la fábrica.

Una delgada manta le cayó sobre los hombros. Sorprendida, levantó la vista hacía Tucker, que estaba de pie a su lado.

-Estás temblando- dijo él a modo de explicación por aquel gesto poco habitual en él, y se apartó otra vez.

-Gracias.

Se envolvió en la manta sintiéndose incómoda por aquel gesto, aunque había sido considerado. Deseó poder ignorar la inquietud que le producía Tucker, o por lo menos desentrañar la razón por la que recelaba tanto de él. Había procurado disimular su desconfianza y concentrarse sólo en la misión, pero él no era un idiota; sabía que ella se sentía incómoda ante su presencia. A veces tenía la sensación de que ambos libraban una muda batalla de la que nadie más se daba cuenta, esas raras ocasiones en las que sus miradas se encontraban accidentalmente, abierta desconfianza en la de ella, percepción un tanto burlona en la de él.

Pero él jamás daba un paso en falso, jamás hacía nada que delatara la discordia que existía entre ellos. Su relación con los otros tres hombres era a la vez fluida y profesional. Con ella se mostraba indefectiblemente cortés e impersonal. Mostrando en ese sentido, también, la medida de su profesionalidad. Tucker respetaba a Dallas y desde luego no iba a causar trastornos en el equipo ni poner en peligro la misión mostrando una abierta enemistad con su mujer. Eso debería haber tranquilizado a Niema... pero no lo hizo.

Hasta que él le puso la manta sobre los hombros, ninguno de los dos había cruzado una palabra con el otro desde que se marcharon los demás. Niema deseó que la situación continuara así; mantener a Tucker a distancia, pensó, era lo mejor.

Tucker se sentó, relajado y con la elegancia de un gato. Parecía insensible al frío, cómodo con su camiseta negra y sus pantalones de militar. Dallas poseía la misma especie de horno interior, porque rara vez sentía el frío. ¿Qué tenían aquellos hombres que les hacía arder de calor mucho más que al resto de la raza humana? A lo mejor era el entrenamiento físico, pero ella también lo había recibido y sin embargo había tenido frío todo el tiempo desde que estaban en irán. Deseó que aquella maldita fábrica de ántrax hubiera sido construida en el tórrido desierto en vez de en aquellas montañas heladas.

-Me tienes miedo.

El comentario, que surgió como de la nada, la sobresaltó más que cuando él le puso la manta sobre los hombros, pero no lo bastante para

hacerla perder la compostura. Su voz sonó calma, como si estuviera hablando del tiempo. Le dirigió una mirada fría.

-Desconfianza- le corrigió. Si pensaba que ella iba a apresurarse a negar su malestar como hace la mayoría de la gente cuando se ve acorralada, estaba muy equivocado. Tal como ya había descubierto Dallas, para diversión suya más que otra cosa, no había muchas cosas que la pudieran hacer retroceder.

Tucker reclinó la cabeza contra la fría pared de piedra y levantó una pierna para apoyar el brazo descuidadamente sobre la rodilla. Sus indescifrables ojos castaños la estudiaron.

-De acuerdo, desconfianza- concedió-. ¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

-¿Intuición femenina?

Él se echó a reír. La risa no era algo que Niema asociara con Tucker, pero este rió con soltura, con la cabeza apoyada contra la pared. Sonaba auténticamente divertido, como si no pudiera evitarlo.

Niema le observó con una ceja arqueada mientras aguardaba a que dejara de reír. No sintió el menor impulso de unirse a su risa, ni se sonreír siquiera. No había nada gracioso en aquella situación. Se encontraban en las entrañas de Irán, haciendo un trabajo del que podrían salir todos muertos, y ah, a propósito, no confiaba lo más mínimo en el jefe del equipo, ja, ja. Sí, genial.

-Dios- gimió Tucker, secándose los ojos-. ¿Todo esto es por intuición femenina?- Un matiz de incredulidad teñía su tono de voz.

Niema le dirigió una mirada pétrea.

-Lo dices como si yo no hubiera dejado de atacarte a diestro y siniestro.

-Al menos no abiertamente.- Calló durante unos instantes, todavía con la sonrisa en la boca-. Dallas y yo ya hemos trabajado juntos otras veces, tú lo sabes. ¿Qué opina él acerca de tu suspicacia?

Estaba totalmente relajado esperando la respuesta, como si ya supiera lo que había dicho Dallas... si es que ella le había mencionado sus intenciones en relación con Tucker, claro estaba. Pero Niema no había pronunciado una sola palabra de recelo hacia él. En primer lugar, no tenía nada concreto que decir, y no estaba dispuesta a armar un jaleo sin otra prueba más consistente que su intuición femenina. No podía dejar de lado su sensación de incomodidad, pero Dallas era un hombre que se movía en lo más duro de la realidad, y que había aprendido a desconectar sus emociones para funcionar en el peligroso campo que había elegido. A demás, era obvio que apreciaba, confiaba y respetaba a Tucker.

-No le he dicho nada.

-¿No? ¿Y por qué no?

Niema se encogió de hombros. Aparte de no tener ninguna prueba, el principal motivo por el que no había hablado con Dallas de Tucker era que su marido no se había mostrado precisamente entusiasmado por el hecho de que ella participara en aquel trabajo, y no quería darla una oportunidad de decir “ya te lo dije”. Niema era buena en lo que hacía, pero no poseía la

experiencia de campo que tenían los otros, así que no quería causar problemas. Además- admitió-, aun cuando hubiera sabido que no iba a sentirse cómoda con Tucker, habría venido de todos modos. Había en ella algo primitivo que se emocionaba con la tensión, con el peligro, con la importancia absoluta de lo que hacía. Jamás había querido un trabajo de nueve a cinco; quería aventura, quería trabajar en primera línea. Y no iba a hacer nada que pusiera en peligro una misión que tanto le había costado conseguir.

-¿Por qué no?- repitió Tucker, con un filo metálico en la suavidad de su tono. Quería una respuesta, y Niema entendió que solía obtener lo que quería.

Sin embargo, por muy extraño que parezca, no se sentía intimidada. Una parte de su persona, incluso estaba disfrutando de aquella pequeña confrontación, de sacar a la luz su animosidad y enfrentarse ella sola a Tucker.

-¿Qué diferencia hay?- Le devolvió la misma mirada de frialdad-. Independientemente de mi suspicacia acerca de ti, estoy haciendo mi trabajo y manteniendo la boca cerrada. Mis razones no son de tu incumbencia. Pero apuesto lo que quieras a que Darle Tucker no es tu verdadero nombre.

Él sonrió de pronto, sorprendiéndola.

-Ya me dijo Dallas que eras testaruda. Lo menos parecido a la marcha atrás, así lo expresó él- dijo, acomodando los hombros contra la pared.

Como Niema había oído a Dallas murmurar algo muy similar a aquello después de una de las pocas veces en que habían discutido, se descubrió a sí misma sonriendo también.

En aquel ambiente ya más relajado, Tucker dijo:

-¿Qué te hace pensar que no me apellido Tucker?

-No lo sé. Darle Tucker es el típico nombre de un hombre de Texas, lo que encaja con el ligero acento de Texas que muy a menudo percibo en tu forma de hablar... pero de algún modo tú no...

-He viajado un poco desde que salí de casa de mis padres- contestó él arrastrando las palabras.

Niema batió palmas dos veces a modo de parodia de un aplauso.

-Eso ha estado muy bien. Una frase muy adecuada, con el acento un poco más fuerte.

-Pero tú no te lo crees.

-Apuesto a que eres muy bueno imitando un montón de acentos.

Tucker, divertido, repuso:

-Está bien, no vas a creerme. De acuerdo. No tengo ninguna forma de demostrar quién soy. Pero créeme en una cosa: mis prioridades son volar ese edificio y conseguir que todos volvamos a casa sanos y salvos.

-¿Y cómo vas a llevarnos a casa? Nos vamos a separar, ¿no te acuerdas?

-Haciendo bien todo mi trabajo preliminar, adelantándome a todos los problemas que puedan surgir y tomando medidas para contrarrestarlos.

-Pero no puedes preverlo todo.

-Lo intento. Esa es la razón por la que me están saliendo canas; me paso las noches en vela pensando en todo.

Tucker tenía el pelo tan oscuro como el de ella, sin que asomara una sola cana. Su sentido del humor era retorcido, con tendencia a la ironía; ojalá no se lo hubiera mostrado, ojalá hubiera mantenido el silencio entre ellos. ¿Por qué no lo había hecho? ¿Por qué ahora, precisamente, había roto de pronto la tregua?

-Estamos dentro.

Niema se volvió rápidamente hacía la radio cuando las palabras dichas en un susurro se oyeron claramente por el altavoz. Incrédula, miró la hora; habían pasado treinta minutos desde la última vez que consultó su reloj. Estaba tan concentrada en su confrontación con Tucker que había olvidado preocuparse.

Entonces, como un fogonazo de luz, comprendió: por eso lo había hecho. La había distraído empleando el único tema que sabía que ella no podría dejar pasar.

Tucker estaba ya junto a la radio, colocándose unos auriculares Motorola.

-¿Algún problema?

-Negativo.

Aquello era todo, sólo tres palabras susurradas, pero habían sido pronunciadas por la voz de su marido, y Niema supo que de momento, por lo menos, todo iba bien. Se reclinó hacía atrás y se concentró en su respiración, tomar aire, soltarlo, mantener un ritmo regular.

Ahora no había nada que Tucker pudiera hacer para distraerla, de no ser que empleara la violencia física, de modo que la dejó sola. Ella revisó los ajustes de la radio aunque sabía que eran correctos. Deseó haber revisado el detonador por radio una vez más, sólo para estar segura. No, funcionaba perfectamente. Y Dallas lo sabía.

-¿Alguna vez te ha hablado Dallas de cómo le prepararon?

Niema le dirigió una rápida mirada de impaciencia.

-No necesito que me distraigas. Gracias por haberlo hecho antes, pero ahora no, por favor.

Un ligerísimo movimientos de cejas delató su sorpresa.

-Así que te lo has imaginado-dijo con suavidad, y ellas se preguntó inmediatamente si realmente había sido su intención distraerla. Tucker era tan odiosamente esquivo que incluso cuando uno creía que le conocía, era posible que conociera sólo lo que él quería que uno conociera-. Pero esta vez es para tranquilizarte. ¿Estás enterada de su adiestramiento?

-¿Qué estudió DBA/S? Sí-. DBA/S era Demolición Bajo el Agua/SEAL; una preparación extensa, y tan dura que muy pocos de los que la iniciaban conseguían terminarlas.

-Pero ¿te ha dicho en qué consistió esa preparación?

-No, no con detalles.

-En ese caso fíate de mí, Dallas es capaz de hacer cosas que un hombre normal jamás soñaría siquiera.

-Ya lo sé. Y... gracias. Pero sigue siendo humano, y los planes pueden torcerse...

-Él lo sabe. Los tres lo saben. Están preparados.

-¿Por qué no ha querido que vayas tú?

Hubo una pausa, tan breve que Niema no tuvo la certeza de haberla sentido.

-A pesar de lo que ha dicho, Dallas no cree que yo sea tan bueno como él. Dijo Tucker con humor acre.

Niema no le creyó. Para empezar, Dallas le respetaba demasiado. Además, aquella pausa diminuta antes de contestar le dio a entender que había estado sopesando la respuesta, y la que había dado por fin no era de las que requerían ser sopesadas.

Fuera quien fuera, escondiera lo que escondiera, Niema aceptó que no iba a obtener respuestas directas de él. Probablemente era uno de esos agentes secretos paranoicos de los que todo el mundo ha leíso en los libros, que veían espías y enemigos por todas partes, y si se les preguntaba si iba a llover al día siguiente, se imaginaban que uno estaba planeando algo que requería más tiempo.

La voz de Sayyed susurró en la radio.

-Problemas. Actividad en el almacén. Parece como si estuvieran preparando un envío.

Tucker soltó un juramento e inmediatamente concentró la atención en la situación. Era imperativo que la provisión de bacterias almacenada allí quedara completamente destruida antes de que se realizara un envío. El almacén solía estar desierto por la noche, con guardias apostados en el exterior, pero si había actividad eso le impediría a Sayyed colocar las cargas de explosivos.

-¿Cuántos son? Preguntó Tucker.

-Calculo... ocho... no, nueve. Me he ocultado detrás de unos barriles, pero no puedo moverme sin que me vean.

No podían permitir que aquel suministro saliese del almacén.

-Dallas-. Tucker pronunció el nombre en voz baja sobre el micrófono de sus auriculares.

-Allá voy, jefe. Tengo colocadas las cargas.

Niema se clavó las uñas en las palmas de las manos. Dallas iba a acudir en ayuda de Sayyed, pero aún así seguían siendo menos, y si Dallas se movía, se arriesgaba a ser visto. Cogió el segundo par de auriculares; no sabía qué iba a decirle, pero no tuvo la oportunidad de hacerlo. La mano de Tucker salió disparada, arrancó de un tirón la clavija de la radio y lanzó a un lado el auricular. Acto seguido, Tucker clavó su mirada dura y fría en los ojos de Niema, que estaba paralizada de asombro.

Esta se puso de pie, con los hombros tensos y las manos cerradas en dos puños.

-Es mi marido-dijo furiosa.

Tucker puso la mano sobre el pequeño micrófono.

-Y en este momento no necesita distraerse oyéndote.- Y añadió pausadamente:- Si lo vuelves a intentar, te ataré y te amordazaré.

Ella tampoco carecía de preparación, ya que Dallas, después de comprender que no iba a poder convencerla de que se comportara de manera segura y se quedase en casita como una buena esposa, le enseñó a pelear de una forma que ella nunca había visto en su clase de defensa personal. Aún así, su grado de pericia no igualaba ni de cerca el de él, ni el de Tucker. Así que después de pensárselo un poco, vio que la única manera de vencerle era cogiéndole totalmente por sorpresa, por detrás.

Pero él tenía razón. Maldita sea, tenía razón. No se atrevió a decir nada que pudiera romper la concentración de Dallas.

Alzó las manos en un gesto de rendición y se apartó tres pasos. La cabaña era tan pequeña que no podía alejarse mucho más. Se sentó sobre un paquete de provisiones y trató de combatir las oleadas de ansiedad que la asfixiaban.

Los minutos transcurrieron lentamente. Sabía que Dallas estaba avanzando agachado en dirección al almacén, aprovechando hasta el más insignificante escondite, procurando no arriesgarse. También sabía que cada segundo que pasaba corría en favor de los terroristas y de que pudieran partir con el cargamento de bacterias. Dallas estaría equilibrando la precaución con la oportunidad.

Tucker habló al micrófono.

-Sayyed. Informa.

-No puedo moverme ni un milímetro. El camión está casi cargado.

-Dos minutos- dijo Dallas.

Dos minutos. Niema cerró los ojos. Un sudor frío le resbaló por la espalda. Por favor, se sorprendió a sí misma rezando. Por favor. No podía articular ninguna otra palabra.

Dos minutos podían ser toda una vida. El tiempo en sí podía volverse extrañamente relativo, estirarse hasta que cada segundo tuviera peso, hasta que el segundero de su reloj pareciera estar casi inmóvil.

-Estoy en posición.

Aquella frase estuvo a punto de hacerla perder el control. Se mordió el labio hasta que la boca se le llenó del gusto salado de la sangre.

-¿Qué aspecto tiene?

-Sayyed está en un buen aprieto, desde luego. Eh, muchacho, ¿cuántas cargas has colocado?

-Una.

-Mierda.

Una no era suficiente. Niema les había escuchado y sabía cuántas cargas calculaba Dallas que serían necesarias para destruir por completo las instalaciones.

-¿Hadi?

-En posición. No puedo ser de mucha ayuda.

-Empieza a retroceder.- La voz de Dallas era serena-. Sayyed, activatodas las cargas.

Se produjo otro silencio, y luego la voz de Sayyed:

-Ya está.

-Prepárate. Lanza el paquete bajo el camión y luego echa a correr. Yo me quedaré aquí para cubrirte. Voy a contar cinco segundos para salir de aquí antes de apretar el botón.

-Maldita sea. Tal vez deberías contar seis- dijo Sayyed.

-Preparados.- Dallas seguía mostrándose totalmente calmado-. ¡Ya!

CAPÍTULO 2

Una potente ráfaga de ametralladora estalló por el altavoz de la radio. Niema dio un salto como si alguna de las balas la hubiera alcanzado a ella y se apretó las manos contra la boca para contener el grito que se le agolpó en la garganta. Tucker se volvió para mirarla de frente, como si no confiara en que guardase silencio. No tenía por qué preocuparse; Niema se había quedado congelada en el sitio.

Se oyó un sonido parecido al graznido de un animal que se interrumpió inesperadamente.

-¡Hijo de puta! Sayyed la ha palmado.

-Salid- dijo Tucker, pero hubo una nueva ráfaga de ametralladora que ahogó su voz.

Entonces el pequeño altavoz emitió un sonido que hizo que a Niema se le erizara el vello de la nuca, una especie de gruñido jadeante, amortiguado por el ruido de disparos y un golpe seco.

-Ah… mierda.- La voz sonó tensa, débil; apenas recococió a Dallas.

-¡Hadi! - bramó Tucker-. Dallas ha caído. Ve por él…

-No.- Aquella palabra se oyó en medio de un suspiro, largo y profundo.

-Aguanta, amigo, ahora vengo…- Se percibía claramente la urgencia en la voz de Hadi.

-Sálvate tú… el problema. Me han dado en el vientre.

El mundo se volvió gris a su alrededor. Niema luchó contra la fuerte impresión, contra la sensación de que todo su cuerpo se hacía pedazos al tiempo que se le hundía el estómago y se le paralizaban los pulmones, incapaces de bombear aire. Un disparo en el vientre. Aun cuando se encontrara en los Estados Unidos y con una ambulancia al lado, la herida era muy grave; pero allí, en medio de aquellas montañas gélidas y aisladas, con la seguridad y la moderna atención médica a varios días de distancia, suponía una condena a muerte. Ella lo sabía, su mente lo sabía. Pero de todos modos lo rechazaba, negándose a reconocerlo.

Hubo más tiros, muy cerca. Dallas continuaba disparando, manteniéndoles a raya.

-Jefe…- El susurro flotó por toda la cabaña.

-Aquí estoy.- Tucker seguía mirando de frente a Niema, con su mirada clavada en ella.

-¿Está… ¿Me oye Niema?

Dallas tenía que estar entrando en estado de shock, o no habría preguntado eso, habría comprendido que ella lo estaba oyendo todo. Había abierto el interruptor.

La mirada de Tucker no se apartó de Niema.

-No- dijo.

Más disparos. El sonido de la respiración de Dallas, rápida y superficial.

-Bien. Aún... aún tengo el detonador. No puedo dejar que se larguen con... esa mierda.

-No- volvió a decir Tucker-. No puedes.- Su voz era casi amable.

-Cuida... cuida de ella.

El rostro de Tucker era una máscara, sus ojos estaban fijos en Niema.

-Te lo prometo.- Calló un instante y después dijo-: Hazlo.

La explosión sacudió la cabaña, una lluvia de cascotes se coló por entre las grietas del techo y la puerta tableteó en sus goznes. La onda expansiva aún no había pasado cuando Tucker ya se estaba moviendo, arrancándose el auricular y arrojándolo al suelo. Cogió un martillo y empezó a destrozar metódicamente la radio; aunque era vieja y obsoleta, funcionaba, y su plan era no dejar nada que pudiera usarse. Reducir la radio a escombros le llevó medio minuto.

Una vez hecho eso, apartó a Niema de los paquetes de provisiones y se puso a empaquetarlas otra vez rápidamente, redistribuyendo lo que se iban a llevar consigo. Ella permaneció aturdida en medio de la cabaña, incapaz de moverse, con el cerebro congelado por la impresión. Era consciente del dolor: sentía un dolor intenso y desgarrador en el pecho, como si le explotara el corazón, e incluso eso lo experimentaba como si lo viera desde lejos.

Tucker le puso un grueso abrigo en las manos. Niema se lo quedó mirando, sin comprender lo que quería que hiciera con él. En silencio, la envolvió en la prenda y le introdujo los brazos por las mangas como si fuera un bebé, subió la cremallera y le remetió el pelo bajo el cuello para que le sirviera de bufanda. Luego le puso los guantes en las manos y un gorro de piel en la cabeza. Él se puso un grueso jersey por la cabeza y después se embutió en su abrigo. Mientras se ponía los guantes, se oyó un suave silbido en el exterior de la cabaña, y se apagó la luz. Por la puerta apareció Hadi, y Tucker encendió la luz de nuevo.

Incluso a la débil claridad de una única lámpara, el rostro de Hadi se veía pálido y demacrado. Miró inmediatamente a Niema.

-Dios...- empezó, sólo para ser acallado por un rápido gesto de Tucker.

-Ahora no. Hay que moverse.- Dejó uno de los paquetes en los brazos de Hadi y se cargó a la espalda los otros dos. Cogió un rifle, tomó a Niema del brazo y salió con ella a la oscuridad de la noche.

Su transporte, un viejo Renault, los dejó tirados la primera noche, y toda la destreza mecánica de Tucker no pudo reparar un eje partido. Hadi miró con preocupación a Niema. No había desfallecido durante los dos días que llevaban moviéndose; era como un robot, mantenía el mismo ritmo que ellos sin que importara la marcha que les impusiera Tucker. Hablaba cuando le formulaban una pregunta directa; comía cuando Tucker le daba comida, bebía cuando le daba agua. Lo que no había hecho era dormir. Se tumbaba cuando Tucker le decía que lo hiciera, pero no dormía, y tenía los ojos hinchados por el cansancio. Los dos hombres sabían que no podría continuar mucho más tiempo.

-¿Qué vas a hacer?- preguntó Hadi a Tucker sin alzar la voz-. ¿Nos separamos tal como estaba planeado, o seguimos juntos? Tal vez necesites ayuda para sacarla del país.

-Nos separamos- respondió Tucker-. Así es más seguro. Una mujer que viaja con dos hombres llamaría más la atención que un hombre con su esposa.

Viajaban hacia el noroeste, atravesando la zona más poblada de Irán, pero aquel era el único modo de llegar a Turquía y alcanzar la seguridad. Irak se encontraba derecho hacia el oeste, Afganistán y Pakistán quedaban al este, los países residuales de la desmembrada unión Soviética al nordeste, el mar Caspio al norte y el golfo Pérsico al sur, a través de un desierto muy inhóspito. Turquía era su único destino viable. Desde donde se encontraban hasta la frontera, Niema tendría que vestir el tradicional chador musulmán.

Al principio habían viajado de noche, lo mejor para evitar ser detectados si es que les perseguían, aunque era posible que creyeran que Sayyed y Dallas eran los únicos saboteadores. Incluso era posible, pensó Tucker, que no hubiera corrido la noticia de la presencia de intrusos. La fábrica estaba situada en un lugar remoto y contaba con una sola línea telefónica. Dallas bien pudo haber pulsado el botón antes de que nadie alcanzara el teléfono, suponiendo que a alguno de los obreros se le ocurriera hacer una llamada.

El edificio era un montón de escombros humeantes. El mismo Tacker había explorado la zona tras dejar a Niema bajo la preocupada y atenta mirada de Hadi. Como siempre, Dallas había sido concienzudo; lo que no había destruido el explosivo, lo había destruido el fuego.

Aquella fue la única vez que Niema habló sin que se le preguntase nada. Cuando Tucker regresó, le miró fijamente con sus ojos oscuros insondables, atormentados, en cierto modo esperanzados.

-¿Le has encontrado?- preguntó.

Sorprendido, pero ocultándolo, él contestó:

-No.

-Pero... su cuerpo...

No se aferraba a una esperanza de irracional de que Dallas aún estuviera vivo. Quería su cadáver para enterrarlo.

-Niema... No queda nada.- Lo dijo de la forma más suave que pudo, sabedor de que no había nada que él pudiera hacer para amortiguar el golpe, pero intentándolo de todos modos. Niema había sido un soldado durante toda la misión, pero ahora parecía sumamente frágil.

No queda nada. Vio cómo aquellas palabras la golpeaban, la vio tambalearse por la impresión. Desde entonces no había pedido nada, ni siquiera agua. La resistencia de Tucker era tan grande que podía pasar largos periodos sin sentir la sed, de modo que no podía confiar en que sus propias necesidades le recordasen las de ella. Fijó un límite de tiempo: cada dos horas la hacía beber; cada cuatro, la hacía comer. No era que tuviera que obligarla; ella aceptaba lo que le diera, sin protestar.

Ahora era el momento de separarse, tal como estaba planeado, pero en lugar de ir con Dallas, Niema se quedaría con él, mientras que Hadi se las

arreglaría solo para salir del país. Al día siguiente estarían en Teherán, donde se mezclarían con la población. Después, Tucker haría un contacto seguro y, si no había problemas, adquirirían un transporte. Otro día más, y abandonarían el vehículo para pasar la frontera a pie durante la noche, en un lugar remoto que ya había explorado. Hadi cruzaría por otro punto.

Hadi se rascó la barba. Ninguno de los dos se había afeitado en dos semanas, así que lucían un aspecto bastante desaliñado.

-A lo mejor puedo buscar algo por ahí mañana, cuando lleguemos a Teherán, una farmacia para comprar pastillas para dormir o algo. Necesita dormir.

Se habían detenido para efectuar un breve descanso, refugiados tras la única pared que quedaba de una pequeña casa de barro que llevaba mucho tiempo abandonada. Niema se sentó un poco apartada a un lado, sola de un modo que sobrepasaba con mucho la ligera distancia que la separaba de los otros. No hizo ningún movimiento nervioso. Simplemente permaneció sentada. Tal vez si llorase, pensó Tucker; tal vez si sacase algo fuera, si se desahogase, podría dormir. Pero no había llorado; el trauma sufrido había sido demasiado profundo, y aún no se había recuperado lo bastante para llorar. La hora de llorar llegaría más tarde.

Estudió la sugerencia de Hadi, pero no le gustaba la idea de drogarla, por si tenían necesidad de moverse aprisa. Aun así...

-Quizá- dijo, y lo dejó tal cual.

Ya habían descansado bastante. Tucker se incorporó, señalando que la pausa había terminado. Niema también se puso de pie, y Hadi se adelantó para ayudarla a pasar por encima de unos cuantos ladrillos sin cocer. No necesitaba ayuda, pero Hadi se había vuelto tan protector con ella como una mamá gallina.

Pisó un tablón suelto, el cual basculó y descolocó algunos de los ladrillos justo cuando Niema ponía un pie sobre ellos, cambiándolos de sitio. Niema perdió el equilibrio, resbaló y fue a caer sobre los escombros golpeándose en el hombro derecho. No dejó escapar ningún grito, pues todavía funcionaba su adiestramiento de no hacer ruidos innecesarios. Hadi juró por lo bajo y se disculpó al tiempo que la ayudaba a ponerse de pie.

-Diablos, lo siento. ¿Estás bien?

Ella asintió con un gesto y se sacudió la ropa y el hombro. Tucker vio el leve frunce que le arrugaba la frente mientras ella se frotaba de nuevo el hombro, e incluso aquella mínima expresión resultaba tan extraña en su rostro después de los últimos días que supo inmediatamente que algo estaba ocurriendo.

-Estás herida.- No había terminado de decir eso cuando ya estaba junto a ella, sacándola de entre los escombros.

-¿Te has hecho daño en el hombro?- le preguntó Hadi, con el ceño fruncido de preocupación.

-No.- Parecía confusa, nada más, pero torció el cuello para mirarse la parte posterior del hombro. Tucker la hizo darse la vuelta. Había un pequeño desgarro en la camisa, y por él manaba sangre.

-Debes de haber caído sobre algo afilado- dijo, y pensó que tal vez aquello lo hubiera causado un cascote de ladrillo, pero entonces vio el clavo oxidado que sobresalía aproximadamente dos centímetros de un tablón podrido.

-Ha sido un clavo. Menos mal que te renovaste la vacuna contra el tétanos.

Mientras hablaba le fue desabrochando la camisa con eficiencia. Niema no llevaba sujetador, de modo que sólo desabrochó los primeros botones y a continuación retiró la camisa del hombro afectado. La herida que rezumbaba sangre lentamente, estaba amoratada y ya había empezado a inflamarse. El clavo había penetrado hacia arriba y a la derecha de la paletilla del hombro, en la parte carnosa justo al lado del brazo. La presionó un poco para que la sangre fluyera más libremente. Hadi ya había abierto su magro botiquín de primeros auxilios y estaba sacando unas cuantas gasas que empleó para limpiar la sangre.

Niema permaneció inmóvil, dejándoles que la curaran la herida, que a juicio de Tucker era de poca importancia en relación con la preocupación que estaban mostrando él y Hadi. Toda herida o lesión que ocasionara un retraso era peligrosa, porque les obligaba a quedarse todavía más tiempo en Irán, de modo que su preocupación tenía su base lógica; pero en su mayor parte, admitió Tucker, se debía al instinto masculino de proteger a la hembra. No era sólo que Niema era la única mujer que les acompañaba, sino también que ya estaba herida, emocionalmente si no físicamente. Y a eso había que añadir el hecho de que se trataba de una encantadora joven que rápidamente se había granjeado las simpatías del equipo con su valor y su inteligencia, y por supuesto ellos corrían a ayudarla.

Mentalmente, Tucker conocía todas las razones, tanto las instintivas como las personales. En un nivel más visceral, sabía que estaba dispuesto a mover montañas con tal de impedir que algo más se sumara a la cantidad de dolor que ya arrastraba Niema. Había prometido a Dallas que cuidaría de ella, e iba a cumplir su promesa costara lo que costase.

El sol iluminó su hombro desnudo dando un brillo perlado a su piel. Niema tenía un cutis claro, a pesar de sus ojos y su cabello oscuros. El elegante perfil de su garganta quedaba a la vista, y mientras aplicaba una pomada antibiótica a la herida, Tucker no pudo evitar admirar la grácil estructura de su cuerpo. Era notablemente femenina, aun con aquella recia indumentaria y a pesar de no llevar maquillaje y de tener el pelo sin peinar. En realidad, todos ellos necesitaban un baño. Niema parecía tan femenina y elegante que Tucker se sorprendía constantemente por su resistencia.

-Es como alguien a quien uno desea poner sobre un pedestal y mantenerla a salvo de que se ensucie o sufra daño- había dicho Dallas antes de que Tucker hubiera conocido a Niema, cuando estaba organizando el equipo-. Pero si lo intentaras, te atizaría una patada en la boca- había añadido con intensa fascinación masculina, porque Niema era suya, y Tucker había sacudido la cabeza maravillado al ver que dallas Burdock estaba tan evidentemente, descaradamente enamorado.

Tucker aplicó una tirita grande sobre la herida y después volvió a colocar la camisa en su sitio. Habría abrochado otra vez la prenda, pero lo hizo Niema, con la cabeza inclinada y dedos lentos.

Su tiempo de reacción aún estaba muy lejos, adormecido por la impresión y por el cansancio. Si sucedía algo que requiriese una acción rápida, no pensaba que Niema pudiera responder bien. Tenía que dormir algo, de un modo u otro.

Hizo un gesto a Hadi para que se acercase a él.

-No voy a obligarla a continuar. Según el mapa, hay una pequeña aldea a unos veinticinco kilómetros al norte de aquí. ¿Crees que podrás aligerar un par de ruedas para nosotros?

-¿Es católico el papa?

-No corras riesgos. No podemos arriesgarnos a que nos sigan. Espera hasta que sea de noche cerrada, si es necesario.

Hadi afirmó con la cabeza.

-Si no estás de vuelta para el amanecer, continuaremos camino.

Hadi asintió de nuevo.

-No te preocupes por mí. Si no consigo regresar, sácala a ella de aquí.

-Eso es lo que pienso hacer.

Hadi se llevó consigo algo de comida y agua y pronto se perdió de vista. Niema no preguntó adónde iba; sencillamente se sentó y fijó la mirada vacía en la nada. No, no del todo vacía, se dijo Tucker. Aquello sería más fácil de sobrellevar que el pozo sin fondo de sufrimiento que reflejaban sus ojos.

Fue transcurriendo el día. Tucker empleó el tiempo en construir un exiguo refugio para los dos, algo que les protegiera del sol durante el día y del viento durante la noche. A medida que iban dejando atrás las montañas la temperatura había subido, pero las noches seguían siendo gélidas. Comieron, o por lo menos comió él; Niema se negó a tomar más de un par de bocados. Sin embargo, bebió bastante agua, más de lo normal.

Para cuando cayó la noche, sus mejillas habían cobrado algo de color. Tucker le tocó la cara y no se sorprendió de encontrarla caliente.

-Tienes fiebre- le dijo-. Es por el clavo.

La fiebre no era especialmente alta, de modo que no se preocupó en ese sentido, pero el cuerpo de Niema no necesitaba aquella nueva afrenta.

Tucker comió a la luz de la linterna. La fiebre le robó a Niema el poco apetito que le quedaba, y esa noche no comió; una vez más, bebió gran cantidad de agua.

-Intenta dormir un poco- le dijo Tucker, y ella se tendió obediente sobre la manta que él le había extendido. Pero Tucker observó su respiración durante un rato y se dio cuenta de que no dormía. Estaba tumbada, con la vista fija en las sombras, sufriendo por el esposo que no estaba allí y que ya no estaría nunca.

Tucker contempló su espalda. Niema y Dallas habían sido prudentes en su comportamiento y se habían abstenido de hacer demostraciones de cariño en público, pero por las noches habían dormido el uno junto al otro,

Dallas abrazado a ella en actitud de protección con un enorme brazo alrededor de su cintura. Ella había dormido como un bebé sintiéndose completamente segura.

Tal vez no pudiera dormir ahora porque estaba sola y notaba el frío en la espalda. Era algo sencillo, la clase de cosas habituales que las parejas casadas parecían desarrollar con tanta facilidad, el reconfortante calor humano en la noche, el sonido de la respiración del ser amado. Tal vez fuera la confianza, la intimidad, lo que importaba tanto. La intimidad no le resultaba fácil a Tucker, la confianza menos aún, pero sabía que había existido entre Niema y Dallas. La muerte de Dallas la había dejado privada de algo importante, y ya no encontraba consuelo en la noche.

Tucker suspiró para sus adentros. Era un suspiro para sí mismo, pues sabía lo que tenía que hacer, y el coste que iba a suponerle.

Cogió una botella de agua y se fue en silencio hasta donde estaba Niema, se tumbó detrás de ella sobre la manta y dejó el agua cerca.

-Shh- murmuró cuando ella se puso rígida-. Duérmete.

Curvó el cuerpo alrededor de ella para prestarle su calor, su fuerza. Extendió sobre ambos una segunda manta para preservarse del frío y ancló a Niema contra sí pasándole un brazo por la cintura.

Notaba la fiebre que la invadía; el calor que desprendía el cuerpo de ella les envolvió como si fuera una tercera manta. Con todo, Niema temblaba ligeramente, y Tucker la acercó a sí. Ella estaba tendida sobre el hombro sano y mantenía el brazo derecho muy quieto para no forzarlo.

-La fiebre está combatiendo la infección- dijo Tucker, manteniendo el tono de voz grave y tranquilizador-. Si te encuentras demasiado incómoda, hay aspirinas en el botiquín, pero a menos que te suba la fiebre, sugiero que dejes que haga su trabajo.

-Sí.- Su voz sonaba débil por la fatiga, apática.

Tucker le acarició el pelo con suavidad y trató de pensar en algo con que ocupar la mente de Niema. A lo mejor, si pudiera dejar de pensar conseguiría dormir.

-Una vez vi un eclipse de sol. Fue en Sudamérica.- No encontró nada más concreto que aquello-. Hacía mucho calor y el aire estaba pegajoso. Las duchas frías no servían de nada; volvía a sudar en cuanto me secaba con la toalla. Todo el mundo llevaba la menor cantidad de ropa posible.

No sabía si ella le estaba escuchando, pero tampoco le importaba. Siguió hablando en aquel tono sedante, suavemente monótono, que apenas era más que un susurro. Si lograba aburrirla hasta que se quedara dormida, mejor que mejor.

-Habían dicho por la radio que ese día iba a producirse un eclipse de sol, pero el calor era tan agobiante que a nadie le importó en absoluto. Era sólo un pueblecito, no de los que atraen a los perseguidores de eclipse. Yo mismo me había olvidado de ello. Era un día soleado, tan claro que la luz me hacía daño en los ojos, y llevaba gafas de sol. El sol seguía brillando, el cielo estaba azul, pero de repente fue como si una nube se interpusiera delante del sol. Todos los pájaros dejaron de cantar y los animales del pueblo se escondieron.

«Uno de los habitantes del pueblo miró hacia arriba y dijo: “Miren el sol”, y entonces me acordé del eclipse. Les dije que no debían observarlo fijamente, que se quedarían ciegos si miraban demasiado tiempo. La luz era fantasmagórica, si puedes imaginarte cómo es el sol oscurecido. El cielo adquirió un tono azul realmente oscuro y la temperatura bajó por lo menos veinte grados. Todo iba poniéndose cada vez más oscuro, pero el cielo seguía azul. Por fin el sol quedó totalmente cubierto y el halo solar que rodeaba la luna fue... espectacular. En el suelo estábamos en un crepúsculo extraño, y todo estaba en silencio, pero en lo alto el cielo refulgía. Ese crepúsculo duró un par de minutos, y durante ese tiempo todo el pueblo permaneció inmóvil. Hombres ¡, mujeres y niños; nadie se movió ni habló.

»Entonces empezó a regresar la luz y los pájaros cantaron otra vez. Las gallinas salieron de los ponederos y los perros volvieron a ladrar. La luna se apartó, y volvió a hacer tanto calor como antes del eclipse, pero nadie dijo una palabra más sobre el tiempo.»

Dos días más tarde, todos los habitantes de aquel pueblo estaban muertos- masacrados- pero eso lo guardó para sí.

Esperó. La respiración de Niema era demasiado superficial para estar dormida, pero al menos no estaba tan rígida como antes. Si se relajaba, tal vez su cuerpo asumiera el control y se permitiera dormir.

A continuación le habló de un perro que tuvo de niño. Tal perro no existía, pero ella no lo sabía. El perro que inventó era un Heinz 57, con un cuerpo alargado y huesudo parecido al de un dachshund y un pelaje rizado como el de un caniche.

-Un bicho de lo más feo- dijo en tono placentero.

-¿Cómo se llamaba?

Su voz le sobresaltó. Era grave, casi titubeante. Una punzada de dolor se le agarró al pecho y lo estrujó.

-Era una hembra- respondió-. Yo la llamaba Fifí, porque creía que así era como se llamaba a los caniche.

Y empezó a contarle una tras otra las hazañas de Fifí. Había sido una perrita asombrosa. Sabía trepar a los árboles, abrir sola la mayoría de las puertas, y su comida favorita era... Dios, ¿cuál era aquel cereal que se vendía para los niños?... Ganchitos de Frutas. Fifí dormía con el gato, escondía los zapatos debajo del sofá, y en una ocasión hasta llegó a comerse todos los deberes que a Tucker le habían puesto en la escuela.

Se pasó media hora hablando de la ficticia Fifí, manteniendo la voz en un ritmo melódico y haciendo frecuentes pausas para comprobar la respiración de Niema. Esta se fue haciendo más lenta, más profunda, hasta que por fin la joven se durmió.

Tucker se permitió dormir también, aunque fue un sueño ligero. Una parte de él permaneció alerta, escuchando por si regresaba Hadi o por si captaba algún sonido sospechoso. En varias ocasiones se despertó del todo, para examinar a Niema y cerciorarse de que la fiebre no le había subido. Seguía estando demasiado caliente, pero se quedó satisfecho al ver que no pasaba nada grave, simplemente su cuerpo se estaba curando. Con todo, para estar seguro, la despabiló lo suficiente cada vez que pudo hacerla beber

un poco de agua. Tal como había sospechado, una vez se permitió dormir, la naturaleza se hizo cargo de la situación, y aunque él la despertaba con facilidad, ella volvía a quedarse dormida en el momento en que cerraba los ojos.

Las horas transcurrieron y Hadi no regresaba. Tucker era paciente. La gente dormía más profundamente en las horas que preceden al amanecer, y probablemente Hadi aguardaría hasta entonces. Aun así, cada vez que despertaba de su dormitar, consultaba su reloj y estudiaba la s alternativas que tenía. Cuanto más tiempo durmiera Niema, más fuerte estaría y más rápido podría viajar. No obstante, no podía permitirse el lujo de esperar demasiado.

A las cinco encendió la linterna y tomó un poco de agua, y luego despertó suavemente a Niema. Ella bebió el agua que le acercó a la boca, se acurrucó contra él y suspiró soñolienta.

-Es hora de levantarse- murmuró Tucker.

-Todavía no-. Volvió la cara hacia él y le deslizó un brazo alrededor del cuello-. Mmnn.- Se arrimó más a su cuerpo y apretó la mejilla contra su pecho.

Creía que él era Dallas. Aún estaba adormilada y tenía la mente embotada por el sueño, y quizás había soñado con él. Estaba acostumbrada a despertarse en los brazos de su marido, a abrazarse a él aunque no hicieran el amor, y dado el corto tiempo que habían estado casados, Tucker estaba seguro de que no había habido muchas mañanas en las que Dallas no le hubiera hecho el amor.

Tenía que sacudirla para despertarla completamente, hacer que comiera algo, examinarle el hombro y dejarla lista para partir, hubiera llegado Hadi o no. Sabía exactamente lo que debía hacer, pero por una vez en su vida hizo caso omiso del trabajo. Estrechó con más fuerza a Niema entre sus brazos y la sostuvo así, sólo por un instante, sintiendo en su interior un deseo desesperado de que ella le abrazara a su vez.

Pero era a Dallas a quien ella abrazaba, y con quien soñaba.

Le costó más de lo que hubiera querido, pero respiró hondo y se separó de ella con suavidad.

-Niema, despierta- le dijo dulcemente-. Estas soñando.

Los ojos oscuros y amodorrados se abrieron, negros como la noche a la luz mortecina de la linterna. Tucker vio aparecer la conciencia, el vivo fogonazo de la impresión, seguida del horror. Niema se apartó violentamente de él, con la boca temblando.

-Yo...- empezó, pero no acertó a decir nada más.

El sollozo surgió de ella, como si se le desgarrara el pecho. Se separó de Tucker y permaneció tendida sobre la manta, con el cuerpo entero agitado. Emitió un sonido grave, prolongado, lastimero, entrecortado por los convulsivos sollozos que se le escapaban de la garganta. Aquel dique de control, una vez roto, se hundió totalmente. Lloró hasta ahogarse, hasta que se le cerró la garganta y ya no volvió a salir sonido alguno de ella. Lloró hasta que Tucker pensó que el espasmo de dolor tenía que haber cedido, pero no fue así. Niema aún seguía llorando cuando él oyó el ruido de un

motor en la oscuridad y el frío del amanecer y se acercó para salir al encuentro de Hadi.

CAPÍTULO 3

1999, Atlanta, Georgia.

El vuelo de Delta 183, de Atlanta a Londres, estaba completo. Los pasajeros de primera clase ya habían embarcado y se habían puesto cómodos con la lectura o bebida escogida en la mano. Los auxiliares de vuelo habían recogidos los abrigos y los habían colgado en el armario, charlaban con los pasajeros más amistosos y hablaban con la cabina de los pilotos para saber si sus ocupantes necesitaban algo.

El congresista Donald Brookes y su esposa, Elaine, se iban de vacaciones, las primeras en mucho tiempo, tanto que Elaine apenas se creía que Donald hubiera accedido a tomarse un descanso. Normalmente dedicaba entre dieciocho y veinte horas diarias al trabajo desde que fue elegido por primera vez hacía quince años. Incluso después de todo ese tiempo en el gobierno, había en el una vena de idealismo que insistía en que debía dar a los contribuyente algo que valiera el dinero que pagaban, y más. Elaine se había acostumbrado a acostarse sola, pero siempre se despertaba cuando el venia a la cama, y se cogían de las manos y conversaban. En los primeros días no figuraban en las listas de primera categoría de nadie, de modo que ella pasó muchas veladas a solas con los niños.

Las cosas habían cambiado un tanto, Donald era el presidente del Comité de la Cámara para Asuntos Exteriores, y ahora sí que figuraban en las listas de primera categoría; las más de las veces asistian a algún acto social propio del cargo, pero por lo menos estaban juntos.

Por supuesto, hubo ocasiones en las que regresaron a su casa de Illinois, cuando había un receso en el congreso, pero aunque disminuía el ritmo, Donald empleaba aquel tiempo para ponerse al día con su distrito electoral. No habían disfrutado de unas verdaderas vacaciones desde que él fue elegido por primera vez.

Elaine estaba deseando tener varios días para levantarse tarde, pedir el servicio de habitaciones y explorar Londres sin prisas. Cinco días en Londres, luego un saltito a París para pasar otros cinco días, después Roma y Florencia. Eran las vacaciones de sus sueños.

Dos filas detrás de ellos, Garvin Whittaker ya estaba absorbido por los papeles de su maletín. Era el presidente ejecutivo de una empresa de software de primera línea que había disparado su valor en los últimos siete años, acercándose a los cincuenta mil millones. No estaba al nivel de Microsoft, pero ¿quién lo estaba? Cuando sus proyectos salieran al mercado, Garvin calculaba que la empresa doblaría su valor en un plazo de cinco años. Al menos, tenía la esperanza de que así fuera, teniendo cuidado de no molestar a ningún gigante. Pero cuando juzgara que el momento era el oportuno, desvelaría el sistema operativo que había desarrollado, un sistema

tan eficiente y simplificado- y tan limpio de errores- que dejaría a todos los demás mordiendo el polvo.

En la primera fila se sentaba el delegado del gobierno de las Naciones Unidas de Alemania, sosteniendo su bebida helada contra la cabeza con la esperanza de que la jaqueca se le calmara lo suficiente como para poder dormir durante todo el vuelo. En el asiento 2F había una directiva del Banco Mundial, con el ceño fruncido mientras estudiaba el Wall Street Journal. Al hacerse adulta, siempre había soñado con ser algo romántico, como neurocirujana o estrella de cine, pero había descubierto que el dinero era la emoción más poderosa que tenia a su alcance, mucho más potente que ninguna droga. Había recorrido el mundo entero, cenado en París, comprado ropa en Hong Kong, esquiado en Suiza. La vida era agradable, y ella tenía la intención de que fuera todavía mejor.

El asiento 4D estaba ocupado por un diplomático de carrera. Había sido embajador en Francia durante el mandato de Bush, pero desde entonces había quedado relegado a funciones de menor importancia. Acababa de casarse con una dama de la buena sociedad de Chicago, cuya rica familia proporcionaba una considerable influencia política; esperaba ser de nuevo embajador muy pronto, y no en uno de esos países insignificantes imposibles de encontrar en los mapas.

En la clase turista, Charles Lansky se secaba el sudor de la frente y procuraba no pensar en el inminente despegue. No le importaba volar, una vez que el avión ya estaba en el aire, pero se ponía enfermo de miedo durante el despegue y el aterrizaje. Tras una breve escala en Londres continuaría vuelo hacia Frankfurt, lo cual significaba dos despegues y dos aterrizajes. Solo una reunión de vital importancia podía haberle inducido a soportar tanto.

Un grupo de universitarios de viaje por Inglaterra, Escocia e Irlanda subieron en ese momento al avión, cada uno de ellos cargados con la omnipresente mochila repleta de objetos imprescindibles: una botella de agua mineral, un reproductor de CD portátil, una colección de los CD de moda, maquillaje si se trataba de una chica, un juego de ordenador si era un chico; quizás una prenda o dos de ropa. Estaban bronceados, saludables, tan parecidos unos a otros como gotas de agua, pero eran todavía lo bastante jóvenes para estar convencidos de ser únicos.

La mezcla habitual de gente de negocios y turistas de vacaciones fue llenando el aparato, pululando de un lado para otro, ocupando por fin sus asientos. Una mujer aferraba nerviosa un bolso de viaje contra sí, hasta que la auxiliar de vuelo le dijo que debía guardarlo y se ofreció a buscarle un sitio en el compartimiento de los equipajes de mano. La joven sacudió negativamente la cabeza y se las arregló para meter el bolso debajo del asiento que tenia delante, aunque apenas había espacio para ello y después no tuvo donde meter los pies. Tenía la cara pálida y estaba sudando a pesar del aire que salía por los orificios de ventilación.

Por fin el gigantesco L-1001 se separó de la puerta de embarque y comenzó a rodar para ponerse a la cola para el despegue. Tenía delante de sí otras diecisiete aeronaves que avanzaban hacia la pista. Uno de los pilotos se puso al micrófono para informar a los pasajeros acerca del tiempo

calculado para el despegue. La mayoría de los viajeros de primera ya se habían descalzado y se habían puesto los calcetines negros de viaje que venían en la bolsa de obsequio que delta entregaba cada uno de los viajeros de primera clase en vuelos transoceánicos. Se hojeaban revistas, se sacaban libros, algunas personas ya roncaban.

Por fin le llego el turno al vuelo 183. Los grandes motores rugieron y el avión gano velocidad y rodó por la pista de despegue, cada vez más rápido, hasta que la fuerza de sustentación superó la de resistencia y el aparato se elevó en el aire. Se oyó un retumbar metálico cuando el tren de aterrizaje se desplegó y se escondió en la panza de la aeronave. El vuelo 183 se lanzó como una flecha al cielo azul, ganando altura regularmente, siguiendo el plan de vuelo que les llevaría a lo largo de la costa este hasta que, al acercarse a Nueva York, virasen en dirección al atlántico.

A los treinta y tres minutos del despegue, cuando sobrevolaban las montañas del oeste de Carolina del Norte, el vuelo 183 se desintegró en una bola de fuego que vomitó piezas ardiendo de fuselaje hacia arriba, en lenta parábola, antes de que la trayectoria alcanzara su punto más alto y las piezas cayeran de nuevo al suelo.

CAPÍTULO 4

Washington, D.C.

Los dos hombres estaban sentados amistosamente frente a un escritorio de nogal del siglo XIX; la madera relucía con un brillo aterciopelado, y la encimera llevaba incrustaciones de mármol rosa italiano. Un hermoso tablero de ajedrez de piezas talladas a mano se hallaba entre ambos. La biblioteca en la que se encontraban era masculina, confortable, ligeramente descuidada; no porque Franklin Vinay no pudiera permitirse ponerla más elegante, sino porque le gustaba tal como estaba. La señora Vinay la había amueblado de nuevo un año antes de su fallecimiento, y él se encontraba cómodo entre aquellas cosas que ella había escogido para su marido.

La difunta también había descubierto el ajedrez, en una liquidación de bienes de New Hampshire. A Dodie le encantaban las liquidaciones de bienes, recordó Frank con cariño. Siempre conservó el don de disfrutar durante toda su vida, hallando placer en muchas pequeñas cosas. Hacía diez años que le había dejado, y no pasaba un solo día sin que pensara en ella, a veces con persistente tristeza, pero a menudo con una sonrisa porque eran buenos recuerdos.

Como siempre, él y John habían lanzado una moneda al aire para ver quien movía primero. A Frank le correspondieron blancas e hizo una apertura agresiva, si bien convencional, moviendo el peón que estaba delante del rey dos casillas. En otras ocasiones prefería movimientos más populares, pues a veces actuar de la manera esperada podía ser lo más inesperado que uno podía hacer.

Frank sabía que jugaba muy bien al ajedrez. Dicho eso, le resultaba difícil vencer a John en el juego. El otro, más joven, era analítico como una computadora, tenia la paciencia del santo Job y, cuando era el momento oportuno, se mostraba tan agresivo como el general Patton habría soñado ser nunca. En ajedrez, como en la actividad que había elegido, eso hacia de John Medina un oponente peligroso.

Kaiser, un enorme pastor alemán, dormitaba felizmente a los pies de ambos y de vez en cuando emitía gritos de cachorro incongruentes con su tamaño, mientras soñaba con perseguir conejos. La apacibilidad de Keiser era reconfortante.

Esa mañana la casa había sido registrada en busca de dispositivos de escucha, y se registro de nuevo esa noche, cuando llegó Frank. Un ruido electrónico impedía que captara su conversación un micrófono parabólico, en caso de que alguien tratase de espiar usando ese método. El sistema de seguridad era lo último en tecnología punta, las cerraduras de las puertas eran las más fuertes que existían, las ventanas estaban protegidas por

barrotes de acero. La casa que desde el exterior parecía la vivienda normal de un hombre moderadamente próspero, era una fortaleza. Aun así, ambos hombres sabían que las fortalezas podían ser violadas. La nueve milímetros de Frank se encontraba en el cajón de su escritorio. El arma de John estaba en la funda que estaba en el cinturón, escondida en la curva de la espalda. El cargo de Frank como director adjunto de operaciones de la CIA le convertía en un bien muy codiciado en la comunidad del espionaje; por esa razón muy pocas personas sabían donde vivía. Su nombre no figuraba en ninguna escritura ni en ninguna propiedad. Las llamadas que se hacían a o desde su número particular eran encaminadas a través de varios centros de conmutación que las volvía imposibles de rastrear.

Por todo ello, pensó Frank con ironía, si algún gobierno hostil tenia que escoger entre raptarle a él o raptar a John Medina, sería él a quien dejarían atrás.

John estudió el tablero y acarició ociosamente la torre mientras sopesaba su próximo movimiento. Una vez tomada la decisión, apartó los dedos de la torre y movió el alfil de la reina.

-¿Qué tal están mis amigos de Nueva Orleáns?

A Frank no le sorprendió la pregunta. Podía pasar meses, incluso un año o más sin ver a John, pero cuando le veía, este siempre le hacía las mismas preguntas.

-Les va estupendamente. Ahora tienen un hijo, un niño que nació el mes pasado. Y el detective Chastain ya no está con la NOPD ni es detective; es ayudante del gobierno estatal.

-¿Y Karen ?

-Trabaja en una unidad de traumatología, o trabajaba hasta que nació el bebé. Va a coger por lo menos un año de baja por maternidad, creo, tal vez más.

-No creo que tenga problemas para volver a su puesto de trabajo cuando quiera volver- dijo John en tono blando, o quizá fuera una orden, que subyacía en su tono de voz. Aunque oficialmente era el superior de John, en realidad este era bastante autónomo.

-En absoluto - dijo Frank, y era una promesa.

Un par de años antes, tanto el padre de Karen como el de John habían sido asesinados en un complot destinado a encubrir el encargo que hizo el senador Stephen Lake de matar a su propio hermano en Vietnam. En el proceso de desvelar el plan, John se había convertido en un admirador tanto de la valerosa Karen como de su marido, duro como una piedra. Aunque jamás supieron su nombre, pues él se había preocupado mucho de eliminar ciertos obstáculos de su camino.

-¿Y la Señora Burdock?

Aquella pregunta era demasiado previsible.

-Niema está bien. Ha inventado un nuevo dispositivo de control que resulta casi imposible de detectar. Además, la Agencia de Seguridad Nacional la ha contratado para un par de proyectos.

John parecía interesado.

-¿Un micrófono indetectable? ¿cuándo se podría adquirir?

-Pronto. Desconecta todo el cableado existente, pero sin causar una caída del suministro eléctrico. Los barridos electrónicos no pueden encontrarlo.

-¿Cómo lo ha conseguido? - John movió un peón a otra casilla.

Frank observó el tablero con el ceño fruncido. Un movimiento tan pequeño y había cambiado totalmente la dirección del juego.

-Tiene algo que ver con la modulación de la frecuencia, si yo lo entendiera, podría conseguir un trabajo de verdad.

John soltó una carcajada. Era un hombre sorprendentemente abierto durante aquellos raros momentos en que podía relajarse con personas en las que confiaba y que sabían quien era él. Si uno le gustaba, ya no tenia que dudar nunca de su amistad, tal vez porque la mayor parte de su vida la pasaba en peligro, oculto en la sombra, atendiendo por distintos nombres y mostrando distintas caras. Valoraba mucho lo que era real y lo que era digno de confianza.

-¿Ha vuelto a casarse?

-¿Niema? No.- La posición del peón le tenía preocupado, y continuó mirando ceñudo el tablero, atendiendo sólo a medias a la respuesta -. No se esta viendo regularmente con nadie. De vez en cuando tiene una cita, pero eso es todo.

-Han pasado cinco años.

Hubo algo en el tono de John que alertó a Frank. Levantó la mirada y vio que su amigo tenía el ceño ligeramente fruncido, como si no le hubiera gustada enterarse de que Niema Burdock seguía sola.

-¿Parece feliz ?

-¿Feliz? - Sorprendido por la pregunta, Frank se reclino en su asiento y olvidó por un instante la partida -. Está ocupada. Le gusta su trabajo, le pagan muy bien, vive en una bonita casa, tiene un coche nuevo. Yo puedo cuidar de esas cosas, pero no me es posible dirigir y conocer sus sentimientos.- De todas las personas de las cuales John era un anónimo ángel de la guarda, Niema Burdock era la única a la que seguía de cerca. Desde que la sacó de Irán tras la muerte de su esposo, se había tomado un interés casi personal por su bienestar.

En una ráfaga de intuición, esa especie de salto de razonamiento que había hecho que Frank Vinay fuera tan bueno en su trabajo, dijo:

-La quieres para tí.- Rara vez expresaba lo que pensaba tan a pecho descubierto, pero bruscamente se sintió tan seguro de aquello como nunca en su vida. Experimentó un ligero embarazo por haber hecho aquella observación.

John levantó la vista y arqueó las cejas en un gesto burlón.

-Naturalmente - respondió, como si lo diera por sentado-. En el buen sentido de la palabra.

-¿Qué quieres decir?

-No estoy precisamente en una posición de tener una relación personal con nadie. No sólo porque suelo estar ausente durante meses enteros, sino

porque siempre existe la posibilidad de que no regrese.- lo dijo sinceramente sin emoción. Sabía exactamente los riesgos que implicaba su procesión y los aceptaba, incluso los buscaba.

-Eso ocurre también con otras profesiones: los militares de elite, ciertos trabajadores de la construcción. Se casan, tienen sus familias. Yo mismo la tuve.

-Tus circunstancias eran diferentes.

Porque Frank no había trabajado en operaciones secretas, quería decir. John era especialista en misiones en que nunca se veía la luz del día, financiadas por fondos para los que no existía contabilidad alguna, ni archivos. Tenía cuidado de que lo que necesitaba se manejase sin que interviniera el gobierno, para poder conservar la capacidad de negarlo.

Frank había estado pensando sacar a colación un tema, y ahora parecía el momento perfecto para ello.

-Tus circunstancias también pueden ser diferentes.

-No me digas.

-No tengo la intención de morir con las botas puestas; la jubilación resulta cada vez más atractiva. Tú podrías ocupar mi lugar sin perder comba en ningún momento.

-¿Yo? - John sacudió la cabeza en un movimiento negativo-. Yo hago un trabajo de campo, tú lo sabes.

-Y tú sabes que puedes operar donde se te antoje. Eres la persona idónea para ese trabajo. De hecho, estás mejor preparado para él de lo que estaba yo cuando me hice cargo del puesto. Piénsalo y ….- le interrumpió el timbre del teléfono, y dejó la frase sin terminar. La llamada no era inesperada. Levanto el auricular, habló brevemente y colgó-. Un agente va a traer el informe.

La partida de ajedrez, el verdadero motivo de aquella reunión, había quedado olvidada. Desde que una semana antes sufrió el accidente el vuelo 183, el FBI y el NTSB habían peinado los agrestes montañas de Carolina recogiendo fragmentos y tratando de averiguar qué había sucedido. Habían muerto doscientas sesenta y tres personas, y querían saber por qué. No había habido ninguna conversación por radio fuera de lo habitual; el vuelo había sido normal hasta que el avión se cayó del cielo. Se había encontrado el registro de vuelo, y los informes preliminares decían que los pilotos no habían indicado nada anormal. Fuera lo que fuera lo que había ocurrido, había sido instantáneo y catastrófico…y por lo tanto sospechoso.

De una de sus fuentes ocultas en las sombras, a John le habían llegado rumores de que había un nuevo tipo de explosivo que los aparatos de los rayos X del aeropuerto no podían detectar, ni siquiera los CTX-5000 que se utilizaban en Atlanta. Informo de ello a Frank, que empezó en silencio a hacerse con toda la información disponible sobre el vuelo 183 tan pronto como el NTSB y el FBI la recabaron.

El lugar del accidente era difícil para trabajar. El terreno era montañoso, con densa vegetación y sin acceso fácil. Los restos del avión se encontraban esparcidos por una superficie enorme. Habían encontrado en las copas de los árboles trozos y fragmentos tanto metálicos como humanos.

Los equipos de búsqueda llevaban trabajando sin descanso una semana, primero reuniendo los restos humanos y entregándoselos a los especialistas forenses para que estos realizaran la tarea casi imposible de identificarlos, y después buscando hasta la pieza más pequeña de la aeronave. Cuantas más piezas se encontrasen, más se completaría el rompecabezas y más probable sería descubrir qué había pasado.

Quince minutos más tarde llamó a la puerta de Vinay un agente, despertando a Kaiser. John permaneció en la biblioteca, fuera de la vista, mientras Frank, con Kaiser a su lado, recogía el informe. Frank había pedido dos copias del mismo, y al regresar a la biblioteca entrego uno a John. Acto seguido volvió a hundirse en su asiento y se puso a leer con el ceño fruncido. El informe no era nada tranquilizador.

-Definitivamente ha sido una explosión. En realidad, eso no estaba en duda.

Los habitantes de la zona afirmaban haber oído una brusca detonación y visto un brillante fogonazo. Que alguien hubiera visto realmente algo era un dato abierto a la especulación, ya que el avión había caído en las montañas en un punto en el que no había un buen ángulo de visionen ningún sentido. La gente no suele ir por ahí mirando el cielo, aunque si el sol de la tarde había arrancado un destello del aparato y atraído la atención de alguien en el momento preciso, entonces era posible haber visto la explosión en sí. Con todo, era más que probable que, al oír el ruido, la gente hubiera mirado hacia arriba y visto el humo y los restos al caer, y que en su imaginación hubiera terminado convenciéndose de que había visto una bola de fuego de mil demonios.

Inmediatamente se extendió el rumor de que el vuelo 183 había sido abatido por un misil. El congresista Donald Brookes, presidente de la Cámara de Asuntos Exteriores, se encontraba en él. Alguien tenia que quererle muerto por alguna razón, aunque todas las razones que surgían en internet resultaban traídas por los pelos, por no decir algo peor. una prueba del complot decían quienes defendían la teoría del misil, era el hecho del que el congresista Brookes, que vivía en Illinois, al parecer se encontraba de vacaciones pero por alguna razón estaba a bordo de un vuelo que había partido de Atlanta, en vez de Chicago. Aquello era, obviamente, sospechoso. E incluso después de que se supiera que el hijo mayor de los Brookes vivía en Atlanta y que le habían visto un par de días antes de partir para Europa, persistía la teoría de que el avión había sido derribado para atacar a un solo hombre.

Sin embargo, no había pruebas de tal misil. La forma de quebrarse el metal, más el modo en que había ardido y los residuos hallados en las piezas del fuselaje demostraban que el vuelo 183 había sido derribado por una explosión interna que literalmente había destrozado el avión, desgarrando una enorme parte del fuselaje y toda el ala izquierda.

Los análisis químicos preliminares indicaron plástico. No obstante, no se había encontrado rastro alguno de un detonador. Incluso en una explosión tan catastrófica, habrían quedado pruebas microscópicas y químicas; si algo existía, dejaba su impronta.

Frank estaba profundamente preocupado; se había inspeccionado todo el equipaje que iba a subir a bordo de aquel vuelo, ya fuera con maquinas o por seres humanos. Si, tal como pensaba John, el dispositivo era indetectable por la tecnología actual, tenían un problema importante entre manos.

Sería necesario comprobar cada resto de equipaje, tanto del facturado como del de mano, pero las líneas aéreas no eran las únicas vulnerables. Las aplicaciones posibles de semejante invento ponían los pelos de punta. Podía utilizarse en paquetes bomba, para destruir edificios federales - en realidad, cualquier edificio público- , y provocar el caos en los transportes y en las comunicaciones. En Estados Unidos, nadie prestaba mucha atención a la seguridad de los puentes, pero si unos cuantos se vinieran abajo, el trafico se ralentizaría hasta paralizarse del todo.

El explosivo podía haber pasado disimulado para parecer otra cosa y haberse colado por los detectores de Atlanta. El sistema fallaba de vez en cuando; no había nada infalible. Aún así debería quedar algun rastro del detonador. Deberían haber encontrado una radio, o un interruptor de mercurio, o un simple temporizador; cualquier cosa que sirviera para provocar la explosión. El detonador era precisamente lo que permitía descubrir la mayoría de las bombas, porque se veía fácilmente al pasar por los detectores.

John se froto el labio inferior y dejó el informe sobre el escritorio de Frank. Lo que más le había interesado era lo del análisis químico. El explosivo encontrado tenía varios componentes en común con el plástico, pero había algunas anomalías.

-Estoy pensando en R.D.X.

EL R.D.X. era ciclonita, o material C-1. en sí mismo, demasiado sensible para manipularlo, de modo que se solía mezclar con un plastificante, el cual le aportaba algunos de los elementos químicos del plástico. El R.D.X. podía moldearse para darle cualquier forma, hasta la de los cordones de un zapato.

Frank levantó la vista.

-¿Cómo? Ya sabes que las maletas y los paquetes se arrojan sin ningún cuidado; un explosivo inestable habría explosionado en el mismo aeropuerto.

-Pero ¿y si no fuera inestable originalmente? ¿Y si el compuesto se deteriora e inicia una reacción química que lo hace explosionar? Si se conoce el ritmo del deterioro, la explosión podría programarse fácilmente.

-¿Algo que empieza siendo tan estable como el plástico, pero que se deteriora y se convierte en su propio detonador? Qué hijo de puta.- Frank cerró los ojos.

-Siempre existe la posibilidad de que esto haya sido obra de algún psicópata de un centro de investigación, pero lo que he oído decir es que proviene de un laboratorio de máximo secreto de Europa.

-¿El IRA?

-Estoy seguro de que esos se pondrían a la cola para adjudicárselo, pero no me ha llegado ninguna pista de que hayan financiado el invento.

-Entonces, ¿quién?

-Hay mucho donde elegir, no nos faltan candidatos.-por todo el mundo proliferan los grupos terroristas. Había por lo menos dos mil quinientas organizaciones; algunas iban y venían, otras contaban con miles de miembros y llevaban décadas operando.

-Y todos ellos tienen este material nuevo.

-Sólo si disponen del dinero necesario para comprarlo.- Era posible que las organizaciones terroristas colaborasen entre sí, pero no se trataba precisamente de una feliz hermandad. Un nuevo explosivo supondría una importante fuente de dinero, y sería muy de cerca durante tanto tiempo como fuera posible, de modo que solo existiera un productor del mismo. Con el tiempo, como ocurría con todas las nuevas tecnologías, lo tendría todo el mundo; para entonces también se habría inventado el medio de detectarlo. Era como una partida de ajedrez, con ataques y contraataques.

-Si está en Europa, y detrás de el hay mucho dinero, nuestro hombre es Louis Ronsard- dijo John.

Aquello en si mismo constituía un problema importante. Ronsard era un oscuro francés que no prestaba su lealtad a ningún grupo; sin embargo, él era conducto de muchos, y había amasado una enorme fortuna proporcionando lo que se necesitaba. Probablemente no estaba detrás de la invención del explosivo, pero seria la persona lógica a quien acudir como intermediario, la que se encargase de los pagos y los envíos…a cambio de un precio, naturalmente.

Ronsard podía ser utilizado…o eliminado; no se escondía. Pero su seguridad era sumamente rigurosa y hacia que capturarle resultase mucho más difícil que quitarle de en medio. Incluso aunque fuera capturado, John dudaba de que revelase ninguna información de utilidad. Las más sofisticadas técnicas de interrogatorio podían verse contrarrestadas por un intensivo entrenamiento y un férreo control mental. Al problema de Ronsard se añadía el hecho de que este contaba con amigos poderosos en el gobierno francés. Se había quedado solo, por todas esas razones, pero también porque no era la fuente ni el usuario de todas las cosas desagradables que proveía; él era el conducto, el controlador, la válvula. Si se le eliminaba a él, otro vendría a ocupar su lugar.

La clave era encontrar la fuente, pero John también tenía que descubrir a quién se habían dirigido otros envíos. Y para eso, tenia que recurrir a Ronsard.

CAPÍTULO 5

John Medina jamás se quedaba dos veces en el mismo sitio cuando iba a D.C. Un hogar como base proporcionaba un punto de partida a cualquiera que le estuviese buscando, y lo que pasaba con los hogares era que, con el tiempo, si se tenía uno, se acaba yendo a él. De modo que vivía en hoteles y moteles, apartamentos, ocasionalmente una casa alquilada.... o una cabaña, una tienda de campaña, una cueva, un agujero en el suelo, lo que hubiera a mano.

Su vivienda preferida era un apartamento. Era más privado que un hotel y, a diferencia de los moteles, poseía más de una salida. No le gustaba dormir en un lugar donde pudieran acorralarle.

El hotel que escogió era vez tenía balcones de hierro forjado en cada habitación, y eso fue lo que le hizo decidirse por él. Ya lo había registrado antes, buscado micrófonos ocultos, estudiado la seguridad del emplazamiento, y después ido a reunirse con Frank Vinay. Ahora, mientras cruzaba el vestíbulo en dirección a los ascensores, nadie que le viera podría reconocerle como el hombre que se había registrado en recepción.

Disfrazarse no era difícil. Al llegar al hotel llevaba gafas, se había rociado el pelo color gris y se había metido algodón en la boca para lucir una cara más llena, y caminó con una visible cojera. Además, empleó un acento nasal de Rochester, Nueva York, y el atuendo que vestía era del tipo de ropa barata que se compra en una tienda de rebajas.

Ahora no quedaba rastro de aquel hombre; se había quitado las gafas y lavado el pelo, cambiado los pantalones grises de poliéster por unos vaqueros, la camisa de franela a cuadros por otra blanca de panamá, y el cortavientos verde por una americana negra de tan exquisita factura que disimulaba el bulto que formaba el arma que llevaba sin dejar de parecer elegante.

Había colgado en la puerta de la habitación el cartel de NO MOLESTAR para que no se acercasen los empleados del hotel. La mayoría de la gente se sorprendería si supiera con qué frecuencia durante el día, mientras ellos no están, el personal del hotel entra y sale de sus habitaciones. Limpiadoras, mantenimiento, directivos....., todos poseían una llave maestra y podían entrar en cualquier habitación. Además estaban los ladrones profesionales que merodean por los hoteles y se fijan en la gente de negocios para ver cuándo se ausentaban, cuánto tiempo estaban fuera etc. Un buen ladrón siempre podía penetrar en una habitación cerrada con llave, así que entrar en una de ellas no era cuestión más que de elegir el blanco, andar cerca del mostrador de recepción para averiguar cuánto tiempo se quedaba esa persona en el hotel y luego seguirla discretamente para ver en qué habitación entraba. A la mañana siguiente, hacer una llamada telefónica a la habitación para ver si contestaba alguien. Después subir y, para mayor seguridad, llamar a la puerta. Si seguía sin haber respuesta, entrar.

Un cartel de NO MOLESTAR por lo menos da la impresión de que hay alguien dentro. También había marcado un número de teléfono imposible de rastrear y había dejado el auricular descolgado, de modo que si llamaba alguien -hombre o mujer, los ladrones no tenían un género concreto- obtendría la señal de ocupado.

Colgado por dentro del mango de la puerta había una pequeña alarma de funcionaba con pilas. Si alguien no hacía caso del cartel y de todos modos abría la puerta sonaría un pitido ensordecedor que atraería la atención son duda alguna. John desactivó la alarma apretando un botón del control remoto que llevaba en el bolsillo. La alarma no era más que un juguete, pero le divertía, y espantaría a cualquiera que intentase entrar. No se habría molestado en ponerla si no hubiera dejado su ordenador en la habitación.

El cuarto estaba tal como lo había dejado. Aun así, buscó posibles micrófonos, por rutina, y pensó en el dispositivo indetectable de Niema. La tecnología era un mundo que avanzaba a saltos; se inventaba algo nuevo, y durante un tiempo esa parte -fuera la que fuera- tenía la ventaja. Entonces se inventaba otra cosa que le daba la réplica, y la ventaja pasaba a la otra parte. El micrófono de Niema les daría la ventaja en aquel momento, pero la tecnología no podía mantenerse en secreto para siempre, y con el tiempo los malos - los terroristas, los espías, los gobiernos hostiles -se harían también con él. Podrían usarlo contra su persona, para capturarle o para matarle. Era probable que Niema se alegrase de saber que su invento había conducido a su muerte. Sin embargo, no lo sabría; muy pocas personas lo sabrían. Él no tenía familia, ni ninguna red de amigos o colegas. Las personas que trabajaban con él no sabían quién era.

Por supuesto, con Frank Venay no tenía necesidad de ocultar su identidad, ni tampoco con Jess McPherson, un viejo amigo de su padre. Era un alivio poder bajar la guardia en aquellas raras ocasiones en las que estaba con uno de ellos, y simplemente ser él mismo.

Sentado ante la mesa, desconectó la llamada y a continuación encendió el ordenador portátil y lo enchufó a la línea telefónica. Tas unas cuantas órdenes conectó con uno de los banco de datos de la CIA. Él era una de las pocas persona que quedaban en el mundo que seguían utilizando el sistema operativo MS-DOS, pero cuando trabajaba lo prefería con mucho a cualquier sistema que requiriese un ratón. El ratón resultaba estupendo para navegar por la red o para los videojuegos, pero descubrió que cuando trabajaba, el ratón le hacía ir más despacio- podía teclear los comandos del DOS muchos más deprisa de lo que tardaba en separar la mano del teclado, mover el ratón pulsar y volver al teclado. En su mundo, los segundos ahorrados de tiempo operativo podían representar la diferencia entre obtener la información que necesitaba y obtenerla con seguridad, o que le pillaran.

Había abundancia de información personal acerca de Louis Ronsard; sus padres, dónde había vivido de niño, sus notas en el colegio, sus amigos, sus actividades extraescolares. Louis no había sido un niño necesitado; su padre era un rico industrial, su madre una hermosa mujer de buena familia que adoraba a sus hijos Louis. El mayor, y Mariette, tres años mas joven. Louis estaba estudiando en la Sorbona cuando su madre falleció de un

cáncer de ovarios. Su padre murió cinco años más tarde en un accidente de automóvil durante un viaje de negocios a Alemania. Louis tomó las riendas del negocio familiar y, por razones desconocidas se hizo renegado. Desde aquella época hasta el momento presente, la información personal que se podía obtener acerca de él era escasa y preciosa, aunque distaba mucho de vivir recluido.

Ronsard poseía una mansión fuertemente vigilada en el sur de Francia. Tenía contratado un pequeño ejército privado que garantizaba su seguridad; y para que a uno le contrataran, había que cumplir normas muy estrictas. La Compañía le había puesto una persona propia, sin éxito alguno; el agente no había sido capaz de descubrir nada útil debido a que sus propias actividades estaban rigurosamente reguladas. Sin embargo, seguía en su puesto; John tomó nota del nombre y tapadera del agente.

Había una foto reciente; Ronsard era un hombre que impresionaba, de rasgos ligeramente exóticos y piel aceitunada. Llevaba el cabello largo, habitualmente recogido en la nuca, pero en actos sociales se lo dejaba suelto. En la fotografía se le veía saliendo de algún banquete, vestido de esmoquin y con una rubia resplandeciente del brazo. La chica le sonreía con una expresión de adoración en los ojos. Se trataba de Sophie Gerrard, una amante de Ronsard por un breve período de tiempo, pero que ya no tenía contacto con él. Había una larga lista de amantes de Ronsard. Las mujeres le encontraban muy atractivo. Sus relaciones nunca duraban mucho, pero era evidente que se mostraba considerado y afectuoso antes de que se le fueran los ojos detrás de otra dama.

También figuraba un diagrama de la planta de los anexos, pero ninguno de la casa en sí. Ronsard daba fiestas de vez en cuando, pero sus asuntos eran muy exclusivos y la CIA aún no había logrado introducir a nadie como invitado no como empleado en su hogar. Ciertamente, Ronsard no se encontraba en el primer punto de la lista de cosas que había que hacer, por lo tanto se habían dedicado escasos refuerzos a aquel empeño.

Sin embargo, aquello iba a cambiar. Ronsard acababa de pasar a ocupar el primer lugar de la lista.

John navegó entre varios archivos más, comprobando en las finanzas conocidas de Ronsard quién había diseñado e instalado el sistema de seguridad de la mansión y si había algún plano del cableado existente. Encontró poca información; o bien Ronsard había borrado los datos o bien nunca habían existido. Cuando terminó, eran las dos de la madrugada. Se estiró, notando de pronto la tensión muscular de los hombros. La noche siguiente tenía otra reunión con Frank, y a lo mejor recibía más información sobre el accidente aéreo. Hasta ese momento, podía relajarse.

Se dio una ducha y se metió en la cama. Poseía la capacidad el guerrero de dormirse fácil y rápidamente, pero esa noche se sorprendió a sí mismo contemplando fijamente el techo. Donde parpadeaba la diminuta luz roja de la alarma contra incendios. No tuvo que preguntarse por aquella falta de sueño, sabía cuál era la razón.

Niema.

Dallas llevaba cinco años muerto. ¿ Por qué no había vuelto a casarse, o por lo menor ver a alguien con regularidad? Era una mujer joven -sólo tenía veinticinco años cuando Dallas murió- y guapa. A lo largo de aquellos cinco años no se había permitido a sí mismo preguntar, no se había permitido investigarla personalmente, pero esta vez pensó que ya había transcurrido demasiado tiempo y que no había peligro en preguntar, averiguar si tenía un marido y uno o dos niños, y si había rehecho su vida.

No había sido así. Seguía estando sola.

¿Habría cambiado? ¿ Habría engordado, tendría tal vez algunas canas en el pelo? A mucha gente empezaban a salirle canas a los veintitantos. ¿Seguirían sus grandes ojos oscuros teniendo aquella mirada profunda en la que un hombre podría perderse, y no importarle?

Podía verla. Ella no se enteraría. Podría satisfacer su curiosidad, sonreír un poco por el placer físico que le produciría hacerlo, y marcharse. Pero sabía que no la vería: algunas rupturas debían hacerse limpiamente. Él seguía siendo el que fue y había hecho lo que había hecho, de modo que no valía la pena hacerse ilusiones, por muy placenteras que fueran.

Saber eso era una cosa; otra era alejar aquellos deseos. Haría lo que tenía que hacer, pero lo que quería era abrazarla, sólo una vez, y hacerla saber que era él quien la besaba, él quien le hacía el amor. Sólo por una vez deseó desnudarla y poseerla, y una vez tendría que ser suficiente, porque no podría atreverse a arriesgar más.

Pero veía cada vez más lejos la posibilidad de tener esa única vez, de modo que por fin abandonó la fantasía, se dio la vuelta y se durmió,

John llegó a la casa de Frank igual que la noche anterior, en un coche de cristales ahumados. Lo metió marcha atrás en el garaje anexo, cuya puerta se levantó cuando se acercó él y volvió a bajar una vez que el automóvil estuvo dentro. Había pasado el día extrayendo más detalles acerca de Ronsard, intentando trazar un plan de acción para colarse en la mansión de este personaje y obtener la información que necesitaba; no se había presentado nada inmediatamente, pero se presentaría con el tiempo.

Frank abrió la puerta. La expresión abstracta de su rostro evidentemente se debía al fajo de papeles que sostenía en la mano. Frank nunca dejaba de trabajar, al parecer, ni siquiera en casa; simplemente cambiaba de sitio. Mientras Dodie vivía, hizo un verdadero esfuerzo por dejar el trabajo a un lado para estar con ella, pero las más de las veces terminaba perdiéndose en sus pensamientos y ella, riendo, le mandaba de vuelta a la oficina. Ahora que ya no estaba Dodie, Frank a menudo trabajaba dieciséis horas al día.

-Estaba a punto de tomar un café- le dijo a John-. Entra en la biblioteca y lo llevaré allí.

John se detuvo en seco y contempló a su amigo con gesto burlón. Frank no era una persona hogareña; lo intentaba, pero no tenía el gen de hacer café. John había aprendido rápidamente, tras la muerte de Dodie, que si quería café en casa de Frank, mejor sería que se lo hiciera él mismo para asegurarse de que resultase bebible.

Al ver aquella mirada, Frank dijo irritado:

-No no he hecho yo, sino Bridget. -Bridget era la empleada de hogar, proporcionada por la Agencia, que cuidaba de Frank y de Dodie desde que Frank se convirtió en DAO. Se fue a casa después de servir la cena a Frank y de limpiar la cocina, suponiendo que esa noche cenaba en casa; debía de haber hecho el café y ponerlo en un termo para mantenerlo caliente.

-En ese caso, me gustaría tomar una taza.- Con una ancha sonrisa, John salió de la cocina seguido por Frank, que musitó por lo bajo:

Maldito sabelotodo.

La puerta de la biblioteca estaba abierta. John entró por ella y se detuvo justo nada más atravesar el umbral, con la mente en blanco por un instante, excepto por el salvaje juramento que pronunció para sus adentros. ¡Maldito sea Frank y su manía de hacer de celestina!

Niema Burdock se levantó lentamente de la silla en que estaba sentada, con la cara pálida a la suave luz de la lámpara. Sus ojos eran grandes y oscuros como él los recordaba; más oscuros, y se entrecerraron al mirarle fijamente y decir una sola palabra, tensa por la incredulidad;

-Tucker.

John se obligó a sí mismo a moverse, a entrar en la biblioteca con una actitud tan natural como si ya supiera que ella estaba allí. Cerró la puerta; que Frank hiciera de aquello lo que le viniera en gana.

-En realidad -dijo, como si no hubiera pasado cinco años-, tenías razón. No me llamo Tucker. Me llamo John Medina.

En ningún momento perdió el control. Había sido entrenado para no dejarse invadir por el pánico. Pero aquello supuso una fuerte impresión, el impacto de la repentina presencia de Niema fue tan potente como si le hubieran propinado un puñetazo en el estómago. No se había dado cuenta de cuánto había ansiado verla; de no ser así, ¿por qué habría de soltar impulsivamente algo que guardaba de ellas de cinco años atrás?.

Casi nadie que le conocía por primera vez sabía su verdadero nombre. Así era más seguro para ambas partes. Entonces, ¿por qué se lo había dicho a ella, a aquella mujer que tenía todos los motivos, si no para odiarle, por lo menos para evitarle? Ella le había oído, en efecto, decirle a su marido que se suicidara. Ella había estado allí de pie, mirándole con sus ojos negros como la noche y el rostro blanco como el papel a causa de la impresión, cuando él le dijo a Dallas que apretara el botón que pondría fin a su vida y completaría la misión. Aquello no era algo que una mujer pudiera olvidar, ni perdonar.

Niema estaba ahora casi igual de pálida. Por un instante abrigó la esperanza de que no hubiera sabido nada de él hasta entonces. Era posible; andaba en operaciones secretas, su nombre se susurraba entra la gente en las operaciones, pero ella trabajaba en la parte técnica y rara vez, si acaso, entraba en contacto con los que operaban sobre el terreno.

Tragó saliva.

John Medina es.. solamente una leyenda - dijo Niema con la voz tensa, y él supo que efectivamente había oído hablar de él.

-Gracias- repuso en tono natural-, aunque no sé si me gusta la palabra “solamente”. Soy bastante real. ¿Quieres darme un mordisco para

comprobarlo?- Se sentó sobre el borde del escritorio del Frank, con un pie colgando, en una postura totalmente relajada a pesar de la tensión que le recorría de arriba abajo.

-Creía que el mejor método era pellizcarte.

-Yo prefiero los mordiscos.

El color tiñó las mejillas de Niema, pero no apartó la mirada.

- Tenías los ojos castaños - le acusó- . Ahora son azules.

-Lentillas de color. El azul es mi verdadero color de ojos.

-O a lo mejor ahora llevas puestas las lentillas.

-Acércate y mira - invitó. Pero, tal y como había esperado, ella no deseaba estar tan cerca de él.

Niema recobró la compostura y se recostó en la silla. Cruzó las piernas y adoptó una actitud tan relajada como la de él, puede que incluso más; aquel movimiento hizo que John se fijase en sus piernas, en los escasos centímetros de muslo que ella dejaba ver. Nunca le había visto las piernas; había llevado pantalones en todo momento, y con frecuencia estos quedaban modestamente ocultos por el chador. Eran unas piernas muy bonitas; esbeltas, bien torneadas, ligeramente bronceadas. Niema aún parecía encontrarse en buena forma, como si hiciera ejercicio de forma regular.

Al darse cuenta bruscamente de la reacción de su cuerpo, John volvió a imponerse el control. Levantó la vista y descubrió que ella le estaba mirando, y automáticamente se preguntó si habría cruzado las piernas para distraerle. En ese caso, el truco había funcionado. Se sintió irritado consigo mismo, porque el sexo era una de las distracciones más antiguas, más trilladas, y aún así se había permitido a sí mismo caer en ella.

-¿Ya se han presentado?- preguntó Frank en tono afable, lanzando una mirada a John para darle la iniciativa de decir a Niema el nombre que hubiera elegido.

-Dice que su nombre auténtico es John Medina - dijo Niema.

Su tono de voz fue frío y calmo, y una vez más John tuvo que admirar su aplomo-. Hace cinco años le conocí como Darrell Tucker.

Frank lanzó otra fugaz mirada a John, esta vez llena de sorpresa por el hecho de que hubiera revelado tan rápidamente su verdadera identidad.

-Tiene un montón de nombres; forma parte de su trabajo.

-Entonces es posible que John Medina sea también un nombre falso.

-No puedo serle de utilidad en eso- respondió Frank con irónico humor-. Le conozco casi desde toda su vida, y es el auténtico MxCoy….o Medina, en este caso.

John observó como Niema absorbía aquello, vio en sus ojos la rápida sospecha de que Frank pudiera estar mintiendo también. No era ninguna pobre ingenua que se creía cualquier cosa, pero tampoco tenía experiencia en disimular completamente lo que pensaba y lo que sentía.

-¿Por qué estoy aquí?- preguntó bruscamente, posando la mirada en John.

Frank volvió a centrar la atención en él.

-Tenemos una.....situación.- Sirvió una taza de café y se la entregó a Niema.

-¿Qué tengo yo que ver en ella?¿Podría tomar leche y azúcar, por favor?.

Aquella sencilla pregunta descolocó a Frank, desacostumbrado como estaba a las cuestiones domésticas. Dirigió una mirada de pánico a la bandeja como si tuviera la esperanza de que se materializase lo que Niema había pedido.

-Ah...yo....

-No se preocupe- repuso ella, y bebió tranquilamente un sorbo de su café solo-. Puedo tomármelo así. ¿Qué situación es esa?

John reprimió una carcajada. Como bien recordaba, Niema siempre tomaba el café solo. Aquello era sólo un poco de provocación por su parte, una forma de devolver el golpe a Frank por haberle dado aquel susto. Siempre había sido perfectamente capaz de mantenerse firme cuando estaba con el equipo, y darse cuenta de ello seguía sorprendiéndole ahora tanto como antes, porque tenía todo el aspecto de una dama.

Frank le miró como si le estuviera pidiendo ayuda. John se encogió de hombros. Aquel era un pequeño numerito montado por Frank, que él se las arreglara pues. No tenía idea de la razón por la que Niema estaba allí, excepto el torpe intento de Frank de hacer un poco de casamentero. Probablemente Frank pensaba que él necesitaba relajarse un poco de su dura labor de soldado, y ya que había admitido que se sentía atraído por Niema....

Bueno , ¿por qué no?. Excepto que Frank no había estado en Irán, y no había visto el rostro de Niema mientras él le ordenaba a su marido que se suicidase, o de lo contrario habría sabido por qué.

-Eh... Nos interesa mucho el trabajo que viene haciendo usted. Un dispositivo de escucha indetectable será algo de incalculable valor. Y sucede que en este momento lo necesitamos urgentemente. Usted sabe más que nadie de ese dispositivo, ya que es quien lo ha diseñado. También posee algo de experiencia sobre el terreno...

-No - interrumpió ella-. No hago trabajos de campo.- Volvía a estar pálida de nuevo, y tenía la mandíbula tensa. Se puso de pie-. Si esa es la única razón por la que quería hablar conmigo, lamento que los dos hayamos malgastado nuestro tiempo. Habría bastado con una llamada telefónica, y usted podría haberse ahorrado la molestia de traerme aquí. - Hizo una pausa y acto seguido murmuró irónicamente-: Dondequiera que esté este lugar.

-No ha oído todos los detalles- replicó Frank, lanzando otra rápida mirada a John-. Y podría añadir que es usted una empleada de la Agencia, no un agente independiente.

-¿Vas a despedirla si se niega?- preguntó John con interés, sólo para obligar a Frank a comprometerse y hacerle sentir un poco más violento.

-No, claro que no.....

- En ese caso no tenemos más de que hablar - dijo Niema con firmeza- . Por favor, hagan que me lleven a casa.

Frank suspiró y se rindió.

-Por supuesto. Le pido disculpas por las incomodidades, señora Burdock. - No era un hombre acostumbrado a disculparse, pero lo hizo bien.

John le permitió que hiciera el ademán de coger el teléfono antes de interrumpirle.

-No te molestes- le dijo con soltura, abandonando su posición descuidada contra el escritorio-. Yo la llevaré a casa.

CAPÍTULO 6

Niema subió al coche y se abrochó el cinturón de seguridad.

-¿No deberías vendarme los ojos o algo así?- preguntó irónica, como si sólo estuviera bromeando a medias. Frente a ellos, la puerta del garaje se deslizó hacia arriba. John salió y dobló a la izquierda al llegar a la calle.

Tucker - no, tenía que acostumbrarse a pensar en él como Medina - sonreía.

-Sólo si tú quieres. No me digas que te han vendado los ojos para traerte aquí.

-No, pero mantuve los ojos cerrados.

No hablaba en broma. No había querido saber donde vivía el director adjunto de operaciones. Había perdido su gusto por la aventura hace cinco años, y saber dónde vivía Frank Vinay era la clase de información que podía ser peligrosa.

La sonrisa de Medina se ensanchó. En realidad era un hombre muy atractivo, pensó Niema al contemplar sus rostro a la mortecina luz verde de los faros del coche. En los cinco últimos años, cuando se había acordado de él lo había hecho para rememorar lo ocurrido, no su aspecto, y su cara se le había borrado de la memoria. No obstante, le reconoció inmediatamente, incluso sin la poblada barba que llevaba entonces. Verle le había supuesto una impresión más fuerte de lo que había pensado que sería, pero por otra parte, jamás había imaginado que le vería de nuevo, así que no había modo alguno de haber podido prepararse para ese momento. Tucker - no, Medina- era una parte tan importante de lo peor que le había pasado nunca que el solo hecho de oír su voz la hizo retroceder cinco años en el tiempo.

-Debería haber sabido que eras un empleado de la CIA en vez de un agente contratado.-En retrospectiva, se sentía como una crédula idiota, pero es que las cosas siempre se veían con más claridad en el espejo retrovisor de la mente.

-¿Por qué ibas a saberlo?- Medina parecía interesado-. Mi tapadera era de agente independiente.

Mirando hacia atrás, Niema se dio cuenta de que Dallas lo sabía, y por eso había instado a Medina a que permaneciera en la retaguardia en vez de arriesgarse a ser capturado. Y Dallas, un es SEAL acostumbrado a órdenes y datos de máxima seguridad, se había guardado esa información para sí y no se la había revelado ni siquiera a ella, su mujer. Pero ahora Niema trabajaba para la Agencia, y sabía que así eran las cosas. Uno se guardaba todo, no le decía a los amigos ni vecinos qué hacía para ganarse la vida, y la discreción se convertía en una segunda naturaleza.

-Dallas lo sabía ¿ verdad?- preguntó, sólo para confirmarlo.

-Sabía que yo no era un agente independiente, pero no sabía cuál era mi verdadero nombre. Cuando trabajé para él anteriormente, me conoció como Tucker.

-¿Por qué me lo has dicho a mí? No era necesario.- Deseó que no lo hubiera hecho. Si aún la mitad de los rumores que había oído acerca del esquivo y oscuro John Medina eran ciertos, no quería saber quién era en realidad. En este caso, la ignorancia era más segura que la discreción.

-Tal vez sí lo fuera.

Su tono era pensativo, y no se explicó más.

-¿Por qué usabas una tapadera con nosotros? Formábamos un equipo. Ninguno de nosotros estaba allí para atraparte.

-Si ninguno sabíais mi verdadero nombre, en caso de que alguno fuera capturado, no podríais revelarlo.

-¿Y si te hubieran capturado a ti?

-No lo hubieran hecho.

-¿Oh? ¿Y cómo ibas a impedirlo?

-Con veneno- respondió él en tono práctico.

Niema se encogió sobre sí misma. Sabía que algunos operativos, en los tensos días de la Guerra Fría, llevaban consigo una píldora suicida, normalmente de cianuro, que debían tragarse antes que permitir que les capturasen. El hecho de saber que John Medina hacía los mismo le revolvió el estómago.

-Pero…

-Es mejor que ser torturado hasta la muerte. - Medina se encogió de hombros.- Con los años, he fastidiado a un montón de gente. A todos ellos les gustaría tener la oportunidad de despedazarme.

Por lo que Niema había oído acerca de sus hazañas, Medina estaba siendo muy modesto. Incluso se rumoreaba que había matado a su propia esposa porque había descubierto que era un agente doble y que estaba a punto de sacar a la luz un topo introducido en las altas esferas. Niema no se creía aquel rumor en particular, pero tampoco se había creído que John Medina fuese un hombre real. Ninguna de las personas que habían hablado de él le había tratado ni visto, ni conocía a nadie que le hubiera tratado o visto tampoco. Niema le consideraba una especie de…. mito urbano, aunque restringido a los círculos de inteligencia.

Le costaba trabajo asimilar que no sólo era real, sino que ella le conocía. Y todavía más asombroso era el hecho de que él aceptase de buen grado todo lo que conllevaba ser quien era, como si su notoriedad fuera simplemente el precio que tenía que pagar para hacer lo que quería.

-Dadas tus circunstancias- dijo Niema con aspereza-, tampoco deberías habérmelo dicho a mí.- El hecho de que se lo hubiera revelado la hacía sospechar.

-En realidad, ha sido tan grande la sorpresa de verte que lo he soltado impulsivamente, sin pensar.

La idea de haberle pillado con la guardia baja resultaba tan impropia de él que Niema dejó escapar un bufido.

-Venga, no me tomes el pelo.

-Es cierto- murmuró él-. No sabía que iba a encontrarte allí.

-¿No tenías idea de que el señor Vinay quería que yo.... bueno, sea lo que sea lo que quería que yo hiciera? ¿Y tú te presentaste por casualidad, sin más?¿ No te parece poco probable?

-No lo es, pero todos los días ocurren cosas poco probables.

-¿Él espera que tú me convenzas para que acepte el trabajo?

-Tal vez. No sé lo que está pensando.- Ahora su tono llevaba un toque de irritación.- Tendrás que preguntarle qué ángulos son esos.

-Puesto que no voy a aceptar el trabajo, sea lo que sea, no importa qué ángulos son, ¿no?

Medina sonrió de pronto- No creo que esperase que le rechazaras, sobre todo no tan deprisa. No hay muchas personas que puedan decirle que no.

-Entonces le ha venido bien tener esa experiencia.

Él dijo con admiración:

-No me extraña que Dallas estuviera loco por ti. Tampoco había muchas personas que pudieran estar a su nivel. Parecía tan duro como era en realidad.

Sí, así era. Dallas medía casi uno ochenta y pesaba más de cien kilos en forma de músculo. Sin embargo, su principal fuerza no estaba en su cuerpo, por muy soberbio que fuera; su mente, su determinación y su tenacidad eran lo que le hacía....extraordinario.

Niema nunca había podido hablar con nadie acerca de Dallas. Durante los últimos cinco años, los recuerdos que guardaba de él habían permanecido encerrados en su interior. No habían estado casados mucho tiempo ni tampoco se habían conocido tanto el uno al otro, de manera que no habían tenido tiempo para desarrollar un círculo de amigos. Habían viajado mucho a causa de su trabajo; se habían casado a toda prisa en Reno, habían pasado aquellas maravillosa luna de miel en Aruba, y después Dallas se había ausentado durante seis meses y ella se había quedado en Seatle, trabajando en un sistema de vigilancia para aduanas. Entre una cosa y otra, ni siquiera habían conocido a sus respectivas familias.

Tras la muerte de Dallas, ella se fue a Indiana y se reunió con la gente de su marido, estrechó manos, lloró con ellos, pero esa gente se quedó demasiado impresionada, demasiado implicada en los cómos y los porqués para reavivar los recuerdos. Les escribió esporádicamente, pero no habían tenido tiempo para desarrollar una relación antes de que Dallas falleciera, y después ninguna de las dos partes parecía tener fuerzas suficientes para hacerlo.

Su propia familia, su agradable y normal familia de Council Bluffs, Iowa, se había mostrado comprensiva y atenta, pero ninguno de ellos consiguió del todo ocultar su desaprobación del hecho de que Dallas y ella estuvieran en Irán, para empezar. Toda su familia, sus padres, sus hermanos Mason y Sam, su hermana Kiara, no deseaban más que la conocida rutina de un trabajo de nueve a cinco, casarse, tener hijos, vivir en la misma ciudad desde la cuna hasta la tumba, conocer a todo el mundo del

barrio, y hacer la compra en la misma tienda todas las semanas. No habían sabido qué hacer con la loca que tenían en casa, no tenían ni idea de qué era la inquietud de ver más, la necesidad de hacer más, que la habían empujado a abandonar su hogar y buscar aventuras.

Durante estos cinco años había hecho penitencia y había vivido sola con unos recuerdos que nadie más compartía. Tal vez susurrase el nombre de Dallas en su mente, o puede que en ocasiones en las que estaba a solas aflorase la pena y pronunciase el nombre en voz alta como un gemido dolorido y sin respuesta, pero no había podido hablar de él con nadie.

Pero Medina le había conocido, había estado allí. Él la entendería. De todos, él era el único que la entendería totalmente.

No se había resistido a que él la llevara a casa; Medina no era responsable del sentimiento de culpa que la embargaba. Tal vez necesitaba hablar con él, dejar atrás aquella parte del pasado. Podría haberlo hecho ya hubiera sabido cómo entrar en contacto con él, pero cuando llegaron a París él se esfumó.

Entrelazó las manos sobre el regazo y fijó la mirada más allá del parabrisas, en las oscuras calles por las que iban pasando. Se preguntó si Dallas la amaría ahora, si reconocería a la mujer en que se había convertido. Dallas se había enamorado de una joven atrevida que tenía gusto por la aventura. Pero aquellos días se habían terminado; se acabó lo de correr riesgos.

-Nunca llegué a darte las gracias- murmuró- por lo que hiciste.

Él enarcó las cejas, sorprendido, y le dirigió una rápida mirada de soslayo.

-¿Darme las gracias?

Niema tuvo la impresión de que él no estaba sorprendido, sino estupefacto.

-Por sacarme de Irán- explicó, y se preguntó por qué necesitaba hacerlo-. Sé que supuse una nueva responsabilidad.- Un caso desahuciado era mejor descripción. Había borrado de su memoria amplios fragmentos de aquellos días; no conseguía acordarse del momento en que salieron de la cabaña. Sí que recordaba haber caminado a través de las montañas frías y oscuras. Sintiéndose tan intensamente desgraciada que no percibía ningún dolor físico.

-Se lo prometí a Dallas.

Fue una frase sencilla, a toda prueba.

Resultó doloroso volver a oír el nombre de Dallas pronunciado en voz alta. En cinco años, no había pasado un solo día sin que pensara en su marido. Aquel terrible dolor desapareció, reemplazado a veces por una sensación dolorida, de soledad, pero principalmente recordaba los buenos momentos que había vivido con él. Lamentó que no hubieran pasado más tiempo juntos, que no hubieran tenido la oportunidad de descubrir todas las insignificancias de cada uno. El hecho de oír su nombre trajo de nuevo el dolor, pero ahora venía suavizado, rebajado hasta un nivel soportable, y captó una nota de pesar en la voz de Medina. Lo que el tiempo no había

mitigado era su propio sentimiento de culpa, el hecho de saber que Dallas no habría formado parte de aquella misión si ella no hubiera querido aceptarla.

Y quizás no fuera ella la única persona que se sentía culpable. Medina, bajo el disfraz que fuera, la asombraba por ser un hombre capaz de hacer lo que era oportuno y después olvidarse se ello, tal como se lo había prometido a Dallas, cuando habría sido mucho más fácil abandonarla para que muriese congelada en aquellas montañas. No se le ocurría qué era lo que le había motivado, pero de todos modos se sentía profundamente agradecida.

-¿Crees que yo te eché la culpa a ti? - le preguntó con suavidad-. No. Jamás lo hice.

Otra vez le sorprendió. Le miró, y vio cómo apretaba la mandíbula.

-A lo mejor deberías haberlo hecho- repuso Medina.

-¿Por qué? ¿Qué podrías haber hecho tú?- Había revivido aquella noche un millar de veces a lo largo del duro viaje de aceptación de la realidad- Nunca podríamos haberle sacado vivo de aquella fábrica, y mucho menos de Irán. Tú lo sabías, y el también. Él escogió completar la misión y prefirió una muerte rápida a otra lenta y terrible. - Consiguió esbozar una sonrisa torcida-. Igual que tú con tu píldora de cianuro.

-Fui yo quién le dijo que apretase el botón.

-Lo habría hecho dijeras tú lo que dijeras. Era mi marido, y yo sabía cuando me casé con él que era un maldito héroe.-Sabía qué clase de hombre era Dallas, sabía que él pensaría que tenía que terminar la misión a cualquier coste, y ese coste incluía su vida.

Medina guardó silencio y se concentró en conducir. Ella le indicó dónde tenía que girar. Vivía en McLean, en la misma orilla del río que Langley, así que le resultaba fácil ir y venir al trabajo.

Hubo otra ocasión anterior en la que iba sentada a su lado mientras él conducía en medio de la noche, igual de callado. Fue después de que Hadi hubiera “aligerado” un Ford Fairlane de 1968 del pueblo iraní. Llegaron juntos a Teherán, luego Hadi se marchó por su cuenta y Medina y ella continuaron solos. Ella estuvo afiebrada y dolorida, golpeada por el sufrimiento de culpa, sin ser de utilidad para nada.

Y aún así, Medina cuidó de ella. Cuando se le infectó la herida que le produjo el clavo en el brazo, él consiguió en alguna parte un vial de antibiótico y le puso una inyección. Se aseguró de que comiera y durmiera, y la sacó pro la frontera en dirección a Turquía. Él estuvo a su lado durante la primera fase de aquel horrible paroxismo de dolor y no trató de consolarla, pues sabía que llorar era mejor que guardarse la pena dentro.

En resumen, le debía la vida a aquel hombre.

Culpar a Medina, habría sido fácil, mucho mas fácil que culparse a sí misma. Pero aquella fuerza interior que había atraído a Dallas por encima de todo hizo que le fuera imposible, tras su muerte, hacer otra cosa que enfrentarse a la verdad: Cuando Medina les propuso a Dallas y a ella aquel trabajo, Dallas quiso declinar la oferta. Fue ella la que quiso aceptarla. Podía decirse a sí misma que la misión era importante, y lo era, pero había otros hombres que podía haber reclutado Medina si Dallas y ella se hubieran negado.

Sí, Dallas era muy bueno con los explosivos. Ella era muy buena con la electrónica, ya se tratara de montar una radio o un detonador que funcionase o de pinchar una línea telefónica. Pero también había otras personas que sabían hacer lo mismo, y habrían hecho el trabajo igual de bien. Ella quería ir, no porque fuera imprescindible, sino porque ansiaba la aventura.

De niña siempre fue la que trepaba más alto a los árboles, la que, anudaba varias sábanas y las utilizaba para descender de la ventana del segundo piso, donde estaba su habitación. Le encantaba la montaña rusa y hacer rafting en aguas bravas, e incluso había jugado con la idea, durante una época en el instituto, de trabajar en una brigada antibombas. Para alivio de sus padres, en lugar de eso empezó a estudiar electrónica e idiomas, sólo para descubrir que su pericia la alejaba más de casa y la acercaba más al peligro de lo que nunca hubiera sido el caso si trabajase con la brigada antibombas local.

Niema conocía su propia naturaleza. Amaba la emoción, la adrenalina que provocaba el peligro. Había buscado esa emoción, aunque en un legítimo empeño de lograr ese objetivo, y conseguido que matasen a Dallas. Si no hubiera sido por ella, se habrían ido a buscar una casa a la costa de Carolina del Norte, tal como él quería.

Si no hubiera sido por ella, Dallas aún estaría vivo.

Así que había abandonado aquella vida de alto voltaje que tanto había amado. El coste era demasiado alto. El último pensamiento de Dallas había sido para ella, y saber eso significaba demasiado para ella como para que ahora volviese a poner en peligro su vida alegremente.

Medina se acercó al bordillo, superó ligeramente la entrada a la casa de Niema y después dio marcha atrás para dejar el coche enfilado hacia la salida. Con las llaves en la mano, Niema salió del automóvil. Dallas también aparcaba de forma que el vehículo quedase con el morro hacia fuera, una precaución que permitía moverse más rápidamente y hacía más difícil que a uno le bloquearan el paso. Era curioso que no hubiera pensado en eso durante años; ella simplemente aparcaba en el garaje, igual que millones de personas. Pero el método de Medina le trajo un montón de recuerdos a la cabeza; la alerta súbita, los sentidos aguzados, el pulso acelerado. Se sorprendió a si misma mirando a su alrededor, escudriñando las sombras, buscando algún movimiento con su visión periférica.

Medina había hecho lo mismo, sólo que su examen fue mucho más rápido y rutinario.

-Maldita sea -dijo Niema irritada, y echó a andar por la acera en dirección a la pequeña marquesina que protegía la entrada principal.

-¿Maldita sea, por qué?- Él se encontraba a su lado, moviéndose en silencio, situándose para llegar primero a la marquesina. No había nadie al acecho, tampoco era que lo esperara; sólo deseó no haberse dado cuenta de lo que estaba haciendo Medina.

-No hay de nada de malo estar alerta y al tanto de lo que te rodea.

-Eso si yo fuera del servicio secreto, o incluso policía, pero no lo soy. Yo sólo me dedico a juguetear con artilugios. Lo único que puede andar acechando por entre los arbustos es un gato.

Medina hizo ademán de coger la llave de la casa, pero ella le detuvo con una mirada.

-Me estás volviendo paranoica. ¿Hay alguna razón para todo esto?- le preguntó mientras abría la puerta y la empujaba. No ha sucedido nada siniestro; no ha habido disparos ni explosiones.

-Lo siento, es la costumbre.

Niema había dejado un par de luces encendida, y Medina observó el interior de la casa con interés.

-¿Quieres entrar? Al final no hemos conseguido tomar café en casa de Vinay.

Hasta que se oyó a sí misma decir aquello, no se dio cuenta de que iba a invitarle a entrar. No había entre ellos una relación precisamente de mucha confianza, aunque a decir verdad, Niema estaba sorprendida de lo fácil que había resultado hablar con él. Aun así, él seguía siendo John Medina, y no un tranquilo, fiable y respetable burócrata que acabara de llevarla a cenar.

Medina entró en la casa. Con la cabeza alta y en actitud de alerta, con su mirada examinándolo todo, absorbiendo detalles, observando cómo ella abría la puerta del armario del vestíbulo y desactivaba el sistema de seguridad. Niema tuvo la repentina sensación de que él podría descubrir todo lo que había visto en aquel somero barrido, y tal vez incluso decirle el código de seguridad.

Cuando se disponía a cerrar de nuevo el armario, Medina le dijo: -Hazme el favor. Vuelve a conectar la alarma.

Dado que él tenía buenas razones para tener en cuenta la seguridad, Niema le complació.

Había comprado la casa hace tres años, cuando un importante aumento de sueldo le proporcionó los medios necesarios para comprar en vez de alquilar, incluso con los escandalosos precios que tenían las propiedades de alrededor de D.C. Era demasiasdo grande para una persona sola, con sus tres dormitorios y dos baños y medio, pero ella lo justificó diciéndose que así dispondría de espacio para su familia cuando vinieran a verla, aunque nunca lo habían hecho, y que los tres cuartos de baño le permitirían vender la casa con más facilidad en caso de que alguna vez decidiera que quería otra cosa.

La construcción poseía un estilo vagamente español, con puertas y ventanas en forma de arco. Había pintado ellas misma las paredes interiores, y había escogido un color salmón suave para la mayor parte de la casa, mientras que lo muebles eran de un verde oscuro y turquesa. La moqueta lucía un indistinto color beige, pero como se encontraba, en vez de cambiarla la había cubierto con una alfombre de dibujos geométricos en verdes, azules y salmones. El efecto era fresco y acogedor, femenino sin resultar recargado.

-Es muy agradable- dijo Medina, y Niema se preguntó qué conclusiones habría sacado sobre ella al ver la forma en que había decorado la casa.

-La cocina está por aquí.

Se adelantó y encendió la luz del techo. Adoraba su cocina. Se trataba de una estancia alargada, con una fila de ventanas en la pared derecha. El centro estaba ocupado por una isleta larga y estrecha cuya superficie de azulejos azules y terracota proporcionaba una maravillosa zona de trabajo para cualquier proyecto culinario, por muy ambicioso que fuera. En el alféizar de las ventanas había unas pequeñas macetas de hierbas que prestaban su fragancia al aire. El extremo más alejado de la cocina era un acogedor reservado para tomar el desayuno, con una mesa pequeña y dos sillas flanqueadas por frondosos helechos.

Se puso hacer el café mientras Medina se acercaba a las ventanas y cerraba todos los estores.

-¿No terminas cansado?- le preguntó-. ¿Tener que estar siempre en guardia?

-Ya ni siquiera pienso en ello, llevo mucho tiempo haciéndolo. Y tú deberías cerrar los estores de todos modos.- Paseó por la cocina con las manos en los bolsillos. Se detuvo enfrente del bloque de madera de roble que servía de soporte para los cuchillos, extrajo el más grande y probó el filo con el pulgar antes de devolverlo a su sitio. La siguiente parada la hizo junto a la puerta trasera, cuya mitad superior era de vidrio; también bajó lo estores y comprobó la cerradura.

-Suelo hacerlo. No me gusta invitar al peligro.- Nada más decirlo, se dio cuenta de su propia mentira. No había mayor peligro que John Medina, y al invitarle a entrar, era exactamente lo que había hecho.

-Aquí necesitas una cerradura más fuerte- dijo él en tono ausente-. De hecho, necesitas una puerta nueva. Lo único que tiene que hacer alguien para entrar es quitar uno de estos cristales y abrir la cerradura.

-Será lo primero que haga por la mañana.

La sequedad de su tono debió afectarle, porque volvió la vista hacia ella y sonrió.

-Lo siento. Tú ya sabes todo eso ¿ verdad?

-Verdad.- Sacó dos tazas del armario-. El índice de criminalidad de este barrio es bajo, y yo poseo un sistema de seguridad. Supongo que si alguien quisiera entrar en mi casa, podría romper cualquier ventana y entrar por ella, no sólo por la puerta .

Medina separó una de las altas baquetas de la isleta y apoyó en ella la cadera. Parecía relajado, se dijo Niema, aunque la gustaría saber si de verdad lo estaba, dado quién era y lo que hacía. Sirvió el café y dejó una taza frente a él, y luego le miró cara a cara desde el otro lado de la superficie de azulejo de la isleta.

-Muy bien, ahora dime por qué me has traído a casa, y no digas que ha sido por los viejos tiempos.

-Entonces no lo diré- Pareció perderse en sus pensamientos durante unos instantes mientras sorbía lentamente su café, pero fuera lo que fuese

lo que le distrajo desapareció enseguida-. ¿Cómo es de indetectable ese nuevo micrófono que has inventado?. Háblame de él.

Ella compuso una mueca.

-Nada es totalmente indetectable, ya lo sabes. Pero este no causa fluctuación alguna en el voltaje, así que un osciloscopio no puede captarlo. Pero si alguien hiciera un barrido con un detector de metales, ya sería otra historia.

-Frank parecía muy interesado.

Niema se puso inmediatamente alerta.

-No es para tanto, porque, como he dicho, sólo funciona en determinadas situaciones. Si se conoce el modo que alguien emplea habitualmente para buscar dispositivos como este, se puede hacer el micrófono de forma que encaje a la medida.¿ Por qué te lo mencionó siquiera?- El micrófono tenía aplicaciones útiles, pero distaba mucho de ser un descubrimiento trascendental que fuera a cambiar la manera de obtener información. ¿Por qué iba a conocerlo siquiera el director adjunto de operaciones, y mucho menos llamarla a ella para que acudiera a su domicilio particular?.

-Yo le pregunté qué tal te iba. Él me dijo en qué estabas trabajando.

Su precaución se trocó en abierta suspicacia. De acuerdo, era factible que Medina preguntase por ella, pero eso no explicaba por qué Vinay iba a saber nada de ella y mucho menos de su actual proyecto.

-¿Por qué iba a saber nada de mí el DAO?. Trabajamos en departamentos totalmente diferentes.- La amplía mayoría de los empleados de la CIA no eran los fascinantes agentes que uno veía en el cine, sino administrativos, analistas y aburridos técnicos. Hasta lo de Irán, Niema había ansiado sentir la emoción del trabajo de campo, pero ya no. Ahora estaba contenta de trabajar en el lado de la electrónica de las labores de inteligencia y venir a su casa todas las noches.

-Porque yo le pedí que te vigilase.

Aquella desnuda confesión la dejó estupefacta.

-¿Por qué hiciste tal cosa?- No le gustaba la idea de ser constantemente controlada.

-Quería saber si estabas bien, y además, nuca pierdo la pista de una persona cuya pericia puede serme útil de nuevo.

Niema sintió que la recorría un escalofrío. Ahora comprendió por qué él la había llevado a casa; quería devolverla al mundo del que ella se había alejado al morir Dallas. Era como poner un vaso de whisky debajo de la nariz de un alcohólico, pretendía atraerla para separarla de lo estrecho y formal. No podría hacerlo a menos que ella sintiera todavía aquella antigua necesidad de buscar ese golpe de adrenalina, pensó cada vez más presa del pánico. Si había cambiado verdaderamente, nada que él dijera podría tentarla a abandonar la vida tan segura que se había construido.

Pensaba que había cambiado. Creía que aquella sed de emociones había desaparecido. Entonces, ¿ por qué se sentía tan aterrada, como si el olor de la aventura estuviera a punto de hacerla saltar del vagón?

-No te atrevas a pedir……- empezó.
-Te necesito, Niema.

CAPITULO 7

Maldita sea, ¿por qué no había vuelto a casarse?, pensó John vehementemente. ¿O por lo menos no había establecido una segura relación con algún tranquilo burócrata de los que trabajaban de nueve a cinco?

John había permanecido alejado de ella por un montón de buenas razones. Su trabajo no favorecía las relaciones personales. Tenía aventuras efímeras, nada que se pareciera a un compromiso emocional. Pasaba meses enteros ausente, sin posibilidad de comunicarse. Su esperanza de vida se acortaba.

Además, estaba seguro de que él sería la última persona sobre la faz de la tierra que ella desearía ver. Se quedó desconcertado al darse cuenta de que no le culpaba de la muerte de Dallas, que no le había culpado nunca. Aunque jamás confió en él, no se lo pasaba por delante de las narices. Hacía falta ser una persona tremendamente justa para absolverle de toda culpa, tal como había hecho ella.

Había aprendido a no atormentarse por las decisiones que había tenido que tomar. Algunas de ellas tan difíciles, que le dejaron su huella en el alma, o en lo que quedaba de ella. Pero las demás personas rara vez veían las cosas de la misma manera, y también había aprendido a desembarazarse de eso. Tal como dijo en una ocasión Jess McPherson, un viejo amigo de su padre, él era una cruz para la gente. Les usaba, les explotaba, y luego o bien les traicionaba o simplemente desaparecía de sus vidas. La misma naturaleza de su trabajo exigía que no permitiese a nadie acercarse lo suficiente como para afectarle emocionalmente. Había olvidado eso una vez, y dejado que una mujer se acercara a él; diablos, si hasta se había casado con ella. Pero Venetia fue un desastre para él, tanto en el plano profesional como en el personal, y, por eso, en los catorce años que siguieron, prefirió vivir en la más absoluta soledad.

En varias ocasiones a lo largo de los cinco últimos años se había sentido aliviado de que Niema Burdock probablemente odiaba la frialdad de él. Eso la dejaba fuera de su radio de acción y anulaba la ocasional tentación de entrar en contacto con ella. Así era mejor. Se limitaría a saber de ella de vez en cuando, a cerciorarse de que estaba bien- después de todo, le había prometido a Dallas que cuidaría de ella-, y nada más.

Esperaba que Niema hubiera encontrado otra persona. Era joven, sólo tenía veinticinco años cuando enviudó, y también poseía inteligencia y belleza. Él hubiera querido que encontrase a otra persona, porque eso la hubiera puesto para siempre fuera de su alcance. Pero no había sido así, y se acabó lo de ser noble.

No iba a darle más oportunidades.

Pero ella iba a echar a correr como alma que lleva el diablo si él simplemente le pedía salir. Tendría que actuar con suavidad, como el que

atrapa una trucha récord mundial con un finísimo hilo de pesca, sin permitirle sentir el anzuelo que va tirando de ella hasta que ya es demasiado tarde para escapar. Tenía de su parte la propia personalidad de Niema, aquella vena aventurera que ella parecía empeñada en enterrar, y una situación muy real que había que abordar con delicadeza y astucia. En contra pesaba el hecho de que, a pesar del inseguro vínculo que se había creado entre ellos en Irán, Niema no confiaba en él; siempre había sabido que era una mujer inteligente.

Frank le había pedido que acudiera a su casa con una excusa fingida, en un intento bien intencionado aunque desmañado de hacer un poco de casamentero. Bueno, tal vez hubiera funcionado. Y tal vez la excusa no era tan fingida después de todo. La mente de John empezó a trabajar a toda velocidad, sopesando beneficios y riesgos, y por fin decidió lanzarse.

- Lo del vuelo de Delta 183 fue un sabotaje. Los laboratorios del FBI han descubierto restos de explosivo, pero no del detonador. Parece tratarse de un material nuevo, que explosiona por sí solo, probablemente basado en RDX e inventado en Europa.

Niema se tapó los oídos.

- No quiero oírlo.

John rodeó la isleta y le bajó las manos, sujetándola con los dedos cerrados alrededor de sus delgadas muñecas.

- Todo lo que ocurre en Europa pasa por un traficante de armas llamado Louis Ronsard. Vive en el sur de Francia.

- No- dijo Niema.

- Necesito que me ayudes a introducirme en sus archivos y averiguar dónde fabrica ese material y quién ha recibido ya algún pedido.

- No- volvió a decir ella, pero con una pizca de desesperación en la voz. No intentó soltarse de él.

- Ronsard es sensible a una cara bonita...

- Santo Dios, ¿pretendes que haga de puta por ti?- preguntó Niema incrédula, entrecerrando los ojos a modo de advertencia.

- Por supuesto que no- replicó John. Por nada del mundo permitiría que Ronsard, ni nadie poseyera a Niema-. Quiero que consigas una invitación a su villa para poner un micrófono en su despacho.

- Probablemente habrá cientos de personas en esta ciudad que podrían hacer eso. No me necesitas a mí.

- Te necesito precisamente a ti. De esos cientos de personas que podrían hacer este trabajo, ¿cuántas son mujeres? Porque puedo garantizarte que ningún hombre va a captar el interés de Ronsard y conseguir que le invite a su villa. ¿Cuántas? ¿Veinte, quizá? Pongamos que cien. Ronsard tiene treinta y cinco años; ¿cuántas mujeres de esas cien tienes más o menos esa edad? Y de esas, ¿cuántas son tan atractivas como tú? Niema tiró de las muñecas, John se limitó a apretarlas un poco más teniendo cuidado de no hacerle daño. La tenía tan cerca que podía distinguir la textura aterciopelada de su piel.

- Tú hablas francés...

- Lo tengo muy oxidado. - Lo recuperarás en nada. Necesito alguien que sea joven, guapa, que hable el idioma y que posea la capacidad necesaria. Tú cumples todos los requisitos.

- ¡Búscate a otro! - exclamó Niema furiosa-. No intentes decirme que no has podido encontrar un agente independiente que cumpla con todas tus condiciones, alguien que no sepa tu verdadero nombre. Haces que parezca como si yo fuera una especie de Mata Hari, pero jamás he hecho ningún trabajo secreto. Probablemente conseguiría que nos matasen a los dos…

- No, no lo harías. Ya has estado en otras operaciones…

- Hace cinco años. Y sólo me ocupé de la parte técnica, no de representar un papel.- Y añadió fríamente-: ese es tu fuerte. John dejó que el golpe le resbalase por la espalda. Al fin y al cabo, Niema tenía razón.

- Te necesito- repitió-. Sólo esta vez.

- Esta vez, hasta que surja otra cosa y decidas que me "necesitas" de nuevo.

- Niema…- Le frotó la cara interna de las muñecas con los pulgares en una sutil caricia, y después la soltó y se apartó unos pasos para coger su taza de café. Ya la había presionado bastante físicamente; ahora era el momento de retroceder y devolverle el control de sí misma para que no se sintiera tan amenazada-. Te he visto trabajar,. Eres rápida, eres buena, y puedes construir un transmisor usando piezas de desecho. Eres perfecta para este trabajo.

- En el último trabajo quedé hecha añicos.

- Acababas de oír cómo moría tu marido.- Lo dijo a bocajarro, y vio cómo ella se estremecía-. Te estaba permitido mostrarte un poco neurótica por la situación, y sin embargo mantuviste el tipo; no tuvimos que cargar contigo. Ella le dio la espalda y se frotó distraídamente las muñecas.

- Por favor.

De todas las cosas que podría haber dicho, aquello era lo más inesperado. Niema sintió que se le tensaba la columna vertebral.

- No trates de ablandarme con palabras.

- Ni soñarlo- murmuró él.

- Eres tan endiabladamente sinuoso. Lo supe la primera vez que te vi. Maniobras, manipulas y…- Se interrumpió y se volvió para mirarle. Tragó saliva, y sus grandes ojos oscuros parecieron acosados-. Maldito seas- susurró.

Él permaneció en silencio, dejando que el cebo la atrajera. El peligro creaba tanta adicción como cualquier droga. Bomberos, policías, agentes de las fuerzas especiales, operativos sobre terrenos, hasta el personal de urgencias de los hospitales; todos sabían lo que era esa sensación, la increíble emoción que siente uno cuando todos los sentidos se ponen alerta y la piel parece ya incapaz de contener toda la energía que vibra en los músculos. Unidades antidisturbios, agentes de la DEA, todos eran yonquis de la adrenalina. Igual que él. Igual que Niema.

John hacía lo que hacía en parte porque amaba su país y alguien tenía que meterse en las cloacas para ocuparse de la mierda, y en parte porque le

encantaba vivir en el filo de la navaja, continuamente al borde del desastre, contando sólo con su destreza y su inteligencia para sobrevivir. Niema no era distinta. Ella quería serlo, pero no lo era.

- ¿Sabes cuál es la incidencia del terrorismo?- preguntó John como quien no quiere la cosa-. No es algo que sucede en otros países; ocurre aquí, todo el tiempo. El vuelo 183 es sólo el episodio más reciente. En 1970, Orlando, en Florida, fue amenazada con un ingenio nuclear si no soltaba un millón de pavos. En 1977, varios musulmanes de Hanafi tomaron rehenes en las oficinas del ayuntamiento de D.C. y en otro par de sitios. En 1985, el FBI capturó a tres indios sijs que habían sido enviados aquí con una lista de personas a las que asesinar. También está la bomba que pusieron en el World Center. Y Lockerbie, en escocia. Diablos, podría darte una lista de un metro de larga.

Ella agachó la cabeza, pero John tenía toda su atención.

- La mayoria de explosivos los descubrimos gracias al detonador, no al explosivo en sí. Si esos hijos de puta nos vienen ahora con un explosivo que empieza siendo un compuesto estable, que luego se degrada y se vuelve inestable, tenemos un problema importante. Un solo puente que explote puede bloquear el transporte a lo largo de toda la costa este. La voladura de una presa supone una amenaza para nuestra red eléctrica. Los aviones son especialmente vulnerables. Así que necesito averiguar dónde se está fabricando ese material, y Ronsard es mi mejor baza. Con el tiempo lo averiguaré de alguna otra manera, pero ¿cuánta gente morirá mientras tanto?

Niema seguía sin responder. John dijo apresuradamente, como si ella ya hubiera aceptado trabajar con él:

- Yo voy a estar allí bajo una tapadera distinta, usando una identidad que llevo un tiempo elaborando. Me gustaría llevarte conmigo como ayudante o como novia, pero Ronsard no es amigo de mandar invitaciones del tipo “invitado y acompañante”. Tú has de ser invitada por separado.

- No. No pienso hacerlo.

- Una vez que estemos dentro, haré que Ronsard nos presente. Fingiré estar muy impresionado contigo, eso nos dará una excusa para estar juntos. Ella negó con la cabeza.

- No voy a hacerlo.

- Tienes que hacerlo. Ya te he contado demasiadas cosas.

- Y ahora tienes que matarme, ¿no es así? Él se metió las manos en los bolsillos. Sus ojos azules brillaban divertidos.

- No estaba pensando en algo tan a lo James Bond.

- Así es como suena todo este asunto, como sacado de una película de James Bond. Tú necesitas a alguien entrenado en historias de capa y espada, no a mí.

- Tendrás tiempo para poner al día tu habilidad para manejar armas. Eso es cuanto necesitas, aunque si todo va bien, ni siquiera lo necesitarás. Entramos, tú colocas el micrófono, yo me meto en sus archivos y los copio, y salimos. Ya está.

- Lo dices como si fuera tan sencillo como lavarse los dientes. Si fuera así de fácil, ya lo habrías hecho. Ese tal... ¿Cómo se llama? ¿Ronsard? Ese Ronsard debe de tener un importante sistema de seguridad.

- Además de un ejército privado que le cuida la casa- admitió John.

- Así que el trabajo es mucho más complicado de lo que intentas que parezca.

- No si todo sale bien.

- ¿Y si sale mal?

Él se encogió de hombros, sonriendo.

- Fuegos artificiales. Niema titubeó. Él lo notó, vio la tentación en sus ojos. Entonces ella sacudió negativamente la cabeza.

- Busca a otra persona.

- No hay nadie más que tenga ni de cerca tus cualidades. El hecho de que lleves cinco años inactiva es una ventaja, porque es probable que nadie te conozca. La comunidad de inteligencia es bastante pequeña. Yo puedo construirte una identidad que pasará la prueba de cualquier investigación que se le ocurra realizar a Ronsard.

- ¿Y tú? Tú no has estado inactivo precisamente.

- No, pero me estoy tomando un montón de molestias para cerciorarme de que nadie sepa cuál es mi aspecto ni quién soy. Confía en mí. Mi tapadera es tan buena que a veces ni yo mismo sé quien soy. Niema rió ligeramente, sacudiendo la cabeza, y John supo que ya la tenía convencida.

- De acuerdo- dijo-. Sé que voy a lamentarlo, pero... de acuerdo.

- John- dijo Frank Vinay lentamente-, ¿tienes idea de lo que vas a hacer?

- Probablemente no. Pero voy a hacerlo de todos modos.

- Ronsard no es fácil de engañar. John estaba repantigado en uno de los grandes sillones de cuero que había en la biblioteca de Frank, rascándose la barbilla mientras estudiaba el tablero de ajedrez. Habían reanudado la partida que había quedado interrumpida dos días antes, cuando un agente trajo el informe preliminar sobre el siniestro del vuelo 183.

- Fuiste tú quien la trajo aquí- señaló.

Frank se sonrojó.

- Fui un idiota entrometido- gruñó. - Y muy retorcido, ¿o vas a decirme que no tenías en mente que yo iba a mostrarme mucho más dispuesto a ponerme en tu pellejo si tenía un incentivo para retirarme de las operaciones sobre el terreno?- Movió un caballo-. Jaque.

- Hijo de puta- Frank observó furioso el tablero por espacio de un minuto y luego miró a John-. Alguna vez tendrás que retirarte, y no se me ocurre un sitio mejor para que emplees tus conocimientos que mi despacho.

- Esa vez no es ahora. Hasta que me comprometa, puedo hacer más sobre el terreno.

- Llevarte a Niema Burdock al terreno podría hacer que eso ocurriera más pronto que tarde. Por una parte, ella sabe quién eres; por otra- frank le dirigió una mirada astuta-, ¿serías capaz de dejarla atrás si fuera necesario?

Los ojos de John adquirieron una expresión fría y terminante.

- Soy capaz de hacer lo que tenga que hacer.- ¿Cómo podía Frank preguntarle aquello, después de lo de Venetia?- Y Niema es probablemente la mejor alternativa que tengo a mi alcance. De lo contrario no la utilizaría. Necesito tener a alguien más conmigo una vez allí, y ella es la que más posibilidades tiene de conseguir una invitación de Ronsard.

- ¿Y si él no pica? ¿Qué pasará si no la invita?

- En ese caso, tendré que hacer lo que pueda, pero los riesgos aumentan. Con ella, tengo bastantes probabilidades de entrar y salir sin ser detectado.

- Está bien. Prepararé lo necesario para que se tome un permiso sin especificar.- Frank cambió de sitio un alfil.

- Eso es lo que pensé que harías- dijo John, y movió un peón-. Jaque mate.

- Hijo de puta- masculló Frank.

- Estoy loca- musitó Niema para sí mientras se levantaba de la cama, antes de que amaneciera. Se vistió bostezando: pantalones de algodón y una camiseta, luego calcetines y zapatillas deportivas-. Definitivamente como una cabra. ¿Cómo se había dejado convencer para ayudar a Medina en aquel trabajo. Cuando había jurado que jamás se dejaría arrastrar de nuevo a aquella clase de vida? ¿Es que la pérdida de Dallas no le había enseñado nada? Pero Medina tenía razón en lo del terrorismo, tenía razón en lo de las aplicaciones de un explosivo así, tenía razón acerca de las personas inocentes que morirían. Tenía razón, maldita sea. De modo que, si ella podía ayudar, tenía que hacerlo.

Fue al cuarto de baño y se lavó la cara y los dientes y luego se cepilló el pelo. El rostro que la miró desde el espejo estaba todavía abotargado por el sueño, pero tenía cierto color en las mejillas y un brillo en los ojos que la hicieron odiarse a sí misma. Estaba deseando hacer aquello, por el amor de Dios. Dallas había muerto, y ella seguía sin aprender nada.

- ¡Niema! ¡Espabílate!

Se puso rígida. Sin creer del todo lo que acababa de oír, abrió la puerta del baño y se asomó al dormitorio. Allí no había nadie. Fue hasta la puerta del pasillo y la abrió. Una abundante luz, junto al aroma a café recién hecho, se desparramaba por el corredor, procedente de la cocina.

- ¿Qué demonios estás haciendo en mi casa?- exclamó, avanzando decidida hacia la cocina-. ¿Y cómo has entrado?

Medina estaba sentado junto a la isleta central, con una taza de café en la mano. Su aspecto era como si fueran las nueve de la mañana en lugar de las cuatro y media, los ojos despejados, su delgado cuerpo relajado y vestido con pantalones negros de deporte y camiseta negra.

- Te dije que necesitabas una cerradura nueva en la puerta de atrás.

- ¿Y la alarma? Estoy segura de que puse la alarma. - Le he hecho una desviación. Con una navaja y quince centímetros de cable. Toma un poco de café.

- No, gracias.- Furiosa, acarició la posibilidad de tirarle el café encima. Siempre se había sentido segura en su casa, y ahora, gracias a él, ya no-. ¿Sabes cuánto pagué por ese sistema de alarma?

- Demasiado. En vez de eso, cómprate un perro.- Se levantó de la banqueta-. Si no vas a tomar café, vamos a correr un poco. Treinta minutos más tarde, Niema seguía corriendo al mismo ritmo que él, zancada a zancada. Hablar mientras se corre no resultaba fácil, pero ellos ni siquiera lo habían intentado. Habían recorrido toda la calle hasta el parque situado a poco más de medio kilómetro de su casa, y luego tomaron el silencioso camino iluminado tan sólo por alguna ocasional farola. Dado el estado de ánimo en que se encontraba Niema, casi tenía la esperanza de que alguien tratase de atracarles, aunque los robos no eran cosa común en aquel barrio.

La grava y la tierra crujían bajo cada pisada. El aire de primera hora de la mañana era fresco y fragante. Niema seguía respirando fácilmente y sus piernas aún conservaban mucha elasticidad. Le encantaba sentir los músculos contraerse y relajarse, y poco a poco empezó a serenarse y a concentrarse nada más que en correr.

A su lado, John corría como si acabara de empezar. Su zancada era relajada, su respiración lenta y uniforme. Dallas también corría así, recordó Niema, como si pudiera mantener el ritmo durante horas.

- Corres igual que un SEAL- le dijo, irritada al sentirse jadear un poco.

- Es mi obligación contestó él sin esfuerzo-. Si no lo hiciera, habría desperdiciado los seis meses más duros de toda mi vida. Niema se sorprendió tanto que estuvo a punto de parar.

- ¿Tú terminaste el DBA/S?

- Sobreviví al DBA/S- corrigió él.

- ¿Fue allí donde conociste a Dallas? - No, yo iba unas cuantas clases por delante de él. Pero él... bueno reconoció algo de lo que hice la primera vez que trabajamos juntos.

- ¿Utilizaste tu verdadero nombre durante el adiestramiento?

- No. La Armada tampoco me hizo ningún favor a mí. Aceptaron dejar que recibiera el adiestramiento sólo si conseguía el estado físico exigido, en cuyo caso me dejarían seguir allí mientras pudiera mantener la marca.

- ¿Cuáles eran los requisitos para ser aceptado en la clase?

- Nadar cien metros al estilo braza o de costado, en doce minutos y medio o menos, luego un descanso de diez minutos, después cuarenta y dos flexiones en dos minutos. Después de las flexiones había un descanso de dos minutos y a continuación cincuenta abdominales en dos minutos. Otros dos minutos de descanso, luego ocho levantamientos sin límite de tiempo. Tras un descanso de diez minutos, venía lo de correr dos kilómetros y medio llevando botas y uniforme, en once minutos y medio. Esos eran los requisitos mínimos. Si un individuo no estaba en bastante mejor forma que eso, no tenía muchas posibilidades de llegar al final en realidad. Dijo todo

aquello sin jadear en busca de aire. Impresionada a pesar de sí misma, Niema le preguntó:

- ¿Por qué lo hiciste tú?

John guardó silencio durante cincuenta metros aproximadamente. Después dijo:

- Cuanto mejor entrenado estuviera, más probabilidades tendría de seguir vivo. Había un trabajo en particular para el que necesitaba toda la ventaja que pudiera obtener.

- ¿Qué edad tenías?- No podía ser demasiado mayor si estaba unas pocas clases por delante de Dallas, lo cual quería decir que había empezado a realizar operaciones secretas a una edad temprana. - Veintiuno.

Veintiuno. No mucho tiempo después de salir de la adolescencia, y ya tan dedicado a su trabajo que se había impuesto a sí mismo pasar el DBA/S, un programa de adiestramiento tan duro que sólo alrededor del cinco por ciento de los hombres que lo empezaban lograban acabarlo. Ahora comprendió por qué él y Dallas eran tan parecidos en muchos aspectos.

- ¿Cuánto más vamos a correr?

- Podemos dejarlo cuando quieras. Estás en muy buena forma; no tengo que preocuparme por eso.

Niema empezó a desacelerar.

- ¿Es probable que tengamos que correr para salvar la vida? John aminoró el paso para ponerse a su altura.

- Nunca se sabe. Entonces fue cuando Niema supo que estaba verdaderamente loca, porque no se sentía asustada.

CAPITULO 8

-¿Cómo has sabido que salgo a correr todas las mañanas?- le preguntó al regresar a la casa. La carrera la había suavizado considerablemente; temprano por la mañana era su hora favorita del día. El cielo empezaba a adquirir los matices perlado y rosa y los pájaros estaban ya despiertos y cantando. Se sentía cansada, pero también energizada, como le ocurría siempre después de correr.

- Ya te lo dije, Frank te ha vigilado a lo largo de estos años.

- Vaya gilipollez. Él rompió a reír. Niema le dedicó una mirada de irritación al tiempo que buscaba la llave en el bolsillo y abría la puerta.

- ¿Qué te hace tanta gracia?

- Oírte decir tacos. Con ese aire que tienes de virgencita...

- ¿Qué?- Se le quedó mirando asombrada. - De angelito, entonces. Es esa carita tuya, tan dulce.- Con una ancha sonrisa, John le pasó un dedo por la mejilla y después maniobró hábilmente para entrar en la casa antes que ella. Niema no le había visto cogerla, pero llevaba una pistola en la mano-. Tienes pinta de no entender la mayoría de los tacos si los oyeses decir.- Mientras hablaba se movía, examinaba la casa.

Ella puso los ojos en blanco y le siguió al interior.

-Procuraré limitarme a decir “cielo” y “maldito” para no desconcertarte. Y no creas que puedes cambiar de tema. El señor Vinay no es el único que ha estado vigilándome, ¿verdad? He estado siendo observada pero que muy de cerca. Dime por qué.

- La vigilancia no es constante. Lo fue al principio, para establecer cuál era tu vida cotidiana. Ahora sólo se realiza con la frecuencia necesaria para estar seguros de que te encuentras bien y para ver si ha cambiado algo.

- Dime por qué has gastado de esa manera tiempo y personal de la agencia.- Tuvo que levantar la voz, porque él estaba recorriendo el pasillo y registrando los dormitorios. - No lo he hecho.Frank ha utilizado una agencia privada.

Antes se había sentido irritada e incrédula; ahora estaba completamente atónita. Cerró la puerta de golpe.

- ¿Has pagado a una agencia privada para que me vigilen? Por el amor de Dios, Tucker, si querías saber algo, ¿por qué no cogiste simplemente el teléfono y me llamaste?

Él estaba ya volviendo a subir por el pasillo en dirección a Niema. Como iba vestido de negro, resultaba difícil verle; sólo su rostro y sus brazos desnudos le hacían visible. En parte se trataba de su forma de moverse, pensó Niema distraídamente. Era fluido, silencioso; uno tenía que valerse sólo de los ojos para detectarle, porque no hacía el menor ruido.

- John- dijo él.

- ¿Qué?

- Me has llamado Tucker. Me llamo John. Le tenía directamente frente a ella, tan cerca que podía sentir el calor animal que había generado el ejercicio y oler el fuerte aroma a sudor y a hombre. Retrocedió un paso e inclinó la cabeza hacia atrás para poder mirarle a la cara.

- Todavía no me he acostumbrado. Durante cinco años has sido Tucker para mí, te haya visto o no. En cambio, llevas menos de doce horas siendo Medina.

- Medina no. John. Llámame por mi nombre de pila.

Parecía extrañamente empeñado en aquel asunto del nombre, allí de pie, inmóvil. Con la mirada clavada en su cara.

- Muy bien, pues John. Probablemente me confundiré alguna vez, sobre todo cuando esté de mala leche contigo, que hasta ahora parece ser que ocurre por lo menos una vez cada hora.

Él sonrió abiertamente y Niema se preguntó si sería porque tenía tanta facilidad para irritarla o porque había dicho “mala leche”. ¿Qué pensaba aquel tío que era ella, una monja? Iba a hacerla sentir muy incómoda si se reía cada vez que ella dijera algo mínimamente verde.

Le empujó en el pecho con un dedo. Fue como empujar una chapa de acero, no cedió un milímetro.

- Ya que cuando lleguemos a Francia vas a usar otro nombre, ¿no debería acostumbrarme a llamarte por él? ¿Qué pasa si me equivoco en ese momento?

- Tendré cuidado de no ponerte de mala leche.

- ¿No vas a decírmelo?- preguntó ella con incredulidad.

- Aún no.

Niema le dejó a un lado.

- Voy a darme una ducha. Cierra la puerta con llave al salir. Se duchó echando humo. No había motivo alguno para que John no quisiera revelarle qué nombre iba a emplear de tapadera. Le encantaba andarse con secretos y llevar la contraria, aunque aquello era una costumbre tan arraigada en él que probablemente no se daba ni cuenta... No, claro que se daba cuenta. Lo hacía todo adrede; ya lo había notado en Irán.

Entonces, era lógico suponer que él había revelado su nombre verdadero intencionadamente, y no porque se hubiese sorprendido tanto de verla. John Medina no decía nada a tontas y a locas; de lo contrario, no habría sobrevivido tanto tiempo. La cuestión era por qué. Podía haber representado su papel de Tucker, y ella nunca habría sabido nada. Niema se encogió mentalmente de hombros y dejó el problema a un lado. ¿Quién sabía la razón por la que Medina hacía las cosas?

No se dio ninguna prisa en el cuarto de baño, sino se recreó en su ritual matutino de aplicarse la crema hidratante y después un aceite corporal que contenía un ligero perfume que duraba todo el día. No tenia que estar en el trabajo hasta las nueve, de modo que no había necesidad de apresurarse. Aquella era una de las razones por las que se levantaba tan temprano; no le gustaba ir corriendo a todas partes y llegar al trabajo ya reventada. Por

supuesto, normalmente dormía más que aquella noche, pero Medina no se marchó hasta bien pasada la hora de irse a la cama.

Fue al dormitorio y sacó una muda de ropa interior azul marino, aunque se puso solamente las bragas. Usaba sujetador cuando corría y en el trabajo, pero no cuando estaba en casa. Se puso el albornoz de felpa y se lo anudó cuidadosamente. A continuación, se sacó el pelo húmedo del cuello de la prenda y salió descalza al pasillo, en dirección a la cocina, para ver si el café que había hecho Medina seguía estando bueno.

Le encontró sentado junto a la isleta, bebiendo café, exactamente igual que la vez anterior. Le miró sólo un instante y después fue hasta la cafetera y se sirvió una taza.

- Creía que ibas a marcharte.

- ¿Por qué? Niema se volvió para mirarle, apoyada contra la encimera y sosteniendo la taza entre las manos. Reparó en que Medina tenía el pelo mojado.

- He usado el otro baño para darme una ducha- dijo-. Espero que no te importe. Ahora bien, yo he tenido que ponerme otra vez esta misma ropa.

- No, no me importa. Pero aun así creía que te ibas. Yo tengo que ir a trabajar. - No, ya no. Estás de baja por tiempo indefinido.

Ella bebió un sorbo de café para ocultar su sorpresa... y sí, también su irritación.

- Eso es nuevo.

- Frank se ocupó de ello anoche. Hasta que finalice este trabajo, eres mía.

Niema no supo si le gustó mucho cómo había sonado aquello. Sintió una leve punzada que le encogió el estómago y otra vez buscó refugio en el café, ocultando su expresión.

Medina tenía un aspecto tan masculino y felino, vestido todo de negro, cómodamente sentado en su alegre cocina. La camiseta que llevaba se le pegaba al cuerpo, revelando la anchura de sus hombros y la planicie de su estómago. Era alto y delgado, pero más musculoso de lo que parecía cuando vestía ropa de calle. Había dicho aquella última frase en un solo sentido, pero su presencia física era tan fuerte que Niema no pudo evitar una breve especulación de tipo sexual. ¿Su resistencia se manifestaría también a la hora de hacer el amor? Si era así... vaya, vaya.

Inmediatamente apartó sus pensamientos de aquel rumbo; por ahí no encontraría más que problemas.

- Entonces, ¿qué supone que debo hacer con mi tiempo hasta que estemos listos para partir? ¿Y cuándo partimos, por cierto?- preguntó rápidamente.

- Más o menos dentro de una semana. Lleva tiempo crear una tapadera a toda prueba como va a ser la tuya. Mientras tanto, nos entrenaremos. ¿Qué tal te las arreglas con una pistola y en las cuestiones de defensa personal?

- Estoy algo oxidada.

- ¿Has recibido alguna clase de entrenamiento serio en defensa personal?

- No. Sólo he hecho un curso contra violadores, lo típico.- Y también el rudimentario entrenamiento que Dallas había empezado a proporcionarle, pero aquello había sido hace cinco años, y no se acordaba de nada.

- Está bien. No tendremos tiempo de nada muy profundo, pero en una semana podré ponerte a un nivel en el que serás capaz de estar a la altura de muchos hombres. Ya estás en buena forma, y eso ayuda. Genial. Al parecer, iba a estar en su compañía ininterrumpidamente durante una semana. Suspiró y sacó una sartén del armario.

- No pienso hacer nada hasta que coma. ¿Qué quieres para desayunar?

-Escoge-dijo Medina, indicando el pequeño arsenal que había extendido sobre un banco. Se encontraban en un campo de tiro privado, utilizado por el personal de la CIA. En ese enorme edificio, parecido a un granero, sólo se encontraban ellos dos.

No era en absoluto bonito, pues había sido construido teniendo más en cuenta su uso práctico que su aspecto. Contra la pared más alejada de la zona de tiro se veían apilados un montón de sacos de arena y balas de heno, para que ninguna ráfaga de munición pudiera atravesar las paredes y causar daños a algo o alguien del exterior. Las propias paredes estaban forradas de lo que parecía cartón agujereado, para contener el ruido. Grandes lámparas industriales colgaban del techo, pero se podían encender por separado para ajustar la iluminación.

Medina señaló la primera arma.

-Una Colt 45. Es una arma pesada, con gran poder de amortiguamiento. El siguiente es un revólver Smith & Wesson 357. También es bastante pesado. Pero los dos son seguros como una roca, así que tal vez te apetezca practicar con ellos. Yo no los recomendaría para llevarlos continuamente encima, por lo que pesan. Tú necesitas algo más ligero.

Indicó las otras armas.

- La siguiente es una SIG Sauer P226, de nueve milímetros. Es la que yo prefiero. La otra automática es una H&K P9S. Pesa doscientos gramos menos que la Colt, y H&K fabrica buenas armas. No puedes equivocarte si eliges cualquiera de las dos.

Niema estudió las pistolas y acto seguido fue cogiéndolas de una en una. La H&K era más manejable, pero por comodidad la SIG le iba mucho mejor.

- Por lo visto, la SIG también es mi favorita.- No era una experta en armas de fuego, pero tampoco una novata. Dallas era intrínsecamente incapaz de soportar a una esposa que no supiera disparar una arma, de modo que le había enseñado los rudimentos e insistió en que practicara. Pero hacía cinco años de aquello, y desde entonces no había pisado un campo de tiro.

- La SIG no tiene seguro en el pulgar- dijo Medina-. Esa palanca de la izquierda sirve para desamartillarla. Nunca, nunca debes bajar el percutor excepto con la palanca. Algunas SIG son de doble acción y no llevan palanca, pero tienes que acostumbrarte a usarla.

- Resulta complicado- dijo Niema al cabo de un minuto de familiarizarse con la palanca en cuestión-. No puedo manejarla sin modificar el agarre.

- Prueba a usar el dedo pulgar izquierdo. Yo aprendí a disparar con la izquierda porque me encontré con el mismo problema.

- ¿Con precisión?

- Naturalmente- contestó él con tranquilidad-. De lo contrario, no lo haría.

- Perdóname por insultar tu virilidad.

- Mi virilidad no está asociada con mi arma, cariño. Niema se mordió el labio por dentro para reprimir toda réplica. Aquel tema en particular podía entrar rápidamente en terreno peligroso.

Recuperó un sorprendente nivel de habilidad en cuanto empezó a manejar el arma. Puso un cargador en la SIG, y Medina fijó el primer blanco de forma humana a diez metros.

- ¿Nada más que eso?- preguntó ella, sin saber muy bien si debía o no sentirse insultada.

- La mayoría de las situaciones en las que uno tiene que usar una arma son a corta distancia, y las cosas suceden muy deprisa, en cinco segundos o menos. Entrénate con la puntería antes de empezar a preocuparte de la distancia. Para algo que esté a más de treinta metros será mejor que emplees un rifle o una ametralladora.

- ¿Cómo vamos a meter las armas en el avión?

- No vamos a meterlas. Podría hacerlo, pero atraería demasiado la atención. Las conseguiré cuando ya estemos en Francia. A propósito, no vamos a viajar juntos. Niema asintió, se colocó los auriculares y levantó la pistola. Dallas le había enseñado el método para apuntar y disparar; los estudios realizados al respecto indicaban que la gente tenía mucha puntería al señalar un objetivo, pero cuando intentaba apuntar con un arma, la mecánica solía interferir con esa capacidad natural. La idea consistía en no apuntar, sino simplemente señalar.

Los brazos de Medina la rodearon desde atrás, las manos de él se cerraron sobre las suyas para hacer algunos ajustes en el último momento en la forma de coger el arma.

- Aprietael gatillo con suavidad- murmuró. Niema oyó su voz por los auriculares.

Aspiró profundamente y dejó salir el aire muy despacio, de la manera que Dallas le había enseñado. Cuando llevaba exhalada más o menos la mitad, se detuvo y apretó el gatillo. El arma saltó en sus manos como si estuviera viva, el cañón retrocedió hacia arriba a causa de la energía liberada. Con los auriculares que le protegían los aídos, el disparo se oyó como un crujido amortiguado, parecido a un tablero que se parte. El humo y la cordita inundaron sus fosas nasales. Sin pronunciar palabra, estabilizó el arma, respiró hondo y disparó de nuevo.

Esta vez, Medina le sujetó las muñecas con sus propias manos, pero Niema estaba mejor preparada para el retroceso. No luchó contra él, sino que dejó que sus antebrazos absorbieran el impacto.

- Bien- dijo Medina, y dejó caer los brazos.

Niema fue vaciando el cargador contra el blanco, tomándose su tiempo, sin precipitarse al disparar. Cuando estuvo vacío, siguiendo las instrucciones de Medina, lo retiró e introdujo uno nuevo. Mientras realizaba la operación, él pidió otro blanco y lo situó a una distancia de veinte metros. Ella le disparó todas las balas del nuevo cargador.

Después acercó los blancos para examinarlos. En el primero, de un cargador de quince disparos había acertado dos en la cabeza, uno en el cuello y cinco en el pecho.

- Solamente ocho- comentó Niema, disgustada-. Apenas por encima del cincuenta por ciento.

- Esto no es una competición de tiro al blanco, de modo que no quieras ser una campeona olímpica. Y míralo de esta forma: con las otras siete balas, probablemente habrías espantado a cualquiera que estuviera cerca del objetivo. Niema tuvo que reír, aunque fuera con tristeza.

- Muchas gracias.

- De nada. Echa unvistazo al segundo blanco. El segundo blanco la hizo sentirse mejor. Con los dos había intentado dividir los disparos equitativamente entre la cabeza y el pecho. No había funcionado muy bien con el primero, y en cierto modo no le gustó mucho: sólo tres tiros habían acertado a la cabeza. Pero había ocho en la zona del pecho, lo cual quería decir que había conseguido todos esos disparos.

Le dijo a John lo que había intentado hacer.

- Olvídate de la cabeza- le aconsejó él-. En una situación tensa, el pecho representa un blanco mucho más grande. No tienes que matar a nadie, sólo detenerle. Ahora vamos a cambiar de arma.

- ¿Por qué?

- Porque uno nunca sabe cuál va a poder usar. Necesitas poder utilizar lo que tengas a mano. Medina hacía que pareciera como si fuera a hacer una carrera de aquello, pensó malhumorada. Pero pasó a la H&K siguiendo sus instrucciones y realizó el mismo ejercicio. Sin embargo, tuvo problemas tanto con la Colt como con la Smith & Wesson; eran pistolas que pesaban tanto que la dejaron sin fuerzas, usando ambas manos, para mantener las muñecas firmes. El primer disparo de la 357 hizo que le rechinaran los dientes.

Medina se situó a su espalda y le cogió las muñecas con sus manos para prestarle su fuerza.

- A menos que tú estés conmigo, no voy a poder hacer gran cosa con estas dos- dijo Niema apretando los dientes.

- Lo estás haciendo muy bien. Simplemente ve despacio entre un disparo y otro.

Niema no sólo tenía que ir despacio, sino que además tenía que hacer uso de toda su sangre fría. Ahora sabía por qué a las pistolas grandes se las llamaba cañones de mano. Con ellas tampoco acertó todos los disparos, pero los que dieron en el blanco hicieron agujeros más impresionantes en el

cartón. Después tuvo que masajearse los antebrazos para relajar los músculos.

- Por hoy ya es suficiente- dijo Medina, tomando nota de aquel gesto-. Si continúas, te van a doler los brazos.

- Me vendría bien dejarlo-musitó ella-. Me parece que no soy precisamente Rambo.

- ¿Y quién lo es?- replicó él secamente.

Niema rió al tiempo que estiraba los hombros para eliminar la tensión.

- ¿Qué viene ahora?

- Un poco de ejercicio físico, si te sientes con fuerza.

Ella le dirigió una mirada de cautela.

- ¿Qué clase de ejercicio?

- Uno para enseñarte a cuidar de ti misma.

- Te informo que ya tomo vitaminas y que me hidrato la cara.

- Qué listilla.- Medina rió ligeramente y le echó un brazo sobre los hombros con aire de compañerismo-. Vamos a formar un gran equipo.

- Un gran equipo temporalmente- corrigió ella, sin hacer caso del súbito aumento de los latidos de su corazón. De ningún modo iba a regresar a aquel mundo a jornada completa, ni siquiera a jornada parcial. Aquel trabajo era un acuerdo válido para una sola vez. Medina le dejó decir la última palabra, pero ella captó el gesto de autosatisfacción que hizo con la boca, rápidamente reprimido, que le dijo que él tenía planeada otra cosa. Y aquello era tan preocupante como el trabajo en sí.

Para alivio suyo, Medina fue suave con ella durante el ejercicio. El gimnasio al que la llevó no era un gimnasio, sino un granero abandonado que había a unos cincuenta kilómetros al sur de D.C. De todos modos, estaba equipado con máquinas de musculación, pesas, sacos de boxeo, algo que parecía ser equipo gimnástico y una gran colchoneta azul de gomaespuma de ocho centímetros de espesor.

- No es lo bastante gruesa- declaró Niema.

- Sí lo es. No voy a lanzarte de cabeza.- Se quitó los zapatos. - Lo que me preocupa es mi trasero.- Siguiendo su ejemplo, Niema se descalzó a su vez.

- Prometo cuidar bien de tu trasero.

Y cumplió su palabra. El ejercicio no incluyó verse lanzada por los aires ni acabar retorcida como un cucurucho.

- Regla número uno: No trates de tirar a nadie al suelo- dijo Medina-. No eres lo bastante buena. Lo más que puedes esperar es librarte de tu atacante, y eso es en lo que vamos a concentrarnos. Tú tienes de tu parte la ventaja de la sorpresa, porque eres pequeña...

- No lo soy.

Medina volvió los ojos hacia el cavernoso techo.

- Eres más pequeña que la mayoría de los hombres- enmendó.

- Pero tengo fibra.

Él rió.

- Está bien, tienes fibra. No sé dónde, pero me fiaré de ti. Pero pareces… Esta vez fue ella la que puso los ojos en blanco.

- Ya sé, parezco un angelito.

- No te gusta eso, ¿eh? Entonces digamos que pareces una señorita. Tienes el aspecto de no haberte ensuciado nunca, de no haber sudado, de no haber dicho nunca un taco.

- Al tercer intento, quedas eliminado- musitó ella.

- Y no pareces ni de cerca tan respondona como eres.

- No soy respondona. Es que tengo razón.

- Como iba diciendo…- Le sonrió abiertamente-. Pareces un merengue. Un merengue femenino y angelical. Así que si un tipo te agarra, no se esperará que hagas nada excepto tal vez echarte a llorar. Niema decidió que ya le había acosado bastante por el momento, de modo que movió los hombros adelante y atrás, para aflojarlos.

- Está bien, entonces enséñame qué tengo que hacer para que llore él.

- Me conformaré con enseñarte a escapar. Cortesía de la clase contra violadores que había recibido, Niema ya sabía algo de los conceptos básicos. John le refrescó algunos de los movimientos; cómo soltarse de alguien que te ha agarrado por delante: se suben los brazos rápida y violentamente por dentro de los del atacante. Un súbito manotazo con el brazo rígido a la nariz quizá no le mataría, aunque bien podría hacerlo si llevaba la suficiente fuerza, pero seguro que le haría daño. Lo mismo que golpearle con las palmas de las manos ahuecadas contra los oídos, una maniobra diseñada para romper los tímpanos. Meter los dedos en los ojos o en la garganta deja a cualquiera incapaz de hacer nada.

Medina le mostró cuál era el punto más vulnerable de la garganta para aplastar la tráquea. Si no recibía ayuda inmediata, una persona con la tráquea aplastada moriría. Aunque ella no pudiera hacerlo con la fuerza necesaria, el golpe en sí, si se ejecutaba correctamente, dejaría al otro fuera de combate.

Se movieron alrededor de la colchoneta, adoptando diferentes posturas y situaciones. Por necesidad, se repetía una y otra vez el estrecho contacto. Niema se obligó a sí misma a no hacer caso de las sensaciones que le generaba el hecho de tener el cuerpo alto y musculoso de John contra el suyo, sus brazos envolviéndola de diversas maneras mientras la instruía pacientemente sobre cómo librarse en cada ocasión.

Ambos empezaron a sudar, y él continuó el ejercicio hasta que Niema terminó jadeando.

- ¿Serviría de algo que me diera por vencida?

- Podemos parar en el momento que quieras- repuso él, sorprendido.

- Estupendo. Y me lo dices ahora. - No quiero agotarte. Necesitamos entrenar todos los días para mejorar tu fuerza y tu resistencia, y no podremos hacerlo si tienes los músculos demasiado doloridos para ejercitarlos.

Parecía realmente preocupado, de modo que ella le dijo:

- No, no creo que esté agotada, pero sí es el momento de hacer un descanso.

- Hay agua en esa nevera de ahí. Yo voy a trabajar un poco con las pesas mientras tú descansas. Niema sacó una botella de agua fría de la oxidada nevera que había en un rincón y se acomodó en la colchoneta a observarle. Medina se quitó la camiseta y la arrojó a un lado. Ella se apresuró a apartar la mirada y beber más agua. El hecho de ver a un hombre sin camiseta no era nada fuera de lo corriente, pero... aquel hombre era John Medina, y él no era corriente.

Se tendió sobre la colchoneta y cerró los ojos para no ceder a la tentación de mirarle fijamente. Entre ellos no podía haber nada más que el trabajo. Él era operaciones secretas, ella la rutina de nueve a cinco, dos estilos de vida totalmente diferentes. Aun así, por un instante de mareo pensó en concederse una breve aventura con él.

¿Cómo sería? Hoy había disfrutado de su compañía, aun cuando él la había fastidiado. Medina la desafiaba, sólo con ser él mismo. Estaba cansada, pero sentía la vida correr por sus venas de una forma que hacía mucho, mucho tiempo que no sentía. ¿Era obra de él, o más bien la perspectiva de volver a la acción? ¿O era que Medina iba irrevocablemente asociado a esa misma acción, de manera que no podía separar lo uno de lo otro?

Notaba todo el cuerpo sensibilizado después de realizar con él aquel ejercicio. Sus antebrazos le habían rozado los pezones varias veces. Sus manos le habían tocado las piernas, las caderas. Su cuerpo se había deslizado contra el suyo, y en más de una ocasión, mientras luchaban entre sí, una de sus piernas se había situado entre las de ella.

Rodó sobre sí misma boca abajo y apoyó la cabeza en los brazos. John Medina llevaba “zona peligrosa” escrito por todas partes, y por su propio bien Niema debía prestar atención a esa advertencia. Ya estaba arriesgando más de lo que podía permitirse perder.

- Es hora de volver al trabajo, merenguito- la llamó él desde el banco donde hacía abdominales.

- Para merengue, mi trasero- replicó Niema, y se puso en pie.

CAPÍTULO 9

Villa de Ronsard, en el sur de Francia.

Louis Ronsard no se fiaba de nada que no pudiera ver, y muy poco de aquello que veía. Según su experiencia, la confianza era un bien cuyo precio resultaba demasiado caro.

Incluso cuando se fiaba, había grados: Se fiaba de su hermana, Mariette, que jamás haría adrede nada que pudiera perjudicarle a él, pero que a veces podía ser tan tonta como encantadora, de modo que no le confiaba nada que concerniera a su negocio. Por necesidad, confiaba a un selectivo grupo de sus empleados algunos detalles del negocio, pero realizaba frecuentes comprobaciones de sus vidas económicas y personales con el fin de detectar alguna debilidad que pudiera suponer un peligro para él. Sus empleados tenían prohibido consumir drogas, por ejemplo, pero Ronsard no se hacía ilusiones de que, simplemente porque él lo dijera, las cosas fueran así. De modo que .... análisis de drogas para todos los empleados desde el más bajo hasta el más alto.

Era consciente de que caminaba bordeando el peligro. Las personas con las que trataba a diario no eran ciudadanos ejemplares. En su opinión, o bien eran fanáticos o bien psicóticos, o ambas cosas. Todavía no había logrado discernir cuál de las dos era más inestable.

Sólo existía una manera de tratar con gente así: con mucha cautela.

No aceptaba encargos de cualquiera. El maníaco que quería hacer explotar una bomba en un colegio como una forma de protestar a favor de la paz mundial no iba a comprar esa bomba o los materiales a través de él. Incluso en el mundo de los territorios tiene que haber normas, ¿no? Ronsard requería una organización consolidada, que volviera a necesitar sus servicios y que por lo tanto no tuviera muchas probabilidades de volverse contra él.

Por su parte, él era sumamente escrupuloso a la hora de entregar lo que hubiera prometido. No se quedaba nada para sí excepto el pago acordado. Sabía que su valor dependía de su fiabilidad. A tal efecto, se tomaba extraordinarias molestias para cerciorarse de que no surgiera ningún problema con ningún envío, por pequeño que fuera este. Su negocio había prosperado gracias a eso, y sus cuentas bancarias en Suiza y en las Islas Caimán estaban....saneadas.

Como era tan cuidadoso, cualquier cosa que se saliese de lo normal le hacía recelar. Así ocurrió con la llamada telefónica que recibió esa mañana a través de su línea privada, cuyo número tan sólo conocían unos pocos.

-Y bien - murmuró para sí mismo al tiempo que se recostaba en su sillón y hacía girar entre sus dedo un fragante cigarro que había extraído de una caja de madera de sándalo que descansaba sobre el escritorio.

-¿Y bien?

Cara Smith, su secretaria y ayudante personal, su primera ayudante, como a ella le gustaba denominarse a sí misma, levantó la vista del ordenador que estaba usando para examinar las diversas inversiones de su jefe. Ronsard se había sorprendido, cuando la investigó, al descubrir que Smith era su verdadero apellido y que procedía de una población con el nombre inverosímil de Waterloo, Kansas, lo cual le había dado la oportunidad, a lo largo de los años, de hacer algunos horribles juegos de palabras a costa de su jefe.

-Tenemos una petición de..... alguien inesperado.

Cara, de entre todos, sabía lo mucho que le desagradaba lo inesperado. Pero también conocía a Ronsard, mejor de lo que en ocasiones resultaba cómodo, y vio inmediatamente su interés. Algo le intrigaba, o de lo contrario habría rechazado inmediatamente el encargo.

Cara giró la silla hacia él y cruzó sus largas piernas. Dado que la chica medía uno ochenta, eran piernas largas de verdad.

-Y se llama.....?

-Temple.

Cara abrió como platos sus ojos de color azul anciano.

-¡Toma!

Qué americana era, pensó Ronsard, qué facilidad tenía para el lenguaje culto.

-En efecto, toma.

Temple, conocido sólo por ese único nombre, era una sombra en el turbio mundo de los terroristas. Su nombre había sido susurrado en relación con algunos asesinatos, ciertas bombas. No escogía sus objetivos al azar, por crear terror. Podía abatir un avión, pero su objetivo concreto era una persona que viajaba en ese vuelo. Se desconocía si pertenecía a alguna organización aún más en la sombra o si trabajaba para sí mismo. Si era esto último, nadie sabía cuál era su agenda. Temple era un enigma.

A Ronsard no le gustaban los enigmas. A él le gustaba saber exactamente con quién, y con qué, estaba tratando.

-¿Qué quiere?

-El RDX-a.

Para alivio suyo, Cara no volvió a tecir “¡toma!”. Tampoco preguntó lo que era obvio: ¿cómo era que Temple estaba enterado del RDX-a? Se había probado sólo una semana antes, y aunque el compuesto había funcionado como se esperaba de él, su existencia era conocida sólo para unos pocos. Había ciertos problemas de producción que actualmente estaban siendo eliminados, como la tendencia de algunas partidas a descomponerse a un ritmo acelerado, con resultados desagradables para quien las estuviera manipulando. Se trataba de un delicado ejercicio de equilibrio, estabilizar un compuesto inestable justo lo suficiente para poder predecir su ritmo de descomposición, sin que quedase demasiado estable para cumplir su cometido.

-Busca hasta el último gramo de información que exista acerca de Temple- dijo Ronsard- Quiero saber cómo es, dónde nació, todo.

-¿ Va a aceptar el encargo?

-Depende.- Ronsard encendió el cigarro y se dedicó al ritual durante unos segundos de placer. Cuando el extremo ya estuvo brillando a su entera satisfacción, saboreó el sutil gusto a vainilla en la lengua. Tendría que cambiarse de ropa antes de ver a Laure; le encantaba el aroma de sus cigarros, pero el humo no era bueno para ella.

Cara ya había vuelto a ponerse al ordenador y estaba tecleando comandos a toda velocidad. Los ordenadores eran otra cosas de la que Ronsard no se fiaba, de modo que ninguno de sus datos aparecía en el que utilizaba Cara, que estaba conectado a ese invisible mundo electrónico que los americanos llamaban la Red. Por supuesto, había programas de encriptado, pero se violaban constantemente. Los adolescentes pirateaban los archivos más seguros del Pentágono; las empresas se gastaban miles de millones en dispositivos de seguridad informática que tenían más fugas que un colador. El único ordenador seguro, en su opinión, era el que no estuviera conectado a nada más, como el que tenía en su mesa, donde guardaba sus registros. Como precaución añadida, cambiaba con regularidad la contraseña por una palabra elegida al azar del sobado libro de Dickens Historia en dos ciudades que siempre tenía sobre el escritorio. De hecho se lo leía de vez en cuando, aunque más para evitar que Cara sospechase de su presencia que por un verdadero interés por él. Pasaba la página de la que había elegido la contraseña y dejaba el volumen abierto sobre la mesa como si no tuviera importancia.

Su sistema no era perfecto. Cambiaba de contraseña con tanta frecuencia que a veces olvidaba la palabra que había escogido, y de ahí que volviera la página. Siempre lograba reconocer la palabra cuando la veía, si estaba en la página correcta.

-¿De dónde es Temple?- preguntó Cara-. No encuentro nada sobre él con una búsqueda amplia. Necesito una referencia más concreta.

-Es americano. Creo. Pero me han llegado rumores de que lleva viviendo en Europa por lo menos diez años. Prueba con Scotland Yard.

La chica suspiró mientras aporreaba las teclas.

-Voy a conseguir que un día me acaben deteniendo- gruñó por lo bajo.

Ronsard sonrió. Le gustaba Cara; sabía exactamente lo que llevaba aquel negocio, pero se las arreglaba para mantener la misma actitud en la oficina de una empresa. Tampoco se sentía intimidada por él, y aunque en el campo que Ronsard había escogido se necesitaba una cierta dosis de intimidación, en ocasiones cansaba.

Tampoco se había enamorado de él, lo cual era una suerte. Ronsard conocía las mujeres y sabía el efecto que ejercía sobre ellas, pero Cara le había dicho sin pelos en la lengua que, aunque le gustaba, no le interesaba acostarse con él. Aquello también fue un alivio.

No obstante, se acostaba con otros. Su amante actual era Hossam, el guardaespaldas egipcio de Ronsard, que estaba obsesionado por aquella mujer alta y rubia desde el primer día en la vio. Ronsard sólo esperaba que Hossam no se dejara llevar por su temperamento de Oriente Medio cuando su diosa suecoamericana perdiera el interés por él.

-Maldita sea- musitó Cara, y tecleó furiosamente.

La computadora de Scotland Yard le estaba dando problemas, se figuró Ronsard.

-¡Maldita sea!- exclamó un minuto después, y dio un manotazo al monitor-. Esos cabrones han añadido un truco.....

Y empezó a murmurar para sí mientras intentaba abrirse para electrónicamente hasta la base de datos de Scotland Yard. Ronsard aguardó, dando chupadas a su cigarro. Por suerte, las exclamaciones que iba soltando sólo las entendía a medias, ya que conforme se iba metiendo más en su trabajo, su lenguaje se estaba deteriorando de forma alarmante.

-Mierda-coño- joder.....

Ronsard alzó las cejas cuando la chica se levantó y se puso a pasear por la oficina, jurando en voz baja y agitando las manos en el aire, al parecer, hablando consigo misma.

-Muy bien, y si pruebo con esto....- musitó por fin, y regresó a su asiento para teclear otra ráfaga de comando.

Diez minutos más tarde se recostó en la silla con una expresión de felicidad en la cara.

- He sido más lista que esos hijos de puta- graznó-. Bien vamos a ver lo que tenéis sobre “Temple, nombre de pila desconocido”.

En la pantalla apareció un archivo. Cara pulsó el botón de imprimir, la impresora cobró vida con un zumbido y escupió una única hoja de papel.

-No es mucho- murmuró Ronsard cuando ella se levantó y le entregó la página-. Prueba con el FBI; si es americano, puede que ellos tengan algo más sobre él.

Se puso a leer. Scotland Yard no tenía muchos datos fehacientes sobre Temple. “Se creía” que había trabajado con la Baader-Meinhoff en Alemania. “Se creía” que había estado asociado con la Patria Vasca en España. “Se creía” que había tenido contacto con el Ira. Era evidente que Scotland Yard “creía” un montón de cosas sobre Temple pero sabía muy pocas.

Temple era americano o canadiense, se creía- otra vez esa palabra- que tenía una edad entre treinta y cinco y cuarenta y cinco. No se le conocía ningún lugar de residencia.

Por muy entrecortada que fuera la información, al menos le proporcionaba un punto por donde empezar, se dijo Ronsard. Él poseía contactos por toda Europa. Si una persona de alguna de aquellas tres organizaciones mencionara que tenía alguna información de Temple, él -Ronsard- en breve estaría en posesión de ella.

Cara continuaba murmurando y profiriendo juramentos en su afán por conseguir acceder a las base de datos del FBI. Cuando oyó el grito triunfante de ¡Ajá!, Ronsard supo que al fin lo había logrado.

-¡Bueno, bésame el culo, pero tenemos una foto! - dijo atónita- No es muy buena, la cara está medio tapada, pero ya es algo.

Ronsard abandonó su escritorio, atravesó la habitación y se inclinó sobre la silla de Cara para mirar de cerca la pantalla del ordenador.

-¿Puedes ampliarla?-le preguntó mientras estudiaba la imagen granulada y borrosa en la que se veía un hombre de cabello oscuro a punto de entrar en un coche.

-Puedo ampliar lo que tenemos, pero nada podrá enseñarnos lo que la cámara no haya podido captar, que es la mitad de la cara.

-Lleva un anillo en la mano izquierda. ¿Es una alianza de boda?

Interesante, pensó Ronsard. No era que Temple no pudiera estar casado; sucedían cosas así, incluso en el mundo de los terroristas, pero tenía gracia que él precisamente llevase un símbolo tan convencional como una alianza.

La foto mostraba a un hombre de pelo oscuro, más bien alto, con respecto al coche que tenía a su lado. Su rostro estaba parcialmente vuelto en dirección contraria a la cámara, lo cual ofrecía una buena vista de su oreja izquierda. La instantánea podía haber sido tomada en cualquier parte; no se veían las matrículas de ninguno de los coches; ni siquiera era posible distinguir la marca del automóvil. El edificio de ladrillo rojo que se veía al fondo era igualmente anónimo, y carecía de rótulos que pudieran ser de alguana ayuda o un conveniente cartel que diera alguna pista de su localización.

-Voy a imprimir la información para que usted la lea mientras me ocupo de ampliar esto- dijo Cara, y puso la impresora a trabajar.

El FBI tenía más información que Scotland Yard, lo que ilustraba con exactitud lo estrechamente que trabajaban ambas organizaciones.

Los datos que poseía el FBI sobre un terrorista internacional se suponía que también debía tenerlos la Interpol. Y lo que tenía la Interpol. Debería tenerlo Scotland Yard. Aquella era finalidad de la Interpol.

El FBI había retenido información, y Ronsard se preguntó por qué.

-Temple- leyó en silencio- Nombre de pila Josef o Joseph. Lugar de nacimiento desconocido. Identificado por primera vez en Tucson, Arizona, en 1987. desaparecido, vuelve a aparecer en 1992 en Berlín. Cabello castaño, ojos azules. Marcas o cicatrices identificativas: omóplato izquierdo, una cicatriz diagonal de aproximadamente diez centímetros, al parecer causada por un cuchillo u otro objeto afilado.

Apuñalado por la espalda, pensó Ronsard. Ciertamente, el señor Temple había llevado una vida interesante.

Sujeto buscado para interrogatorio en relación con la bomba que estalló en 1987 en el Palacio de Justicia de Tucson, Arizona; el secuestro en 1992 de un camión de municiones de la OTAN en Italia.....

Ronsard arqueó las cejas. Creía seguir muy de cerca el pulso de aquel mundo que había elegido, pero no había oído nada de aquel secuestro de la OTAN. La lista continuaba. En conjunto, el FBI buscaba a Temple para interrogarle acerca de quince incidentes distintos.

Se creía que Temple operaba de forma independiente, sin afiliación conocida a ninguna organización. Es un arma que uno alquila, pensó Ronsard; no mataba por placer ni por su propio interés, sino para alguien que compraba sus servicios, que no eran baratos. De la lista de incidente de

los que él era el principal sospechoso, ninguno de los objetivos era “blando”. Todos difíciles, y cuánto más difíciles, más caros.

¿Quién le estaría pagando esta vez? ¿Quién se había enterado de la existencia del RDX-a y había contratado a Temple para que lo adquiriese? ¿Por qué él?-o ellos- no acudían a Ronsard en persona, en vez de utilizar a Temple como intermediario? Tenía que tratarse de alguien que tuviera mucho que perder si llegaban a descubrirle.

-No es una alianza- anunció Cara, mientras imprimía la foto.

Ronsard cogió el papel tan pronto como lo escupió la impresora. La secretaria tenía razón; el anillo parecía tener un peculiar diseño en forma de trenza, como una docena de minúsculos cordones de oro entrelazados. No, no era cordones….serpientes. Aquello parecía una cabeza de serpiente.

Y el señor Temple tenía la oreja izquierda perforada. El pendiente de oro que llevaba colgando de ella era discreto, pero la ampliación de la foto lo dejó ver con claridad.

La persona o personas que había detrás del señor Temple eran cautelosas y le enviaban a hacer el trabajo mientras ellos permanecían a salvo en la retaguardia.

Pero Ronsard era igual de cauteloso, igual de desconfiado. No trataba con nadie a quien no conociera.

- Me gustaría entrevistarme con el esquivo señor Temple- murmuró.

CAPÍTULO 10

Mclean, Virginia.

Niema golpeó la alarma del reloj antes de que pudiera dispararse, se levantó, se vistió con su atuendo de correr, llevó a cabo su ritual habitual en el cuarto de baño y se dirigió lentamente a la cocina. Tal como esperaba, Medina estaba sentado en el sitio de siempre, junto a la isleta, tomando café.

-Muy graciosa- gruñó, y ella se echó a reír.

-No pongas esa cara. Has entrado de todos modos, ¿ no?.

-Sí, pero he tenido que colarme por la ventana del cuarto de la lavadora. Ha sido indigno.

Y silencioso, pensó Niema; tenía un sueño ligero, pero no había oído el menor ruido.

-Y me imagino que también has desactivado la alarma de la ventana.

-No, la he dejado inutilizada del todo. Hazte con una que funcione con infrarrojos o con el movimiento, no con el contacto.

Niema le miró ceñuda. El sistema de alarma la había hecho aflojar más de mil dólares, y ahora él le proponía que gastase otros dos mil.

-¿Y si hago con todas las ventanas y la puerta lo mismo que he hecho con la puerta de atrás? La tecnología barata parece funcionar donde la tecnología punta no sirve de nada.

-Las dos serían buenas.- Medina mostró una ancha sonrisa y alzó su taza a modo de saludo-. Ha sido buena idea.

"Tecnología barata" era una buena descripción de lo que había aplicado a la puerta trasera. Compró en una tienda de materiales dos juegos corrientes de pestillo para puertas, instaló le primero de ellos de la manera habitual, con la base atornillada en el marco y la barra montada en la puerta. Después puso el segundo al revés, contra el primero, y lo instaló con la base atornillada a la puerta y la barra montada sobre el marco.

Con un solo pestillo alguien podía deslizar una tarjeta de crédito una navaja o cualquier otro objeto delgado en el estrecho hueco y forzar la barra hacia arriba hasta liberarla de su enganche. Con dos pestillos, uno colocado boca abajo, ese método no funcionaba. Si uno pretendía insertar la tarjeta de crédito de abajo arriba, chocaba con el pestillo invertido y empujaba la barra contra su enganche, en vez de sacarla de él. Si se intentaba de arriba abajo, se empujaba el pestillo superior, con el mismo resultado.

Naturalmente, una persona muy fuerte o que arremetiera con un ariete podría desencajar la puerta de sus bisagras, pero esa no sería una manera muy silenciosa de allanar una vivienda. Niema se sentía extraordinariamente satisfecha de que su sencilla solución hubiera bloqueado el paso de Medina.

Cuando salieron de la casa, en lugar de torcer a la derecha, hacia el parque, John giró a la izquierda.

-El parque está en la otra dirección- dijo Niema, poniéndose a la par con él.

-Ya fuimos ayer.

-¿Quiere decir eso que tú nunca sigues dos veces la misma ruta, o que te aburres fácilmente.?

-Que me aburro- contestó él sin inmutarse- Tengo la capacidad de atención de un mosquito.

-Mentiroso.

Su única respuesta fue una amplia sonrisa, y a partir de ese momento corrieron en silencio a lo largo de la calle desierta. No había estrellas visibles en el cielo y el aire era húmedo, como si fuera a llover. Niema tenía los antebrazos un poco doloridos a causa de las prácticas de tiro del día anterior, pero aparte de eso se sentía genial. Sus músculos tensos se iban estirando al correr, y notaba cómo la sangre le empezaba a silbar en las venas a medida que se aceleraban los latidos de su corazón.

Llevaba media hora corriendo cuando un automóvil dobló una esquina y entró en su calle, directo hacia ellos. Avanzaba despacio como si fuera buscando algo.

John le pasó a Niema un brazo por la cintura y la obligó a ocultarse tras un árbol. Ella reprimió la reacción instintiva de gritar y apenas logró levantar las manos para protegerse antes de que él la aplastara contra el tronco del árbol y la sujetara allí con la dura presión de su cuerpo. En su mano izquierda vio el brillo apagado del metal. Contuvo la respiración y apretó la mejilla aún con más fuerza contra la rugosa corteza del árbol.

-Dos hombres- dijo John en un susurro ineludible y agitando con su aliento el cabello de Niema en la sien-. Probablemente son de la agencia privada que ha contratado Frank.

-¿Probablemente? ¿Es que no lo sabes?.

-No, no estoy al tanto de tu programa de vigilancia, y ellos no saben que estoy aquí. Seguramente estarán buscándote, pues no estás siguiendo tu ruta habitual.

La idea de tener un “programa de vigilancia” le resultaba molesta. Igual de molesto era darse cuenta de cuántas veces en los últimos años habían pasado por su lado automóviles a primeras horas de la mañana sin que ella hubiera pensado nada, excepto observar, con el recelo natural de una mujer, hasta que los coches doblaban la esquina y desaparecían. Había sido tan inconsciente de aquello que se sentía avergonzada. Debería haber estado más alerta.

La corteza del tronco le estaba arañando la mejilla, y tenía los pechos aplastados.

-Apártate un poco- jadeó- , me estás estrujando.

Él se movió aproximadamente un par de centímetros, pero se notó. Permaneció detrás del árbol hasta que el automóvil estuvo a una manzana

de distancia y entonces se apartó de Niema. Ella se separó del árbol gruñendo.

-Si son de los nuestros, ¿por qué no dejamos que nos vean?.

John reanudó su ritmo de zancada, y ella se situó a su lado.

-Porque no estoy totalmente seguro de que sean de los nuestros, y porque no quiero que me vean, y mucho menos que me vean contigo.

-De todos modos, valientes guardaespaldas son estos- masculló Niema.

-Cuando llegué no estaban. Debían de andar dando una vuelta por los alrededores.

-¿Por qué no le dices al señor Vinay que suspenda la vigilancia de momento? Eso sería lo más lógico. Y así, si pasara un coche, sabríamos que no era de los nuestros.

-Tal vez lo haga.

El automóvil debía de haber acabado de dar la vuelta a la manzana, porque volvió a entrar en la calle.

-Finge que me persigues, y veremos si te disparan- dijo Niema, y aceleró el paso, sabedora de que los faros del coche todavía no podían alcanzarla. Contuvo apenas una risita al oír un ligero juramento de Medina a su espalda. Había dado tres zancadas cuando sintió un peso pesado que la golpeaba en la espalda y dos brazos que le envolvieron y la tiraron al suelo. Fueron a caer sobre la blanda hierba que crecía junto a la acera, ella bocabajo y él encima de ella. En medio de la oscuridad que precedía al amanecer, no era probable que les viera nadie a menos que se moviesen.

John la sujetó contra el suelo a pesar de que ella forcejeaba y reía, hasta que el coche volvió a dejarles atrás.

-Eres una diablilla- dijo sin resuello, como si él también tratase de reprimir la risa- ¿Es que quieres que me maten?.

-Sólo te obligo a mantenerte alerta, Medina.

-A mantenerme por los suelos, querrás decir- gruñó él, incorporándose y tirando de Niema para ponerla de pie-. ¿Qué pasaría si alguien mirase por la ventana y llamase a la policía?.

-Ya habríamos desaparecido de aquí haría mucho tiempo. O si no, diría sencillamente que tropecé y que tú intentabas agarrarme. No hay problema.

-Espero que te estés divirtiendo- rezongó John.

Un tanto sorprendida, Niema se dio cuenta de que, en efecto, estaba divirtiéndose. Por primera vez en mucho tiempo se sentía como si su vida tuviera algún propósito, como si tuviera algo importante que hacer. No importaba lo interesante que fuera su trabajo con los dispositivos de vigilancia, pero eso de probar circuitos no le producía ninguna emoción.

Ahora sí que se sentía viva, rejuvenecida, como si en los cinco últimos años hubiera llevado en una especie de media vida. Durante todo ese tiempo no había dejado de correr, pero hasta el día anterior no había sido consciente del esfuerzo de sus músculos, y del bombeo de su corazón. Disfrutaba ejercitándose con Medina, tanto física como verbalmente. No era ninguna fanática de las armas de fuego, pero también le había gustado aprender a manejar las diferentes pistolas, sentirlas en la mano, conocer sus

propios límites y luego ampliarlos. Quería saber más, hacer más, ser más. Aquel era el peligro que entrañaba el trabajo de campo. Había conocido el cebo, se había resistido a él durante cinco años pero ahora sentía la excitación fluir por sus venas como una potente droga. No sabía si odiar a Medina o darle las gracias por haberla devuelto a aquella vida.

¿Cinco serían penitencia suficiente? ¿Bastarían cien años para vaciar el sentimiento de culpa y angustia que sufría por lo de Dallas?. Le falló el paso al pensar en las veces que habían corrido juntos; luego se habían duchado juntos, después en la cama para hacer el amor.

¿Se sentiría Dallas atraído por la mujer que había sido durante esos cinco años, la mujer en que ella misma se había obligado a convertirse? ¿O se habría aburrido con su insistencia por tener seguridad, por dejar de lado el riesgo? Niema no quería saber la respuesta. Dallas era un hombre que asumía riesgos; a pesar de su personalidad moderada, era un hombre que se crecía con los retos y con el peligro. ¿Por qué, si no, se había convertido en un SEAL y después en un agente independiente? Lo que más la había atraído de él, y a él de ella, fue el hecho de saber instintivamente que eran iguales.

Medina era la misma clase de hombre, sólo que más. Una luz de alarma, súbitamente intensa, se encendió en su mente. Una cosa era permitirse ser arrastrada de nuevo al embriagador mundo del espionaje y del trabajo independiente, y otra muy distinta dejar que se desarrollaran sentimientos hacia otro hombre de ese mismo mundo.

Tendría que mantener la guardia alta, porque en esas situaciones de fuerte estrés podrían bullir sentimientos. Y Medina era un hombre atractivo; más que atractivo, en realidad. Si él bajara algo la guardia, sería devastador. Parecía relajado con ella, pero en ninguna ocasión había dejado que aflorasen detalles personales. Niema no sabía nada de él.

Ya había percibido señales de advertencia de atracción física durante el estrecho contacto que requería el entrenamiento. Una mujer tendría que estar muerta para no reparar en aquel cuerpo delgado y duro y sobre todo cuando la apretaba contra él. ¿Era aquella la razón por la que le había tomado el pelo haciendo que el equipo de vigilaba creyera que él la estaba persiguiendo, para que la agarrara y la abrazara?. Se contmepló a sí misma y se dio cuenta de que había estado flirteando con él. Oh, pensó, en el futuro tendría que tener más cuidado.

¿Qué futuro? Aquello era cosa de una sola vez y nada más, ¿no era eso?. Trabajarían juntos por poco tiempo y sólo una vez. Después, ella regresaría a su trabajo seguro y conocido y él desaparecería de nuevo.

-¿Quieres dejarlo ya?

Niema consultó la esfera luminosa de su reloj de pulsera; llevaban más de una hora corriendo. Afortunadamante, no habían ido en línea recta, ya que si no les habría llevado otra hora volver a su casa; habían rodeado las manzanas y retrocediendo sobre sus pasos varias veces, de modo que sólo se encontraban a unos ochocientos metros de la casa. Faltaba poco para que amaneciera, tan poco que ya se apreciaban claramente los detalles.

-¿Y si el equipo de vigilancia todavía anda buscándome?

-Más les vale que así sea, o….- No terminó la frase, pero Niema adivinó lo que quería decir: o ya podían ponerse a buscar otro trabajo.

-Van a verte- señaló.

-Me separaré de tí y dejaré que te vayas a casa sola. Cuando vean que estás a salvo en casa, dejarán de vigilarte.

-¿Qué más tenemos señalado en el orden del día? ¿Más prácticas de tiro?

-Eso, y más entrenamiento de defensa personal.

Con su nueva habilidad para examinarse a sí misma, no estaba muy convencida de que entrenarse con Medina cuerpo a cuerpo fuese una buena idea.

-Creía que sólo necesitaba lo más básico.

-Debemos hacer algo con nuestro tiempo. ¿Quién sabe? Puede que algún día nos venga bien. A propósito, hoy te van a entregar unas cajas. Se trata de u nuevo vestuario, joyas, cosas que vas a necesitar.

-¿Para qué necesito un vestuario nuevo?

-Forma parte de la tapadera. Tendrás que asistir a fiestas en la embajada, haciéndote pasar por la hija de unos viejos amigos del embajador.

Iba a actuar vestida de fiesta, pensó Niema con regocijo. Estaba deseando llegar a aquella parte de la misión. Al igual que la mayoría de las mujeres, le gustaba la ropa buena y la emoción de saberse guapa.

-Pruébatelo todo- prosiguió John- La ropa tiene que quedarte perfecta. Lo que no te siente bien se cambiará por otra cosa o se mandará arreglar.

-Si las arreglan, no podrán devolverlas.

-No te preocupes por eso, podrás quedártelas- Miró alrededor-Aquí es donde te dejo. Te veré dentro de cinco minutos.- Se separó de ella y torció a la derecha, alargando la zancada como si no llevase más de una hora corriendo. Enfiló entre dos casas, saltó una valla y desapareció de su vista.

Niema se dispuso a gastar sus fuerzas de reserva. Le dolían los muslos por el esfuerzo, pero apretó el paso y corrió con más brío. Era una tontería competir con él cuando no estaban echando ninguna carrera; lo único que tenía que hacer era trotar tranquilamente hasta su casa y dejar que la viera el equipo de vigilancia para que supiera que se encontraba perfectamente. Sabía que era una bobada, pero lo hizo de todas formas. Luchó por aspirar aire profundamente mientras corría por la acera. Cualquiera que la viese creería que estaba corriendo por salvar la vida, se dijo, excepto que no llevaba a nadie detrás.

Vio pasar el coche que la vigilaba, o por lo menos creyó que lo era. No la había visto muy bien en la oscuridad, pero las luces de detrás parecían las mismas, y había dos hombres dentro. El automóvil estaba aparcado junto al bordillo; pasó jadeando por su lado concentrado sólo en la carrera, sin dedicarle ni una sola mirada a aquellos dos individuos. Cuando estuvo a veinte metros de ellos, oyó que el motor del coche se ponía en marcha.

Se encontraba a dos manzanas de su casa. Hizo caso omiso de los mensajes que le gritabas los músculos de las piernas y se obligó a sí misma a mantener la velocidad. Cuando alcanzó la casa, cruzó a la carrera el

pequeño patio delantero y fue hasta la puerta. Por el rabillo del ojo vio que el coche pasaba y se alejaba. Abrió la puerta y prácticamente se cayó en cuanto entró, tragando aire a grandes bocanadas.

Se apoyó contra la pared junto a la puerta, preguntándose si el fin deseado habría valido el esfuerzo. El corazón le latía con tanta fuerza que se sentía un zumbido en los oídos.

¿Seguro que eran los oídos? Se obligó a respirar con regularidad y ladeó la cabeza para escuchar.

La ducha del segundo baño estaba abierta.

Musitando por lo bajo, se separó bruscamente de la pared y se dirigió a la suya.

Niema se encaró con Medina desde el otro lado de la colchoneta azul de gomaespuma.

-Hoy voy enseñarte unos cuantos puntos donde golpear- le dijo John- Si se ejecutan bien, y es necesario practicar mucho para conseguirlo, esos golpes pueden ser mortales.

Ella retrocedió, apoyó las manos en las caderas y le miró con suspicacia.

-¿Para qué los voy a necesitar yo? ¿Es que voy a verme envuelta en algún combate cuerpo a cuerpo?

-Si lo creyera así, no te llevaría conmigo, sólo es por si acaso, y en parte porque ahora tengo tiempo.- Le hizo una seña para que acercara- Vamos.

-¿Quieres convertirme en una asesina experta porque te aburres?

Eso provoco una súbita sonrisa.

-No vas a convertirte en ninguna asesina experta. Como mucho, conseguirás aturdir a alguien para poder escapar. Ya te he dicho que se necesita practicar mucho para hacer esto bien. La única manera de que llegaras a matar a alguien sería por casualidad- Volvió a hacerle un gesto.

Ella se aproximó con cautela, pero continuó fuera de su alcance.

-Relájate, en esta sesión no va a haber golpes. Sólo voy a mostrarte algunos puntos y los movimientos para golpear.- Rápidamente dio un paso adelante, agarró la muñeca de Niema y la arrastró al centro de la colchoneta antes de que ella pudiera retroceder.

-Esto es parte del t'ai chi. De hecho es la base. Dim- Mak significa golpear en un punto mortal, y tiene que ver con puntos de acupuntura. Nunca debes usarlo, a menos que te encuentres en un situación de vida o muerte, porque como ya te he dicho, podría dar la casualidad de que te saliera bien.- Le levantó la mano y le atrapó los dedos, luego los sostuvo contra el ángulo exterior de su propio ojo.

-Aquí. Este es el punto exacto. Nótalo.

-Ya lo noto.

-Incluso un golpe leve podría causar importantes daños aquí: náuseas, pérdida de memoria, a veces la muerte- Le indicó cómo ejecutar el golpe usando las yemas de los dedos. La posición era importante, con el fin de obtener el ángulo adecuado. La hizo recorrer la trayectoria del movimiento

una y otra vez, haciendo él mismo de muñeco para que ella le atacase; de hecho logró golpearle una vez, pero no hizo nada más que tocarle. Él se giró, se separó bruscamente y se dobló por la cintura, haciendo un poco de teatro.

-¡Oh, Dios, lo siento mucho!- Niema corrió hacia él y le rodeó la cintura con los brazos como si pudiera sostenerle. Sintió que la invadía el pánico al recordar lo que había dicho acerca de un ligero golpe.- ¿Llamo a urgencias?

John sacudió negativamente la cabeza y desechó la sugerencia con un gesto de la mano.

Se apretó la nariz y se frotó en dirección a la oreja. Sus ojos estaban ligeramente acuosos.

-Estoy bien - dijo, enderezándose.

-¿Estás seguro?- Tal vez debieras sentarte.

-Estoy bien. Durante el entrenamiento ocurren cosas como esta todo el tiempo.

-Hagamos otra cosa - sugirió Niema, intranquila.

-De acuerdo, pasemos a sien.....

-Quería decir algo de judo.

-¿Cómo, vas a meterte en lucha profesional?- Sus ojos azules eran como lásers, la dejaron clavada en su sitio. John le cogió la mano y la acercó a su sien-. Aquí. Pega con fuerza, directamente. Es un punto en el que se pierde el conocimiento, y si se rompe una vena, el atacante muere en un día o así. Se le puede revivir con un boca a boca, pero de todos modos podría morir a causa de la hemorragia. Aquí. - Movió la mano de Niema hasta justo debajo de su tetilla. Le indicó el punto exacto y la manera de colocar las manos-. Eso supone la muerte instantánea.

-No pienso hacer esto- repuso ella acaloradamente-. No quiero seguir practicando contigo.

-Bien- John le apretó la mano contra el centro de su pecho, entre ambas tetillas-. Un golpe aquí provoca un espasmo y rigidez en la parte inferior del cuerpo, y el atacante cae al suelo. Aquí.. - llevó la mano más abajo, justo por debajo del esternón-. Un golpe bien dado aquí detiene el corazón.

Era implacable. La horrible lección no acababa nunca. John le hizo repetir todos los movimientos hasta que puso las manos en la posición correcta, aunque ella se mostró inflexible en cuanto a no querer continuar utilizándole como un muñeco. Aún estaba conmocionada por el hecho de que un golpe tan ligero hubiera conseguido provocar una reacción tan fuerte; ¿qué pasaría si le golpeaba de verdad?

Por fin John se detuvo. Acababa de mostrarle un par de golpes que provocaban diarrea instantánea, y pensó que realmente debería practicarlos con un blanco de verdad. Medina dio un paso atrás, sacudiendo la cabeza y sonriendo.

-Ni hablar. Estás lo bastante enfadada conmigo para hacerlo.

-Desde luego que lo estoy.

-Me lo agradecerás si alguna vez te ves en una situación apurada y necesitas saber cómo derribar a alguien.

-Si eso llegara a ocurrir, ya me preocuparé de buscarte, y te dejaré que digas aquello de “ya te lo dije”. Pero creo que prefiero practicar los golpes de la diarrea en lugar de los mortales.

Medina se separó de ella un momento para ir a buscar una de las botellas de agua que habían traído consigo. Giró el tapón y la levantó en alto. Su fuerte garganta se movió al tragar. Niema, indefensa, le contempló. Aun cuando sabía que debería ser prudente y mantener una distancia mental, si no física, Medina era un magnífico ejemplar de masculinidad, y en aquel momento toda ella se sintió como una hembra apreciando el espectáculo. Sus pantalones de deporte, de lycra, se adherían a sus muslos y a su trasero como una segunda piel, y aquella camisa negra no hacía nada por disimular el contorno de sus músculos de su pecho y de sus brazos.

Niema sintió que sus pezones se ponían alerta y que una oleada de calor le inundaba todo el cuerpo. Se aclaró la garganta, apartó la mirada de él y se volvió de espaldas para hacer unos cuantos estiramientos. Sobre todo necesitaba estirar las piernas, después del ejercicio de aquella mañana. Las habría estirado de todos modos, sólo par tener algo que hacer además de pensar en el cuerpo de John Medina.

Tengo que tener cuidado, pensó. Mucho, mucho cuidado.

-¿Estás preparada para practicar con un blanco?- le preguntó él a su espalda.

Gruño y se incorporó. ¿En qué demonios se había metido?.

Esa misma noche, tras una visita a la ferretería, donde compró todo un arsenal de pestillos, y de pasarse un par de horas instalándolos - excepto en la ventana del segundo cuarto de baño, que era alta y pequeña, así que Medina no podría entrar por ella,- se probó la ropa de las cajas que le habían entregado.

Todo llevaba una etiqueta de diseñador. Los juegos de ropa interior eran de seda, las medias finísimas. Cada par de zapatos tenía que haber costado más de doscientos dólares, y había más de una docena. Había vestidos de cóctel, trajes de noche, bonitos conjuntos que enseñaban más pierna de la que dejaba ver ella normalmente; pantalones cortos, camisas de sport, camisolas de encaje, vaqueros, jerseys de cachemir, faldas. Y luego las joyas: pendientes de perlas y una gargantilla a juego, una redecilla de pequeños diamantes que colgaba de una delicada cadena, pulseras de oro, y un enorme y sobrecogedor colgante de ópalo negro con pendientes a juego. Puso con cuidado el colgante de nuevo en su caja y tomó un anillo que llevaba un solitario diamante de color amarillo.

En ese momento sonó el teléfono. Se estiró para coger el auricular, sosteniendo el colgante de ópalo en la mano.

-Diga.

-¿Ya has echado un vistazo a la ropa?

-Precisamente estoy en ello.- Era curioso que él tuviera necesidad de identificarse, se dijo Niema aunque nunca había hablado con él por teléfono, reconoció inmediatamente su voz.

-¿Te queda bien?

-La mayor parte.

-Me encargaré de eso mañana.¿ Has llegado al colgante de ópalo?

-Acabo de dejarlo en su estuche. Es lo más hermoso que he visto nunca-. En su tono había un deje de admiración.

-Lleva un transmisor detrás de la piedra, escondido entre los dientes del engarce. Ten cuidado de no agitarlo mucho. Te veré por la mañana.

Se oyó un “clic” al colgar. Niema devolvió lentamente el auricular a su sitio. Las últimas palabras de Medina podían tomarse como una advertencia, teniendo en cuenta su tendencia a irrumpir en su casa. Sonrió al pensar en la diminuta ventana del baño.

-Por supuesto, señor Medina. Por supuesto que te veré.

CAPITULO 11

-Bingo- dijo John suavemente, y colgó el teléfono. Ronsard había mordido el anzuelo. El mensaje había viajado hasta un ordenador situado en Bruselas, siguiendo sus instrucciones. Después había sido reenviado a un ordenador de Toronto, al cual él había accedido empleando una tarjeta telefónica. Las tarjetas telefónicas eran imposibles de rastrear, suponiendo que Ronsard hiciese ese esfuerzo. No esperaría que el nombre y el número de Temple aparecieran en la casilla de identificación del llamante, ni que dicho número pudiera localizarse.

Ahora tenía que proceder con todo cuidado. En primer lugar, tenía que llamar la atención de Ronsard sobre Niema y esperar a que este la invitara a su villa. De lo contrario, tendría que realizar algunos ajustes en su plan. Pero si Niema obtenía dicha invitación, no quería llegar a la villa hasta que ella se encontrara ya allí.

Niema. Por mucho que hubiera disfrutado aquellos días con ella, le estaba volviendo loco. Tomarle el pelo, tocarla durante las “lecciones” de defensa personal... Debía de haber perdido el juicio para someterse a sí mismo a semejante tortura. Pero Niema le deleitaba de tantas formas, que no conseguía frenarse. Aprendía rápidamente, y era tan competitiva que automáticamente aceptaba cualquier desafío. Esa mañana había reído para sí mismo, en silencio, mientras se daba una ducha en el baño de invitados, pues sabía que ella había corrido todo lo que daba de sí para llegar antes que él a la casa, después de haber estado haciendo ejercicio más de una hora.

Ahora tenía conciencia de él, cosa que nunca había sucedido antes. En Irán, no tenía ni idea de lo mucho que él había envidiado a Dallas. Pero había visto cómo le observaba ella cuando se quitó la camiseta, había visto el esfuerzo que hacía para no mirarle fijamente. Aún era demasiado pronto para hacer un movimiento, así que tenía que procurar concentrarse para evitar tener una erección cada vez que se acercaba a ella. Por primera vez aquel día Niema había sido totalmente consciente de la atracción que sentía hacia él, de modo que no estaba en absoluto lista para que él hiciera nada al respecto.

Pero con ella no era como si acabaran de conocerse. En esas circunstancias, él se sentiría libre de moverse a su propio ritmo, o por lo menos todo lo libre que solía sentirse con una mujer. Pero ambos tenían cierto bagaje en común; la muerte de Dallas era algo que les unía a los dos, y que les separaba también. Ningún otro hombre había sido capaz de entenderlo; él era el único que había estado con ella en aquella fría y sucia cabaña, el único que la vio palidecer al oír las últimas palabras de su marido, el que vio el deseo de gritar en sus ojos. Él era el que la había abrazado cuando por fin pudo llorar.

Y él era el único que iba a romper aquella barrera de desinterés que ella había levantado entre sí misma y el sexo masculino. Podía hacerlo porque la comprendía, porque sabía que bajo aquella fachada tan digna latía el corazón de una aventurera. Él podía darle la emoción que ella necesitaba, tanto en lo profesional como en lo personal. ¡Dios, cómo había revivido en aquellos pocos días! Literalmente resplandecía. Tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para no agarrarla y hacerla saber exactamente lo que sentía.

ero ya habría una ocasión para ello, y no era esta. A Niema seguía resultándole incómoda la idea de querer a alguien que no fuera Dallas, en general, y a él en particular. Pero cambiaría; él se encargaría de ello.

Se levantó y empezó a pasear nervioso por la habitación, evitando la ventana de forma automática. No recordaba que la reacción de una mujer hubiera sido nunca tan importante para él, ni siquiera la de Venetia...

Se detuvo y se quedó mirando ociosamente el ordinario dibujo de la pared. Después de lo que había ocurrido con Venetia, quizá no se mereciera a Niema. Y quizá Niema no quisiera tener nada que ver con él, si se enterase de lo de Venetia. De quizá nada; estaba casi garantizado. Si quería ser honrado, tendría que hablarle de su esposa muerta.

Torció la boca en una sonrisa triste. Si fuese honrado, no habría hecho muchas de las cosas que había hecho en la vida. Quería a Niema, la deseaba con una intensidad que constantemente le hacía bajar la guardia. E iba a tenerla.

Villa de Ronsard.

-¿Has podido localizar el mensaje?- le preguntó Ronsard a Cara, que miraba fijamente el monitor al tiempo que tecleaba órdenes.

La joven negó distraídamente con la cabeza, pues su atención estaba concentrada en la pantalla.

-Sólo hasta el primer enlace; después de eso, desapareció en el éter. Temple tiene un sistema de encriptado y conmutación endiabladamente bueno.

Ronsard se paseó por la oficina. Era temprano, muy temprano, pero es que no necesitaba dormir mucho, y Cara adaptaba su horario al de él.

-Creía que me habías dicho que todo lo que hay en un ordenador deja huella.

-Y así es, pero esa huella puede ser un callejón sin salida. Temple podría haber programado el primer enlace con un código de auto-destrucción para después de que se enviara el mensaje. Puede que el primer enlace ni siquiera sea tal, podría ser el destinatario. Pero usted no creerá que Temple iba a ser tan fácil de encontrar.

-En efecto -murmuró Ronsard-. A propósito, ¿dónde estaba el primer enlace?

-En Bruselas.

-¿Entonces es probable que se encuentre en Europa?

-No necesariamente. Podría estar allí donde haya una línea telefónica.

Ronsard ladeó la cabeza mientras estudiaba la situación.

-¿Podrías averiguar algo si tuvieras en tu poder el ordenador en sí?

Los ojos de la joven brillaron de interés.

-Puede apostar a que sí. A no ser que se haya destruido la unidad del disco duro.

-Si este es su medio habitual de contacto, no destruiría el vínculo; lo protegería con un encriptado, pero no lo destruiría. Si puedes descubrir la localización de ese ordenador, haré que lo traigan aquí.

Cara se volvió hacia el monitor y empezó a teclear furiosamente.

Satisfecho ante la idea de que pronto tendría el ordenador en su poder -

o más bien en poder de Cara-, Ronsard regresó a su mesa. Laure había tenido una noche difícil, y él estaba cansado. Disponía de personas encargadas de cuidarla, naturalmente, pero cuando estaba alterada o no se sentía bien quería que estuviera su papá con ella. No importaba dónde se encontrara ni lo que estuviera haciendo; si Laure le necesitaba, lo dejaba todo y acudía a su lado. .

Aún no había revisado el correo del día anterior, aunque Cara lo había abierto y apilado sobre su escritorio. Comenzó por hojear las facturas y las invitaciones; como siempre, las segundas superaban en número a las primeras. Le invitaban a todas partes; los contactos lo eran todo en el mundo de los negocios, incluso cuando ese negocio no fuera de los aceptados. Había muchas cabareteras encantadas de tenerle entre sus clientes; era guapo, estaba soltero, y llevaba un cierto aire de peligro. Ronsard era cínicamente consciente de sus atractivos y de la utilidad que estos podían reportarle.

-Ah -dijo, tomando una invitación de color crema del montón. El primer ministro le invitaba cordialmente a... No se tomó la molestia de leer cuál era el acto, simplemente se fijó en la fecha del mismo. Aquel tipo de reuniones sociales tenían un valor incalculable. Había dejado de sorprenderse por el gran número de personalidades políticas, sociales y de los negocios que necesitaban de sus servicios. Sentían la libertad de acudir a él en un baile de beneficencia o en una cena política, pues al fin y al cabo aquel era el mundo en que se movían, y se sentían cómodos y seguros en él. En otro tiempo también había sido el mundo de Ronsard, y seguía sintiéndose cómodo, pero ahora sabía que ningún lugar era seguro de verdad.

-Ya lo tengo -dijo Cara, y le dio la dirección.

El hombre de mediana edad tenía el mismo aspecto que cualquier otro individuo de Bruselas; era de estatura, peso y color de piel semejantes a la media; no había en él nada que suscitara interés. Caminaba a paso normal, y al parecer prestaba más atención al periódico que llevaba en la mano que al lugar al que se dirigía, hasta que llegó a un determinado edificio de pisos. Subió los dos escalones de piedra y traspuso la puerta, y a continuación se encaminó hacia las escaleras en vez de tomar el viejo ascensor, para no encontrarse con nadie.

Y en el último piso, el tercero, abrió con llave la puerta de una determinada habitación. Estaba vacía, excepto por el ordenador que zumbaba silenciosamente sobre una tosca caja de madera, conectado al enchufe de la red y a la toma del teléfono. No había ninguna impresora.

Las luces estaban programadas para apagarse y encenderse a intervalos irregulares. La ventana tenía las persianas bajadas. A veces venía por las mañanas y abría las persianas, después regresaba por la tarde y las cerraba, para que pareciera que allí vivía alguien. No pensaba que hubiera vivido nadie; sólo estaba el ordenador.

Siguiendo las instrucciones de aquella mañana, fue rápidamente hasta la computadora y pulsó unas cuantas teclas para entrar en el programa llamado Norton Utilities. En dicho programa había una función denominada «borrado maestro». Pulsó varías teclas, aguardó un momento y luego pulsó otra más. Observó por espacio de unos instantes cómo el ordenador ejecutaba las órdenes.

Sacó su pañuelo y limpió el teclado, y también el picaporte de la puerta al salir. Ya no volvería a aquella habitación vacía con su inquilino electrónico.

Nadie le vio llegar ni marcharse; pero es que su aspecto era como el de cualquier otra persona.

Esa misma tarde, una furgoneta blanca se detuvo en la calle donde se encontraba el edificio de pisos. De ella salieron dos hombres que echaron a andar por la estrecha calzada; iban vestidos de obreros, con monos manchados de pintura, aunque su furgoneta no llevaba ninguno de los aparejos típicos de los pintores.

Entraron en el edificio y subieron la escalera hasta la tercera planta. Una vez que estuvieron en el angosto y sombrío rellano, cada uno de ellos sacó una potente pistola automática del interior del mono y se aproximó en silencio a la puerta cerrada de una de las viviendas. Uno se apostó a un lado de la puerta, con la pistola preparada. Hizo un gesto con la cabeza a su compañero, el cual estiró el brazo con cautela y probó el picaporte. La sorpresa se dibujó en los rostros de ambos cuando la puerta se abrió sin más.

Se asomaron rápidamente por la abertura, retrocedieron automáticamente, y luego se relajaron; la estancia se encontraba vacía. Aun así, no dejaron de empuñar las pistolas mientras penetraban en la habitación y la registraban a toda prisa. Nada. No sólo el cuarto estaba vacío, sino que tampoco mostraba señales de que nadie hubiera vivido en él nunca.

Por otra parte, estaba aquel ordenador, descansando sobre la caja de madera, emitiendo un inapreciable zumbido. La pantalla era de un azul puro Los dos hombres eran profesionales; se hincaron de rodillas e inspeccionaron la computadora, siguiendo los cables de alimentación y del teléfono hasta sus respectivos enchufes, en busca de algo fuera de lo normal. Al no encontrar nada, uno de ellos por fin desconectó el aparato. La pantalla se puso negra y el zumbido cesó.

Se apresuraron a desenchufarlo y a llevarlo escaleras abajo hasta la furgoneta. No se molestaron en cerrar la puerta al salir.

Villa de Ronsard.

Cara estaba nadando cuando Ronsard mandó que le dijeran que había llegado el ordenador. Salió de la piscina y se dobló por la cintura para sacudirse el agua del pelo. Sabía que Hossam la estaba observando con sus ojos oscuros brillantes de excitación. Hizo caso omiso de él y se envolvió una toalla alrededor de la cabeza y otra alrededor del cuerpo.

Pobre Hossam. Toda aquella lujuria de celos empezaba a resultar fastidiosa. El propio Hossam estaba volviéndose fastidioso. Cara se aburría rápidamente de sus amantes, porque una vez que la llevaban a la cama todos parecían volverse posesivos y territoriales. ¿Por qué no podían sencillamente contentarse con buen sexo, igual que ella? No le gustaba herirles porque a todos les tenía afecto, sólo que no de la manera que ellos pretendían. Por otra parte, no pensaba pasar toda su vida con un hombre al que no quería sólo porque le diera lástima.

Desembarazarse de la relación con Hossam podía ser un tanto difícil. Era muy consciente de las diferencias culturales; al principio resultaron emocionantes, ahora se sentía asfixiada cada vez que estaba con él. Lo que ella necesitaba, suponía, era un agradable hombre de juguete que se ocupara de ella, uno que supiera quién mandaba, por lo menos en su persona. No quería dominación, sino independencia.

La verdad era que ningún hombre de los que había conocido, a excepción de Ronsard, era tan interesante como sus ordenadores, y ella era lo bastante inteligente para saber que Ronsard no era de los que sientan la cabeza. En absoluto. Le gustaba, pero no era para ella. Tal vez no lo fuera nadie; tal vez fuera a acabar como una de esas viejas excéntricas que se dedican a viajar por todo el mundo. Casi le gustó la imagen que eso le trajo a la mente.

Hossam se acercó y le puso una mano en el brazo.

-¿Vas a venir a mi habitación esta noche?

-Esta noche no -respondió ella, apartándose con tanta naturalidad como le fue posible-. El señor Ronsard ha traído un ordenador que quiere que yo investigue, así que me pasaré la noche trabajando.

-Entonces mañana.

-Ya sabes que no puedo prometerte eso cuando no sé qué programa de trabajo voy a tener.

-Cásate conmigo, y no tendrás que trabajar.

-Me gusta trabajar -replicó ella-. Buenas noches.

Se dio prisa en desaparecer antes de que él pudiera detenerla de nuevo. Sí, aquella situación con Hossam definitivamente se estaba convirtiendo en un asunto espinoso. Quizá le pidiese a Ronsard que le asignase a Hossam algún otro trabajo, aunque odiaba hacerlo; después de todo, Hossam estaba siendo simplemente él mismo, y no debería ser castigado por ello.

Se detuvo en su habitación para vestirse y recogerse el pelo. En los Estados Unidos habría echado a correr a la oficina con el bañador puesto, pero Ronsard era muy europeo en sus normas de vestir. A ella le gustaba aquello, en realidad. Era agradable tener normas.

Él la estaba esperando, con su cabello largo echado hacia atrás como siempre, lo cual daba a su delgado rostro un toque más exótico. Vestía pantalones negros y camisa blanca, el atuendo más informal posible que podía llevar él.

-Tu regalo -dijo al tiempo que señalaba con la cabeza la unidad que ahora ocupaba la mesa de trabajo de Cara.

Ella enchufó enseguida el aparato y se sentó frente a él. Lo encendió y esperó a que arrancara. No sucedió nada. Lo intentó de nuevo. La pantalla seguía totalmente azul y vacía.

-Vaya, vaya.

-¿Ocurre algo? -preguntó Ronsard, acercándose?

-Se lo han cepillado.

-¿Borrado?

-Sí. A lo mejor han utilizado simplemente un comando en lenguaje C. Si es así, todavía debería haber algo de información en el disco duro.

-¿Y si no?

-Si han utilizado un borrado maestro, no queda nada.

-Un borrado maestro...

-Es tal como suena. Si hay algo que uno no quiere que vea nadie, se emplea el borrado maestro. Está en las Norton Utilities...

Ronsard levantó una mano.

-No necesito detalles. ¿Cuánto tardarás en averguar que clase de borrado se ha empleado?

-No mucho.

Aguardó pacientemente mientras Cara se introducía en la unida del disco duro y empezaba a buscar bits de datos. No había nada. El disco estaba tan inmaculado como el día en que salió de la cadena de montaje.

-Nada-dijo con disgusto.

Ronsard le puso una mano amistosa sobre el hombro.

-Esto era lo que yo esperaba, en realidad. -Entonces, ¿por qué traer el ordenador? -Porque quiero conocer al señor Temple. Si fuera lo bastante descuidado como para dejar datos en el ordenador, quizá no debiera tratar con él. Pero viendo esto... -Ronsard titubeó y esbozó una, ligera sonrisa-. He descubierto que es casi tan cuidadoso como yo.

-Casi.

-No voy a dirigirme a él -dijo-Ronsard suavemente. Él vendrá a mí.

CAPÍTULO 12

-Tu nombre es Niema Jamieson- dijo Medina, entregándole un pasaporte, un permiso de conducir y una tarjeta de la seguridad social.

Ella miró los documentos con interés e incredulidad a un tiempo.

-¿Niema? - preguntó.

-Tienes un nombre tan poco corriente, que probablemente meterías la pata si tuvieras que responder a otro. Siempre es mejor o alejarse mucho del verdadero.

-No me diga, señor Darrell Tucker -murmuró Niema.

Él le devolvió una débil sonrisa, acusando el golpe.

-Yo he utilizado tantos nombre, que me he quedado sin parecidos.

Niema abrió el pasaporte. Allí estaba su foto, además de varias páginas de visados. Según su pasaporte, sólo en el año pasado había estado dos veces en Gran Bretaña, una en Italia, una en Suiza y una en Australia. Niema Jamieson era ciertamente una persona muy viajera.

El permiso de conducir parecía igualmente auténtico. Era una residente de New Hampshire. Niema Price Jamieson.

-¿Mi apellido intermedio es Price?- preguntó incrédula.

-Ese es tu apellido de soltera. Tu familia tiene una antigua amistad con la de la esposa del embajador.

-¿Así que estoy casada?

-Viuda- le dirigió una mirada serena, firme, como si esperase que ella se opusiera a una personalidad de tapadera tan similar a su propia vida-. Tu marido, Craig, falleció en un accidente de navegación hace dos años. La esposa del embajador, que se llama Eleanor, por cierto, te ha convencido para que te reúnas con ellos en París para pasar unas vacaciones.

Niema guardó silencio. Claro que muchos de aquellos detalles eran paralelos a su vida real; así sería más fácil recordarlos.

-Y si Ronsard no me invita a su casa e investiga mis antecedentes, se encontrará con.... ¿ qué?.

-Se encontrará con que eres exactamente quien dices ser. Verá artículos en las páginas de sociedad en lo que se te nombra a ti. Encontrará un artículo sobre la muerte de Craig Jamieson que menciona a su afligida esposa Niema. No te preocupes, tu tapadera soportará cualquier escrutinio.

-Pero, ¿y el embajador y su esposa? Obviamente, ellos saben que no soy una amiga de la familia.

-Sí, pero están acostumbrados a las tapaderas. Ya sabes cuánto personal de la Agencia trabaja en nuestras embajadas. Es cosa normal.

-Entonces, ¿ por qué no va a sospechar de mí Ronsard?

-Porque tú no eres una empleada. Créeme, ellos saben, o se hacen bastante bien a la idea de quién es de la Agencia y quién no lo es.

Niema respiró hondo.

-¿Cuándo me voy?

Medina extrajo un billete de avión del bolsillo interior de su chaqueta.

-Mañana, en el Concorde.

-Bien- Se le iluminaron los ojos. Siempre había querido volar en aquel avión supersónico- ¿Cuándo vendrás tú?.

-No me verás hasta que los dos estemos en la villa de Ronsar.

-Si no te invita..... -Se interrumpió y se encogió de hombros.- En ese caso no volveré a verte.- Trató de mantener un tono práctico y normal, pero por dentro no se sentía así. En unos pocos días, Medina parecía haberse convertido en el elemento central de la emoción que sentía. Pero sabía desde el principio cómo iban a ser las cosas, sabía que él desaparecería tan bruscamente como había aparecido.

-Yo no he dicho eso.

-No, pero ya he trabajado contigo en otra ocasión, ¿te acuerdas? Cuando el trabajo está terminado, tú desapareces. Y ahora que sé quién eres, comprendo por qué.

-Niema..- Se metió las manos en los bolsillo, con un gesto de extraña desazón. Medina siempre tenía tal control de sí mismo que aquella expresión divirtió a Niema-. Volveré. Eso es lo único que puedo decir por ahora.

Ella se sintió inmediatamente intrigada, y alarmada. ¿Quería decir que tenia la intención de usarla para otra misión? Una parte de ella quería gritar: ¡Diablos, no!, pero en lo más hondo de sí bullía de un anhelo, un ansia de tener mas.

El sentido común se hizo cargo de la situación.

-Esto es lo único que haré, Medina; no cuentes con arrastrarme a otra misión. No me pagan para correr riesgos, ya lo sabes.

-Por supuesto que sí.

Tomada por sorpresa, Niema le dirigió una mirada de cautela.

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que vas a recibir una buena bonificación por esto.

-¡Genial! Eso significa que todo el que esté en nómina.....

-No. Esto es operaciones secretas, ¿no te acuerdas? Todo sale de una cuenta que no figura en los libros. Y procura llamarme John en vez de Medina. John es un nombre bastante común, pero en esta ciudad hay mucha gente que aguzaría el oído si te oyera llamarme Medina.

Un tanto de mala gana Niema dijo:

-John- Prefería pensar y referirse a él como Medina; eso le mantenía a una cierta distancia, por lo menos en su mente. Le estaba costando mucho luchar contra la atracción que sentía hacia él-. Vuelvo a lo que dije antes: Esto es lo único que haré. Ha de serlo.

Todavía con las manos en los bolsillo, John fue hasta la ventana de la cocina y pasó distraídamente los dedos por los pestillos que Niema había

instalado. Las dos mañanas anteriores se había visto obligado a colarse por una maldita y minúscula ventana del baño, tan pequeña que había tenido que hacer de contorsionista para poder entrar. Niema estaba tan contenta con aquellos artefactos que no le dijo que había ideado un modo de soltarlos. Un ladrón corriente no tendría medio de hacerlo, alguien que de verdad quisiera penetrar en la casa simplemente rompería una ventana. El ciudadano normal no podía permitirse las medidas de seguridad que podrían hacer que una casa fuera inaccesible para los ladrones, pero es que el ciudadano normal no necesitaba meterse en semejantes esfuerzos ni gastos.

-No creas que puedes pasar de mí- le advirtió.

John le dirigió una sonrisa breve y cálida al tiempo que se apartaba de la ventana.

-Nunca se me ha ocurrido tal cosa.

Tanto la sonrisa como la frase la pusieron nerviosa. Decidió cambiar de tema y aspiró profundamente.

-Volvamos al plan ¿Qué ocurrirá.... si consigo hacerme con una invitación para ir a casa de Ronsard? ¿Y si a ti no te invitan al mismo tiempo?

-Yo ya he recibido una invitación. Ronsard da una fiesta formal dentro de diez días. La organiza una vez al año, una especie de recompensa para todas las personas que miran a otra parte cuando surgen situaciones delicadas en relación con su trabajo. La seguridad es sumamente rigurosa, incluso más de lo normal, porque hay mucha gente en la casa. Eso permitirá que la reunión conmigo quede más controlada. Si Ronsard te invita a la fiesta, acepta. Si se limita a invitarte a su casa para hacerle una visita, declina el ofrecimiento. Eso no hará sino acicatear su interés.

-Lo que yo sé acerca de acicatear el interés de alguien cabría en una cáscara de cacahuete- musitó ella.

John sonrió.

-No te preocupes. La Madre Naturaleza ya se ha encargado de eso. Los hombres somos fáciles. No necesitamos mucho más que ver a una mujer respirar, y ya estamos interesados.

Niema trató de mostrarse ofendida, pero en lugar de eso se sorprendió a sí misma riéndose.

-Así de simple ¿no?

-Comparados con las mujeres, nosotros somos amebas. Nuestros cerebros sólo contienen una célula, pero está dedicada en exclusiva.

Y eso lo decía el hombre más complicado que había conocido nunca. Sacudió la cabeza negándolo.

-Me parece que necesitamos ponernos a trabajar antes de que tu célula se vuelva turulata del todo. ¿Qué tenemos en el orden del día?

-Nada- contestó John- Descansa un poco, haz las maletas, repasa tu francés. He venido sólo para darte los documentos.

Se había acostumbrado tanto a hacer ejercicios con él, que lo perspectiva de tener delante un día sin ese reto le resultaba insípida.

-De modo que eso es todo. Si no consigo esa invitación, no volveré a verte.

John titubeó, y acto seguido estiró la mano y le tocó ligeramente la mejilla con la punta de los dedos. Empezó a decir algo, pero se interrumpió. Algo parecido a un sentimiento de pesar, sólo que más complicado, aleteó brevemente en sus ojos azules. Sin pronunciar palabra, dio media vuelta y se fue, deslizándose por la puerta trasera, con movimientos tan silenciosos que Niema no habría sabido que estaba allí si no lo hubiera estado mirando.

Permaneció de pie en la cocina, luchando contra el escalofrío que la había recorrido de arriba abajo al sentir su contacto. No, no tenía frío. Estaba temblando, pero no tenía frío. Aquel ligero contacto de las yemas de sus dedos le había erizado los nervios. Santo Dios. ¿Cómo sería cuando realmente....?

-No - se ordenó a sí misma en voz alta- No te metas ahí.

No te imagines cómo sería hacer el amor con él. Los hombre como John Medina no hacía el amor, sólo practicaban el sexo; no tenían relaciones, tan sólo encuentros.

Aunque nadie lo diría a juzgar por la forma en que había vivido durante los cinco últimos años, a veces había pensado, de forma vaga, en volver a casarse y tener hijos. Aquello estaba siempre en el nebuloso futuro, y aunque no había habido candidatos al puesto de marido, todavía esperaba que con el tiempo su vida tomara aquel derrotero. Sin embargo, si iniciaba una relación con John, ya podía decir adiós a aquel sueño; no sería capaz de conformarse con un Pepito corriente si se permitía a sí misma el gusto de tener una aventura con él.

John podía pasar por ser una oveja a los ojos de la mayoría de la gente, pero ella sabía que era un lobo. Y también se conocía a sí misma y su sed de emociones. Nunca podría recuperarse a sí misma, porque acostarse con John sería ir demasiado lejos. Aquello supondría el colocón total, y ninguna otra cosa podría igualarlo jamás. Pero si no se permitía probarlo, nunca sabría lo que se había perdido; podría imaginárselo, pero no lo sabría, y todavía podría alcanzar la felicidad con ese Pepito corriente que debía estar esperándola en algún momento del futuro.

¿Qué diferencia había?, se preguntó, apretándose el puño contra el estómago en un intento de aplicar la sensación de hormigueo. Él se había ido. Si aquel plan no funcionaba, probablemente no volvería a verle nunca. Aunque había dicho que regresaría, no le creía en absoluto. No podía permitirse creer en él, porque si lo hacía, tal vez empezase a soñar que iba a volver por ella, y esa era la fantasía más peligrosa de todas.

Niema hizo el equipaje en las maletas Vuitton un poco sobadas que le habían entregado en día anterior. Aquel equipaje era un detalle agradable, pensó; era caro y encajaba con su supuestamente acaudalada familia, pero distaba mucho de parecer nuevo. De hecho, tenía el aspecto de haber dado varias veces la vuelta al mundo. La etiqueta identificativa llevaba su nombre y dirección ficticios.

Para viajar se puso un vestido verde con mucho estilo de un tejido de lino y algodón, de corte camisero, que complementó con una camisola ligera.

Luego se calzó unos sensatos zapatos de color gris oscuro y tacón bajo. A pesar de aquella sencillez, o quizás a causa de ella, el conjunto iba diciendo "dinero" a gritos. Dinero antiguo, además.

Hacía un día luminoso y soleado; no habría retrasos debido al mal tiempo. Se sentía algo nerviosa, y no sabía si era por la emoción o por el miedo. Pero estaba preparada; quería estar en París ya mismo. Quería conocer a tal Louis Ronsard y ver si de verdad respirar era lo único que tenía que hacer para resultar incitante. John la necesitaba dentro de la villa de Ronsard; él proseguiría solo, pero la misión era menos arriesgada si contaba con ese respaldo. Tenía que conseguir la invitación.

Preocupada, pensó en una precaución de John había insistido en que tomase: pastillas anticonceptivas. Era algo habitual en operativos que eran mujeres, le había dicho. ¿Acaso esperaba que se acostase con Ronsard? Niema sabía que el sexo era con frecuencia el método que las mujeres solían emplear para llegar a los hombres que constituían su objetivo, tanto en la vida real como en el espionaje. Bueno, su devoción por aquel trabajo no iba tan lejos; ella no se acostaría, no podría acostarse con aquel traficante de armas, por muy apuesto que se dijera que era.

El taxi llegó a la hora, y el conductor se acercó a la puerta para hacerse cargo de las maletas. Mientras él regresaba cargado, Niema lanzó una última mirada a su cómoda casa, preguntándose con aquella extraña sensación de desconexión si volvería a verla otra vez. Aquello no era muy diferente de marcharse de vacaciones. Una semana, dos como mucho, y regresaría a casa, y de nuevo se acostumbraría a la rutina del trabajo y de las labores domésticas. Aquel episodio no volvería a repetirse.

Cerró cuidadosamente la puerta con llave y activó la alarma que John había vuelto a conectar. Desde luego, había conseguido que Niema se preocupara más por su seguridad; incluso con la alarma puesta, fue parándose ante cada ventana y ante cada puerta para enganchar los pestillos. Había comprado un temporizador para las lámparas y el televisor, para dar por lo menos la apariencia de que allí había alguien. Y John le había prometido que varias persona de la Agencia le vigilarían la propiedad, de modo que no estaba muy preocupada.

El taxista parecía impaciente, así que corrió hacia el taxi, y con cada paso su ánimo fue mejorando. ¡Por fin, otra vez en acción!.

En París fue a recibirla un chófer uniformado que se ocupó de su equipaje y la acompañó, solícito, al interior de un enorme Mercedes Benz. Ella se hundió en los asientos de cuero y cerró los ojos con un suspiro. ¿Es que el Concorde eliminaba el desfase horario, o el cuerpo notaba automáticamente la posición del sol y sabía que pasaba algo anormal?. El vuelo supersónico fue mucho más rápido que el de un reactor normal, pero ella estaba tan agotada como si hubiera tardado lo mismo. Lo único que deseaba era darse un buen baño y un sitio tranquilo donde tumbarse.

Los marines de la embajada examinaron el coche y su pasaporte antes de permitirle la entrada al recinto. Cuando el automóvil se detuvo frente a la puerta, una mujer alta y esbelta, de sesenta y tanto años y cabello de un llamativo color gris plateado, bajó los escalones con las manos extendidas y el rostro sonriente.

-¡Niema!- exclamó- ¡Cuánto me alegro de verte!

Aquella debía de ser Eleanor, la esposa del embajador Theriot, antigua amiga de la familia. El chófer abrió la portezuela y Niema salió del coche y fue derecha hacia la señora Theriot para darle un afectuoso abrazo.

-Pareces agotada- dijo la señora Theriot, acariciándole la mejilla como una madre-. El desfase horario es terrible, ¿ verdad?. Por lo visto es peor cuando se viaja hacia el oeste..... o quizás es al este, no me acuerdo de cuál de los dos, pero no importa porque a mí me afecta de todos modos, viaje en la dirección que viaje.

Niema se dio cuenta de que la señora Theriot, le estaba dando tiempo para que se recuperase con su parloteo. Consiguió esbozar una sonrisa.

-Estoy cansada, pero no quiero desperdiciar mi visita durmiendo.

-No te preocupes por eso- dijo amablemente la señora Theriot al tiempo que la conducía escalones arriba, al interior de la embajada- Una siestecita te vendrá de maravilla. No tienes nada que hacer, ni ningún sitio adonde ir.

De aquello, Niema dedujo que no sólo no se esperaba contar con su presencia en la cena esa noche, sino que por alguna razón iba a ser ciertamente un problema.

-En ese caso, me encantaría echarme un rato.

Aún sonriendo, aún charlando como si se conocieran la una a la otra hacía años, Eleanor Theriot llevó a Niema hasta un ascensor. Salieron en la tercera planta.

-Esta es tu habitación- le dijo, abriendo la puerta que daba a un espacioso dormitorio, decorado con una impresionante combinación de muebles antiguos y modernos y en un sedante color turquesa pálido con algunos toques de blanco y salmón. La cama era tan alta que había un escabel a los pies, y el colchón parecía lo bastante grueso como para perderse de vista al hundirse en él.

-A este lado tienes un baño privado- continuó la señora Theriot, abriendo una puerta blanca panelada y ofreciendo a Niema una breve visión de los accesorios de baño de brillante cobre...¿ o eran de oro?-. Ahora subirán tu equipaje, y si quieres, una doncella lo deshará por ti.

Niema iba a decir que aquello no era necesario, pero se dio cuenta de que probablemente Niema Price Jamieson estaría acostumbrada a ese servicio, aunque Niema Burdock no.

-Antes quisiera dormir un poco, por favor- dijo- Más tarde podrán deshacer mis maletas.

-Por supuesto, querida. Diré a todo el mundo que no quieres que se te moleste-

Mientras hablaba, la señora Theriot fue hasta el escritorio y garabateó una breve nota que entregó a Niema-. Cuando te despiertes, tendremos una larga charla para ponernos al día de los cotilleos. Sencillamente, no tengo tiempo de llamar a todas mis amigas como hacía antes. Dime sólo si Jacqueline y Sid se encuentran bien, y te dejaré a solas para que descanses.

“Jacqueline” y “Sid” eran sus padres falsos.

-Mamá y papá están muy bien -repuso-. Ahora se encuentran en Australia, en una prolongación de sus vacaciones.

-¡Qué envidia! Paro no voy a hacerte más preguntas ahora. Que descanses, querida- Abrazó de nuevo a Niema y acto seguido se marchó.

Niema miró la nota: "No des por hecho que puedes confiar en todos los que trabajan en el embajada", había escrito la señora Theriot. "Aténte a tu tapadera en todo momento".

Arrugó la nota y se dispuso a tirarla a la papelera, pero lo pensó mejor, y rompió el papel en mil pedazos pequeñitos y lo tiró por el váter. Lanzó un enorme bostezo; aquella siesta se estaba volviendo más necesaria por momentos.

Llegó su equipaje, acarreado por un joven muy serio que la llamó madame, mal pronunciado. Cuando el chico se fue y la puerta del dormitorio estuvo cerrada con llave, Niema corrió las cortinas, se quitó la ropa y se dio una ducha rápida. Luchando por mantener los ojos abiertos, se secó con una toalla y se fue dando traspiés hasta la cama sin molestarse en buscar un camisón o un pijama. Usando el escabel, subió y se estiró entre las frescas y fragantes sábanas. Gimió de alivio al notar cómo se relajaban sus músculos cansados.

¿Cuándo era ese baile en el que se suponía que debía conocer a Ronsard? No se acordaba. Esa noche no, seguro. ¿Al día siguiente? ¿Estaba preparada? Repasó los detalles de su tapadera, incluso repitiendo "Niema Jamieson" para sí misma una y otra vez, para estar segura de responder cuando alguien se dirigiera a ella por aquel nombre. No podía fingir ser Niema Jamieson, tenía que convertirse en aquella persona. Ronsard era muy agudo, y se daría cuenta si ella parecía no reconocer su propio nombre.

John había sido concienzudo a la hora de construir su identidad falsa. Los documentos aguantarían cualquier inspección e investigación. No tenía que preocuparse por aquel aspecto de su tapadera. No, lo que la preocupaba era su propia capacidad. Era posible que John no dudase de ella, pero ella sí. Nunca había representado un papel, a no ser que fuera cuando estuvieron en Irán, si es que llevar un chador y no hablar era lo mismo que representar un papel.

Sin embargo, no dudaba de su capacidad para instalar un dispositivo de escucha en la oficina de Ronsard. Cuando llegase esa parte de la misión, estaba segura de poder arreglárselas.

-Que empiece el juego- murmuró para sí, y se quedó dormida.

CAPÍTULO 13

París.

-¡Louis! Qué maravilla verte otra vez. Estás tan guapo como siempre.- La esposa del primer ministro le dedicó una ancha y luminosa sonrisa al tiempo que le cogía de las dos manos y le plantaba un besos en cada mejilla.

Louis se llevó las manos de la mujer a los labios y le devolvió el saludo besándole los nudillos. En realidad le gustaba Adelina, que era de buen carácter e intrínsecamente amable. Sus fuertes facciones desgraciadamente recordaban las de un caballo, pero, muy al estilo parisino, sacaba el máximo partido de su mejor rasgo, los ojos, y cuando uno llegaba a conocerla veía sólo su personalidad y no pensaba en su cara alargada y huesuda.

-Jamás me perdería la oportunidad de verte, querida.

-Adulador- Le sonrió abiertamente-. Tengo que seguir saludando a los invitados, pero prométeme que no te irás sin hablar otra vez conmigo. No te veo mucho, sinvergüenza.

Él se lo prometió, cosa fácil de hacer, y a continuación la dejó en la zona de recepción y se mezcló con la multitud de invitados que atestaban el salón de baile y las habitaciones adyacentes. En un nicho había discretamente instalada una pequeña orquesta, parcialmente oculta a la vista por una cortina de gasa. Varios camareros de negro llevaban bandejas de delicadas copas medio llenas de dorado champán, mientras que otros ofrecían una deslumbrante variedad de canapés. Ronsard cogió una copa de champán de un camarero que pasaba y un fino canapé de otro. Acababa de tomar el primer sobro de la mediocre bebida- siempre era mediocre en fiestas así- cuando oyó que alguien le llamaba.

Se volvió y vio a su hermana, Mariette, que se acercaba a él con su marido del brazo. La expresión de Eduard Cassel era indulgente, como siempre. Mariette era como la espuma del champán, atolondrada e inofensiva como una mariposa. Era tres años más joven que Ronsard, y este siempre se había mostrado protector con aquella delicada criatura. Cuando se casó, escogió un hombre quince años mayor que ella, que pasó a convertirse en su protector.

Eduard le había resultado útil a Ronsard en varias ocasiones. Desde su posición en el ministerio solía estar enterado de detalles interesante acerca del gobierno, la economía y la vida personal de algunos altos funcionarios, detalles que pasaba a su cuñado. A cambio, Ronsard había creado un sustancial fondo a nombre de Mariette que alimentaba regularmente, lo cual permitía a los Cassel vivir con un nivel de comodidades que superaban con mucho el salario de Eduard.

-¡Louis!- Mariette le lanzó los brazos al cuello y le besó en la mejilla-. No sabía que ibas a estar tú aquí este noche. Es maravilloso. ¿Cómo está Laure?

-Está bien- Su voz fue inexpresiva, su tono grave para que no se oyera lo que estaba diciendo. No hablaba de Laure en publico. Muchos conocidos no tenían ni idea de su existencia.

Mariette arrugó la nariz a modo de disculpa.

-Perdóname- dijo contrita-. Se me olvidó.

-Por supuesto- respondió él amablemente, y la besó en la frente al tiempo que extendía la mano hacia su marido- ¿Cómo estás, Eduard?

-Bien, gracias- Eduard tenía un ligero sobrepeso, se estaba quedando calvo en la coronilla, y sus facciones podían describirse como "no feas". Solía lucir una expresión blanda que ocultaba la astucia que brillaba en sus ojos -. ¿Y tú?

-Bien- Una vez despachadas las cortesías sociales, Ronsard rodeó con un brazo la cintura de su hermana-. Estás maravillosa. Ese vestido te favorece mucho.

Ella mostró una sonrisa luminosa y se pasó la mano por la resplandeciente tela de color rosa que hacía resaltar el color de sus mejillas-. ¿No te parece demasiado joven?.

-Querida, tú eres joven.

-Eso mismo le digo yo- intervino Eduard-. Cada día está más encantadora.- Por muy edulcorado que fuera el cumplido, lo dijo de verdad. Su devoción por Mariette siempre pesaba mucho a su favor, en opinión de Ronsard.

-Oh, ahí este Juliette- exclamó Mariette, desviando instantáneamente la atención-. Tengo que hablar con ella.- Y salió disparada, haciendo ondear las faldas a su alrededor como si fuese a remontar el vuelo.

Ronsar y Eduard se apartaron de la multitud y se pusieron a pasear con naturalidad como si no tuvieran nada más importante que hacer que charlar ociosamente y buscar conocidos entre la multitud.

-Creo que esta noche está aquí el gobierno entero- observó Ronsard- Debe de haber algo interesante flotando por ahí.

Eduard se encogió de hombros y sus gruesos labios se curvaron en una sonrisa benévola.

-Son las elecciones, amigo mío. Todo el mundo corteja a todo el mundo. Y el comercio siempre es interesante, ¿no?. Los iraquíes desean comprarnos un sistema informático muy avanzado, muy caro, pero los americanos, como siempre, están rabiosos por ello. Su economía goza de buena salud, de modo que no pueden entender las dificultades de otros países. A nuestras principales industrias no les gusta que los americanos metan las narices en sus negocios. Pero si les decimos que se vayan...- Enseñó las manos- Los americanos tienen muchos dólares. ¿Qué puede hacer uno?.

-Lo que tenga que hacer, en la superficie- contestó Ronsard sin emoción. A ningún francés le gustaba la presencia americana que parecía invadir el mundo. Francia era francesa, y continuaría siéndolo. Con

independencia de los pactos que forzaran los americanos, no podían estar en todas partes y controlarlo todo. Francia aceptaba, y después hacía lo que más le interesaba. El pragmatismo era piedra angular del carácter francés.

-Naturalmente; los rusos están desesperados por la tecnología. Por desgracia, no tienen medios para pagar. Tal vez paguen los americanos por ellos. Vivimos tiempos interesantes, ¿no te parece?.

-Muy interesantes.

En los diez últimos años, la antiguas fronteras habían quedado completamente borradas. La política cambiaba constantemente, y ese ambiente resultaba muy favorable para su negocio. La inestabilidad era el acicate más importante para determinadas personas.

-Y, por supuesto, ha venido el embajador americano- prosiguió Eduard- Su ayudante personal está merodeando por ahí con los oídos bien abiertos.

El ayudante del embajador era un empleado de la CIA. Todo el mundo lo sabía, pero aún así, en aquellos actos se pasaba una asombrosa cantidad de información. Los funcionarios de inteligencia a menudo eran vías de información que los gobiernos querían proporcionar a otros gobierno, pero por canales ocultos. Después de todo, nadie quería precipitar una crisis.

-Una amiga de la familia está de visita con el embajador y su esposa. Se trata de la hija de unas de las amigas más antiguas de madame Tehriot, una joven encantadora, si se me permite decirlo. En estas reuniones uno siempre ve las mismas caras, ya sabes; ver una supone un agradable cambio.

Ronsard era hombre. Siempre se interesaba por una joven encantadora, a condición de que no fuera demasiado joven; no sentía interés por las tontas adolescentes.

-Dónde está- dijo en tono ocioso.

Eduard miró alrededor.

-Allí- contestó por fin- Junto a las ventanas. La morena que viste de blanco. Tiene unos ojos maravillosos.

Ronsard la localizó. Vio que no era una adolescente. Estaba de pie al lado de madame Thriot, luciendo una sonrisa que conseguía ser a la vez educada y cálida, y tenía la cabeza inclinado para escuchar a un ministro de finanzas que probablemente le estaría hablando de su tema favorito: las carreras de caballos.

Ronsard suspiró apreciativamente. Eduard no había exagerado; realmente era encantadora. No hermosa, ni espectacular, sino... encantadora. No iba vestida de una manera calculada para llamar la atención, pero la llamaba. Tal vez fuera la serena dignidad de su porte, unida a aquellos ojos desconcertantes. Incluso desde donde él se encontraba, Ronsard pudo apreciar el comentario que había hecho Eduard acerca de sus ojos. Eran enormes y oscuros como la noche, unos ojos de esos en los que un hombre podía perderse y olvidar lo que estaba diciendo.

Su atuendo era sencillo, blanco sin adornos, con un encanto basado tan sólo en el exquisito escote. Tenía el cutis pálido, tanto que Ronsard no habría creído que pudiera vestir de blanco sin parecer un desastre, pero en lugar de eso el color parecía acentuar su levísimo rubor rosado, que hacía

creer que uno podía ver el calor de la sangre que corría bajo aquella delicada piel.

Era esbelta sin estar delgada, como tantas mujeres de moda en aquellos días. El vestido se ceñía con gracia a sus caderas redondas, y su busto, aunque no era grande, tenía una forma muy seductora. Llevaba un collar de perlas largo y elegante, de una sola vuelta, que hacía juego con el brazalete de la muñeca derecha y con los pendientes. En ese momento se volvió, y el collar de perlas se balanceó a un lado para curvarse dando forma al pecho izquierdo.

Ella se tocó el collar inconscientemente para volver a colocarlo en sus sitio, pero aquella breve visión hizo que la parte baja del cuerpo de Ronsard se tensara placenteramente.

-¿Está casada?- Los franceses eran más mundanos en esas cuestiones, pero los americanos seguían siendo, en su mayoría, fastidiosamente mojigatos.

-Es viuda- informó Eduard.

En aquel momento la orquesta empezó a tocar un suave movimiento de Beethoven, pues todavía no había comenzado el baile. Bajo la mirada de Ronsard, la encantadora viuda volvió la cabeza hacia los músicos y su expresión se congeló un instante mientras escuchaba la melodía. Se quedó muy quieta y sus ojos parecieron llenarse de un profunda tristeza. Volvió el rostro hacia el empleado del ministro y dijo unas palabras, y a continuación inclinó la cabeza hacia madame Theriot y le susurró algo. Madama Theriot pareció comprenderla y tocó a la joven en el brazo. Después esta se deslizó por las puertas abiertas del patio y desapareció en la noche.

Ronsard no tenía idea de cuánto tiempo llevaba siendo viuda, pero era obvio que la música le había traído dolorosos recuerdos. Las jóvenes tristes, en su opinión, siempre debían ser consoladas.
-Discúlpame- murmuró a Eduard, y atravesó la sala rápidamente.

Fue un trayecto tedioso; todo el mundo quería hablarle. Las mujeres le llamaban con sonrisas mecánicas. Estrechó manos, besó mejillas y consiguió escaparse hábilmente en varias ocasiones sin dejar de vigilar las puertas del patio. El ministro de finanzas con el que había estado hablando la viuda parecía no saber qué hacer, pero por fin encontró valor suficiente para acercarse a las puertas. Para entonces Ronsard ya se encontraba allí, y se plantó delante de él.

-Su solicitud es muy de agradecer- murmuró-, pero no será necesaria.

-Ah... El hombre parpadeó, tratando de recordar la identidad de Ronsard- . Sí, por supuesto.

Ronsard salió a la cálida noche de París. El suelo de losas del patio estaba iluminado tan sólo por la luz indirecta que procedía de las ventanas que tenía a la espalda y por las bombillas que colgaban en los árboles del jardín. Se habían repartido pequeñas mesas y sillas por el patio para que los invitados pudieran sentarse a tomar el aire fresco y escapar del ruido del salón.

La viuda se encontraba en una de aquellas mesas, con las manos apoyadas en las rodillas contemplando el jardín. No había llorado, como

Ronsard pudo ver cuando se aproximó, con paso lento y decidido. Había mantenido la compostura, aunque le parecio distinguir el brillo de las lágrimas en sus ojos, y su boca mostraba aquella curva de tristeza que le hizo desear besarla para que sonriera. Una boca tan deliciosa debería sonreír siempre.

-Hola- le dijo amablemente en inglés, y su ligero sobresalto le dijo que ella no se había percatado de su presencia-. Perdón, no era mi intención asustarla.

La joven posó en él sus grandes ojos oscuros, y de nuevo Ronsard sintió aquella tensión en la ingle. Parecía tan triste, tan sola y vulnerable. Pero se recuperó y buscó refugio en la expresión social que probablemente le habían enseñado a adoptar desde que estaba en la cuna.

-No se preocupe- dijo, haciendo el ademán de levantarse. Tenía una grave voz femenina, sin esos tonos nasales de tantos americanos.- Estaba a punto de regresar a la fiesta.....

-No, no se levante por mi culpa- se apresuró a decir él, extendiendo una mano para tocarle cortésmente el brazo. Siempre era cortés al tratar con mujeres, y muchas de ellas eran entrañablemente sensibles a aquella gentileza, como si no recibieran la suficiente en sus vidas, la viuda parecía ligeramente sorprendida de que él la hubiera tocado y retrocedió un poco.

-La he visto salir y creí que estaba usted... alterada- Tenía que ser prudente y aplacar su recelo.

Por espacio de unos instantes ella no dijo nada. Volvió la cabeza para mirar el jardín, y él admiró la elegante línea de su cuello, la curva de su pómulo. Luego dijo:

-La música me ha recordado otros tiempos.

Aquello era todo. No hubo más detalles, nada de explayarse sobre el tema. Ronsard percibió su resistencia a darle información personal. Estaba acostumbrado a que las mujeres reaccionaran a él y trataran de captar su atención; la falta de respuesta de aquella mujer le intrigaba.

-Me llamo Louis Ronsard- dijo, acomodándose en la silla de al lado.

-Encantada de conocerle- contestó ella cortés- Yo soy Niema Jamieson.

-Niema- Pronunció el nombre despacio, saboreándolo- Qué nombre tan encantador y poco corriente.

Ella sonrió apenas.

-Demasiado poco corriente, a veces. La gente casi nunca sabe cómo se pronuncia si lo ven escrito, y si lo oyen no saben cómo escribirlo. De pequeña, deseaba que mi madre me hubiera puesto el nombre de Jana, o Susan, o algo sin complicaciones.

-¿Es el nombre de algún familiar?

-Nada tan digno- repuso ella, y la sonrisa se convirtió en un gorjeo. Ronsard estaba encantado por la transformación de su rostro, de la tristeza al humor- A mi madre le gustaba cómo sonaba Naomi, pero no el nombre en sí. De modo que fue sustituyendo las vocales hasta dar con una combinación que le gustase, y- extendió las mano- así se inventó Niema.

-Me parece encantador.

-Gracias. Ya me he acostumbrado a él.- Lanzó una mirada a su espalda, en dirección al salón-. Ha sido muy agradable charlar con usted. Creo que debería...

-Por supuesto- dijo él, poniéndose en pie- Usted no me conoce, y no se siente cómoda a solas conmigo.- Calló un instante para darle la oportunidad de replicar; pero ella no lo hizo, cosa que le divirtió-. ¿ Querrá reservarme una baile, mademoiselle Jamieson?- La llamó mademoiselle a propósito, para así darle pie a que le dijera que era viuda.

-Madame- corrigió ella, y Ronsard se sorprendió agradablemente por su acento.

Menos complacido se sintió cuando le dejó allí sin más, sin revelar su condición de viuda; una mujer que estuviera interesada habría dejado claro su estado civil.

Lo que aumentó su propio interés. Últimamente, rara vez tenía la oportunidad de disfrutar de una persecución. Las mujeres estaban demasiado dispuestas, lo cual resultaba muy agradable, pero en ocasiones un hombre deseaba ser un depredador.

Su pregunta quedó flotando en el aire entre ambos. Finalmente ella contestó.

-Claro que sí- pero su tono era simplemente cortés, sin traslucir ninguna avidez por gozar de su compañía.

Ronsard estaba a la vez picado y divertido. Quizás se hubiera vuelto un consentido, pero sabía que no era repugnante. Nada más lejos, en realidad. Pero aquella mujer parecía no reparar en absoluto en él como hombre.

Le ofreció educadamente el brazo, y ella apoyó en él su elegante mano. Su contacto era apenas perceptible, no se aferró a él, ni siquiera le agarró. Regresaron juntos al salón de baile, atrayendo más de una mirada. Ronsard vio que madame Theriot fruncía el entrecejo y susurraba algo a su marido.

¿Es que no la complacía que su joven amiga hubiera hecho buenas migas con el famoso traficante de armas?

Ronsard sonrió a madame Theriot y a continuación se volvió hacia su presa y le hizo una pequeña y graciosa reverencia. Algo en sus modales debió de alertarla, porque se pronto sus ojos se agrandaron y su suaves labios se entreabrieron. Antes de que pudiera soltarse, él posó los labios en sus mano, una breve despedida que no quiso alargar, y la acarició con los ojos.

-Hasta más tarde- murmuró.

CAPÍTULO 14

Niema respiró hondo mientras cruzaba el salón de baile. Se había salvado un gran escollo, y de una forma tan rápida, tan fácil, que estaba atónita. El plan era que Eleanor le presentara a gente que hubiera hablado con Ronsard, pero no al traficante en persona. Al final los caminos de ambos se habrían encontrado, pero habría resultado extraño que Eleanor fuera la persona que hiciera las presentaciones, pues era natural que no le hubiese gustado que la hija de su mejor amiga se relacionase con alguien como Ronsard.

Nada de aquello había sido necesario. Por el rabillo del ojo le vio hablar con alguien que ella ya conocía -no recordaba ahora el nombre-, y los dos la habían mirado a ella. En aquel momento la orquesta empezó a tocar un tema de particular encanto, y surgió la inspiración.

Se permitió que su rostro reflejase tristeza por un instante, luego se disculpó con el caballero que tenía cierto aburrido cargo en el gobierno. Se inclinó y le susurró a Eleanor:

-Me está mirando. Voy a salir al patio.

Eleanor, cuyas dotes de actriz eran dignas de Hollywood, vio inmediatamente la oportunidad y lo que iba a hacer Niema. Compuso una expresión de preocupación y tocó a la joven en el brazo; nada dramático, sólo un contacto afectuoso que no pasaría inadvertido.

Después de eso, Niema simplemente se sentó en el patio y esperó. Al cabo de cinco minutos, Ronsard se reunió con ella.

Era notablemente apuesto. Las fotos que había visto de él no hacían justicia al hombre en carne y hueso. Era algo, de ojos almendrados de color azul oscuro y exóticos pómulos, y llevaba el pelo largo y suelto sobre sus anchos hombros. El aire de salvaje vestido de elegante esmoquin resultaba una combinación abrumadora.

Tenía una voz tersa y grave, modales impecables, y sus ojos conseguían transmitir tanto su interés como su preocupación por la tristeza de ella. Un francés romántico y guapo en una fiesta formal era suficiente para que a una mujer le temblaran las rodillas.

En cuanto llegó a donde se encontraba Eleanor, esta la agarró de la muñeca y se inclinó para susurrarle al oído, sin dejar de mirar ceñuda a Ronsard, como si estuviera informando a Niema de su reputación.

-¿Misión cumplida?

Niema compuso una mueca de sorpresa y luego otra de alarma. Lanzó una mirada fugaz a Ronsard. Si, estaba mirando. Se apresuró a desviar los ojos.

-Me ha pedido que baile con él -murmuró.

Eleanor, que sabía sólo lo básico de aquella historia y que Niema debía atraer la atención de Ronsard, se volvió con una sonrisa práctica en la cara al ver que se aproximaba la esposa del primer ministro, y la atención de Niema se vio reclamada por un joven empleado de la embajada que era de New Hampshire y que evidentemente sufría nostalgia del hogar. Como Niema nunca había puesto un pie en aquel estado, abrigó la esperanza de que el joven no empezase a hacerle preguntas concretas.

La única fiesta formal a la que había asistido en toda su vida fue el baile de instituto. Lo de ahora no se le parecía en nada, pero, para su sorpresa, se sentía cómoda. La ropa era mejor, la comida más exótica, la gente más seria y consciente de su propia importancia, pero en conjunto seguía funcionando la misma dinámica: un parloteo educado, risas educadas, un constante mezclarse unos con otros. Los políticos se trabajaban el salón igual que los grupos de presión se trabajaban a los políticos. Todo el mundo quería algo de alguien.

Recuperó rápidamente su francés, una vez que volvió a oírlo, pero es que el francés había sido la lengua que mejor dominaba. Sin embargo, Ronsard le había hablado en inglés, de modo que ella le contestó del mismo modo. Dudaba que fuera un hombre que dejase algo alguna vez sin controlar, pero si creyera que ella no le entendía tal vez fuera un poco descuidado en lo que decía. No tenía la intención de ocultar el hecho de que hablaba francés, pues eso era demasiado fácil de ver, y él sospecharía de inmediato.

Tenía que evitar toda apariencia de estar interesada por Ronsard; de hecho, tenía que procurar todo lo contrario. Era él quien debía hacer todos los movimientos, y así no podría sospechar que ella estaba buscando ser invitada a su villa. Pero al mismo tiempo debía mostrar que le gustaba, o no tendría motivo para aceptar.

A su favor jugaba el hecho de que otras mujeres le adulasen. Ella sobresaldría entre las otras a causa de su falta de interés. A los hombres les gustaban los retos, y ella iba a ofrecerle uno.

Comenzó el baile, y Niema se dejó llevar a la pista por la primera persona que se lo pidió, que resultó ser el aburrido caballero con el que había estado conversando. Le apretujó el brazo como si esperase que surgiera agua por la boca, y se paso todo el tiempo hablando entusiasmado sobre las carreras de los purasangres. Ella sonrió e hizo algún que otro comentario, y él se sintió feliz.

El siguiente que le pidió bailar fue el embajador. Era un augusto caballero de cabellos plateados y sonrisa dulce, un poco más bajo que su esposa, pero con un tacto impecable que hizo que Niema se sintiera cómoda instantáneamente. Conversó con ella como si de verdad fuese una vieja amiga de la familia, sobre amigos que supuestamente tenían en común, unas vacaciones que sus familias habían pasado juntos cuando ella era pequeña. Niema se preguntó si uno de los requisitos para acceder al puesto de embajador era el de ser un consumado mentiroso, porque él lo hacía maravillosamente bien.

Tras el baile con el embajador, Niema se disculpó y fue al tocador de señoras, donde pasó tanto tiempo como le fue posible. No regresó

inmediatamente al salón, sino que se mezcló entre la gente de las otras salas, hablando con personas que ya le habían presentado. Si Ronsard quería realmente bailar con ella, tendría que encontrarla.

Y la encontró. Una mano cálida se cerro sobre su codo y una voz le dijo:

-Me prometió usted un baile.

Niema titubeó. Se hizo el silencio a su alrededor. Todo el mundo sabía quién era él, naturalmente, y aguardaba para ver si ella le rechazaba. Vio cómo sus ojos empezaban a entrecerrarse, y en medio de aquel silencio dijo:

-¿Está seguro de querer arriesgarse a que le pisen?

Unas risitas de alivio estallaron a su alrededor. El rostro de Ronsard se relajó, y una ligera sonrisa curvó sus labios.

-Será un honor recibir un pisotón de usted. -Le tendió la mano, indicando la dirección del salón de baile.

Ella caminó con calma a su lado, sin hacer caso de la mano que estaba apoyada en su espalda. En aquel momento la orquesta estaba iniciando una pieza más lenta que las otras, y Niema se dio cuenta de que él había esperado y elegido aquel momento… O eso, o es que había sobornado a los músicos.

-Creí que iba a rechazarme -dijo Ronsard en voz bajo al tiempo que rodeaba la cintura de Niema con un brazo y la arrastraba dibujando un círculo. La sostenía lo bastante cerca de sí como para que ella pudiera sentir el calor de su cuerpo, el movimiento de las piernas de él contra las suyas, pero tampoco demasiado como para que ella se asustase y se apartara.

-Así es.

Enarcó una oscura ceja, con expresión irónica.

-¿Y por qué no lo ha hecho?

-Un baile no me hará ningún daño -repuso ella con calma.

-Yo tampoco se lo haré. -La miró a la cara. Su tono era suave.- Supongo que madame Theriot la ha advertido contra mí.

-Comprensible, ¿no cree?

-Comprensible, pero innecesario. Yo no tengo la menor intención de causarle ningún daño.

Niema no respondió a aquello y mantuvo el semblante sereno mientras él la llevaba por la pista. Ronsard bailaba con una elegancia que hacía que el ejercicio no costara esfuerzo alguno, y dijo gracias a Dios por que sus padres la hubieran obligado a tomar clases de baile en in instituto, aunque ella habría preferido mucho más aprender a volar en ala delta; por lo menos no quedaría en ridículo. Al fin y al cabo, una persona acostumbrada a moverse en sociedad debía saber bailar.

Al ver que ella no hacía nada por retomar el hilo de la conversación, Ronsard le preguntó:

-¿Está usted de visita, o ha aceptado un empleo en la embajada?

-¡Por Dios, no! -Niema pareció divertida-. Sólo estoy de visita.

-¿Por cuánto tiempo?

-No tengo un plazo definido. Unas semanas.

-Eso no es mucho -se quejó él suavemente, mirándola con un interés tan claramente masculino que una mujer tendría que estar ciega para no verlo.

-Monsieur Ronsard…

-Por favor, no se alarme. Es usted una mujer encantadora, y me gustaría mucho verla mientras se encuentre en París. Eso es todo.

-No merece la pena. -Niema desvió la mirada y la fijó en un punto por encima del hombro de Ronsard. Habló en tono suave y ligeramente triste.

Él afirmó la mano sobre la espalda de ella, presionando con la palma. El vestido que llevaba era muy escotado por detrás, y los dedos de Ronsard le rozaban la piel desnuda.

-El placer siempre merece la pena.

-Últimamente no se me dan muy bien los placeres.

-En ese caso, deberá aprender a disfrutar de nuevo.

Los labios de Niema temblaron, y una chispa de dolor le enturbió los ojos.

Ronsard lo vio, tal como ella buscaba.

-Perdone mi torpeza -murmuró, bajando la cabeza de modo que su boca quedase a la altura de la sien de Niema-. En ningún momento ha sido mi intención perturbarla.

Ella apretó los labios y levantó la barbilla.

-La orquesta es muy buena, ¿no cree? Me encanta esta pieza.

Él le permitió que guiara la conversación hacia asuntos triviales, pero Niema sintió su inalterable mirada fija en su rostro todo el tiempo. Louis Ronsard era definitivamente un cazador. Hasta el momento, pensó, había representado de forma creíble su papel de mostrarse reacia sin insultarle.

El baile terminó, Niema le dio las gracias y se volvió para marcharse. Pero Ronsard la acompañó.

-¿Ha estado en París alguna otra vez?

-Si, por supuesto.

-Ah. Había abrigado la esperanza de enseñarle la ciudad.

-Monsieur…-Dudó, como si no encontrase palabras-. Perdóneme si le parezco presuntuosa, pero no me interesa ninguna clase de romance. Aunque su ocupación no fuese una barrera, yo no….

-Perdóneme usted a mí -la interrumpió él- si la he hecho sentir incómoda. Me gustaría pasar unos días con usted, si. Me gustaría hacerla sonreír de nuevo, como sonrió en el patio. Una dama encantadora no debería tener esos ojos tan tristes. Y aunque usted diga que no puedo besarla ni deleitarme de otras manera, de todos modos me gustaría llevarla a cenar.

Por un instante Niema quedó tan abstraída y fascinada con la palabra “deleitarme” que no pudo sonreír.

-¡Ajá! Ya he conseguido un objetivo. -Le tocó la comisura de los labios con el dedo-. Tiene usted una sonrisa tan encantadora como yo la recordaba. Por favor, diga que sí a la cena. Mi reputación se ha exagerado mucho, se lo prometo.

Ella examinó su rostro como si estuviera buscando la verdad. Por fin dijo, un poco vacilante:

-No he salido con nadie desde que mi marido…-Se interrumpió y desvió la mirada.

-Tengo entendido que es viuda -dijo Ronsard-. Si, he hecho algunas preguntas acerca de usted. Lamento mucho su pérdida. Ha ocurrido… ¿cuánto hace de ello?

Cinco. Aquella palabra retumbó en su cerebro, y esa vez la tristeza que pasó como un fogonazo por su semblante no fue fingida. Cinco largos años.

-Dos años-logró decir, con la voz constreñida-. Mucha gente cree que es tiempo de sobre para sobreponerse, pero…no lo es.

La expresión de Ronsard era sombría.

-Yo creo que el corazón tiene su calendario propio. No debe permitir que nadie la presione, ni siquiera yo. Le doy mi palabra de que no pienso esperar nada del hecho de cenar juntos. Será sólo una cena en una compañía agradable, nada más. ¿O tal vez prefiera un almuerzo?.

Niema se permitió titubear un poco y luego dijo con suavidad;

-Si, un almuerzo suena…

-¿Más seguro? -sugirió él.

-Más informal. Parece menos una cita.

Ronsard rió ligeramente.

-Comprendo. Entonces, madame Jamieson, ¿no quiere usted cenar conmigo? En ese caso, almorcemos.

Niema le sonrió.

-Me parece muy bien.

Tan pronto como llegó a su casa en la ciudad. Ronsard hizo una llamada segura a la villa. Cara contestó de inmediato, aunque era tarde, más de la una de la madrugada.

-Consulta ese ordenador tuyo-le dijo-. Quiero saber todo lo que puedas encontrar acerca de una tal Niema Jamieson, de New Hampshire. Es viuda, amiga del embajador americano, y está ahora de visita en su casa.

-¿Cómo se escribe el nombre?

Ronsard dudó, y entonces se acordó de lo que Niema le había contado de su madre y de la forma en que creó el nombre a partir de “Naomi”.

-N-i-e-m-a -dijo-. Tiene veintimuchos años, o treinta y pocos. Es de ojos y cabellos oscuros.

-De acuerdo, ¿Para cuándo quiere esto?

-Para por la mañana.

-Ahora mismo me pongo a ello.

Ronsard colgó y paseó lentamente por su lujoso dormitorio. Hacía mucho tiempo que no le intrigaba tanto una mujer, pero eso no significaba que fuera a descuidarse. Si Niema Jamieson no era lo que parecía, lo sabría enseguida. Y si lo era, disfrutaría con perseguirla y seducirla. Con el tiempo casi todas las mujeres caían, y dudaba de que esta fuera distinta.

Había olvidado el placer que suponía ser el perseguidor, sentir la emoción del triunfo cuando ella accedió a almorzar con él. Se rió de sí mismo; una victoria tan pequeña, y se sentía como un conquistador. Pondría una sonrisa satisfecha en la cara de la viudita.

Llevaba dos años siéndole fiel a la memoria de su marido. Semejante lealtad era rara de encontrar en este mundo. Descubrió que la respetaba por eso y que la envidiaba por el amor que debió de vivir. Un amor así le resultaba esquivo a él; quería a Mariette, por supuesto, y Laure era su niña del alma, pero un amor romántico, arrasador… no, no había conocido ninguno. Pasión, sí. Lujuria. Posesión. Pero no amor. Sospechaba que jamás amaría a nadie de esa manera, que no era capaz de experimentar un sentimiento tan profundo. O quizá fuera que simplemente era demasiado receloso, demasiado protegido, teniendo tanto en juego como para permitirse ser vulnerable.

Ni siquiera por una mujer como Niema Jamieson.

CAPÍTULO 15

El teléfono que estaba al lado de la cama sonó a las seis de la mañana, haciendo saltar a Niema y despertándola de un profundo sueño. Se dio la vuelta y buscó el auricular.

-Diga.-Su voz sonó tan soñolienta como la dueña.

Oyó una risa contenida.

-Pareces estar muy alerta.

John. El sonido de su voz le produjo extrañas sensaciones en la boca del estómago. Se acomodó un poco más sobre la almohada.

-Las mariposas de sociedad necesitamos dormir.

-¿Han atraído la atención tus aleteos?

-Desde luego que sí. -Bostezó-. Fue cuestión de minutos.

-Ya te lo dije. Somos amebas.

-Espero que esta línea sea segura -dijo Niema, súbitamente alarmada.

-Si no lo fuera, entonces la Compañía no estaría haciendo bien su trabajo. Todas las líneas que van a la embajada son seguras, y yo me encuentro en un teléfono seguro. Ahora cuéntame todo lo que sucedió anoche.

¿Cómo sabía que había conocido a Ronsard la noche pasada?, se preguntó Niema, irritada.

-Acaso me estás vigilando? ¿Cómo? ¿Dónde estás?

-Naturalmente que te estoy vigilando -respondió él con calma -. No creerías que iba a meterte en esto y luego dejarte que te las arreglaras sola. Estoy cerca, por el momento.

Y comprendió que aquello era todo lo que John tenía intención de decirle. Hasta que oyó su voz, no se dio cuenta de lo mucho que le había echado de menos, de lo mucho que extrañaba el constante desafío de su presencia. Si estaba cerca, eso quería decir que tendría que andarse con cuidado, porque podía presentarse en cualquier momento. No quería salir de la ducha, completamente desnuda, y toparse de bruces con él. Por otra parte…

Abandonó aquel pensamiento sin terminarlo. En lugar de ello, empezó a relatarle los acontecimientos de la noche anterior.

-Me siguió al patio y se presentó a sí mismo, y me pidió que bailara con él más tarde. Después de bailar, me invitó a cenar, y yo le rechacé. Hoy vamos a almorzar juntos, en Le Café Marly. ¿Sabes dónde está?

-En el ala Richelieu del Louvre. Es un sitio donde uno va a ver y ser visto.

-Y yo que creí que almorzar con él sería más discreto que ir a cenar.

-No en el Café Marly. ¿Por qué intentas ser discreta?

-Si soy una ciudadana ejemplar y antigua amiga de la familia de la mujer del embajador, parece razonable que me preocupe de verme con un traficante de armas.

-Ronsard está considerado una persona muy influyente en París -dijo John, lacónico.

-Sí, pero yo soy distinta. -Lo dijo con una ligereza que hizo reír a John.

-¿Cuándo vas a rendirte y salir a cenar con él? Si dispongo de tiempo suficiente, puedo hacer que unos cuantos hombres nuestros se repartan por la zona, que instalen un micrófono en la mesa, cosas así.

-No creo que me rinda. Voy a comer con él, pero aparte de eso no quiero animarle demasiado.

-Sólo cerciórate de animarle lo bastante como para que te invite a su mansión.

-Me haré amiga suya, pero nada más.

Se notó una pausa al otro extremo de la línea.

-Si lo que quieres decir es que no vas a acostarte con él, nunca ha sido esa mi intención -dijo John por fin, suavizando el tono.

-Me alegro de saberlo, porque el sexo nunca ha sido una opción. Aunque haya empezado a tomar esas dichosas píldoras anticonceptivas, como tú me ordenaste.

De nuevo el silencio.

-Las píldoras no eran por si acaso querías tener una aventura, son por si acaso algo sale mal.

Entonces lo entendió. Si algo se torcía y ella era capturada, podrían violarla.

-Entiendo -dijo en voz queda. El tema de las píldoras anticonceptivas no había surgido durante la misión en Irán, porque ya estaba tomándolas de todos modos. Dallas y ella querían esperar un año o así, tal vez más, antes de formar una familia.

-Estaré en contacto -dijo John, y colgó.

Niema dejó despacio el auricular en su sitio y volvió a arrebujarse entre las sábanas, pero había desaparecido toda posibilidad de dormirse. Su cerebro estaba alerta, trabajando a toda prisa, como le ocurría siempre que hablaba con John. Lo que necesitaba era una buena, una larga carrera. Cuanto más pensaba en ello, mejor le parecía el plan. Preguntaría a Eleanor cuál era el mejor sitio para correr. Saltó de la cama y empezó a rebuscar entre las sudaderas, que había incluido en el equipaje sólo por si acaso se le presentaba la ocasión de usarlas.

Eleanor no sólo conocía el lugar adecuado, sino que dispuso que la acompañase uno de los marines fuera de servicio, que era un corredor convencido. Niema y el serio joven de pelo cortado casi al cero corrieron juntos hasta que los dos estuvieron empapados en sudor. Para cuando regresaron a la embajada, ella había conseguido sacarle de su rigidez y él le había contado la historia de su vida, así como los detalles de su boda, que iba a tener lugar durante su próximo permiso largo.

Sintiéndose a la vez energizada y relajada, Niema se duchó y tomó un desayuno ligero, y después decidió salir un rato de compras antes de reunirse con Ronsard para el almuerzo. Eleanor le dio una lista de tiendas interesantes, y Niema se aventuró por la capital francesa.

Cuando el taxi la dejó frente a la terraza del Café Marly, en Cou Napoleón, dos minutos antes de la una, llevaba una enorme bolsa de compras. Contempló el café y por un momento la invadió un intenso anhelo. Le gustaría reunirse con John a comer en un sitio como aquel…No, se dijo a sí misma tozuda, apartando aquel pensamiento. No podía permitirse perder el punto de mira de la misión. Tenía que concentrarse, no pensar en lo que hacía o dejaba de hacer John, ni en cómo sería quedar con él para comer, par cenar…

-Ya estoy haciéndolo otra vez -musitó.

Barrió de su mente todo pensamiento de John y entró en el café, donde fue atendida de inmediato. Lo único que tuvo que decir fue "monsieur Ronsard" y rápidamente la guiaron hasta una mesa.

Ronsard ya estaba allí. Sonriente, se levantó de su silla, le cogió la mano, la besó brevemente, y luego la invitó a sentarse en la silla que estaba a su lado, y no en la que tenía enfrente.

-Hoy está usted más encantadora que anoche.

-Gracias. -Niema llevaba un clásico vestido entallado de color rojo con uncollar de perlas de una sola vuelta. Si Ronsard tenía buen ojo, y parecía tenerlo, reconocería el estilo y la calidad de Chanel. Miró a su alrededor con curiosidad. Unas paredes de cristal eran lo único que separaba el café de las asombrosas obras de arte del Louvre.

-Esta usted resplandeciente. Estimar la economía de un país debe de ser algo que va con usted. -Señaló significativamente la bolsa con un gesto de cabeza.

-Una mujer nunca tiene suficientes pares de zapatos.

-¿En serio? ¿cuántos tiene?

-No los suficientes -afirmó ella, y Ronsard rió.

Esa vez llevaba el pelo recogido en la nuca con un sencillo aro de oro. Pero aunque vestía pantalones y una americana de lino en vez de esmoquin, y a pesar de llevar el cabello sujeto, todas las mujeres del café parecían mirarle sin pestañear, igual que en el baile la noche anterior. Ronsard poseía un llamativo exotismo que atraía las miradas.

La maldad debería reflejársele en la cara, pensó Niema. Debería retorcer y desfigurar las facciones, mostrar algún indicio de su presencia en el interior de una persona. Pero si Ronsard era malvado, ella todavía no había visto ningún signo de ello. Hasta el momento se había comportado de modo indefectiblemente encantador y cortés, con una ternura en sus modales que no parecía en absoluto fingida.

-Y bien -dijo, recostándose en su asiento, perfectamente cómodo-. Dígame: ¿Ha vuelto a advertirla madame Theriot acerca de mí?

-Por supuesto. Eleanor se preocupa por mí.

-¿Cree que soy un peligro para usted?

-Cree que es una persona indeseable.

Tomado por sorpresa por el candor de la joven, Ronsard parpadeó y después rió en voz alta.

-¿Entonces por que ésta aquí? ¿Le gusta el peligro, o piensa que va a poder rescatarme de mi equivocada vida?

-Ninguna de las dos cosas. -Niema le observó con mirada sombría-. Pienso que tal vez sea usted un hombre muy agradable, pero yo no puedo rescatarle de nada. Y usted no supone para mí ningún peligro.

-Creo que me siento insultado -murmuró él-. Me gustaría ser un peligro para usted, en cierto modo particular. Debía usted de quererle mucho.

-Mas de lo que puedo expresar.

-¿Cómo era él?

Una sonrisa cruzó su rostro.

-Era... bueno, en algunos aspectos extraordinarios, y en otros, como la mayoría de los hombres. Hacía un gesto cuando se afeitaba, dejando la ropa tirada por el suelo cuando se la quitaba, navegaba, pilotaba su propio avión, hacía cursillos de primeros auxilios y donaba sangre regularmente, votaba en todas las elecciones. Reíamos juntos, discutíamos y hacíamos planes, como la mayoría de las parejas.

-Un hombre con suerte, siendo amado tan profundamente.

-La afortunada era yo. ¿Y usted? ¿Ha estado casado?

-No, no he tenido tanta suerte. -Se encogió de hombres-. Quizás algún día.- Pero, a juzgar por su tono, era obvio que opinaba que casarse era tan probable como que el sol saliera por el oeste.

-No creo que su terrible reputación espante a muchas mujeres -bromeó Niema-. Todas las que hay aquí no le han quitado el ojo de encima.

Él ni siquiera miró a su alrededor, como habrían hecho muchos hombres, para comprobar si aquello era cierto.

-Si estoy solo, es porque así lo he elegido. Anoche estuve pensando que nunca había sentido nada parecido a lo que es evidente que sentía usted, y que siente todavía, por su marido. Una parte de mí opina que sería agradable amar a alguien de esa manera, pero otra se siente muy agradecida de no hacerlo. Pero ¿por qué estoy diciendo esto? -preguntó con tristeza-. Decirle a usted que no creo que jamás pueda amarla no es un buen método de convencerla de que tenga una aventura conmigo.

Niema se echó a reír.

-Relájese -le aconsejó, tocándole la mano-. De todos modos no tengo previsto tener ninguna aventura.

Él le dedicó una sonrisa ladeada.

-Pero me gustaría mucho que así fuera.

Niema negó con la cabeza, aún con la diversión pintada en el rostro.

-No puede ser. Lo único que puedo ofrecer es amistad.

-En ese caso, será un honor para mí ser su amigo. Y no perderé la esperanza -añadió, con los ojos brillantes.

Esa misma tarde, Ronsard tomó el fajo de papeles que Cara le había enviado por fax. Les había echado un vistazo rápido cuando llegaron, pero ahora los examinó más detenidamente. No había nada sospechoso en relación con Niema Jamieson. Era de New Hampshire, había asistido a una exclusiva escuela superior femenina, se había casado a la edad de veinticuatro años y enviudado a los veintiséis. Su esposo había fallecido en un accidente de navegación. Habían ocupado varias veces las columnas de sociedad de los periódicos, normalmente con la etiqueta de "pareja unida". Era exactamente lo que parecía ser, una rareza en este mundo.

Le gustaba. Podía ser sorprendentemente directa, pero sin malicia. En cierto modo, hasta le gustaba que no sintiera ningún interés romántico hacia él. Seguía queriendo llevársela a la cama, pero no existía ninguna presión por parte de ella, ninguna expectativa que cumplir. Simplemente había almorzado con él, y eso era todo. Después había tomado un taxi de vuelta a la embajada sin insinuar otra invitación, lo cual, por supuesto, le hizo afirmarse aún más en su determinación de volver a verla. Le había pedido otra vez que cenasen juntos, sólo para ser rechazado de nuevo amablemente. Persistió hasta que ella por fin accedió a otro almuerzo.

Sonó el teléfono, su línea privada, y contentó distraídamente.

-Ronsard.

Se trataba de Cara.

-Ernst Morrell se ha puesto en contacto.

Ronsard apretó los labios. Morrell no le gustaba, y tampoco confiaba en él. Aunque debido a la naturaleza de su negocio trataba a diario con fanáticos, locos o asesinos, Morrell era probablemente el más depravado de todos. Era el cabecilla de una organización terrorista pequeña pero particularmente virulenta, y tenía una predilección especial por las bombas. Había colocado explosivos en un hospital de Alemania, y matado a seis pacientes como represalia por la colaboración de ese país con los Estados Unidos en una acción militar contra Irak.

-¿Qué quiere?

-Ha oído hablar del RDX-a. Y lo quiere…

Ronsard lanzó un pintoresco juramente. Primero Temple, ahora Morrell. Una cosa era Temple, y Morrell otra completamente distinta; aunque ya había contado con que se filtrase información acerca del RDX-a, no esperaba que sucediese tan deprisa. Él y el fabricante tenían un pacto; él era el único conducto del producto. Dicha exclusividad resultaría enormemente rentable para ambos, al menos hasta que alguien más consiguiera duplicar el compuesto. Él no se lo había revelado a nadie, porque el explosivo todavía no estaba perfeccionado; habría mucha más demanda si fuera fiable, en lugar de tener la triste fama de explotar demasiado pronto. Eso significaba que el fabricante era lógicamente el responsable de que todo el mundo estuviera enterado de la existencia del RDX-a.

Pero, por lo visto, sus socios habían decidido sacrificar grandes riquezas en el futuro por una ganancia inmediata. Suspiró. Al infierno con todos ellos. Cobraría su porcentaje y enviaría a los compradores la advertencia de

que el compuesto aún no era fiable. Tenía que proteger su negocio hasta ese extremo, pues la fuente había demostrado ser muy miope.

-¿Para cuándo lo quiere? -preguntó resignado, frotándose el entrecejo, que de repente había empezado a dolerle.

-No lo ha dicho. Quiere hablar con usted.

-¿Ha dejado algún número?

-Si, y ha dicho que podrá localizarle en él sólo en los próximos cuarenta y cinco minutos.

Aquello era lo normal, por lo menos entre las organizaciones más eficientes. Se movían con frecuencia y tenían sólo cortas ventas de tiempo durante las cuales se las podía contactar. Dicha táctica reducía en gran medida las posibilidades de que las localizasen.

Ronsard sólo dijo una palabra, su nombre. Hubo treinta segundos de silencio, y luego una voz distinta contestó con energía:

-Te das mucha prisa, amigo mío.-Morrell era un hombre corpulento y ancho de pecho, pero tenía una voz incongruentemente aguda. Siempre hablaba como si lanzara las palabras de la boca, tratando de contrarrestar la flojedad de su voz con la velocidad.

No era, ni sería nunca, amigo de Morrell.

-Tienes un pedido, según creo.

-¡Me han llegado unos rumores interesantes acerca de una nueva receta! Tengo dónde colocar mil kilos.

¡Mil kilos! Ronsard levantó las cejas. Aquella era una cantidad que bastaba para destruir Londres, aunque seguramente Morrell no pretendía utilizarla en un solo sitio. No, causaría estragos por todo el mundo industrializado, o tal vez vendería una parte del explosivo él mismo.

-Una cantidad así te saldrá muy, muy cara.

-Algunas cosas merecen el precio que se paga por ellas.

-¿Te han dicho esos rumores que la receta aún no está perfeccionada?

-No está perfeccionada ¿cómo?

-Los resultados no son de fiar. Es inestable.

-Ah. -Se produjo un silencio mientras Morrell procesaba aquella información. Ninguna persona en su sano juicio querría trabajar con un explosivo que pudiera saltar por los aires durante el transporte; sin embargo, pensó Ronsard con sombrío humor, la cordura no era algo obligatorio entre aquel tipo de gente.

-¿Qué es lo que produce esos desafortunados resultados?

-Un manejo inadecuado. Que a uno se le caiga, por ejemplo.

Otro “ah”. Si se utilizaba el RDX-a a bordo de un avión, debería ir en un bolso de mano para poder controlar el movimiento… Una misión suicida. Por otro lado, uno siempre se podía servir de un portador que no sospechase nada, como en el vuelo 183 de Delta.

-Hay que aceptar los riegos -dijo por fin Morrell, dando a entender que no sería él quien manipularía el explosivo.

-Existe otro problema.

-¡Cuántos problemas!-Esta vez Morrell sonó irritado, como si se le hubiera roto su juguete favorito.

-La receta ha de usarse dentro de un determinado plazo de tiempo, o de lo contrario... funcionará de modo inesperado. La programación debe ser precisa.

-¡Eso he oído, amigo mío, eso he oído! Es una receta de lo más interesante.

-Mil kilos es una cantidad considerable que manejar.

-Pero una persona organizada puede realizar esa tarea. ¿Cuándo estará listo el envío?

De aquella frase Ronsard dedujo oque Morrell ya tenía seleccionados sus objetivos y que los atacaría casi simultáneamente. No obstante, no contaba con gente suficiente en su organización para hacerlo todo él mismo. Las diversas organizaciones cooperaban entre sí de manera ocasional, sobre todo si tenían enemigos comunes.

Le dijo a Morrell:

-No estoy seguro. Es una cantidad muy grande. Tal vez el fabricante no tenga tanto disponible. -De hecho, Ronsard estaba convencido de ello.

-Supone mucho dinero para mí tener esa receta dentro de dos semanas.

-Pasaré tu pedido al fabricante.

-¡Bien, muy bien! Volveré a llamar mañana.

Ronsard colgó el teléfono. Estaba sumamente irritado; al poner precipitadamente el RDX-a en el mercado, el fabricante había incrementado no sólo su riesgo, sino también el de él. Dicho riesgo tendría que ser compensado, por supuesto. Generosamente compensado.

Entonces se le ocurrió una idea divertida. Sabía que la producción era muy limitada. Un pedido de mil kilos sería difícil de servir, y aún no sabía qué cantidad querría Temple. Quizá debiera simplemente dejar que Temple y Morrell negociaran entre ellos quién se iba a llevar el RDX-a. Un duelo, como decían en las películas del oeste. Sí, eso sería ciertamente divertido.

CAPÍTULO 16

-Dentro de tres días voy a dar una fiesta en mi casa -dijo Ronsard a Niema, mientras paseaban por un pequeño y tranquilo parque-. En la casa que tengo en la región de Rhône-Alpes, al sur de Lyon. Hay un paisaje magnífico, y es cómoda. Me gustaría mucho que asistieras a esa fiesta.

Niema no dijo nada y mantuvo la cabeza baja mientras paseaban. La bóveda de árboles les protegía del cálido sol del verano y se oía cantar a los pájaros en lo alto. No eran las únicas personas que disfrutaban de aquel pequeño parque. Había también jóvenes madres y niñeras que vigilaban a niños de todas las edades que chillaban y corrían de un lado para otro, saltaban y rodaban por la hierba; gente que hacía ejercicio a lo largo de los senderos, individualmente o por parejas; amantes que paseaban cogidos de la mano y que a veces se detenían para besarse; ancianos sentados en los bancos, algunos de ellos enfrascados en una partida sobre un tablero, otros simplemente contemplando la actividad que les rodeaba. El dulce perfume de las flores flotaba en el aire tibio como si fuera la caricia de un amante.

-No dices nada -observó él al cabo de un momento-. ¿te preocupa que lo desapruebe madame Therior?

-Si, y aunque digas que esperas únicamente amistad, no sé por qué me parece que no has abandonado la esperanza de que…bueno, de que yo cambie de opinión.

-Naturalmente que tengo la esperanza -respondió él en tono resulto-. Soy un hombre, un francés. Me gustaría mucho acostarme contigo. Pero también me resulta muy agradable estar contigo. No quieres favores de mí y tampoco quieres mi dinero. ¿Te das cuenta de las pocas personas como tú que hay en mi vida?

-Tu vida es lo que tú has hecho de ella. -Levantó la vista hacía él-. Me niego a compadecerte.

Sonriendo, él le cogió la mano y la balanceó entre ambos.

-Exacto, eso es lo que quiero decir. Dices lo que piensas.

-No siempre -replicó Niema-. Soy demasiado educada para eso.

La sonrisa se convirtió en una risa ligera.

-¿Me estás insultando?

-Por supuesto. Ya sabes lo que pienso de tu …profesión.

Algo se cerró en los ojos de Ronsard, alguna expresión que desapareció antes de que Niema pudiera captarla.

-Todos hacemos lo que tenemos que hacer.

-No todos. Hay personas que hacen lo que pueden.

-¿Es que existe alguna diferencia entre poder y deber?

-Por lo visto, sí. La gente dice que hace lo que debe cuando lo que ha hecho ha herido a alguien. Las personas que hacen lo que pueden normalmente están ayudando.

-Cuestión de semántica. -Ronsard se encogió de hombros-. Pero es posible que tengas razón. Yo ya escogí, cuando era joven, y ahora no debo quejarme. Quizá tuviera otras opciones, pero en aquel momento, a aquella edad, no las ví. Si se dieran las mismas circunstancias, volvería a escoger lo mismo.

No había arrepentimiento en su voz, tan sólo la pragmática aceptación de quién era y qué era. No se desesperaba por los errores que había cometido; no había angustia, ninguna lucha con su conciencia. Había puesto el pie en un camino determinado y nunca miraba atrás.

Niema quería preguntarle por qué había escogido ese camino, pero la respuesta parecía bastante obvia: por dinero. Necesitaba dinero, y aquel era el medio que había elegido para conseguirlo. No importaba el porqué; por voluntad propia, se había colocado a caballo sobre la línea que separaba lo legal de lo ilegal. Niema no podía evitar sentir un cierto aprecio por él, pero al mismo tiempo no tenía remordimientos por el hecho de presentarse ante él con una personalidad fingida. Ronsard era un adversario, pormuy simpático y encantador que fuera.

-Dejando mi profesión a un lado, todavía quiero una respuesta a mi invitación.

-Una fiesta en casa. -Aquel era exactamente el acto social al que John quería que Niema fuera invitada, pero habló sin entusiasmo en la voz-: ¿Cómo de grande será esa fiesta?

Aquella pregunta le hizo sonreír otra vez.

-¿Te estás preguntando si no será una fiesta para dos, lo cual me gustaría mucho más? Creo que hay unas cien personas invitadas.

-Entonces, tu casa debe ser más que simplemente “cómoda” -comentó ella, irónica.

-Tal vez he sido muy modesto al decir eso. Pero hay zonas aparte para huéspedes donde cabría la mitad de esa cifra, de modo que no todo el mundo duerme bajo el mismo techo.

-Sigue siendo un techo muy grande.

-Si, lo es. No utilices mi techo contra mí, por favor.

Niema rió.

-Estoy segura de que es un techo precioso. ¿Te importa que te pregunte quiénes serán los otros invitados?

A Ronsard le brillaron los ojos.

-No preguntarías eso a menos que estuvieras pensando en aceptar -dijo con satisfacción-. Ya conociste en el baile del primer ministro a muchos de los invitados que van a venir a mi fiesta.

A muchos, pero no a todos. Sin duda, algunos de sus invitados eran de esas personas a las que no invitaban a los actos sociales del gobierno. Era un mundo cínico, en el que quienes hacían las leyes y quienes las violaban se mezclaban detrás de los bastidores. John estaría allí, formando parte del

segundo grupo. Niema se preguntó si se sorprendería al ver alguno de los otros invitados, pero enseguida desechó la idea. No, no se sorprendería; probablemente los conocería a todos.

-Por favor, di que sí -rogó Ronsard-. No voy a estar mucho más tiempo en París, y tu visita podría terminar antes de que yo vuelva.

-Si- contestó ella, y suspiró-. Probablemente, después me iré a casa. Resultaría extraño que te hiciera a ti una visita y luego regresara a la embajada. No quiero hacer nada que pueda perjudicar la carrera de Albert.

Ronsard permaneció en silencia mientras continuaban paseando. A lo mejor no le gustaba que alguien le dijera que asociarse con él tenía repercusiones para otras personas, pero Niema no iba a dorarle la píldora. Tenía un trabajo que hacer, y hasta el momento sus instintos habían ido en la dirección prevista. Eran tantos lo que le hacían la pelota, tantas las mujeres que le perseguían, que el propio hecho de que ella no hiciera lo mismo la volvía memorable a sus ojos.

-Así que no volveré a verte después de esta fiesta -dijo Ronsard por fin. Ella le dirigió una sonrisa irónica-. No creo que nos movamos habitualmente en los mismo círculos.

-No -contestó ella-. No lo hacemos.

-Entonces es tanto más importante que vengas. Hay alguien a quien me gustaría que conocieras.

-Tengo la invitación -le dijo a John a la mañana siguiente, cuando este llamó.

-Bien. ¿Cuándo vas a ir?

-Pasado mañana.

-Yo no estaré allí hasta el día siguiente. Esa noche habrá una fiesta de disfraces, y probablemente llegaré en medio de la celebración.

-¿Cómo sabes el programa? ¿Y por qué a mitad de la fiesta?

-Todo el mundo tendrá la atención puesta en otra parte, incluido Ronsard. Es sólo una pequeña ventaja para mí, pero cada detalle cuenta. No conocemos sus preparativos de seguridad, el plano de la casa ni su programa, de modo que tendremos que tocar de oído. No lo olvides, me mostraré muy impresionado contigo la primera vez que te vea, así tendremos una excusa para estar juntos.

-Me estoy convirtiendo en una diosa del amor -musitó Niema-. Los hombres caen heridos a diestro y siniestro.

John rió quedamente.

-A lo mejor has encontrado tu misión en la vida.

-¿Volver locos de amor a los hombres?

-Yo creo que podría llegar a gustarte.

-Eso depende de con qué les golpee.

-Te veré dentro de tres días, Mata.

Ronsard partió ese día para su villa, de modo que no almorzó con él por primera vez desde que se habían conocido. Contenta por aquel respiro, pasó una buena parte del día juntando las cosas que iba a necesitar cuando

estuviese en su casa. El jefe de la CIA en la embajada le fue de gran ayuda ala hora de facilitarle los diminutos transmisores, las pilas y los cables que necesitaba. Si hacía alguna pregunta, desde luego no se la hacía a ella. Niema sabía que debería tener todo resuelto con Langley para mostrarse así de colaborador.

El jefe de la CIA no sabía nada de la misión que Niema estaba llevando a cabo, sólo que debía proporcionarle todo lo que ella necesitara. El contigente de la CIA con base en París ni siquiera sabía que Niema había estado viéndose con Ronsard, a menos que uno de los encargados del caso se hubiera molestado en seguirla algún día, pero no se le ocurría por qué iban a hacerlo. Que ellos supieran hasta entonces, Niema era simplemente una amiga que estaba de visita en casa del embajador y de la esposa de este.

Lyon se encontraba a unos trescientos kilómetros de París, más lejos de lo que ella quería conducir, de modo que reservó un vuelo y llamó al número que Ronsard le había dado para que alguien la recogiera en el aeropuerto. Estaba deseando llegar, mirar alrededor y ver con qué tenía que enfrentarse, para hacer planes concretos e ir tomando decisiones. Ser una persona de sociedad, incluso atenuada, no era lo que más le gustaba; quería hacer algo más que ir de compras, almorzar y asistir a fiestas.

Hacía un tiempo espléndido el día en que voló a Lyon, y el vuelo transcurrió sin tropiezos. A su llegada al aeropuerto fue a recibirla un hombre vestido con un elegante traje gris, cabello rubio cortado a lo militar y ojos ocultos tras unas gafas de sol. No hablaba más que cuando era necesario, pero resultaba eficiente. Recogió su equipaje y guió a Niema hasta un Jaguar plateado, y ella se acomodó para disfrutar del trayecto.

Se dirigieron al sur por la autovía, y luego torcieron al este, hacia Grenoble. La región era preciosa, quizá la más bonita de toda Francia, con los Alpes franceses elevándose al este. El tiempo era más cálido que en París, y el calor se filtraba a través de las carísimas lunas tintadas del Jaguar.

Su primera visión de la villa de Ronsard la hizo parpadear de asombro, y se alegró de llevar puestas gafas de sol que ocultaran su expresión. Después de todo, se suponía que debía estar acostumbrada a la riqueza y el lujo. John debería haberla advertido, pensó distraídamente.

Un reluciente sendero asfaltado, bordeado de flores multicolores, conducía a unas inmensas puertas encajadas en el muro de piedra gris de cuatro metros de altura que rodeaba totalmente la propiedad. Sólo la piedra que formaba el muro tenía que haber supuesto un enorme gasto. Las puertas se abrieron suavemente cuando se aproximó el automóvil; una vez que las hubieron atravesado, volvieron a cerrarse casi inmediatamente.

La propiedad en sí era inmensa: Niema calculó que abarcaba al menos ciento sesenta mil metros cuadrados, aunque el terrero había sido tan bellamente trabajado que había zonas en las que no se veía el muro en absoluto. La casa -aunque dudaba de que una estructura tan grande pudiera llamarse simplemente casa- Tenía cuatro plantas y dos alas que se extendían a cada lado. Había sido construida con enormes losas de mármol claro, de un color gris luminoso, con ligeras vetas de rosado y oro. El efecto era impresionante.

A la derecha había un edificio alargado de dos pisos que parecía más un barracón, auque el increíble paisaje del terreno hacía mucho por disimularlo. A la izquierda, como si fuera una joya sobre un pintoresco estanque, había lo que parecía otra casa. Niema adivinó que aquello era el alojamiento para invitados que había mencionado Ronsard. Era lo bastante grande para ser un pequeño hotel, y parecía diminuto en comparación con la grandiosidad del edificio principal.

El tráfico ilegal de armas tenía que ser un negocio de lo más lucrativo.

Hasta ese momento no había conocido la riqueza que poseía Ronsard, pero ahora se hizo una idea mejor de por qué le perseguían tanto.

Por todas partes había hombres ocultos, su ejército privado. Al parecer iban de uniforme para indicar su autoridad. La mayoría, vestían camisa y pantalón de color verde oscuro, tipo militar, y llevaban armas abiertamente. Los siguientes en número eran lo que vestían pantalón verde oscuro pero camisa blanca, y estos portaban sólo armas a un costado. Los menos numerosos eran lo que llevaban trajes de color gris claro, como el chófer.

Ya habían llegado varios invitados. Paseaban sin rumbo por los esmerados jardines, vestidos con ropa informal pero cara, un estilo que Niema siempre había considerado de casa de campo. Algunos estaban sentados en un patio lateral, tomando algún cóctel. Había seis individuos ejercitándose de firme en las canchas de tenis, golpeando la pelota de color amarillo verdoso a un lado y a otro cada vez con más languidez, conforme el calor iba mermándoles las fuerzas.

El propio Ronsard bajó los anchos escalones de la entrada para salir a su encuentro, sonriendo y con las manos extendidas, cuando ella salió del coche. La tomó de los hombros en un ligero apretón e, inclinándose, le rozó la mejilla con los labios. Niema, sorprendida, retrocedió y se le quedó mirando. Aquella era la primera vez que él hacia algo más que besarle la mano, y debió de ser patente su incomodidad, porque él puso los ojos en blanco.

-Uno pensaría, por tu expresión, que he intentado quitarte el vestido -dijo con tono irónico-. Si tuviera un ego inflado, ahora se habría quedado tan deshinchado como el champán de ayer. -Sacudió la cabeza-. Y pensar que me he perdido esto.

-Lo siento, simplemente me ha sorprendido.

-No, no te disculpes y eches a perder el efecto.

-Ahora me haces sentir culpable.

-Es broma. -Ronsard le sonrió, y a continuación dijo brevemente a los dos jóvenes empelados que tenía a su espalda, como centinelas-: Llevad el equipaje de la señora a la habitación Jardín.

-La habitación Jardín -repitió Niema -. Eso suena maravilloso.

-En realidad es una pequeña suite. Quiero que te sientas cómoda y antes de que tu natural suspicacia asome la cabeza, te diré que no, no está situada al lado de mi suite privada. Ninguna de las habitaciones de invitados lo está.

-Considera mis sospechas olvidadas en este caso. -Niema se cogió del brazo de Ronsard, y este la condujo al interior, donde un delicioso frescor y un espacio aireado reemplazaron el calor que se respiraba afuera.

Varias columnas de mármol se elevaban hasta el techo pintado, tres plantas más arriba. El suelo era de losetas de granito de un tono más oscuro que el gris claro de las columnas y estaba salpicado de enormes alfombras de vivos colores y notable grosor. Dos escalinatas gemelas de mármol se curvaban hacia la derecha y la izquierda para unirse en la cúspide de la arca, con pasillos que se abrían a uno y otro lado.

-Espero que nos entregues mapas turísticos a todos, para que no nos perdamos -dijo Niema mientras Ronsard la escoltaba escaleras arriba.

-El diseño es bastante sencillo -comenzó él, y sonrió al ver la sonrisa de incredulidad que ella le devolvió-. No hay ningún callejón sin salida. Todos los pasillos secundarios conducen directamente de nuevo al pasillo principal. Si se tiene sentido de la orientación, se encuentra el camino de vuelta aquí sin dificultad alguna.

Mientras subían por la escalinata, Niema se fijó en un enorme tapiz que colgaba en la pared de la izquierda.

-¿Es muy antigua tu casa?

-No es antigua en absoluto. Fue construida en los años setenta por uno de los millonarios del petróleo de Oriente Medio. Cuando cayeron los precios del crudo, necesitó dinero en efectivo, y yo me encontraba en situación de proporcionárselo.

En lo alto de la escalinata, los peldaños de mármol daban paso a una moqueta gris clara tan gruesa que Niema sintió cómo se le hundían los pies al pisarla. A través de unas ventanas de estilo griego clásico penetraba un chorro de luz. Niema se acercó a ellas para mirar afuera, y vio una enorme piscina en el patio. Le habían dado una forma irregular para que pareciese un lago y el terreno estaba exquisitamente acondicionado, con una pequeña cascada que se derramaba sobre unas rocas antes de volver a las transparentes aguas turquesa.

-La piscina debe estar espectacular de noche, como si fuera otro mundo -comentó Niema.

-Es uno de mis placeres. Después de un día difícil resulta muy relajante nadar un buen rato.

La guió por el pasillo, torció a la izquierda para tomar uno secundario, y después abrió una puerta a la derecha.

-Esta es la habitación Jardín. Espero que te encuentres cómoda en ella.

Niema penetró en la estancia y se le iluminaron los ojos de placer.

-Es preciosa.

La razón por la que se llamaba Jardín era obvia: estaba repleta de plantas. Además de los hermosos arreglos florales, había palmeras de más de dos metros situados en puntos estratégicos y frondosos rododendros de un color verde jade. Se hallaban en una pequeña salida; unas puertas dobles a su derecha, semiabiertas, dejaban ver un suntuoso dormitorio. Justo enfrente, otras puertas de cristal se abrían a una terraza privada llena de

arbolitos y macetas. Dicha terraza tenía la anchura de la salita y el dormitorio juntos, tal vez unos trece metros en total.

Ronsard la observaba mientras ella paseaba por la suite tocando las plantas, oliendo las flores.

-Es un sitio muy apacible. Pensé que te gustaría; supone una escapada del bullicio social.

-Gracias -contestó Niema con sinceridad. Aquella consideración de proporcionarle un lugar tranquilo la impresionó. Ronsard tenía razón al pensar que a ella le gustaba de vez en cuando disponer de un poco de soledad y serenidad para recargar las pilas, pero al mirar a su alrededor se dio cuenta de que la terraza también proporcionaba un medio excelente para entrar de forma clandestina, al estilo Medina. Se aseguraría de tener las puertas de cristal siempre sin cerrar con llave; aunque no supondrían precisamente un escollo para alguien tan dotado para allanar moradas como lo era John.

Su equipaje ya había sido depositado sobre un banco almohadillado a los pies de la cama. Ronsard la tomó del brazo.

-Una doncella te deshará las maletas. Si no estás demasiado cansada, quisiera presentarte a una persona.

-No, no lo estoy -respondió Niema, recordando que él había mencionado en París que quería que conociera a alguien en particular. Los artilugios electrónicos que había traído estaban bien guardados en su joyero, de modo que no la preocupaba que la criada pudiera verlos e informar a Ronsard de que uno de sus invitados había traído consigo un equipo interesante.

-Mi ala privada se encuentra al otro lado de la casa -dijo Ronsard, y sonrió-. No mentía cuando dije que tu suite no estaba junto a la mía. Ojalá lo estuviera, pero remodelé todo deliberadamente para que las habitaciones de invitados quedasen más bien apartadas.

-¿Por intimidad, o por protección?

-Ambas cosas. -Una tierna sonrisa recorrió su rostro, una expresión que resultaba tanto más asombrosa porque parecía dirigirse a otra parte-. Pero no se trata de mi intimidad ni de mi protección. Ven. Le he dicho que iba a traer a una persona para que la viera, y lleva todo el día ilusionada, esperando.

-¿Quién?

-Mi hija, Laure.

CAPÍTULO 17

¿Su hija? John no había mencionado que Ronsard tuviera una hija. Niema trató de ocultar su sorpresa.

-Nunca la has mencionado -dijo-. Yo creía que tu hermana era tu única familia.

-Ah, bueno, quizás esté paranoico. Hago todo lo que puedo para protegerla. Como tú comentaste una vez, soy una persona indeseable; tengo enemigos.

-Dije que Eleanor piensa que eres una persona indeseable -le corrigió ella.

-Y tiene razón, tú lo sabes. Soy demasiado indeseable para una mujer como tú.

Niema puso los ojos en blanco.

-Tranquilo, Ronsard. Seguro que las mujeres caen todas rendidas a tus pies cuando las adviertes de que eres demasiado peligroso para ellas.

-¿He mencionado alguna vez que tienes la molesta costumbre de descubrir todos mis trucos? -preguntó él en tono de conversación, y los dos rieron.

Eran las únicas personas que había en el pasillo. Por su lado pasaron varios invitados, todos los cuales se detuvieron a hablar con su anfitrión. Hubo un caballero que a Niema le pareció familiar, y que la recorrió de arriba abajo con una mirada de reconocimiento. Necesitó unos segundos para identificarle como el aficionado a las carreras de caballos que había conocido en el baile del primer ministro. Le sonrió y le preguntó qué tal había terminado su caballo en las carreras del fin de semana.

-Ya tienes un esclavo de por vida -comentó Ronsard mientras continuaban recorriendo el pasillo-. Aburre a todo el mundo con sus explicaciones sobre caballos y carreras.

-A mí me gustan los caballos -replicó Niema tranquilamente-. Y cuesta lo mismo ser amable que ser antipática.

Ir de un extremo al otro de la enorme villa llevó tiempo, sobre todo porque a Ronsard le paraban continuamente. Sin embargo, por fin pasaron a su ala privada, que estaba guardada por unas pesadas puertas dobles de madera.

-Ahí está mi suite-dijo, indicando otro par de puertas dobles situadas a la izquierda. Le mostró un comedor familiar, un estudio que sorprendió a Niema por su aire acogedor, una pequeña sala de cine, un enorme cuarto de juegos atestado de toda clase de juguetes, una biblioteca tan abarrotada de libros que dudaba que cupiera uno más en las estanterías. Los títulos eran tanto de ficción como de no-ficción, con una asombrosa variedad de literatura para niños.

-Esta es una de las habitaciones favoritas de Laure -dijo Ronsard-. Le encanta leer. Naturalmente, ya es mayor para los cuentos de hadas, pero yo me preocupo de que tenga siempre una selección de material de lectura apropiado para su edad.

-¿Cuántos años tiene?

-Doce. Es una edad deliciosa. Está a caballo entre la niñez y la adolescencia, incapaz de decidir si quiere jugar con sus muñecas o experimentar con las barras de labios. Las barras de labios se las he prohibido durante un año más, por lo menos -dijo Ronsard con una media sonrisa.

Se volvió hacia Niema, sonriente, pero sus ojos miraban un poco más allá de ella.

-Laure es pequeña para su edad-dijo-. Muy pequeña. Quiero prepararte. Su salud es.. no muy buena. Cada momento que la tengo es un regalo de Dios.

Cosa extraña en boca de un hombre como Ronsard, pero de todos modos, tal vez no lo fuera. Abrió una puerta que daba a una habitación tan alegre y encantadora que Niema contuvo la respiración al entrar.

-¡Papá!

La voz era joven, dulce, pura como el más fino cristal. Se oyó un zumbido y la niña se acercó rodando hacia ellos, en una silla de ruedas motorizada, una muñequita de animado rostro y sonrisa que iluminaba el mundo. El respaldo de la silla llevaba adosada una botella de oxígeno, de la cual salía un tubo transparente que iba hasta la nariz de la pequeña, sujeto por una estrecha banda alrededor de la cabeza.

-Laure. -El tono de voz de Ronsard rebosaba ternura. Se inclinó y la besó. Habló en inglés-: Esta es mi amiga, madame Jamieson. Niema, esta es mi querida hija Laure.

Niema se inclinó y extendió la mano.

-Encantada de conocerte-le dijo, también en inglés.

-Y yo de conocerla a usted, madame. -La niña estrechó la mano de Niema; sus dedos resultaban dolorosamente frágiles en el cuidadoso apretón de Niema. Ronsard había dicho que su hija tenía doce años; tenía la estatura de una niña de seis, y probablemente pesaría poco más de veinte kilos. Estaba sumamente delgada, y su cutis mostraba un tinte pálido azulado. Tenía los mismos ojos de Ronsard, inteligentes y de olor azul oscuro, y una sonrisa angelical en una carita de alabastro. Su pelo era sedoso y castaño claro, y lo llevaba peinado liso y retirado hacia atrás con una alegre diadema.

Tenía los labios pintados.

Ronsard se dio cuenta de ello al mismo tiempo que Niema.

-¡Laure! -exclamó. Apoyo las manos en las caderas y la miró severo-. Te he prohibido que te pintes los labios.

Ella le devolvió una mirada resignada, como si desesperase de hacerle entender.

-Quería estar guapa, papá. Para madame Jamieson.

-Ya estás muy guapa tal como eres; no necesitas pintarte los labios. Eres demasiado pequeña para maquillarte.

-Si, pero tú eres mi papá -replicó ella con lógica aplastante-. Tú siempre crees que estoy guapa.

-Opino que ese color la favorece mucho -intervino Niema, porque las mujeres siempre debían estar unidas. No mentía; Laure demostraba una inteligencia por encima de su edad al haber escogido un delicado tono rosa y haberse pintado sólo muy ligeramente. Algo más fuerte habría resultado chillón en un rostro tan pálido y etéreo. No hizo caso del minúsculo tamaño de la niña; lo importante allí era su mente, no su cuerpo.

Ronsard alzó las cejas, incrédulo.

-¿Te pones de parte de esta…marimacho desobediente?

Laure soltó una risita al verse descrita como un marimacho. Niema respondió a la mirada acusadora de Ronsard con una expresión inocente y un encogimiento de hombros.

-Por supuesto. ¿qué esperabas que hiciera?

-Que estuviera de acuerdo con él -dijo Laure-. Siempre espera que todas sus mujeres estén de acuerdo con él.

Esa vez el asombro de Ronsard no fue fingido. Estupefacto al oír semejante declaración de labios de su inocente hija, se la quedó mirando sin poder pronunciar palabra.

-Pero yo no soy una de sus mujeres -señaló Niema-. Soy sólo una amiga.

-Nunca ha traído a ninguna de las otras para que me conozca. Ya que a usted sí la ha traído, he pensado que a lo mejor quiere que sea mi maman.

Ronsard emitió un leve ruido de ahogo. Niema no le hizo caso y sonrió a la pequeña.

-No, no es nada eso. No estamos enamorados, y además, tu papá es alérgico al matrimonio.

-Ya lo sé, pero se casaría si creyera que eso es lo que quiero yo. Me malcría terriblemente. Me da todo lo que le pido, así que procuro no pedir mucho, porque estaría demasiado ocupado para hacer otras cosas.

Aquella niña era una alarmante mezcla de inocencia infantil y sagacidad que sobrepasaba sus pocos años. Fuera cual fuese su problema físico, la había obligado a mirar hacia adentro mucho más temprano que a la mayoría de los jóvenes.

-Mientras mi papá se recobra -dijo, haciendo girar rápidamente la silla de ruedas-, voy a enseñarle mis habitaciones.

Niema caminó junto a Laure mientras esta le hacia un recorrido turístico por su suite. Todo había sido dispuesto específicamente para que ella pudiera alcanzarlo desde su silla de ruedas, y aun costado de la misma tenía un par de largas tenazas para recoger lo que se le cayera al suelo. En ese momento entró una mujer de mediana edad, sonriendo, y se presentó como la enfermera de Laure, Bernadette. Su dormitorio estaba situado junto al de Laure, para estar disponible durante la noche por si la pequeña la necesitaba.

Habían puesto a su disposición todo lo que podía interesar a una niña. Había libros, películas, muñecas, juegos, muestras de costura que había hecho ella misma, revistas de moda. Laure se lo enseño todo a Niema, mientras que Ronsard las seguí a ambas, maravillado y divertido al ver que le hacían sentirse innecesario.

Laure incluso enseñó a Niema su estuche de maquillaje. Ronsard volvió a hacer ruiditos de ahogo. Aquello no era maquillaje de mentira para una niña, sino productos reales de Dior, con una asombrosa presentación en un estuche plateado.

-Lo pedí -dijo Laure, impertérrita ante el horror de su padre-. Pero no me queda nada bien cuando me lo pongo. Hasta la barra de labios es demasiado… como la de un payaso. Para pintarme hoy, he pasado el dedo por la barra y luego por los labios.

-Eso está muy bien. Se llama darse un ligero toque -dijo Niema, al tiempo que cogía una silla para sentarse junto a la niña y examinar el estuche de maquillaje. Empezó a tirar de los lustrosos cajetines de pintura- . El maquillaje es como todo, hace falta experimentarlo. Y algunas cosas nunca sientan bien porque no favorecen a tu color. Una aprende con la experiencia. ¿Te gustaría que te enseñara?

-Oh, por favor -dijo Laure deseosa, inclinándose hacia delante.

-Se lo he prohibido -dijo Ronsard, con más desesperación que severidad-. Es demasiado joven…

-Louis -le interrumpió Niema-. Vete. Eso es asunto de mujeres.

Pero no se fue. Se sentó, con una encantadora expresión de impotencia en el rostro, y contempló cómo Niema mostraba a la niña cómo usar cada cosa.

Había un colorete rosa que resultó demasiado oscuro para aquella cara tan blanca. Niema cogió un pañuelo de papel y limpió la mayor parte, dejando sólo un delicado matiz.

-Recuerda, nada de lo que hay aquí se convierte en piedra cuando una se lo pone encima. Si es excesivo, quita un poco. Yo siempre utilizo pañuelos de papel y bolas de algodón al maquillarme, así puedo hacer que el efecto sea más sutil. ¿ves mi perfilador de ojos? -Se acercó, y Laure asintió al tiempo que observaba fijamente los ojos de Niema-. Uso un lápiz negro, como este. Es muy blando, así no tira de mi piel. Después me lo quito casi todo con un algodón para que apenas se note. Pero yo tengo el pelo oscuro, mientras que tú lo tienes rubio, de modo que el negro resultaría demasiado duro para ti. Cuando tengas edad suficiente para usar perfilador, prueba con un gris suave o tirando a marrón.

Y así prosiguió la lección de maquillaje, mientras Laure se mostraba prendida de cada una de sus palabras. Bajo la tutela de Niema, en realidad se añadió muy poca cosa al rostro pequeño y esquelético de la niña, tan sólo un levísimo toque de color. Laure se miró en un espejo, se estudió a sí misma y sonrió.

-Muchas gracias, madame Jamieson, ¿Has visto, papá?

-Si, lo he visto. Es muy bonito, pero…

-Si me muero, quiero que te cerciores de que me maquillen igual que ahora. No quiero parecer una enferma cuando suba al cielo.

El rostro de Ronsard perdió todo el color. Niema se sintió conmovida por él, pero también por aquella pequeña que nunca en su vida había sabido lo que era disfrutar de buena salud, correr y jugar como los demás niños.

-Ahora no me pintaré, te lo prometo -dijo-. Ni siquiera los labios, aunque me guste. Pero…por si acaso. Prométemelo, papá.

-Te lo prometo. -Su voz sonó ronca, tensa, muy diferente del suave tono que solía tener.

Laure le palmeó la rodilla para consolarle.

-Puedes quedarte con el estuche -le dijo-, y guardármelo. De esa forma, siempre sabrás dónde está.

Ronsard levantó a la niña de la silla de ruedas y la sentó sobre sus rodillas, teniendo cuidado de no descolocar el tubo de oxígeno. Era tan débil, tan pequeña; sus piernas se balancearon como las de un bebé.

Ronsard tardó unos instantes en poder hablar, con la cabeza agachada de modo que su barbilla se apoyaba en la cabeza de Laure.

-Tardarás mucho, mucho tiempo en necesitarlo -dijo por fin.

-Ya lo sé. -Sin embargo, los ojos de la niña mostraban otra cosa.

Parecía estar cansándose. Su padre le tocó la mejilla.

-¿Quieres echarte un rato?

-En el sofá -contestó ella-. Hay una película que quiero ver.

Bernadette se acercó y empujó la silla de ruedas con su botella de oxígeno mientras Ronsard llevaba en brazos a su hija hasta el diván de felpa y la depositaba con cuidado sobre él. Bajo el toque de color rosa, los labios de la niña aparecían ligeramente teñidos de azul. Ronsard le cubrió las piernas con una manta mientras Bernadette arreglaba las almohadas y la ponía cómoda.

-¡Ya está! -dijo Laure, arrebujándose contra las almohadas-. Ya estoy en la postura perfecta para ver películas. -Miró a su padre con picardía-. Es una de amor.

Él había recuperado su aplomo.

-Vas a hacer que me salgan canas -anunció, fingiendo enfado-. ¡Una de amor!

-Con sexo -añadió Laure, traviesa.

-No me digas nada más -dijo él, alzando las manos como para apartar de sí cualquier cosa que la niña pudiera decir-. No quiero saberlo. Un padre no puede soportar tanto. Despídete de madame Jamieson, y te dejaremos para que disfrutes de tu película de amor.

Laure extendió una mano.

-Buenos días, madame. ¡Lo he pasado muy bien! ¿Me hará otra visita?

-Por supuesto -contestó Niema, sonriendo a pesar de la opresión que sentía en el pecho-. Me ha gustado mucho conocerla, mademoiselle. Su papá tiene suerte de tenerla a usted por hija.

Laure levantó la vista hacia su padre, y de nuevo la expresión de sus ojos resultó demasiado vieja para sus años.

-Soy yo la que tiene suerte -dijo.

Él la besó, le tocó la mejilla y la dejó con una sonrisa. No obstante, apretaba la mano de Niema con tal fuerza que casi podría haberle roto los huesos.

Una vez que estuvieron fuera, en el pasillo, Ronsard exclamó: "Dieu" en tono ahogado, y se dobló por la cintura con las manos apoyadas en las rodillas, mientras tomaba profundas bocanadas de aire.

Niema reaccionó automáticamente y acudió a reconfortarle. Titubeó, con la mano a medio camino, y entonces le tocó ligeramente en la espalda. Al cabo de un momento, Ronsard se incorporó y avanzó unos pasos para alejarse de las habitaciones de Laure, antes de volver a hablar.

-A veces es más de lo que puedo aguantar -dijo con la voz constreñida-. Lo siento. No me había dado cuenta de que... He intentado ocultarle lo enferma que está, pero es tan inteligente...-No terminó la frase.

-¿Qué le ocurre? -preguntó Niema suavemente. Había una botella de licor y un juego de vasos sobre una mesa auxiliar. Fue hasta ellos y sirvió una generosa cantidad de licor, fuera el que fuese, Ronsard se lo bebió sin preguntar.

-Demasiado -respondió, dando vueltas y más vueltas al vaso en las manos-. Si sólo fuera una cosa, habría algo que se pudiera hacer. Tiene insuficiencia cardíaca, un solo riñón y fibrosis quística. La fibrosis parece afectar a su aparato digestivo más que a sus pulmones. O de lo contrario es probable que ya hubiera... -Se interrumpió y tragó con dificultad-. Existen nuevos fármacos que son de ayuda, pero le sigue resultando muy difícil obtener los nutrientes que necesita. Come constantemente, pero no crece ni gana peso. Todo el crecimiento que ha conseguido supone un esfuerzo para su corazón. Un transplante de corazón está descartado a causa de la fibrosis quística. -Esbozó una débil sonrisa de amargura que no era una sonrisa en absoluto-. Es casi imposible encontrar un corazón apropiado. Tendría que transplantársele el corazón de un niño pequeño, a causa de su tamaño, y los donantes infantiles de corazón son muy escasos. Además, su grupo sanguíneo es A negativo, lo cual reduce casi a cero las posibilidades de encontrar un corazón. Incluso aunque hubiera uno disponible, la opinión de los médicos es que no debería desperdiciarse un corazón sano en alguien que... que tiene tantos otros problemas.

No había nada que decir. Niema no podía ofrecerle vacuas frases de esperanza cuando el estado de Laure no podía ser ya más desesperado.

-Llevo años intentado encontrar un corazón en el mercado negro. -Fijó la mirada vacía en el vaso que tenía en las manos-. Invierto montañas de dinero en la investigación de tratamientos genéticos de la fibrosis quística, en nuevos fármacos, en cualquier cosa que pueda suponer un poco más de tiempo para ella. Si consigo solucionar una sola cosa... ¡una sola! -dijo con vehemencia-. Entonces ella tendrá una oportunidad.

De pronto, Niema lo comprendió de golpe.

-Por eso es por lo que tú… -se interrumpió, pues no necesitó terminar la frase.

Ronsard la terminó por ella.

-¿Me he convertido en un traficante de armas? Si. Necesitaba disponer de enormes sumas de dinero, y rápidamente. Las dos alternativas posibles eran las drogas o las armas. Si sucede algo, cualquier cosa, que aumente las probabilidades de Laure, ya sea un corazón apropiado que aparezca milagrosamente o un nuevo tratamiento, debo tener el dinero disponible de inmediato. La investigación también es tremendamente cara.- Se encogió de hombros-. Es mi hija -dijo sencillamente-. Que el diablo se lleve mi alma, pero será bienvenido si ella logra vivir.

Niema había descubierto que había tres capas en la personalidad de Ronsard. Excepto su ocupación, parecía ser un hombre honorable, como si separase completamente las dos mitades de su vida. Lo que hacía era abominable, pero lo hacía impulsado por el apasionado amor que sentía por su hija. Niema sintió pena por él, y por Laure.

-¿Y la madre de Laure?

-Fue… una locura pasajera. No quería tener a la niña, pero yo la convencí de que llegara hasta el final del embarazo. Pagué todos sus gastos y le entregué una importante suma global por las molestias. No creo que llegara a ver a Laure. Los médicos le dijeron que era probable que el bebé no sobreviviera, y se marchó. Yo me traje a Laure a casa conmigo.
“No era pobre. Mi familia disfrutaba de una posición más que acomodada. Pero no era suficiente si quería que viviera mi niña. Así que me serví de mi *entrée* en la alta sociedad parisina para buscar contactos y proteger mis esfuerzos. No me mires con es expresión conmovida en los ojos, querida. No soy valeroso ni trágico, soy despiadado y pragmático. Mi único punto verdaderamente vulnerable es mi hija, y para ella soy como mantequilla, como has visto. Puede ser bastante dura tratándome, una cualidad que sin duda ha heredado de mí.

-Estoy conmovida por ella, no por ti -repuso Niema ásperamente-. Tú has escogido tu camino.

-Volvería a escoger lo mismo, como ya te he dicho. Y puede que tú también. -Clavó la mirada en ella, con una sonrisa de desengaño en los labios-. Uno nunca sabe lo que es capaz de hacer hasta que está en juego un hijo.

Niema no podía discutir sobre ese punto, si quería ser sincera. No era de la clase de personas que podían aceptar, sin rechistar, la condena a muerte de un hijo. Si fuera posible, ella removería cielo y tierra, y si no lo fuera, lo intentaría de todos modos. Eso era lo que había hecho Ronsard. Aunque no estaba de acuerdo con el camino que él había elegido, su reacción fue la misma que habría tenido ella.

Ronsard dejó el vaso con un gesto de decisión y se puso en pie. Se paso los dedos por el pelo suelto y movió los hombros para aflojar la tensión de los músculos.

-Tengo un centenar de invitados esperándome -dijo-. Tal vez debiera empezar por cumplir con mis deberes de anfitrión. Pero quería que

conocieras a Laure y… que conocieras esa parte de mí. Gracias por tomarte la molestia de enseñarle lo del maquillaje. Yo no tenía ni idea.

-¿Cómo ibas a tenerla? -Niema sintió que se le volvía a oprimir el corazón al pensar en la pequeña, que quería estar guapa cuando muriera.

-Te prohíbo que llores.

Ella cuadró los hombros.

-No voy a llorar. Pero lloraré si me viene en gana, y tú no podrás impedírmelo.

Ronsard alzó las manos.

-Me rindo. Ven, vamos a reunirnos con los demás.

Cuando salían del ala privada de Ronsard, se les aproximó una mujer alta y rubia, como una valquiria.

-Lamento molestarle -dijo a Ronsard con puro acento americano-. Pero han surgido varios detalles que requieren su atención.

Él asintió con un gesto de cabeza.

-Niema, esta es Cara Smith, mi secretaria. Cara, Niema Jamieson. ¿Podrías disculparme, querida? -le dijo a Niema-. El deber me llama.

-Por supuesto.

Niema le observó alejarse a paso rápido por las escaleras, con Cara medio metro por detrás de él. Tomó nota de la dirección en que se fueron; su despacho debía de estar en la primera planta, y en el ala oeste.

Experimentó una profunda simpatía por Laure y por él. No obstante, aquello no interferiría con la manera de hacer su trabajo.

Echó a andar con naturalidad en la misma dirección, pero cuando cruzó el inmenso rellano central Ronsard ya no estaba a la vista. Había desaparecido por una de varias puerta, y llamaría demasiado la atención que ella fuera por la villa abriendo todas las puertas. Pero, al menos, ahora tenía una idea general del emplazamiento de la oficina de Ronsard. Trataría de conseguir que él la llevara a una visita guiada por la planta principal, y le indicara su despacho.

Al día siguiente llegaría John. Si para entonces ya sabía el lugar, posiblemente podrían colocar el micrófono y copiar los archivos de Ronsard ese mismo día por la noche.

Sintió una punzada de excitación. John iba a llegar al día siguiente.

CAPÍTULO 18

Eran las diez de la noche cuango John llegó en automóvil a la propiedad de Ronsard. La zona estaba tan bien iluminada que se distinguía el resplandor desde varios kilómetros de distancia. El curvado sendero de acceso le condujo hasta unas puertas dobles que permanecieron cerradas al acercarse él. Cuando se detuvo, salió un guardia uniformado que le apuntó con una linterna a la cara, le preguntó su nombre y le pidió su identificación. Sin decir nada, John introdujo la mano en la chaqueta de su esmoquin y extrajo su carnet de identidad. No dijo su nombre en voz alta, omisión que hizo que el guardia le mirase con desconfianza, antes de apartarse ligeramente para hablar por la radio que llevaba encima.

Un instante después, dio un señal y las puertas se abrieron. John se figuró que la señal significaba que el guardia apostado en el exterior no podía abrir las puerta él sólo, sino que tenía que dar el visto bueno a otro que estaba dentro, lo cual eliminaba la posibilidad de que alguien pudiera derribar al primero y conseguir acceder a la propiedad.

Dirigió otra dura mirada a John al tiempo que se inclinada para devolverle la identificación. John le retribuyó la mirada sin expresión alguna y acto seguido atravesó las puertas.

Detuvo el automóvil frente a una entrada muy curvada y se apeó. Inmediatamente se aproximaron un par de aparcacoches de chaqueta roja; uno de ellos sacó el equipaje mientras el otro le dio un billete, subió al coche y se alejó. Probablemente lo registrarían a fondo mientras lo tuvieran en su poder, pensó John. Y lo mismo ocurriría con el equipaje.

Que registrasen. No sacarían ninguna información, ni siquiera sus huellas dactilares. Se había rociado cuidadosamente la yemas de los dedos con un gel transparente que al endurecerse proporcionaba un acabado liso. Era delgado y prácticamente indetectable al contacto, y desaparecía al lavarse las manos con agua caliente. El agua fría no lo alteraba.

Aquel gel suponía una importante mejora en relación con los métodos que había empleado en el pasado; antes hasta que tenía que meter los dedos en cuencos de cera derretida, pero la cera no duraba mucho. Sin embargo, para una misión corta o una emergencia, servía. Otro truco consistía en pintarse las yemas de los dedos con una gruesa aplicación de esmalte transparente para uñas, pero necesitaba tiempo para que se secase, o no servía de nada. Llevar tiritas en todos los dedos era un método más rápido y efectivo de ocultar las huellas, pero una persona con todos los dedos vendados llamaba la atención, sobre todo si tenía mas de tres años.

Mientras subía las escaleras se le acercó un hombre alto y vestido de esmoquin.

-Señor Temple- le dijo con pulcro acento británico- El señor Ronsard le verá inmediatamente. Sígame, haga el favor.

John le siguió en silencio, pues no era inclinado a intercambiarse cortesías. Oyó música y vio gente vestida formalmente, de pie en pequeños grupo, riendo y charlando en una mezcla de lenguas. Las mujeres relucían enjoyadas, y también algunos de los hombres. El esmoquin que llevaba él era austero, sin flecos ni chorreras a la vista, pero el corte y el estilo decían a gritos que había sido confeccionado a medida. Varias mujeres volvieron la vista en su dirección, y luego repitieron el gesto. Cuando quería, pasar entre una multitud completamente inadvertido, pero esa noche quería que la gente se fijase en él. Caminó con paso silencioso, elegante, como una pantera que ha avistado su presa pero sabe que no hay necesidad de darse ninguna prisa.

El elegante lacayo le condujo a una pequeña antecámara situada en el rellano. La sala estaba cómodamente amueblada con un sofá y dos sillones de orejas, una breve selección de libros, una pequeña chimenea y un surtido de licores. Teniendo en cuenta que la habitación no tendría más de veinticinco metros cuadrados y la puerta contaba con una robusta cerradura. John supuso que servía más para tener un rápido y furtivo encuentro amoroso que para ninguna otra cosa. Después de todo, un buen anfitrión siempre se ocupaba de sus invitados.

-Monsieur Temple- Ronsard se puso de pie cuando John entró en la sala.

Despidió al otro hombre con un gesto de la cabeza, el cual cerró la puerta al dalir- Soy Louis Ronsard- Le tendió una mano, muy propio en su papel de elegante anfitrión.

John dejó que transcurriera una fracción de segundo antes de estrechar la mano de Ronsard. Ni el más mínimo asomo de expresión le cruzó el semblante.

-¿ Por qué estoy aquí?- preguntó por fin, en tono bajo y controlado-. Esta....entrevista no era necesaria.

-Yo creo que sí- Ronsard era muy hábil al respecto, pero estaba estudiando detenidamente el rostro de John- No me gusta tratar con factores desconocidos. Además, usted se ha enterado de la existencia de un compuesto que es muy novedoso y que se supone que nadie conoce ¿Le importaría decirme cómo ha tenido noticia de él?

John le contempló en silencio, con los ojos a media asta.

-No me gusta que me llamen por mi nombre en medio de un grupo de gente, y mi definición de grupo de gente es todo lo que incluye más de dos personas- Que Ronsard aguardase para obtener sus respuestas, no estaba de humor para mostrarse colaborador.

-Le aseguro que nadie tiene la menor idea de quién es usted.

-Y yo le aseguro que en fiestas como esta siempre hay por lo menos una persona qué está haciendo una lista de nombres para después venderlos.

-Soy muy duro con quien me traiciona- dijo Ronsard con suavidad. Decidiendo obviamente que Temple no era hombre al que se pudiera seducir, impresionar ni intimidar, le indicó los sillones- Por favor, tome asiento. ¿Le apetece beber algo?.

John eligió uno de los sillones de orejas.

-No bebo.

Ronsard se detuvo con la mano sobre una botella y las cejas levantadas, y a continuación movió la mano a otra botella y se sirvió una pequeña cantidad de vino.

-Le pido disculpas si cree que el hecho de venir aquí ha puesto en peligro su tapadera. Pero yo también soy un hombre cauteloso, y manejar ese compuesto no es algo carente de riesgos. Lo hago, solamente cuando tengo la seguridad de que se trata de un pedido legítimo y de que no me estoy poniendo en una situación de vulnerabilidad. De modo que, dado el secreto que rodea ese compuesto, imagino que comprenderá usted por qué me interesa saber cómo se ha enterado de sus existencia.

John juntó los dedos y miró a Ronsard sin pestañear por espacio de largos instantes. Vio cómo la mirada de Ronsard se posaba un momento sobre el anillo de serpientes entrelazadas que llevaba en la mano izquierda.

-El vuelo 183- dijo por fin.

-¿El avión que se estrelló? Sí, fue una desgracia. Sospeché que se trataba de ... ¿un ensayo, podríamos decir? No lo supe de antemano.

-No me preocupa lo más mínimo que fuera un ensayo o no. Funcionó.

-Pero ¿ cómo ha averiguado qué clase de explosivo se empleó?

-Por.... una copia que obtuve del análisis clínico preliminar del NTSB. Tengo acceso a un laboratorio muy bueno de Suiza. La huella química era similar a la del RDX. El NTSB no encontró pruebas de que hubiera un detonador. Todo se explica por sí mismo- dijo John en tono aburrido.

-¿De verdad piensa que voy a creerme que ha deducido usted todo eso por pura extrapolación? Ronsard sonrió amablemente-. No, se lo ha contado alguien. Hay una segunda persona que ha acudido a mí queriendo comprar una cantidad del compuesto, alguien que no tiene acceso al NTSB. ¿Cómo puede saberlo él, a menos que sea por la misma filtración?.

-Ernst Morrell- dijo John-. Se lo dije yo.

Ronsard le miró fijamente durante un momento, y después tomó un sorbo de vino.

-Me sorprende usted- murmuró.

-Morrell supondrá.... una distracción. Todo lo que ocurra se le atribuirá a él.

-Así que es un señuelo.- Ronsard saudió la cabeza, sonriendo-. Señor Temple, me descubro ante usted. Eso es verdaderamente enrevesado.

John se relajó, de forma sutil pero visible. La pétrea expresión de su cara se suavizó. Se permitió a sí mismo parpadear.

-Si tengo suerte, ese hijo de puta se volará a sí mismo por los aires. Si no tengo suerte, de todos modos, atraerá tanta atención sobre sí que le atraparán. De una forma o de otra, no volverá a fastidiarme.

-¿Así que ya conoce a Morrell?

-No, pero es un completo idiota. Interfirió en un trabajo.

Ronsard rió, y su hermoso rostro se iluminó de auténtica diversión.

-Monsieur Temple, me parece que va a ser un placer hacer negocios con usted. Seguiremos conversando, pero llevo demasiado tiempo apartado de mis invitados, y debo regresar con ellos. Venga, le presentaré.

-Preséntеme como el señor Smith.

-Smith- repitió Ronsard. Seguía divirtiéndose-. Ese es también el apellido de mi secretaria.

-A lo mejor somos parientes.

Atrajeron más de una mirada de interés cuando abandonaron la antecámara. John cruzó el enorme rellano acompañado de su anfitrión y ambos pasaron a un luminoso salón de baile. Se detuvieron al principio de los tres peldaños de la entrada, observando desde allí a la multitud. Enorme arañas de cristal colgaban del techo, relucientes como diamantes, y un tabique de puertas de vidrio se había abierto al aire de la noche. La gente se movía por el salón, salía al patio, volvía a entrar, en un movimiento constante que le recordó una colmena.

Miró a su alrededor con naturalidad, sin dejar que su mirada se posara en nadie en particular, pero descubrió a Niema casi de inmediato. Un industrial se acercó a Ronsar y le dijo algunas palabras de cortesía, y después aguardó expectante a que se le presentara. John ya le conocía, pero en aquella ocasión él utilizaba un nombre distinto y una apariencia alterada; llevaba el pelo teñido de gris y lentes de contacto en los ojos. El industrial creyó que estaba estrechando la mano a un completo desconocido.

Una voluptuosa pelirroja, de senos casi desnudos y embutida en un ajustado vestido verde esmeralda, fue la siguiente en colgarse del brazo de Ronsard y provocar una presentación. Ronsard, obviamente divertido, la complació. John adoptó su pose más impasible, y no reaccionó a ninguna de las insinuaciones y coqueteos de la mujer. A pesar de toda su obviedad, no era ninguna tonta; al cabo de unos minutos trasladó sus artes de flirteo a Ronsard, el cual sonrió y la aduló sin perder en ningún momento aquella mirada de diversión en los ojos.

Cuando la mujer se hubo marchado, quedaron solos por un breve espacio de tiempo. John recorrió el salón una vez más con la mirada, y la detuvo en un punto.

Ronsard se dio cuenta de ello inmediatamente, por supuesto.

-¿Ve a alguien que conozca?- le preguntó, poniéndose sutilmente más alerta y mirando a su alrededor.

-No- Aquella palabra sonó como su la hubieran sacado con una tenaza de la garganta de John-. Más bien a alguien a quien voy a conocer. Esa mujer de ahí..... ¿Quién es?.

-¿Cual?

-La de pelo oscuro y vestido azul. Con un collar de perlas. Está hablando con la mujer alta y rubia.

Ronsard estrechó la búsqueda hasta concentrarla en Niema. Sus semblante se endureció al comprender que ella era la mujer en la que se había fijado el otro.

-Está conmigo- dijo a modo de sucinta advertencia.

John dedicó tan sólo una breve mirada a su anfitrión antes de clavar los ojos de nuevo en Niema. Se permitió recrearse golosamente en aquella visión, admirar la forma en que la suave luz se reflejaba en sus hombros denudos.

-¿Va a casarse con ella?- preguntó casi distraídamente.

Ronsard soltó una breve carcajada.

-No, claro que no.

-Yo sí.

Aquellas palabras pronunciadas con suavidad cayeron como piedras entre ambos. La rabia oscureció los ojos de Ronsard.

-Es una amiga, una que he llegado a apreciar mucho. No es para hombres como nosotros.

-Puede que no lo sea para usted. Si usted tuviera algún derecho sobre ella, yo me retiraría, pero ya ha admitido que no lo tiene, así que es libre... pero no por mucho tiempo.

Ronsard era un consumado hombre de negocios. También era lo bastante listo para darse cuenta de que aquel hombre llamado Temple no era alguien a quien se pudiera intimidar. Respiró hondo, buscando el control.

-No tengo por costumbre pelearme por mujeres- dijo-. Pero tampoco pienso permitirle a usted que se imponga a ella por la fuerza. Lo digo porque es una mujer... poco receptiva. Es viuda y todavía está muy enamorada de su difunto esposo. Aunque no lo estuviera, es una de las pocas personas con principios que conozco. Frunce el celo ante gente como usted y como yo.

-Lo ha rechazado-declaró John.

-De plano- Por un momento, un toque de humor curvó la boca de Ronsard-. Me gusta. No quiero que sufra.

-Yo tampoco.

En el silencio que se hizo a continuación entre ambos, Ronsard dijo:

-Me sorprende usted mucho.- John aspiró profundamente y dejó que ardiera en sus ojos todas la sed que había acumulado en los últimos cinco años-. Mucho- repitió- Preséntemela.

-Sí que lo haré- musitó Ronsard- Esto puede resultar divertido.

Nirma vio a los dos hombres altos y de hombros anchos que se abrían paso entre la multitud. Ronsard estaba tan elegante y gallardo como siempre, con su cabello largo suelto sobre los hombros. John lucía un semblante severo, peligroso, distinto. Su mirada se clavaba en ella como un láser.

Niema, sobresaltada, de hecho retrocedió un paso y se llevó una mano al collar de perlas que adornaba su cuello.

Llevaba una semana sin verle. No estaba preparada para el súbito impacto que le causó aquella sensación, semejante a un puñetazo en el estómago. Ahora se dio cuenta de que todas las veces que le había visto antes, él había atenuado el peligroso poder de su personalidad, porque en este momento estaba notando de lleno toda su fuerza arrolladora.

Su mirada la recorrió de arriba abajo, y ella se sintió como si la hubiera desnudado, como si estuviera a punto de devorarla viva. Trató de desviar los ojos de él, trató de calmarse, pero no pudo; la excitación corría por sus venas. Él estaba allí, y el juego había empezado de verdad.

-Niema- Habían llegado hasta ella. Eran tan altos que sus hombros no dejaban ver el resto de la sala, aunque ella llevaba tacones. Ronsard le tomó la mano y depositó un breve beso en los nudillo-. Querida, le presento al señor Smith, que me ha suplicado que le hiciera los honores. Señor Smith, Niema Jamieson.

-Niema- John pronunció su nombre como si lo paladeara.

-Señor.....señor Smith- Niema apenas podía hablar. La garganta se la había bloqueado inexplicablemente. Lanzó una rápida mirada de impotencia a Ronsard, que no parecía en absoluto complacido por su reacción. Ni siquiera ella misma lograba entenderlo. Sabía que estaba representando perfectamente su papel de acuerdo con los planes de John, pero es que... no estaba fingiendo.

-Joseph- dijo John.

-¿ P... perdón?

-Me llamo Joseph.

-¿Joseph ….Joseph Smith?- Niema parpadeó, tratando de reprimir un repentino acceso de risa. Al menos, no había elegido el nombre de algún papa- Es usted americano.

-Así es- Se las había arreglado para cogerle la mano con dedos firmes y fuertes- Baile conmigo-. Era más una orden que una invitación.

Ella lanzó otra mirada de impotencia a Ronsard, pero este se encontraba detrás y John ya la arrastraba a la pista. No sólo le puso una mano en la espalda, sino que además le pasó el brazo por la cintura y la estrechó contra sí, sujetándola a su cuerpo. Con la mano que le quedaba libre apretó la de Niema y la sostuvo contra su pecho. Acto seguido comenzó a moverse en un ritmo suave que ella no tuvo más remedio que seguir.

Acercó la cabeza a la de Niema.

-Me he enamorado de usted a primera vista- murmuró.

-¿Ah, sí?- Tembló ligeramente al tiempo que procuraba contener de nuevo las ganas de echarse a reír-. ¿Joseph Smith?.

Escondió la cabeza contra el hombro de John para ocultar su expresión. Estaba aburrida de charlar con gente con la que no tenía nada en común, pero ahora notaba la energía fluir por todas las células de su cuerpo.

-Joseph Temple, en realidad. Le he dicho a Ronsard que me presentara como el señor Smith.

-Temple- repitió Niema, grabando el nombre a fuego en su cerebro. Lo único que podía hacer era equivocarse y llamarle John.

-¿Dónde está tu habitación?

-En el ala este. Se llama la habitación Jardín, y tiene su propia terraza privada- Había contado las puertas, así que pudo decirle exactamente cómo llegar hasta allí-. Sube la escalera y toma el pasillo de la derecha. Pasa diez puertas, giras a la izquierda, y es la tercera puerta situada a la derecha.

-Deja abiertas las puertas de la terraza.

-¿Por qué? Las cerraduras no significan nada para ti.

John apretó el brazo con que rodeaba la cintura de Niema a modo de castigo por la bromita. La estrechaba tan pegada a él que l estaba aplastando los pechos. Niema sintió el calor de su cuerpo filtrarse a través de las capas de ropa que les separaban y notó cómo la envolvía el aroma de John, masculino y caliente, con un sutil toque de colonia.

-Me estás apretando demasiado- le dijo, sintiéndose poco a poco invadida por el pánico, porque el placer que experimentaba distaba mucho de ser inofensivo. Le empujó en el pecho con las mano, no con la fuerza suficiente como para que lo notase nadie, pero sí lo bastante para separar el cuerpo un par de centímetros.

John simplemente volvió a atraerla hacia sí, con una fuerza en los brazos que la venció sin el menor esfuerzo.

-Estoy enamorado de ti, ¿no te acuerdas? Y tú estás perdidamente fascinada por mí.

¿Cómo lo sabía? Aquella pregunta le royó el cerebro durante una fracción de segundo antes de que recordarse la estratagema que estaban llevando a cabo.

El ritmo del baile les había llevado hasta las proximidades de las puertas abiertas. John describió un amplio giro y Niema se encontró en el patio. La noche era templada, pero de todos modos más fresca, y mucho más despejada, que el aire del interior del salón, con tanta gente apiñada en un único espacio. Había varias personas sentadas a las pequeñas mesas distribuidas por el patio, conversando y riendo, pero el nivel de ruido era sensiblemente más bajo.

John dejó de bailar y guió a Niema hacia el jardín. El aire se llenó de un dulce y picante olor a rosas. La fina grava crujía bajo sus pies mientras paseaban un poco por uno de los senderos. Aunque toda la zona estaba demasiado bien iluminada para que hubiera oscuridad total, al menos el jardín ofrecía cierta ilusión de intimidad.

-Aquí está bien- dijo John, deteniéndose y volviéndose para mirar a Niema de frente-. Todavía puede vernos- Antes de que a ella pudiera ocurrírsele lo que iba a hacer, John le tomó la cara entre las manos y la besó.

Automáticamente, levantó las manos y las cerró sobre las muñecas de él. Su respiración se interrumpió a lo largo de dos latidos del corazón, y sintió que se le doblaba las rodillas. Tuvo la sensación de que él la estaba sosteniendo tan sólo con las manos en su cara, aunque la presión que ejercía era demasiado leve para algo así.

El beso fue ligero al principio, como un suave sondeo, como una exploración. Niema permaneció inmóvil, deslumbrada por el placer de aquella simple caricia, y entonces la devolvió con suavidad. Él inclinó la cabeza un poco más y ahondó el beso, explorando su boca con la lengua. En ese momento algo explotó dentro de ella, y se dejó caer hacia él. John apartó las manos de su cara y la envolvió en sus brazos más fuerte que antes, más

cerca, tan cerca que ella se sintió soldada a él desde el pecho hasta los muslos.

Su boca era arrolladora, devoradora. La besó como no debía besarla, intensamente, de la forma en que un hombre besa a una mujer justo antes de tumbarla de espaldas y deslizarse entre sus piernas. Y ella aceptó aquellos besos, los paladeó, se los devolvió. Su lengua jugó con la de él, sus brazos se alzaron para entrelazarse con fuerza alrededor de su cuello. Su cuerpo se pegó al de John, y entonces descubrió que estaba duro como una roca, sintió su erección presionando contra su estómago.

Aquel descubrimiento la aturdió de tal forma que se desembarazó violentamente de sus brazos y retrocedió tambaleante. John la sujetó de un brazo para sostenerla, e inmediatamente soltó la mano y la dejó caer a un costado. Se miraron de frente el uno al otro rodeados por los aromas del jardín, por aquella tenue luz que no era lo bastante tenue. Niema captó la expresión fría y firme de sus ojos, y entonces sintió otra punzada en el estómago al comprender. Aquellos besos habían hecho que se tambalearan sus cimientos, pero John, a pesar de la reacción automática de su cuerpo, sólo estaba haciendo su trabajo. Estaba trabajando. Fingiendo estar enamorado.

Y Ronsard les observaba a los dos, sopesando lo que acababa de ocurrir. Niema tragó saliva, intentando decidir qué debería hacer. ¿Dar a John - a Temple- una bofetada? Había participado con gran entusiasmo, y Niema Jamieson no era una hipócrita.

Al cuerno con Niema Jamieson; en ese preciso momento estaba demasiado destrozada para representar un papel. Tomó contacto con la persona que era en realidad. Niema Burdock, y encontró que las dos mujeres se parecían mucho. ¿Había planeado John todo aquello deliberadamente, hacer que la historia de Niema Jamieson fuera cercana a la suya de verdad que en el fondo se estaba interpretando a sí misma?

Pero fue Niema Burdock quien recobró su dignidad, dio media vuelta, y se marchó en silencio. Sin histerismos. Regresó por el mismo camino en dirección al patio y vio que Ronsard estaba en efecto de pie junto a las puertas del salón, observándoles. Con la brillante luz que tenía a la espalda, Niema no pudo distinguir la expresión e su cara, pero se hizo fuerte y se dirigió hacia él.

Estaba callado mirándola. Niema le miró a los ojos, estremeciéndose interiormente por la escéptica desilusión que sabía que iba a encontrar en ellos, pero en vez de eso lo único que vio fue preocupación. Le temblaron los labios, y de repente las lágrimas le nublaron la vista.

-Oh, Dios- susurró- ¿ Cómo?

Ronsard extendió una brazo hacia ella y Niema lo tomó, y él volvió a llevarla adentro como si nada hubiera pasado. No daba la sensación e apresurarse, sin embargo su movimiento a través el atestado salón fue misericordiosamente rápido. Niema hundió los dedos en su brazo, en busca de apoyo. Le temblaban las piernas, le temblaba todo el cuerpo, el temblor hacía que incluso le vibrasen los músculos.

Se había dispuesto un suntuoso bufé en otra habitación, con mesas para aquellos invitados que desearan comer allí, o bien podían llevarse el plato al patio de la piscina. Ronsard la acomodó junto a una mesa vacía y se acercó al bufé, donde llenó dos platos y regresó con ellos. A un señal suya, apareció un camarero con dos copas de champán.

-Ya he notado antes que no estabas bebiendo- dijo. Pruébalo; mi champán es infinitamente superior a esa aguachirle que sirve el primer ministro. Además -esbozó una sonrisa ladeada-, necesitas un relajante.

Niema se bebió el champán y comió las fresas de su plato. Ronsard la convenció para que probase también el delicioso paté, aunque su garganta amenazaba con cerrarse.

-Veo que he sido demasiado caballeroso- dijo, con la diversión impresa en su tono de voz y en sus ojos-. Debería simplemente haberte abrazado y besado, haberte abrumado con mi magnetismo animal. Pero en realidad, querida, ese no es mi estilo.

-Yo....Yo creía que tampoco el mío.- Apenas podía hablar.

-Nunca se puede predecir la química, aunque no sé por qué siempre la subestimamos- Le acarició la mano- Y ahora voy a hacer algo que nunca he creído que haría. Estoy tan sorprendido de mí mismo que es posible que no me recupere jamás.

-¿Qué?

El humor de Ronsard ejerció un efecto sedante sobre ella. Así que había reaccionado a la actitud de John con tremenda intensidad...., que era precisamente lo que se suponía que debía hacer. Aquello formaba parte del plan. John no sabría, no podía saber que no había nada deliberado en su reacción, que durante breves instantes de ardor ella se había perdido en el placer físico al que venía tratando de resistirse desde el mismo momento en que Medina reapareció en su vida.

-El señor Smith...

-Me ha revelado su verdadero nombre- le interrumpió Niema, frotándose la frente entre las cejas, en parte para ocultar su expresión y en parte porque la tensión estaba empezando a provocarle un ligero dolor de cabeza.

-Entonces....sabrás que no emplearía un seudónimo si no hubiera una buena causa. No es ninguna celebridad, querida; más bien todo lo contrario. Todos los organismos que intentan hacer cumplir la ley en todo el mundo estarían encantados de tenerle bajo custodia.

Niema se le quedó mirando mientras fingía asimilar aquella información.

-¿Es.... es un terrorista? - preguntó con un hilo de voz.

Ronsard dejó que el silencio respondiera por él.

Niema bebió más champán, pero eso no logró aflojar el nudo que tenía en el garganta.

-Es el único hombre al que he besado desde que murió mi marido.....

Cinco años. Cinco años desde que murió Dallas, y no había sido capaz de experimentar ni el menor asomo de reacción a ninguno de los agradables hombres con los que se había visto ocasionalmente. No había podido

permitirles que la besaran, no porque lo considerase una traición, sino porque no le había parecido justo para ellos fingir siquiera ese poco. La línea que separaba el fingimiento de la realidad volvía a ser borrosa, ahora que era Niema Bordock la que hablaba, la que intentaba abrirse paso a través de lo que le había sucedido en brazos de John Medina.

-No puedo quedarme aquí- dijo, poniéndose en pie de un salto- Me voy a mi habitación. Louis….

-Entiendo- Él también se levantó, con la preocupación dibujada en su bello rostro-. No puedo decirte lo que debes hacer, querida; la decisión has de tomarla tú. Pero tómala con todos los datos en tu poder, y con independencia de cuál sea la respuesta, yo siempre guardaré tu amistad como un tesoro.

Dios, ¿cómo podía ser tan amable en tantos aspectos, y sin embargo ser quien era?. El rompecabezas de Louis Ronsard no estaba más cerca de ser resuelto que el día en que le conoció. Pero a pesar de toda la intensidad de su personalidad, Niema estaba perdiendo la concentración; le ocurría desde el momento en que le vio caminar hacia ella con John a su lado.

Buscó a ciegas su mano y se la apretó con fuerza.

- Gracias- le dijo, y salió huyendo.

CAPÍTULO 19

Eran las tres de la madrugada cuando Niema vio que se agitaban las cortinas de las puertas de la terraza. Estaba tumbada en la oscuridad, sin poder dormir, aguardando a que apareciera John. No oyó nada; sólo hubo aquella leve agitación que señaló su llegada, y después su silueta negra recortada contra la mortecina luz que atravesaba el cristal que tenía a la espalda.

Se incorporó y se ciñó el albornoz, el más sustancial que tenía, alrededor del cuerpo. La habitación estaba a oscuras y él no podía verla mejor de lo que ella le veía a él, pero tuvo la sensación de necesitar toda la protección que pudiera juntar. Él cruzó la habitación con fantasmal sigilo y precisión, acercándose a la alta cama de cuatro pilares. Se inclinó sobre ella y le acercó la boca al oído.

-¿Has barrido la habitación?

-La registré al llegar aquí- susurró Niema-. Imaginé que si había algún micrófono, formaría parte del sistema de seguridad, más que ser un apaño provisional. Está limpia.

-La mía, no.

-¿Permanente o provisional?

-Permanente. Ronsard quiere tener vigilado a todo el que mete en esa habitación. Es probable que también haya puesto micrófonos en otras habitaciones de invitados, y él decide a quién alojar en ellas.

El colchón se hundió cuando se sentó en el borde de la cama. Niema experimentó un breve ataque de pánico que luchó por reprimirlo. Al fin y al cabo, no tenía sentido que él quisiera besarla en ese momento, cuando no había nadie mirando alrededor.

-¿Estás tranquila respecto a lo que ocurrió antes?- le preguntó con un poco de preocupación en la voz-. Parecías aturdida. Creía que habías entendido el plan.

-Supongo que no lo entendí del todo- logró decir Niema, y se esforzó por mantener el tono sereno-. Pero no pasa nada; puedo hacerme cargo.- Su rostro era una mancha clara y borrosa en la oscuridad, pero aun así, ahora que tenía a John tan cerca, distinguía sus facciones y notaba el calor de su pierna a través de la ropa de cama, su muslo presionando contra la cadera de ella.

-Resultó ser la reacción perfecta. Interpretaste tu papel a la perfección.

Sólo que no había interpretado nada. Niema se las había arreglado para conservar la presencia de ánimo, pero no había fingido. La vehemencia de su reacción hacia John había sido real, y eso era lo que la asustaba. Sin embargo, mientras él creyera que su azoramiento se debía sólo a la sorpresa, no se sentiría al descubierto.

-No pasa nada- repitió y cambió de tema, algo desesperada- ¿ Cuál es el plan para mañana?

-Ronsard y yo vamos a hablar de negocios. Si tengo suerte, será en su despacho. Si no, tendré que encontrarlo de algún modo.

-Yo puedo decirte dónde se encuentra más o menos. Está en el ala oeste, en la planta baja. Y tiene una secretaria Cara Smith, así que puede que ella esté en la oficina aunque no esté él.

-En ese caso, tendré que seguirles las pista a los dos. Ya pensaré en alguna forma de tenerles ocupados. Mañana buscaré la oficina, revisaré el sistema de seguridad, y entraremos mañana por la noche. Tú colocas el micrófono, yo copio los archivos, y salimos sin que nadie se dé cuenta.

Si todo salía conforme al plan, claro. Podía suceder cualquier cosa, como Niema ya había comprobado sobradamente.

-Te he traído un regalito-. Hubo un leve roce de tejidos, y luego Niema sintió el tacto del metal, tibio por el calor del cuerpo de John, contra su mano. Cerró automáticamente los dedos alrededor de la empuñadura de la pistola-. Es una DIG de calibre 0,380, más pequeña que el arma con la que practicaste, pero eso significa que resulta más fácil de esconder.

-La ocultaré en mi corpiño- dijo Niema secamente, porque el arma todavía pesaba más de medio kilo y medía por lo menos quince centímetros. Hasta que tuvo la pistola en la mano no fue consciente de una molesta e inapreciable sensación de alarma, pero ahora notó que se relajaba algo en su interior. Jamás en su vida había portado una arma, ni siquiera en Irán, pues eso habría delatado su disfraz; ¿cómo se había acostumbrado tan rápidamente a ir armada?

John rió en voz baja.

-Ésa es mi niña- En su tono se percibía una cálida aprobación. Le palmeó el muslo-. Te veré dentro de una horas. ¿Qué vas a hacer mañana? ¿A qué hora te levantas?.

-Dormir todo lo que pueda.- Como esa noche no había dormido nada todavía, imaginaba que lo necesitaría-. Pero más allá de eso, aún no tengo planes.

-Entonces reúnete conmigo para el almuerzo.

-¿Dónde?

-En el patio de la piscina, a la una en punto.

-¿Hay alguna razón para elegir ese sitio particular?- Tenía que haberla; John nunca hacía nada sin una razón.

-Verte, darme un baño, dejar que Ronsard vea la cicatriz que tengo en el hombro, un pequeño favor para que esté más tranquilo.

-Tú no tienes ninguna cicatriz en el hombro- dijo Neima automáticamente, y deseó no haberlo dicho, porque al hacerlo reveló lo mucho que se había fijado en él cuando se quitó la camiseta el día en que estuvieron haciendo ejercicio.

-No, pero Joseph Temple sí.

De modo que debía de llevar una cicatriz falsa, como parte del disfraz. Recordó que también tenía un aspecto distinto cuando se lo presentó Ronsard, pero no podría decir con exactitud dónde estaba la diferencia.

-¿Qué más has hecho? No eres el mismo.

-Me he cambiado ligeramente el nacimiento del pelo, me he hecho las cejas más rectas, y me he metido bolas de algodón en la boca para cambiar la forma de la mandíbula.

-¿Cuánto tiempo llevas elaborando la tapadera de Joseph Temple?

-Años. Al principio sólo era un nombre en un fichero, pero poco a poco fui extendiéndolo por ahí y añadí unos cuantos detalles descriptivos, una foto que no revelaba gran cosa. Pero bastó para que Ronsard comparase el nacimiento del pelo de uno y otro, como imagino que ha hecho.

-Pero ahora te hará una foto a ti- dijo Niema- Sabes que la hará, no puede dejar pasar una oportunidad como esta.

-No importa- Se puso de pie- Temple no existirá cuando salga de aquí.

Niema se preguntó cómo sería eso de construirse identidades como si fueran prendas de ropa que uno se pone encima para un rato y luego las tira a la basura. ¿Se iría dejando trozos de sí mismo por el camino? ¿Perdería un poquito de lo que era él en realidad cada vez que se convertía en otra persona?

Al tiempo que John se dirigía hacia la terraza, a Niema se lo ocurrió otra cosa:

-¿Cómo has subido hasta aquí?

-No he subido. He bajado por el tejado.- Y con aquellas palabras se deslizó por las puertas y desapareció.

Niema se levantó a cerrar las puertas de la terraza, y después volvió a la cama. Estaba tan cansada que se sentía dolorida, pero a pesar de su plan de dormir hasta muy tarde, no estaba segura de que pudiera hacerlo siquiera. Las veinticuatro horas siguientes eran cruciales, la razón por la que había aceptado participar en aquella complicada farsa. Tenía que mantener la mente cerrada en el trabajo, y no en John. Cuando todo aquello terminase y ella regresara a casa, y él volviera a desaparecer de su vida, entonces se permitiría pensar en él, porque ya no importaría…., se habría ido.

Cara Smith siempre disfrutaba de las fiestas en la casa de Louis. La encantaba vestirse de punta en blanco, adoraba el brillo, la sofisticación, el lujo. Era como algo sacado de un cuento de hadas, contemplar a hombres de smoquin llevar en volandas a mujeres enjoyadas alrededor de un pulida pista de baile. Como era tan alta, casi nunca llevaba zapatos de tacón, pero en aquellas elegantes ocasiones se ponía tacones de ocho centímetros, que la hacían sobresalir por encima de la cabeza de casi todo el mundo y situarse a la altura del propio Louis. Sus piernas parecían medir uno ochenta, una fantasía que ella alimentaba poniéndose vestido abiertos a un lado que dejaban ver una larga y estrecha franja de pierna al andar.

Pero aquello era para la noche. Durante el día continuaba con su trabajo de mantener actualizada la correspondencia de Louis, pagar facturas…. Siempre la sorprendía que los millonarios tuvieran facturas que

pagar, pero supuso que había cosas de las que resultaba imposible escapar. También tenía que atender los teléfonos e informar a Louis de cualquier negocio que surgiera, cualquier problema que requiriera su atención. Pero su horario se abreviaba, y la mayor parte de tiempo la pasaba jugando con los invitados. Nadaba en la piscina, jugaba al tenis y billar y escuchaba chismorreos. Nunca dejaba de asombrarse por los detalles íntimos y los secretos del gobierno que la gente soltaba en las fiestas, sobre todo a las rubias altas y de piernas largas, como si supusieran que ella no tenía un cerebro dentro de la cabeza, lo cual, por supuesto, era la razón por la que Louis le permitía jugar en vez de trabajar. Durante esas fiestas se había enterado de un montón de cosas interesantes.

Estaba fascinada por aquel tal Temple. Poco hombres podían compararse con Louis en cuanto a elegancia y aire de mundo. Pero él sí. Además, parecía tan endiabladamente tranquilo y contenido..... Era un hombre muy quieto, sus escasos gestos eran mínimos y controlados, su semblante apenas reflejaba una expresión. Con esa clase de control sobre su cuerpo, Cara apostaba a que era capaz de aguantar horas en la cama. Se imaginó siendo la mujer que fuera receptora de todo aquel control, y se estremeció de arriba abajo.

Por otra parte, Cara tenía mucha sagacidad para distinguir qué hombres se sentían atraídos por ella, y Temple no era el caso. Ella y otro puñado de personas, entre ellas Louis, le habían visto en el jardín seduciendo a la Jamieson. Se preguntó cómo podría Louis soportar aquello, teniendo en cuenta que había demostrado más atención a la señora Jamieson que a ninguna otra mujer que ella pudiera recordar, pero Louis era Louis, y una sola mujer no significaba tanto para él. Sabía a ciencia cierta que no había dormido solo la noche pasada, mientras que la señora Jamieson se había rajado y había abandonado la fiesta temprano para ir a refugiarse en su habitación. Si ella estuviera en el lugar de la señora Jamieson, no se habría rajado en absoluto; habría agarrado a aquel hombre por el nudo de la corbata y le habría sacado todo el jugo. Pero ella tenía el ojo puesto en otro hombre, como premio de consolación. Era rico, no era mal parecido, tenía no sé qué cargo en el departamento de defensa francés, o como diablos se llamara. El tipo tenía un montón de cosas interesantes que contarle. A juzgar por la forma en que su mujer se colgaba de él, tenía también algo interesante dentro de los pantalones. Ya le había pillado mirándola, de modo que se figuró que buscaría una manera de escaparse de su mujercita durante un rato.

No podía esperar. Llevaba sin tener sexo....Bueno, no se acordaba exactamente de cuánto tiempo, pero sabía que era demasiado. ¡Al diablo con Hossam y sus celos!¡ Había intentado ir apartándose poco a poco, dejarle con suavidad, pero es que él no se iba. No se había acostado con él, pero en interés de no armar gresca tampoco se había acostado con nadie más. No quería montar follón entre los hombres que formaban la guardia de seguridad de Louis, porque Louis no le daría las gracias por ello.

Jugó un partido de tenis a las nueve, y se presentó el señor Departamento de Defensa, solito. Cara flirteó descaradamente con él hasta que se percató de que un hombre alto y con bigote, que llevaba un traje y

gafas de sol, les observaba desde el patio oeste. Hossam. Maldita sea, si en aquel momento se llevaba a su ligue a la habitación, que era el único lugar seguro al que podía llevarle, Hossam lo sabría y probablemente causaría problemas. Louis se cabrearía mucho si uno de sus invitados resultaba asesinado por el celoso ex amante de su secretaría.

Furibunda, Cara terminó el partido y a continuación se disculpó y cruzó con paso airado la amplia extensión de césped que conducía al patio oeste. Lanzó la raqueta al aire en un gesto de rabia, deseando que le cayera a Hossam en la cabeza. ¡Pues no estaba acechándola! Había procurado ser amable y no pasarle por las narices que estaba cansada de él, pero su amabilidad no le había servido de nada. Era hora de tener unas palabritas.

Hossam estaba de pie con los brazos cruzados sobre el pecho, observándola imperturbable mientras ella se acercaba. Era un hombre grande, de alrededor de uno noventa de estatura; a ella le gustaba eso, porque no sólo era grande en altura, pero ahora deseó que tuviera un tamaño normal para poder darle un azote en el culo.

-Déjalo ya- rugió, situándose de pie frente a él y mirando furiosa a través de sus gafas de sol-. Se acabó. ¿Es que no lo entiendes?. Terminado. Kaput. Te lo diría en egipcio, pero no sé cómo se dice. Me lo he pasado muy bien, pero a otra cosa mariposa...

-Árabe- Su voz fue un ronco bramido que reverberó en aquel enorme pecho.

-¿Qué?

-Los egipcios hablamos árabe. No existe nada que se llame idioma egipcio.

-Muy bien, gracias por la lección.- Le apoyó un dedo en el pecho-. Deja de seguirme, de espiarme, déjame. No quiero causarte problemas, pero lo haré si no tengo más remedio, ¿me entiendes?

-Yo sólo quiero estar contigo.

Dios santo, pensó Cara con desesperación.

-¡Debes de tener la cabeza más dura que una piedra! ¡Yo no quiero estar contigo! Ya he visto tus trucos, y ahora quiero un mago nuevo. No vuelvas a molestarme.

Le empujó a un lado y entró en el edificio. Consiguió sonreír a las personas con las que se cruzó de camino a su habitación, que estaba situada en la tercera plante, mirando a la entrada para coches, pero por dentro iba echando humo. Si Hossam le echaba perder la mejor ocasión que había tenido nunca, le retorcería es gordo pescuezo con sus propias manos. Los hombres bastaban para hacer que una mujer pensara en meterse en un convento, se dijo furiosa. Quizá no necesitara otro amante en aquel preciso instante; quizá lo que necesitaba en realidad fuera que le examinaran la cabeza por pensar siquiera en ello.

Si volvía a pillar a Hossam observándola siguiera, se lo diría a Louis. Ya estaba bien.

Sin dar la impresión de ello, John estudiaba el sistema de seguridad mientras Ronsard abría la cerradura de la puerta de su despacho. Esta

funcionaba con un código numérico que se traducía en diferentes tonos, como un teléfono. Ronsard tuvo cuidado de situarse entre John y el panel de control para que su invitado no pudiera ver los números. John no siquiera intentó verlos; se volvió a medias, examinó el pasillo y se fijó en la luz parpadeante de la cámara que había instalada en el extremo más alejado del mismo. Se aseguró de que su movimiento quedara oculto al objetivo, deslizó la mano al interior de su chaqueta y puso en marcha una potente grabadora en miniatura que recogió los leves pitidos del código que iba pulsando Ronsard.

-Aquí no nos molestará nadie- dijo Ronsard-. Por favor, siéntese. ¿ Le apetece tomar algo? ¿ Café?

-No gracias.

Podría parecer paranoico, pero era realmente muy cauteloso a la hora de comer o de beber algo que le ofreciera otra persona. Un bufé no tenía peligro, si comía de él todo el mundo, pero cuando estaba realizando una misión siempre controlaba lo que ingería. Si tenía que aceptar una bebida, la depositaba sobre la mesa y en ningún momento volvía a cogerla. Era una regla sencilla, pero eficaz.

Miró a su alrededor. Había un ordenador sobre el escritorio de Ronsard, grande y antiguo, pero no se veía ninguna línea telefónica conectada a él, lo cual quería decir que era seguro. Si existían archivos que Ronsard no quería ver comprometidos, estarían en aquel ordenador. Vio otro sobre un escritorio estilo Luis XIV al otro lado de la habitación, y aquel sí estaba conectado a una línea telefónica, a una impresora, a un escáner, todo.

Sobre la mesa de Ronsard había también un pequeño monitor unido a un complejo panel de control, y desde donde John esta sentado veía justo lo bastante de la pantalla para distinguir que se trataba de la vigilancia del pasillo de fuera, de ese modo Ronsard sabía por adelantado quién se dirigía a su oficina. Probablemente habría una sala de control central dentro de aquel enorme edificio, pero tendría que averiguar si toda la casa estaba vigilada o no. Podía ser que, al igual que ocurría con los dispositivos de escucha, sólo estuvieran pinchadas algunas habitaciones. Al fin y al cabo, aquella parte de la propiedad era la que correspondía a los aposentos privados de Ronsard, y este seguramente no querría que sus empleados le vigilasen a él.

-¿Quién fabrica el compuesto?- preguntó, decidido por lo menos a preguntar. A veces, la gete soltaba sin más lo que él quería saber.

Ronsard le sonrió.

-Tengo un acuerdo con los...er.. los que lo desarrollaron. Ellos no utilizan a nadie más para distribuir el producto, y yo no revelo a nadie quiénes son. Una vez que sea conocido, como usted comprenderá, se verán asediados. Los oportunistas intentarían obtener la fórmula, tal vez recurriendo al secuestro y la tortura mientras tanto; quizás el gobierno intentase cerrarles el negocio, pero por lo menos se quedaría con la fabricación. Así son los gobiernos, ¿no?- Se sentó tras su escritorio-. Pensé que estaban actuando a mis espaldas. Tanto usted como Ernst Morrel

andaban preguntado por el compuesto; ¿qué otra cosa cabía pensar? Pero usted me ha tranquilizado.

-Me alegro.

La falta total de expresión en el tono de voz de John provocó una sonrisa en el rostro del traficante de armas.

-Ya veo. Bien, señor Temple, ¿qué le parece si cerramos el trato?. Tengo invitados, y usted querrá continuar persiguiendo a la señora Jamieson. Dígame... ¿Qué haría usted con una esposa, suponiendo que tenga éxito?.

-La mirada de John se afiló.

-Mantenerla a salvo.

-Ah. Pero ¿puede hacer eso?- Indicó los ordenadores que había en la oficina, concretamente la rápida y potente máquina que descansaba sobre la mesa de su secretaria-. Los ordenadores han hecho el mundo muy pequeño. Con el tiempo, un podrá averiguar cualquier cosa sobre cualquier persona. Ya casi es posible. Usted no podrá desaparecer como hace ahora.

-La información puede falsearse o borrarse. Si necesito un número de seguridad social o una tarjeta de crédito, uso el de otra persona.

-Sí, pero ¿y ella?. Ella no puede desaparecer, ya lo sabe. Tiene familia, amigos un hogar, cosas que hacer, y un número de la seguridad social, y esas tarjetas de crédito que usted desdeña. Conozco a esa dama lo bastante bien como para prometerle que se resistiría a utilizar una tarjeta de crédito robada.

John divertido, se dio cuenta de que Ronsard seguía advirtiéndole para que se alejara de Niema.

-Si ella no quiere aceptar lo que yo puedo darle, lo único que tiene que hacer es decir no. Secuestrar a una persona resulta demasiado arriesgado, y atrae demasiado la atención.

-Algo que usted desea evitar- concordó Ronsard- Pero si ella se fuera efectivamente con usted, ¿qué haría?.

John le miró en silencio, negándose a dejarse engatusar por la pregunta. Era un tema que no venía a cuento, naturalmente, pero Ronsard no lo sabía. Que pensara que Temple era el cabrón más misterioso que había conocido nunca, y mejor que la cosa quedara así.

Empleaba una táctica de bloqueo a cada intento que hacía Ronsard por hablar de Niema, aunque en realidad el tipo estaba empezando a gustarle. Había algo a la vez absurdo y conmovedor en el hecho de que alguien tan despiadado como Louis Ronsard mostrase aquella consideración por una amiga. Niema se lo había ganado también, pensó John igual que se ganó a Hadi y a Sayyed, y a él mismo, en Irán. La situación era casi graciosa. Debería poder expresar un interés por Niema, y ella corresponderle, y habría sido eso; una aventura que prosperara rápidamente. Pero, en lugar de eso, Niema estaba sobresaltada, Ronsard se mostraba protector y él se veía obligado a perseguir una objetivo más bien reacio.

Por supuesto, a nadie se le ocurriría jamás que aquello formaba parte de ningún plan. Simplemente era demasiado poco pausible, como un

culebrón televisivo. Quizá fuera esa la razón por la que al parecer estaba funcionado tan bien.

Media hora más tarde, una vez concluida la negociación- cantidad de explosivos necesaria, cuándo, cómo se haría la entrega, cuánto iba a costarle-, John fue a su habitación y se cambió de ropa para ponerse el traje de baño. Vio que habían vuelto a registrar el dormitorio; no sabía qué era lo que esperaban encontrar y que no habían encontrado la primera vez. El hecho de que no hubieran encontrado nada probablemente molestaría un poco a Ronsard. Naturalmente, estaban buscando en el sitio equivocado. Desde que adquirió las pistolas la noche pasada, después de llegar allí, había dado una a Niema, había escondido otra con cinta adhesiva bajo una de las enormes mesas del pasillo, frente a su habitación, y se había atado la tercera al tobillo. Sin embargo, debería guardar esta última en un lugar seguro mientras se fuera a nadar. Sonriendo, metió la pistola y la diminuta grabadora debajo del colchón. Las doncellas ya habían entrado a limpiar y la habitación ya había sido registrada.....dos veces. El sitio más obvio del mundo era ahora el sitio donde era menos probable que miraran.

Se enfundó una camiseta y un pantalón por encima del bañador y bajó al patio de la piscina. Hacía un día caluroso y soleado, pero todavía era relativamente temprano. Las señoras no querían estropearse el peinado tan cerca de la hora del almuerzo, de modo que tomaban el sol en vez de bañarse, y la piscina no estaba abarrotada de gente.

En lugar de dejar la ropa en el enorme vestuario, se sacó la camiseta por el cabeza y la dejó sobre una tumbona, luego se quitó los pantalones e hizo lo mismo con ellos. No llevaba nada en el bolsillo excepto la llave de su habitación, pero si al dejar su ropa a la vista de todos frustraba el deseo de alguien que pretendiera hurgar en sus bolsillos, tanto mejor.

Se lanzó a la piscina en una zambullida horizontal y poco profunda y comenzó a hacer largos, dando brazadas sin esfuerzo alguno. Se encontraba tan a gusto en el agua como en la tierra, cortesía de su entrenamiento DBA/S. Nadar en una piscina era un juego de niños, después de haber nadado millas en el océano. Era una amabilidad por parte de Ronsard, pensó, proporcionarle un medio de mantener su forma física. Probablemente en aquel lugar también habría una sala de musculación, pero dudaba de que fuera a tener tiempo de usarla.

Lo único malo de nadar en público era que al cabo de un rato la gente empezaba a darse cuenta. No había muchas personas que fueran capaces de nadar sin interrupción tanto tiempo seguido, aunque sólo llevaba media hora. Podría haber continuado, practicando un estilo u otro, durante varias horas, pero no era sensato atraer esa clase de atención. La gente de la piscina ya le estaba mirando, y estaba bastante seguro de que una mujer había ido contando los largos.

Se izó a sí mismo para salir del agua, tomó una toalla del montón que Ronsard había dispuesto para sus huéspedes y que se renovaba constantemente, y se la pasó someramente por el torso. Aunque todavía no era la una de la tarde, vio a Niema acercarse a él. Iba vestida de manera informal, con pantalones sueltos de lino natural atados con un cordón y una camiseta azul de tirantes, más una camisa de gasa blanca suelta por encima

de la camiseta. Se había recogido su gruesa melena hacia atrás y la llevaba sujeta con una pinza de plata en la nuca. Sus oscuros ojos se veían enorme y luminosos.

Hizo una leve pausa al verle, como si no hubiera sabido que estaba allí. Él permaneció quieto, mirándola fijamente, y entonces levantó una mano y le hizo una seña para que se acercase.

Niema titubeó unos instantes antes de obedecer, justo lo suficiente para que John comenzara a preguntarse si no iría a hacer algo totalmente inesperado, como dar media vuelta y marcharse, lo cual supondría llevar un poco demasiado lejos lo de fingirse reacia y podría hacer que su inverosímil protector saltara a la acción.

Pero Niema empezó a caminar lentamente hacia él, y John se ató la toalla a la cintura para ocultar la reacción de su cuerpo mientras aguardaba a que llegara a su encuentro.

CAPITULO 20

Niema tropezó al acercarse a John y dejó resbalar las gafas de sol delante de los ojos para que él no le viera la expresión. Santo cielo, aquel hombre debería vestirse antes de que ella sufriera un ataque al corazón. Absorbió con glotonería las fuertes líneas de su torso, los definidos músculos de sus brazos y de sus hombros, las elevaciones de su abdomen. Aquellas piernas eran las más poderosas que había visto nunca, de músculos largos y nervudos que mostraban que hacía de todo, correr y nadar, y también ejercitar su fuerza.

Todavía le brillaban gotitas de agua en los hombros y en el vello del pecho. Apenas se había secado el pelo con la toalla, y se pasó la mano por él para darle una mínima apariencia de orden. Lucía un aspecto salvaje y peligroso, y Niema se sintió desfallecer por la necesidad de tocarle. Él se envolvió la toalla alrededor de la cintura y permaneció de pie como un poste, aguardando a que ella llegara a su altura. Por lo menos, la toalla ocultaba parte de aquellas piernas. ¿Cómo podía parecer tan delgado cuando iba vestido, teniendo aquellos músculos?

Entonces llegó hasta él, y una minúscula sonrisa curvó su dura boca, una boca que parecía no haber sonreído nunca y que sin embargo hacía ese esfuerzo por ella. Aquel era Temple, pensó Niema, no John. John sonreía y reía. Cuando era él mismo, era un hombre inexpresivo, a no ser que estuviera interpretando otro papel, a no ser que llevara tanto tiempo siendo otra persona que incluso John Medina fuera ya un papel más.

-Por un instante he creído que ibas a darte la vuelta y echar a correr -dijo en voz baja-. No te muestres tan renuente.

-Sé perfectamente lo que tengo que hacer. -Se sentó en la silla que él le ofreció, sin importarle si parecía irritable. Estaba irritable. No había dormido gran cosa, y tenía los nervios de punta.

John permaneció de pie detrás de ella, mirando hacia abajo, y Niema notó su quietud. Entonces John introdujo la mano por debajo de su camisa abierta y le acarició ligeramente el hombro desnudo en un movimiento lento y absorto, como si no pudiera soportar que transcurriera un segundo más sin tocarla. Tan sólo los estrechos tirantes de la camiseta le obstaculizaban el paso, y lo mismo habría dado que no estuvieran allí. Niema se estremeció al sentir aquella mano tibia que se movía sobre ella, empujando la camisa justo lo suficiente para poder acariciar el hombro y también el brazo. Era la caricia más contenida y sensual que había experimentado nunca, y todo su cuerpo reaccionó, los pezones se le endurecieron, el vientre se le tensó.

Entonces, John volvió a colocar con suavidad la camisa sobre el hombro y se separó para coger la silla que había enfrente de Niema. Cuando le dio la espalda, esta vio la delgada cicatriz de diez centímetros en la paletilla del hombro izquierdo. Aun sabiendo que no era de verdad, no pudo imaginar cómo la había confeccionado. Parecía absolutamente auténtica.

John se sentó frente a ella, y Niema parpadeó atónita al ver el pequeño diamante que llevaba embutido en el lóbulo de la oreja izquierda. No tenía la oreja perforada; habría reparado en una cosa así. Y la noche anterior no llevaba ningún pendiente. Bueno, si la cicatriz era falsa, también podía serlo el agujero en la oreja; probablemente llevaba el diamante pegado. Y el nacimiento del pelo parecía real. Todas aquellas pequeñas características eran falsas; si se las quitaba, jamás le identificarían con Joseph Temple, a pesar de tener la misma cara. Mientras no hubiera huellas dentales que los relacionaran a ambos o muestras de ADN que comparar, era imposible identificarle.

Un camarero de pantalón corto negro y camisa blanca se les acercó.

-¿Puedo servirles algo del bar?

-Nos gustaría pedir el almuerzo -dijo John en perfecto francés.

-Por supuesto, señor.

Pidió pastelitos de hojaldre rellenos de pollo con crema de aperitivo, sopa de patata, y después una bandeja de queso y fruta. Agradecida de no tener que engullir una comida completa, incluido un plato de carne, Niema paseó la vista por el patio bellamente acondicionado. Cada vez iba llegando más gente, a medida que otras personas escogían almorzar junto a la piscina en vez de en el interior del edificio. Los murmullos de las conversaciones, aderezados con salpicaduras de agua, risas y el entrechocar de cubiertos, hacían que pareciera razonable que ambos estuvieran juntos sentados a la pequeña mesa.

John ajustó la sombrilla de modo que protegiera a Niema del sol y al mismo tiempo bloqueara parcialmente el ángulo de visión de cualquiera que les mirase desde la casa. Antes de sentarse, rescató su camisa de la tumbona y se la puso por la cabeza. Niema estuvo a punto de soltar un gemido de desilusión al ver desaparecer aquellos pectorales y abdominales, pero admitió para sí que por lo menos a partir de aquel momento podría concentrarse mejor.

-He estado en la oficina de Ronsard -dijo John, bajando el tono de voz de forma que sólo pudiera oírle ella-. Tengo el código de la puerta y he echado un buen vistazo a su sistema de seguridad. ¿Qué tenemos programado para esta noche?

-Todas las noches hay una fiesta de disfraces. Cena bufé y baile, igual que anoche.

-Bien. La gente andará moviéndose de un lado para otro, de modo que será difícil tenernos vigilados. Vamos a bailar todas las piezas.

-Con tacones altos, no. Me quedaría lisiada.

-Entonces no te los pongas.

Ella le dirigió una mirada torva, aunque naturalmente él no pudo distinguirla, puesto que aún llevaba puestas las gafas de sol.

-Fuiste tú quien me proporcionó el guardarropa. Los únicos zapatos adecuados que tengo son de tacón alto.

-Está bien, bailaremos unas pocas piezas. -Parecía estar en peligro de sonreír de nuevo-. Voy a hacer que resulte muy obvio que estamos juntos realizando una serie de movimientos fuertes contigo, así que no te asustes.

-¿Por qué eso de los movimientos fuertes? -Se le había secado la garganta. Ojalá el camarero se diese prisa en traer el agua mineral que había pedido John.

-Porque si alguien se da cuenta de que nos vamos juntos, simplemente pensará que estamos buscando un lugar más íntimo... como tu habitación.

Pero en vez de eso, se pondrán a mirar archivos.

-¿Y qué pasa con Ronsard? ¿Y Cara?

-Yo me encargaré de ella. Lo de Ronsard es un poco más complicado. Es posible que tengamos que arriesgarnos y esperar que él también esté demasiado ocupado para ir a su despacho. -Calló por un instante-. Aquí viene el camarero. -Se inclinó hacia adelante y cogió la mano de Niema para acariciarle el dorso con el pulgar-. Ven a pasear conmigo cuando terminemos de comer -estaba murmurando cuando el camarero depositó sobre la mesa las copas de cristal llenas de agua.

Niema se reclinó hacia atrás y cogió una de las copas, al tiempo que enviaba una temblorosa sonrisa en dirección al camarero.

-¿Cuánto tiempo necesitas para colocar el micrófono? -le preguntó John cuando volvieron a quedarse a solas.

-Me gustaría disponer de media hora. -Probablemente podría hacerlo en menos tiempo, pero quería tener mucho cuidado esta vez, porque iba a tener que entrar en el cableado de los muros y no quería dejar marcas que la delataran-. ¿Y los archivos del ordenador? ¿Cuánto tiempo llevará eso?

-Depende -contestó John, muy aclaratorio.

-Muchas gracias por la información.

Él reprimió otra sonrisa.

-No sé qué sistema emplea Ronsard, si está protegido por una contraseña o va encriptado, aunque me sorprendería que no utilizase por lo menos una contraseña. Tengo que encontrar la contraseña...

-¿Y cómo demonios vas a hacerlo?

-La gente suele apuntarla en algo que tenga a mano. O bien suele ser algo obvio, como el nombre de la madre, o el de un hijo...

-Ronsard tiene una hija -dijo Niema-. Se llama Laure.

-¿Una hija? Eso no figuraba en nuestros datos -murmuró John.

-Está inválida. Él la adora, y es muy protector con ella. Por razones de seguridad, son muy pocas las personas que saben que existe. Está muy enferma, y puede que no viva mucho. -Se le formó un nudo en la garganta al recordar el esquelético rostro de Laure, con aquellos ojos de color azul oscuro tan parecidos a los de su padre y aquel genio práctico y travieso.

-En ese caso, se tomaría muy en serio cualquier incidente que la afectase a ella -musitó John.

Niema se irguió en su asiento y se quitó las gafas de sol para que John pudiera ver bien lo furiosa que estaba.

-No te atreverás -dijo con los dientes apretados-. Si mezclas a la niña, yo... yo... -No se le ocurría nada que fuera lo bastante malo, pero sus ojos prometían una severa retribución.

-Haré lo que sea necesario -replicó John con suavidad-. Ya lo sabes. No pongo límites a lo que estoy dispuesto a hacer para llevar a cabo una misión.

-Sí, eso he oído de ti. -Lo dijo en el mismo tono suave que él, sintiendo la rabia hervirle en las venas, de forma tan repentina que la pilló con la guardia baja-. Dicen que incluso mataste a tu mujer, así que ¿por qué iba a preocuparte el hecho de fastidiar a una niña?

Se hizo un pesado silencio entre los dos. El rostro de John estaba totalmente carente de expresión, y sus ojos se veían tan fríos y vacíos que parecían los de un muerto.

-Se llamaba Venetia -dijo por fin, con un hilo de voz-. ¿Por qué no me preguntas si en efecto lo hice? ¿Cómo crees que sucedió? ¿Le disparé, o le rompí el cuello, o le corté la garganta? A lo mejor simplemente la tiré por la ventana desde un treintavo piso. He oído todas esas cosas. ¿Cuál crees tú que es la más probable?

Niema no podía respirar. Su intención había sido hacerle daño, decir algo que dejara impresión en él, y era evidente que lo había logrado en mayor medida de lo que había esperado. Ella nunca se había creído aquellas absurdas historias, en realidad ni siquiera se había creído que hubiera estado casado. Saber que sí lo había estado, saber que su mujer se llamaba Venetia y que había existido, de pronto la hizo pensar que aquellas historias podían ser ciertas.

-¿Lo hiciste? -logró decir, apenas capaz de articular las palabras con el nudo que tenía en la garganta-. ¿La mataste?

-Sí -contestó él, y se recostó en la silla al tiempo que se acercaba el camarero con la comida.

Niema paseó con él por el exuberante y cuidado césped. No había tenido oportunidad para recuperarse, para formularle más preguntas, después de que él dejó caer aquella bomba durante el almuerzo.En primer lugar, el camarero se había quedado allí, sirviendo los platos, rellenando las copas de agua, preguntándoles si necesitaban algo más, y cuando se marchó, Ronsard pasó «casualmente» por allí y se sentó a charlar un rato.

Niema apenas había podido conversar; vemente a las preguntas de Ronsard, pero tenía los labios entumecidos y buscó refugio en su copa de agua. Recordaba haber tomado algunos bocados de la comida, pero no tenía idea de a qué le habían sabido.

Terminado el almuerzo, John se puso el pantalón encima del bañador ya seco, la cogió de la mano y la condujo fuera de allí. El fuerte sol le dio de lleno, un tibio regalo para contrarrestar el frío que le helaba la piel. Se sentía como si se le estuviera rompiendo el corazón. La inocencia constituía una muralla invisible, que la mantenía a una a salvo y la hacía olvidar algunas cosas que eran demasiado horribles para tenerlas en cuenta. Pero ya no tenía esa inocencia, ese olvido; era consciente del dolor, del horror, del coste. ¿Cómo sería para él, que lo había experimentado en sus propias carnes?

-John, lo siento mucho -susurró.

Vio que él se sorprendía. Era obvio que había esperado que ella sintiera repugnancia por lo que él era, por lo que había hecho, que tal vez incluso estuviera un tanto asustada. Niema buscó las palabras adecuadas.

-No era mi intención herirte. Nunca he creído esas historias, de lo contrario no habría sacado el tema a colación.

-¿Herirme? -Parecía casi falto de interés. Niema no podía verle los ojos detrás de las gafas de sol, y sintió deseos de arrancárselas de la cara-. La verdad es la verdad.

La mano de John era fuerte y caliente, alrededor de la suya, pero la fuerza de sus dedos era controlada, para no hacerle daño. Niema se dio cuenta de que John nunca le había hecho daño. Incluso cuando se enfrentó a su desconfianza y su hostilidad en Irán, cuidó de ella, le salvó la vida, la estrechó en sus brazos mientras ella lloraba.

-A veces la verdad es la verdad, pero a veces es otra cosa. ¿Qué ocurrió en realidad? ¿Era una agente doble, como he oído decir? -John emitió un sonido que no le comprometía a nada. Cada vez más exasperada, Niema le apretó la mano-. Dímelo.

Él se detuvo y se volvió para mirarla de frente.

-¿Y sino lo era?

-Y si no, nada. Sólo dímelo.

Por unos instantes, creyó que John no iba a decirle nada. Entonces se encogió de hombros y contestó:

-Sí, era una agente doble. Lo hacía por dinero. No había ninguna circunstancia atenuante; no tenía familia en la Unión Soviética ni en la Alemania del Este que estuviera siendo amenazada. Toda su familia se encontraba en los Estados Unidos, y no tenía nada que ver. Simplemente quería el dinero.

De modo que no había ninguna excusa que pudiera dar a su mujer; había tenido qué hacer frente al hecho cierto de que ella era, simplemente, una traidora.

Aquello habría sido devastador casi para cualquier persona; ¿qué habría sido para él, después de haber dedicado toda su vida al servicio de su país?

-¿Cómo lo descubriste?

John reanudó el paseo.

-No hubo ningún espectacular momento de la verdad, sino muchos detalles pequeños que empezaron a acumularse y hacerme sospechar. Le tendí una trampa, y ella cayó de lleno.

-¿No sabía que tú sospechabas?

-Claro que sí. Era muy buena. Pero le puse un cebo al que no pudo resistirse: los nombres de nuestros dos principales topos en las altas esferas del Kremlin. Aldrich Ames jamás tuvo acceso a esa información, era muy restringida. -Sus labios formaron una delgada línea-. Casi llegué demasiado tarde a tender la trampa. Todo sucedió en el momento álgido de la Guerra Fría, y esa información resultaba de una importancia tan crucial, tan valiosa, que ella decidió pasarla sin utilizar el método habitual. Cogió el

teléfono y llamó a la embajada soviética. Pidió que la dejaran entrar, porque sabía que yo iba a seguirla, y empezó a darles los nombres allí mismo, por el teléfono.

Aspiró profundamente, en una inspiración larga y controlada.

-Le disparé -dijo por fin, mirando fijamente el muro macizo que rodeaba la propiedad-. Podría haberla herido, pero no lo hice. Lo que ella sabía era demasiado importante para mí como para arriesgarme, los topos eran demasiado importantes para ser devueltos aquí. Tenían que seguir estando donde estaban. Ella ya había dicho a su enlace que tenía los nombres; habrían removido cielo y tierra para llegar a ella, sin que importara en qué prisión la encerrásemos ni qué dispositivo de seguridad desplegásemos a su alrededor. De modo que la maté.

Caminaron en silencio durante un rato, pasando de un cantero de flores a otro, como abejas, admirando ostensiblemente el acondicionamiento del terreno. Niema seguía asida a su mano mientras trataba de comprender la fuerza interior de aquel hombre. Se había visto obligado a hacer algo casi impensable, y no buscaba excusas para sí, no intentaba blanquear o disimular los hechos. Vivía con la carga de lo sucedido aquel día, y no obstante continuaba haciendo lo que tenía que hacer.

Habría personas que opinarían que era un monstruo, que no serían capaces de ir más allá del hecho superficial de que él había matado deliberadamente a su mujer, o bien dirían que no existía ninguna información, por muy crucial que se considerara, que fuera tan importante.

Los que vivían en la línea de fuego conocían mejor el tema; Dallas había dado su vida por su país, en una batalla diferente, pero de la misma guerra.

John había salvado innumerables vidas con su proceder, no sólo las de los dos topos, sino mucho más, teniendo en cuenta los posteriores acontecimientos en los que estos hombres cumplieron un papel sumamente importante. La Unión Soviética se había desintegrado, el Muro de Berlín había sido derribado, y el mundo llevaba un tiempo siendo un poco más seguro. Él seguía estando en la línea de fuego, poniéndose en la boca del cañón, quizá tratando de equilibrar su propia balanza interior de la justicia.

-¿Por qué no te traicionó a ti? -quiso saber Niema-. Tú sabes que vales mucho dinero.

-Gracias -repuso él sin expresión-. Pero en aquel momento no valía tanto. Yo poseía un alto grado de libertad de actuación, y por eso le resultaba en cierto modo útil a ella, pero Venetia tenía su propia libertad de actuación, y acceso a una gran cantidad de documentos clasificados.

-No alcanzo a imaginar lo que esto debe de haber supuesto para ti. -Su voz llevaba una inefable tristeza. Volvió a apretarle la mano, en un intento de decirle sin palabras lo mucho que lamentaba haber sacado aquel doloroso tema.

John la miró, y a continuación levantó la cabeza y miró más allá de ella. La acercó hasta un enorme seto cubierto de flores, como si tratase de ocultarla a la vista de cualquiera.

-Sujétate bien -advirtió, y bajó la cabeza.

Su boca se posó sobre la de Niema, sus labios se abrieron, moldeándose, fusionándose. Ella apoyó las manos en sus hombros y se aferró a él, sintiendo el pulso latir en sus oídos, el corazón acelerado. Todo su cuerpo se tensó por una dolorosa urgencia, y reprimió un gemido. La lengua de John estaba ejecutando una lenta y erótica danza. en su boca, avanzando y retrocediendo. Él le puso las manos en las caderas y la atrajo hacia sí, levantándola, abrazándola de modo que las ingles de ambos se tocaran. Niema notó la erección y se estremeció de placer, aun cuando empezó a sonar de manera insistente su alarma interior. Luchó por conservar las piernas en su sitio y no dejarse caer contra John como un flaccido fideo, lo cual no era precisamente John en aquel momento.

John apartó la boca y la mantuvo suspendida sobre la de ella. Niema se le quedó mirando, aturdida, y pensó que ojalá él no llevase puestas las gafas de sol, para poder verle los ojos. Todavía aferrada a él, susurró:

-¿Quién nos está mirando?

Esa vez él sonrió de verdad.

-Nadie. Sólo quería besarte por ser tan encantadora.

Niema se separó violentamente de él.

-¡Cabrón!

Y permaneció allí de pie, con la respiración agitada, mirándole furibunda. De verdad, de verdad que sentía ganas de propinarle un puñetazo, pero en lugar de hacer eso tuvo que morderse el labio para no echarse a reír.

-Soy culpable de los cargos. -La cogió otra vez de la mano y reanudó el paseo por el césped-. Pero ¿qué esperabas? Te cuento una cosa que demuestra que soy el desalmado hijo de puta que todo el mundo dice que soy, y tú me pides perdón. Naturalmente que tenía que besarte.

-Creí que era por la misión.

-No siempre -replicó él sin mirarla-. No todo.

CAPÍTULO 21

Ciertamente, los zapatos de tacón iban a suponer un impedimento, pensó Niema mientras rebuscaba en el armario por si hubiera pasado por alto algún par de zapatos que fueran a la vez elegantes y sin tacón, aunque estaba segura de que no los tenía. Los tacones altos hacían demasiado ruido, y resultaba imposible correr con ellos puestos. Unas zapatillas de ballet servirían perfectamente, pero de todos los zapatos que John le había procurado, ninguno era una zapatilla de ballet.

Contempló el traje que tenía pensado ponerse. Era un ajustado vestido negro de tirantes estrechos que se iban ensanchando hasta formar el corpino, con un escote cuyo punto más bajo quedaba en el centro entre los dos pechos. En aquel lugar estratégico llevaba un reluciente broche de perlas negras cultivadas, con varias sartas de perlas que colgaban de él. Tenía otros vestidos, pero quería ir de negro para confundirse mejor con las sombras, en caso de que fuera necesario.

Aparte de los sensuales tacones altos, tenía sólo otro par de zapatos negros, que eran más bien sandalias informales con correas elásticas. Las sacó y las contempló fijamente, tratando de pensar qué podía hacer para que parecieran más de vestir. Desde luego, resultaría mucho más cómodo bailar con ellas que con los tacones, pero tenían el aspecto de lo que eran: informales. Niema Jamieson no sería tan descuidada con su aspecto. Tenía un gusto clásico para la ropa y siempre iba impecablemente arreglada.

-¿Por qué no podrías haber sido una fulana? -musitó para su alter ego.

Volvió a examinar el vestido. Era sofisticado y moderado, incluso con el broche de perlas negras, que refulgía con una iridiscencia azul oscuro que atraía la mirada. Levantó la mano y agitó las sartas de perlas con un dedo, haciendo que se balanceasen. Llamarían constantemente la atención hacia sus senos.

Miró las sandalias negras, y otra vez las perlas. Examinó con curiosidad el broche. Las sartas que colgaban de él no iban sujetas encima, sino debajo.

-Esto marcha -musitó, y acto seguido se levantó para ir por sus herramientas. Sabía por qué se estaba obsesionando con los zapatos, por supuesto; así no pensaría en John y en lo que este había dicho de que no todo se debía a la misión que tenían entre manos. ¿Cómo debía ella tomarse aquello? ¿Se refería a ella o a otra cosa enteramente distinta? Había tanto en su pasado, que literalmente podía haberse referido a cualquier cosa. Algunos tipos llevaban vidas normales, transparentes, sin nada que esconder excepto cuántas cervezas se habían tomado de camino a casa; sin embargo, el pasado de John era tan cerrado y enrevesado que nadie desentrañaría nunca todos los detalles que hacían de él quien era.

Niema trató de buscar en su interior algún sentimiento, algo de comprensión, por su esposa, pero no encontró nada. Aquella mujer había

vendido a su país, sus actos habían costado vidas. Según la forma de pensar de Niema, aquello no la hacía muy diferente de los terroristas que utilizaban gas venenoso o ¡ bombas para matar. Dallas había muerto deteniendo a personas como ella.

Aquella noche podía ser la última vez que viera a John.

Ese pensamiento permaneció flotando en lo más recóndito de su mente mientras se afanaba con las sandalias, usando pegamento de su caja de herramientas para sujetar las perlas a las correas. Había habido otras ocasiones en las que también creyó que aquella podría ser la última vez: cuando él se marchó justo antes de que ella viniera a Francia;

Obsesionarse por los zapatos obviamente no había logrado su propósito, porque Niema no pudo dejar de pensar en él. Ya había sido bastante difícil perder a Dallas, casi demasiado duro para soportarlo; ¿qué habría supuesto para John no sólo el hecho de perder a su mujer, cuando él era tan sólo una voz en el teléfono y ella sabía que cabía la posibilidad de que no la invitaran a la villa. Pero en esta ocasión era más probable. Una vez que tuviera en su poder los archivos del ordenador, desaparecería inmediatamente.

Ella se quedaría hasta el final de la fiesta y se marcharía tal como estaba previsto; a esas mismas alturas de la semana siguiente, estaría de vuelta en casa y en su trabajo, y todo esto sería una historia fantástica que no podría contar a nadie.

Pero por el momento se sentía vibrante de vida, más de lo que se había sentido nunca. Hasta la piel la notaba más sensible que antes. Tomó un largo y relajante baño aromatizado con sales que había en su habitación y se lavó el cabello. Incluso se echó una breve siesta, cosa que rara vez hacía, pero los acontecimientos de ese día habían sido agotadores. Se hizo la manicura y la pedicura, y se pintó las uñas de rojo escarlata. Si no volvía a ver a John, por Dios que este iba por lo menos a acordarse de ella.

No quería tener que regresar a su habitación a buscar las herramientas y el equipo, pero tampoco podía llevarse todo en aquella minúscula carterita que pretendía ser un bolso de noche. Había espacio para una tarjeta de crédito, una barra de labios y una polvera, y una llave. Eso era todo. Trató de pensar un sitio donde ocultar las herramientas y la pistola, pero no conocía la casa lo bastante bien, y además estaba atestada de gente.

No había forma de solucionarlo; tendría que regresar a la habitación para coger las cosas. Lo envolvió todo, herramientas y pistola, en la estola de seda negra que hacía juego con el vestido que iba a llevar puesto y depositó el paquete bajo la ropa interior, dentro de los cajones del enorme armario.

Acto seguido respiró hondo, cuadró los hombros y se preparó para representar el acto final para el público.

Cuando bajó, él la estaba esperando al pie de la escalinata. Se irguió, y su mirada azul la recorrió de arriba abajo en una perfecta imitación de un amante ciego de amor. Por el rabillo del ojo, Niema vio que Ronsard les estaba observando con una expresión entre triste y preocupada. Aguardó hasta tenerle en su campo de visión y le envió lo que esperaba que fuera una sonrisa tranquilizadora. Él extendió las manos en un gesto que quería decir: «lo he intentado».

John siguió aquella sonrisa y entrecerró los ojos, casi rezumando amenaza. Dios, qué bueno era. Debería haber ido a Hollywood; con aquel talento, ya habría obtenido un par de Oscars y estaría ganando mucho más dinero que trabajando para el gobierno.

Ella también podía actuar un poco, se dijo. Aminoró el paso al aproximarse a John, como si no estuviera muy deseosa de bajar aquellos últimos peldaños. Él frunció ligeramente el ceño y le tendió la mano en ese gesto tan arrogante que exigía que fuera hacia él.

Niema así lo hizo, apoyando su mano en la de él sin decir nada, y John la condujo hasta el salón de baile, donde la misma multitud de la noche anterior estaba haciendo lo mismo que hacía la noche anterior, sólo que vestida con ropa distinta. Ella se dejó abrazar y él la estrechó contra sí, sus pies apenas se movieron, él con la cabeza inclinada hacia la de ella en la clásica postura de un hombre que está totalmente absorto por la mujer que tiene en los brazos.

-He tenido que dejar las cosas en mi habitación -dijo Niema en voz baja, amortiguando sus palabras contra el hombro de John-. No podía traérmelas en esto. -Señaló el diminuto bolsito.

-¿Qué? ¿No has podido esconder todo en el corpino, junto con la SIG? -Bajó la vista a la tela que se adhería a sus senos y al profundo escote en forma de V.

-Ten cuidado -advirtió Niema-. Ahí dentro llevo un cuchillo, y pienso usarlo. -Sintió el movimiento de los labios de John contra su sien, cuando este sonrió-. ¿Qué clase de distracción has preparado?

-Ninguna. Nos arriesgaremos.

-Yo soy muy buena arriesgándome. -Apenas aquellas palabras salieron de su boca, a punto estuvo de encogerse por la impresión. No, no era en absoluto buena arriesgándose. Antes sí lo era, pero ahora no. Ya no.

John notó que se ponía rígida y reaccionó acercándola más a él.

-¿Qué ocurre?

-Nada -contestó ella automáticamente.

-Nada que quieras decirme -corrigió él.

-Exacto.

Otra vez el mismo movimiento contra su sien. Al cabo de un momento, John comentó:

-Te noto más baja que anoche.

Esperaba que se percatara de algo así.

-No llevo tacones. He arreglado unas sandalias para que hagan juego con el vestido. -Sacó un pie por el bajo de la falda para que John viera las perlas que adornaban las estrechas correas.

Pareció un tanto resentido.

-¿Has descuartizado un broche de Dior para decorar tus sandalias?

-Así está bien -le aplacó ella-. Llevar zapatos sensatos era más importante que el vestido. Además, las operaciones secretas van fuera del presupuesto; no hay que dar cuenta de lo que uno se gasta, ¿no es cierto?

-Gracias a Dios.

-Y bien, ¿a qué hora vamos a hacerlo?

-No hay ninguna hora fijada. Vigilaremos a Ronsard, y haremos el trabajito cuando parezca estar ocupado.

-¿Y qué pasa con Cara?

-Ya me he ocupado de ella.

-Lamento decírtelo, pero está justo ahí enfrente.

-No va a estar mucho tiempo.

Cara llevaba un deslumbrante traje blanco muy ceñido, con su larga cabellera rubia cayéndole en cascada por la espalda, y con unos pendientes en las orejas que imitaban a los brillantes. Sabía que su aspecto era el de una estrella de Hollywood, pero no tenía forma de competir con aquella gente en cuanto a joyas y trajes de alta costura, así que no lo intentaba. Lo que intentaba era lucir un estilo sexy californiano, y lo conseguía.

Coqueteó con varios hombres, pero el atractivo francés con el que había jugado al tenis aquella mañana estaba firmemente anclado a su esposa. Decidió pasear, y empezó a moverse por la sala, deteniéndose sólo para charlar con posibles ligues. No iba a preocuparse ni un minuto más por los sentimientos de Hossam; no tenía ningún derecho sobre ella.

No lo vio venir. Alguien se volvió con demasiada brusquedad, y una copa de vino tinto se derramó sobre su niveo vestido. Miró la horrible mancha con consternación, comprendiendo que probablemente tendría que tirar la prenda a la basura.

-Lo siento muchísimo -se disculpó la mujer que se lo había tirado encima, con el semblante preocupado-. No sé cómo ha ocurrido; alguien me ha empujado.

-No pasa nada -dijo Cara, aunque no era así. Pero no quería perturbar a ninguno de los invitados de Louis-. Estoy segura de que la mancha se quitará sin problemas. Voy a mi habitación a cambiarme. -Declinó el ofrecimiento de la mujer a pagar el vestido y conservó la sonrisa en la cara mientras abandonaba el salón. Rara vez utilizaba el ascensor, pues prefería las escaleras para hacer algo de ejercicio, pero esta noche eligió el camino más rápido a su habitación.

La sonrisa desapareció y la irritación ocupó su sitio cuando salió del ascensor en la tercera planta. Los largos pasillos se veían desiertos, con sólo la iluminación indirecta de los apliques de las paredes, pero se alegró de que no hubiera nadie que pudiera ver aquel desastre. Sacó la llave de su minúscula cartera, la introdujo en la cerradura y abrió la puerta. Su mano encontró sin dificultad el interruptor de la luz y lo pulsó.

La luz inundó el dormitorio al mismo tiempo que una enorme mano le tapaba la boca y un brazo la rodeaba por la cintura y la levantaba del suelo. La puerta se cerró de una patada.

Sintió que la invadía el pánico y todo a su alrededor se volvió borroso. Oyó sus propios gritos ahogados y supo que nadie los oiría fuera de la habitación. Clavó las uñas en la mano que le oprimía la boca, dando patadas y forcejeando en su afán de escapar. -Calla, mi amor. No hay por qué

asustarse. ¡Hossam! El pánico se convirtió en rabia en el espacio de una fracción de segundo. Echó la cabeza hacia atrás en un esfuerzo por aplastarle la boca, pero él se limitó a lanzar una leve carcajada y la arrojó sobre la cama, luego se puso encima de ella antes de que lograra controlarse lo suficiente para escapar.

-Hijo de puta -siseó Cara, sin intentar ya chillar. Él volvió a reír, sentado a horcajadas sobre ella y atrapándole las muñecas. Sin más esfuerzo que si estuviera manejando a una niña, le enrolló una bufanda en las muñecas, le levantó los brazos por encima de la cabeza y a continuación ató la bufanda al cabecero de la cama.

-¡Hijo de puta! -exclamó ella de nuevo, esta vez más alto, gritando.

-Chist, cállate.

-¡Voy a matarte por estol ¡Te voy a arrancar las pelotas... Mmnn!

-Te he dicho que te calles -murmuró Hossam, tapándole la boca con otra bufanda. Se echó hacia atrás, contempló su obra, y una sonrisa iluminó su oscuro rostro-. Ahora, cariño, vamos a ver si el mago sabe algún truco nuevo.

Sacó una navaja del bolsillo y apretó un botón. Una brillante hoja de bordes afilados que lanzaban destellos bajo la luz, salió disparada. Los ojos de Cara se abrieron como platos al mirar el cuchillo, y luego a Hossam. Empezó a convulsionarse, intentando arrojarle de la cama, pero él la estrujó entre sus muslos y la obligó sin piedad a quedarse quieta.

Más gritos ahogados salieron de la bufanda cuando él introdujo la hoja bajo la tela que cubría los senos y empezó a rasgarla. Las dos mitades del vestido se separaron como si se abriera una cremallera, dejando los pechos al descubierto.

Hossam hizo una pausa para admirar el espectáculo. Todavía sosteniendo la navaja en una mano, acarició aquellos pechos desnudos, cogiéndolos en sus manos y frotando los pezones con el pulgar, admirando cómo se endurecían. A continuación, se apartó de Cara. -No te muevas -le ordenó- . Podría cortarte sin querer. Ella se obligó a permanecer quieta mientras Hossam rasgaba el vestido hasta el final y se lo arrancaba del todo. No llevaba nada debajo. El pudor no era precisamente su punto fuerte, pero ahora juntó las piernas con fuerza en un inútil intento de protegerse. Dios santo, ¿iba a matarla?

Hossam se echó hacia atrás y empezó a quitarse la ropa. Cara agitó la cabeza frenéticamente y los ojos se le empezaron a llenar de lágrimas.

-No te asustes -repitió Hossam, quitándose los pantalones y situándose de pie y desnudo frente a ella. Su pene sobresalía de su cuerpo, mostrando lo dispuesto que estaba. Cara, desesperada, le lanzó una patada con la intención de alcanzarle en los testículos, aunque no tenía ni idea de qué iba a servirle aquello, atada y amordazada como estaba.

El chasqueó la lengua a modo de regañina, la agarró de un tobillo e hizo lo mismo que con las muñecas. Diez segundos más, y la otra pierna estuvo también sujeta, y Cara quedó tendida sobre la cama con los brazos estirados hacia arriba y las piernas obscenamente abiertas. -¡Qué animal salvaje eres!

-canturreó Hossam, al tiempo que reptaba entre las piernas de Cara-. Salvaje, dulce y... mía. No lo olvides nunca. Tú eres mía.

Cara esperaba ser brutalmente violada y ya se había preparado para ello. Pero no sucedió. En lugar de eso, Hossam bajó la cabeza y le metió la boca entre las piernas, y comenzó a lamerla.

El contraste entre lo que había esperado y lo que sucedió en realidad fue tan grande que no pudo reprimir el suave gemido que vibró en su garganta. Se arqueó, y Hossam le sujetó las nalgas con sus grandes manos para que no se moviera.

La brillante luz del techo le hería los ojos. La miró fijamente mientras el placer le recorría todo el cuerpo, incapaz de levantar la cabeza para mirar. Aquello era... Aquello era tan completamente inesperado, que no comprendía del todo lo que estaba ocurriendo. Hossam le provocó un climax intenso y rápido que la dejó boqueando y con los ojos arrasados de lágrimas.

-Ése ha sido sólo el primero -murmuró él, inclinándose-. Tú sabes que yo nunca, nunca te haría daño. Esta noche descubriremos todas las formas en que puedo darte placer, como ningún otro hombre. -Sus ojos oscuros le hicieron un guiño-. Y después, quizá deje que me ates a mí a la cama.

Cara gimió y se arqueó al sentir sus largos dedos introducirse en su cuerpo, estimulando terminaciones nerviosas que aún estaban sensibles por el orgasmo. El miedo había desaparecido, porque las manos de Hossam sobre ella eran amorosas en vez de brutales, y en su lugar empezó a surgir una profunda excitación. Aquello era distinto, y emocionante. Nunca había adoptado una actitud de impotencia en el sexo; normalmente la que dominaba era ella, porque así era como le gustaba.

Pero descubrió que también le gustaba esto otro. Se encontraba totalmente a merced de él, desnuda bajo la brillante luz. Hossam podía hacer con ella lo que se le antojara, y su mente se estremeció de placer al pensar en las posibilidades. Hossam era grande y poderoso, y tendía a ser lento en el sexo. Aquella iba a ser una noche muy larga... Maravillosamente, deliciosamente larga.

-Ahora es el momento -susurró John al oído de Niema.

Ella notó que se le aceleraba el pulso. Aspiró profundamente y se sintió preparada. Echó la cabeza hacia atrás y obsequió a John una sonrisa tan vibrante que él acusó físicamente la impresión y la miró fijamente.

¿A quién trataba de engañar? Aquel instante de claridad resultó casi cegador mientras abandonaban el salón de baile y subían la escalinata hasta el segundo piso. Ella sí era una amante del riesgo. Estaba disfrutando de cada minuto de aquella misión. No quería volver a casa y reanudar su actividad normal, lo que quería era quedarse en el trabajo de campo, al que pertenecía. Había hecho penitencia durante cinco años, pero John la había forzado a regresar a la vida para la que estaba hecha en realidad, y no deseaba abandonarla nunca más.

Estuvo a punto de faltarle la respiración ante aquel descubrimiento, sentía una íntima dicha que se extendía por todo su ser, como si por fin hubiese regresado a la vida, a ser ella misma de nuevo.

El largo pasillo estaba desierto. Al no haber nadie que pudiera verles, se apresuraron a ir a la habitación de ella. Niema recogió el envoltorio del armario y se lo puso encima aún doblado, de forma que las herramientas y la pistola quedaban en un bolsillo de tela pegados al cuerpo, y los extremos sueltos de la estola le caían sobre los brazos.

-¿Qué tal así? -preguntó. -Muy bien. Vamos.

Regresaron a toda prisa por el pasillo, pero en lugar de bajar las escaleras continuaron en línea recta hacia el ala oeste.

-He estado rondando por aquí y he encontrado un camino por detrás -explicó John.

-En esta dirección están también las habitaciones privadas de Ronsard.

-Ya lo sé. El camino de atrás pasa por sus habitaciones. Niema puso los ojos en blanco, pero no se tomó la molestia de preguntar cómo había entrado en las habitaciones de Ronsard. Al parecer, las cerraduras no significaban nada para él.

Aquella ruta no carecía de riesgos. Había menos personas que pudieran verles, pero el que les viera sería algún empleado que trabajase en la zona privada y que sabría inmediatamente que ellos no debían estar allí. Invitados o no, Ronsard no permitiría que nadie perturbase a su hija.

John hizo que Niema se detuviese frente a una bruñida puerta de madera. Giró el picaporte, y ambos se deslizaron al interior de la habitación. Se trataba de un dormitorio, por lo que pudo ver..., uno enorme y muy lujoso.

-Es de Ronsard -explicó John innecesariamente-. Hay un ascensor particular que baja al pasillo donde se encuentra la oficina.

El ascensor era pequeño, pero es que estaba pensado para que lo ocupara un solo hombre. Era sorprendentemente silencioso, y al llegar a su destino no hizo el acostumbrado «ding» de los ascensores comerciales,

El pasillo al que salieron también estaba vacío, lo cual les venía muy bien porque no tenían ninguna excusa lógica para encontrarse allí, sobre todo saliendo del ascensor de Ronsard. John fue hasta una puerta, extrajo de su bolsillo una pequeña grabadora y la sostuvo junto a la cerradura electrónica. Apretó un botón, y sonó una serie de tonos. En la cerradura se encendió una lucecita de color verde, se oyó un chasquido débil pero audible, y abrió la puerta.

Se colaron al interior y John volvió a cerrar la puerta en silencio, e hizo algo en la cerradura.

-¿Qué estás haciendo?

-Inhabilitar la cerradura. Si nos atrapan, el hecho de que la cerradura no funcione por lo menos enturbiará un poco el asunto a nuestro favor, aunque todavía tendría que darles un motivo que explique nuestra presencia en este lugar.

-Vaya, lo has planeado todo hasta el último detalle, ¿eh?

-No tengo la menor intención de que nos atrapen. Vamos, mueve tu precioso trasero y ponte a trabajar.

CAPÍTULO 22

Niema miró a su alrededor mientras John se sentaba a la mesa de Ronsard y encendía el ordenador. Había otro, mucho más complicado, sobre una mesa al otro extremo de la habitación, pero lo ignoró. Niema examinó las clavijas de lo que debía de ser la mesa de Cara; había tres líneas individuales que entraban en la oficina, pero los teléfonos en sí eran aparatos de dos líneas. Así pues, el ordenador tenía una línea para él sólo. Echó un vistazo al teléfono que había sobre el escritorio de Ronsard; era idéntico al otro, con dos líneas entrantes. La primera de ellas sería la de negocios, supuso; la segunda, su número privado.

Sobre el escritorio de Ronsard había también un aparato de circuito cerrado de televisión que mostraba el pasillo de fuera. Niema siguió el cable del mismo hasta la pared, para comprobar dónde iba conectado. Le gustaría tener en la cabeza el plano de cableado de la habitación, y así sabría exactamente lo que estaba buscando y viendo.

La toma de la línea de teléfono de Ronsard no estaba detrás de su escritorio, probablemente porque este no querría tenerla por medio. Siguió de nuevo la trayectoria de los cables; la toma se encontraba detrás de un gran sofá de cuero apoyado contra la pared. Apartó el sofá con cuidado, levantándolo por un extremo para evitar hacer ruidos que la delataran. Se arrodilló en el suelo, desenvolvió la estola y sacó la bolsa de terciopelo negro que contenía sus herramientas. Dejó a un lado la SIG, desatornillo rápidamente la toma de la pared y a continuación desconectó los cables y peló el revestimiento de plástico para separarlos.

El procedimiento habitual para pinchar un teléfono requería disponer de un receptor o una grabadora cerca. En aquel caso eso no serviría de nada, porque Niema no tenía forma de recuperar la cinta grabada ni de escuchar las llamadas. El operativo local de la CIA no tenía acceso a la oficina de Ronsard. John le había pasado en secreto un receptor digital de impulsos; dispararía una señal para recoger los datos de audio, los cuales enviaría a continuación por su ruta normal a Langley. Aunque le descubrieran con el receptor, sería imposible sacar nada de él, pues la información estaba digitalizada. Tenía el aspecto de una radio corriente de bolsillo; incluso funcionaba como una radio.

Niema se apresuró a unir el extremo de la onda inductora a uno solo de los terminales de la línea, lo cual no constituía un circuito completo y por lo tanto no podía ser detectado mediante un barrido electrónico. Interconectó los cables al punto de unión, dejándoles una longitud de menos de siete centímetros. Como eran tan cortos, sería imposible detectar el puente por medio de desviaciones eléctricas. A continuación, enganchó dos pilas de nueve voltios cada una como fuente de alimentación para el transmisor/receptor y empezó a meterlo todo junto dentro del receptáculo.

-Casi he terminado -informó. Calculó que llevaba unos veinte minutos trabajando-. ¿Cómo vas tú?

-Aún estoy en ello -murmuró John, absorto-. Los archivos están protegidos por una contraseña.

-¿Has probado con <<Laure>>?

-Ha sido la primera que he intentado.

-¿No hay nada en la mesa? -Le había visto abrir y cerrar cajones, pero pensó que a lo mejor estaba buscando archivos en papel, también.

-No. -John estaba examinando rápidamente la superficie del escritorio, en busca de algo que pudiera contener la contraseña.

Niema atornilló la placa del enchufe y volvió a poner el sofá en su sitio.

-¿Y si no está escrita en ninguna parte?

-Si no es idiota, cambiará la contraseña de manera regular. Si la cambia, la última tiene que estar escrita en alguna parte. Si ya has terminado ahí, ponte a buscar una caja fuerte en la pared o en el suelo.

-No me digas que también eres un violador de cajas fuertes.

-Está bien, no te lo diré.

Niema fue mirando rápidamente detrás de todos los cuadros que había colgados en la pared, pero sólo encontró papel pintado. Sobre el suelo había una enorme y gruesa alfombra; volvió todo el borde del revés, pero tampoco encontró nada. Cogió un destornillador y recorrió la habitación examinando todos los enchufes, porque a veces los enchufes sin utilizar ocultaban pequeños espacios donde esconder cosas.

-Nada -informó. Recogió sus herramientas y la pistola, y las guardo otra vez en los pliegues de su estola.

John cogió un libro y hojeó las páginas, sosteniéndolo en posición vertical para ver si caía algo de él. Se detuvo un momento y contempló el manoseado volumen. Niema se acercó a mirarlo también y dejó las herramientas sobre la mesa. Historia en dos ciudades.

John pasó una página que tenía una esquina doblada hacia dentro.

-Está aquí. Nadie lee este libro más de una vez, a menos que esté obligado a hacerlo.

-Es un clásico -dijo Niema, divertida.

-No he dicho que no sea bueno, pero no es algo que uno lea una y otra vez. -Recorrió la página con el dedo, buscando algo que saltara a la vista-. Guillotina.

Regresó al teclado y escribió la palabra. En la pantalla apareció parpadeando la frase: ACCESO DENEGADO. Se encogió de hombros y consultó de nuevo el libro.

-Dickens tenía un vocabulario de lo más amplio -gruño-. Esto podría llevarnos un día entero. -Probó con <<monarcas>>. ACCESO DENEGADO.

El ordenador rechazó también la palabra <<monstruos>>, y luego <<encantador>>.

La lista de archivos se abrió cuando tecleó <<carretas>>.

-Qué te parece -dijo en voz baja-. Ha sido un disparo a ciegas.

-Un golpe de suerte. -Excepto que no sólo había tenido suerte; estaba tan entrenado que el instinto y la experiencia le hacían ir varios pasos por delante de casi todo el mundo, y le permitían ver la importancia que tenía un sobado volumen de un clásico abierto sobre el escritorio de Ronsard.

Introdujo un disco en la unidad A y empezó a llamar archivos y a copiarlos en el disco. No se tomó tiempo para leerlos, sino que se limitó a copiarlos lo más rápidamente posible, sin quitar ojo al monitor de circuito cerrado.

Niema se situó detrás de la mesa.

-Ya me encargo yo de vigilar el monitor -le dijo-. Tú copia.

John asintió. Y la unidad A empezó a zumbar casi constantemente. Un momento después, mientras observaba el monitor, Niema vio que se abría la puerta del final del pasillo.

-Viene alguien -susurró.

John lanzó una mirada a la pantalla, pero no interrumpió lo que estaba haciendo.

-Ése es del equipo de seguridad -contestó.

-¿Hacen comprobaciones de las puertas?

-Puede. -La respuesta fue concisa. Como había inhabilitado la cerradura de la puerta, esta se abriría en cuanto alguien lo intentara.

Niema metió una mano en los pliegues de la estola. Sintió el tacto frío de la pistola bajo los dedos. El guardia echó a andar por el pasillo, en dirección a la oficina. El corazón comenzó a latirle más deprisa y notó la boca seca.

El pasillo era muy largo. En la pequeña pantalla parecía interminable, y el guardia se iba haciendo cada vez más grande conforme se acercaba. Niema empezó a contar los pasos. Diecinueve, veinte, veintiuno…

-No pierdas la calma -le aconsejo John en voz baja, pero sin levantar la vista de la lista de archivos-. Ya casi he terminado.

El guardia pasó de largo, sin ni siquiera pararse delante de la puerta. El hecho de verle en la pantalla y de oír sus pasos alejarse de la oficina dio a Niema una extraña sensación de irrealidad, porque el sonido provenía de una dirección distinta de la actividad que veía en el monitor.

-Ya está. -John apretó el botón de extracción, y el disco salió de la ranura. Lo metió en una funda protectora y se lo guardo en el bolsillo interior de la chaqueta. Acto seguido apagó el ordenador, volvió a dejar todo lo que había sobre la mesa tal como estaba antes y tocó a Niema en el codo-. ¿Lista?

-Ya lo creo.

Niema se volvió hacia la puerta, pero de repente John la agarró del brazo y la obligó a quedarse quieta.

-Más compañía.

Miró otra vez al monitor. La puerta del final del pasillo estaba abriéndose de nuevo. Alguien se había parado en mitad del pasillo, vuelto a medias como si estuviera hablando con una persona situada al otro lado de

la puerta. La diminuta figura que se veía en la pantalla tenía el pelo largo y oscuro.

-Ronsard -susurró Niema, sintiendo una punzada de pánico en el estómago. No estaría en aquel pasillo a menos que se dirigiera a su despacho.

John se lanzó a la acción, y la levantó literalmente en el aire. En dos largas zancadas se colocó junto al sofá, depositó a Niema sobre el mismo y empezó a quitarse la chaqueta del esmoquin para acto seguido tirarla al suelo sin contemplaciones.

-Quítate la bragas y túmbate - le ordenó en tono grave y urgente.

Sólo disponían de segundos, segundos antes de que Ronsard entrase por aquella puerta. A Niema le temblaron las manos mientras se subía la falda y buscaba la cinturilla de las bragas. Fingir una relación sexual era un tópico tan gastado, tan machacado en cientos de películas, que nadie lo creería, sobre todo una persona tan mundana y resabida como Ronsard. Por eso precisamente podía funcionar, porque Ronsard no se creería que Temple fuera tan vulgar y cursi en aquellas cosas.

Por supuesto, John, siendo John, no se conformaría con un mero abrazo tórrido para dar la impresión que quería dar; no, él quería hacerlo sin bragas, con la ropa en total desorden, como si realmente estuvieran a punto de hacer el amor.

El corazón le latía con tal fuerza que hasta notaba el pulso vibrando a través de la piel. Deslizó las bragas por las piernas y las dejó caer al suelo, y enseguida les dio una patada y se tumbo en el sofá.

John se inclinó hacia delante, le subió las faldas hasta la cintura y le separó las piernas, para situarse entre ellas con una rodilla sobre el sofá mientras se abría los pantalones. Niema se quedó aturdida por el shock. Tan sólo el aire frío contra la piel desnuda le hacía ver que aquello no era un absurdo sueño, pero tenía que serlo. Aquello era llevar la representación demasiado lejos, para lo que ella estaba dispuesta a asimilar. No podía ser verdad que estuviera tumbada medio desnuda con él entre las piernas y testigos a punto de entrar por la puerta en cualquier momento.

John se inclinó y la lamió, empujando con sus duras manos para que separase más los muslos, mientras su lengua se introducía en ella, depositando humedad. Todo el cuerpo de Niema se convulsionó, y él la sujetó mientras presionaba con la boca entre sus piernas. Ella se tragó un chillido ahogado, y la respiración se le bloqueo en la garganta. Oh, Dios, John la estaba… Ronsard podría… No se atrevía a pensar en la idea de que Ronsard les pillara en aquel momento, pero aquello debía de ser lo que había planeado John, que les sorprendieran en medio de un acto tan íntimo que nadie soñaria siquiera que pudiera ser fingido…

¿Cómo iba a ser fingido, cuando estaba sucediendo de hecho?

Dejo escapar un quejido y bajó las manos hasta la cabeza de John. Quiso apartarle, pero no pudo, sus manos sencillamente no la obedecían. Su cuerpo se veía invadido por ráfagas de sensaciones que la hacía arquearse contra las manos de John. ¿Durante cuánto tiempo tendría que soportar aquello? ¿Cuánto? ¿Cinco segundos? ¿Diez?

El tiempo se había vuelto elástico, se estiraba hasta perderse en la nada. Sacudió la cabeza en muda protesta, debatiéndose impotente bajo el doble azote del placer y del miedo. Algo ardiente y salvaje se formó en sus entrañas. No podía hacer aquello, no podía soportarlo, no con la boca de John sobre su cuerpo, haciendo que cada uno de sus músculos se tensara más de lo soportable.

Encontró las fuerzas necesarias para empujarle débilmente en los hombros. Él resbaló hacía arriba y empezó a trazar círculos con la lengua alrededor de su clítoris en una rápida caricia que a punto estuvo de tirarla del sofá, pero John la controló inmediatamente y cambió de postura para situarse entre sus piernas.

-Tranquila -le susurró, y se abrió paso hasta su abertura.

No. No podía ser que John estuviera haciendo aquello, Allí, de aquella manera. No quería que la primera vez fuera así.

Todo sucedía demasiado deprisa; su cuerpo no había tenido tiempo de prepararse, ni aun con la humedad que él le había aportado con la lengua. ¿Cómo iba a estar preparada, cuando ni siquiera podía creer lo que estaba haciendo John en aquel momento?

John empujó lentamente. Niema no estaba lo bastante mojada, y sus tejidos cedieron de mala gana a aquella intrusión.

-Grita - le dijo con un hilo de voz apenas audible.

¿Qué gritase? Precisamente eso atraería sin remedio a Ronsard… Pero claro, eso era lo que quería John. Aquella revelación atravesó su aturdido cerebro. Nadie que estuviera en su sano juicio haría semejante ruido, que llamaría la atención sin ningún género de dudas, ni haría lo que estaban haciendo ellos.

Él no ponía límites a lo que tuviera que hacer para llevar a cabo la misión.

John se retiró ligeramente, pero volvió a empujar, entrando cada vez más profundamente, centímetro a centímetro.

-Grita -repitió, ya en tono exigente.

Niema no podía. No tenía suficiente aire, sus pulmones estaban paralizados, todo su cuerpo se arqueaba bajo aquella casi brutal avalancha de sensaciones. Se sentía electrizada hasta la última célula de su cuerpo, su bajo vientre se tensaba en el esfuerzo de luchar contra las implacables oleadas de placer. También luchaba contra John, no con los puños sino con todos los músculos del interior de su cuerpo, aprisionándole, tratando de frenarle, de impedirle que profundizara cada vez más y que la arrastrara hasta hacerla perder el control.

Pero no era lo bastante fuerte. John fue empujado lentamente hasta rebasar su resistencia, con las manos firmemente apoyadas a ambos lados de su cuerpo e inclinado sobre ella. De sus labios entreabiertos salían jadeos breves y superficiales; sus ojos estaban semicerrados, brillantes, de un azul más encendido que nunca. Con un rápido movimiento, le bajó el tirante del vestido y le desnudó un pecho. El pezón ya estaba enhiesto y teñido de un color más intenso.

-Grita -insistió, empujando más fuerte-. Grita.

Niema agitaba la cabeza adelante y atrás, contra el cojín. Sofocó un sollozo y trató desesperadamente de golpear a John, de retorcerse para librarse de él. Pero no podía, no quería hacerlo. Santo Dios, te lo ruego, no permitas que tenga un orgasmo en el momento en que Ronsard entre por esa puerta, no podría soportarlo. John le cogió las muñecas y se las sujetó contra el sofá, implacable en su empeño de empujar cada vez más profundo.

No pudo evitarlo, no pudo contenerlo. Se convulsiono, al tiempo que todo su vientre vibraba invadido por oleadas de intensas sensaciones. Se hundió en el orgasmo, echó la cabeza atrás y cerró los ojos, dejó de respirar por unos instantes, todo se difuminó a su alrededor hasta que su único punto de referencia fue el placer abrasador. Entonces sí gritó, en silencio, más allá de la desesperación, aguardando a que se abriera la puerta.

La puerta no se abrió. En el pasillo no había otra cosa que silencio.

El paroxismo de sensualidad empezó a disminuir, la tensión fue abandonando poco a poco su carne trémula hasta quedar blanda y flácida debajo de John, aún con las piernas abiertas y aún penetrada por él. No podía pensar, no podía moverse. Se sentía hueca, vaciada, como si él se hubiera llevado todo.

Entonces la inundó la humillación como si fuera lava. Volvió la cabeza a un lado, incapaz de mirar a John. ¿Cómo podía haberse corrido en una situación así? ¿Qué clase de persona era? ¿Qué clase de hombre era él, para hacer aquello? Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero no pudo secárselas porque todavía seguía con las muñecas sujetas.

El tiempo se detuvo.

Ronsard no entró en su despacho. No sabía a dónde había ido, pero no estaba allí. Esperó a que John se retirara, esperó por espacio de un instante que se estiró más y más, hasta que la tensión superó lo que ella podía aguantar y tuvo que mirarle otra vez, encararse con él.

Su expresión era casi de rasgos salvajes, y tenía los ojos tan brillantes que parecían abrasarla. Por lo visto, estaba esperando a que ella le mirase.

-Lo siento -le dijo, y comenzó a moverse… no para separarse de ella, sino para profundizar más, empujando, penetrando a un ritmo cada vez más rápido, horadándola hasta el fondo de su cuerpo.

Se corrió intensamente, aferrado a las caderas de Niema al tiempo que entraba y salía, con la cabeza echada hacia atrás y los dientes apretados para contener los roncos sonidos que emitía su garganta. Luego se dejó caer sobre ella, jadeante, con el pecho agitado y tragando aire a bocanadas.

Niema no dijo nada, no se le ocurría nada que decir. Tenía la mente en blanco, atontada por el shock. Nada que hubiera leído nunca en los manuales para señoritas contemplaba una situación como aquella. Lo absurdo de aquel pensamiento casi la hizo echarse a reír, pero la risa se convirtió en un sollozo que tuvo que contener.

John se separó con cuidado de ella. Niema contuvo la respiración al sentir cómo la carne abandonaba la suya. John la ayudó a sentarse.

-¿Estás bien?

Ella asintió en silencio, deslizó los pies hasta el suelo y se bajó la falda para taparse los muslos. Con movimientos enérgicos, John se remetió la camisa y se abrocho los pantalones.

Las bragas habían quedado tiradas en el suelo, delante del escritorio. John las recogió y se las tendió a Niema, que las cogió sin decir nada. Sentía las piernas demasiado flojas para fiarse de ellas, de modo que se sentó en el sofá y se fue poniendo las bragas hasta poder levantar las caderas y ajustar la frágil prenda en su sitio. Ahora estaba muy mojada, y la humedad le empapaba las bragas antes de secarse, pegajosa, en la cara interior de los muslos.

John rodeó el escritorio para poder ver el monitor de circuito cerrado.

-No hay moros en la costa -dijo, tan tranquilo como si no hubiera pasado nada-. No sé adónde habrá ido Ronsard.

Niema, temblorosa, se puso en pie y cogió la estola con su contenido, manoseando torpemente los pliegues para cerciorarse de que todo estaba en orden dentro. John se volvió a poner la chaqueta del esmoquin y se enderezó la pajarita, y a continuación se pasó los dedos por el pelo. Tenía todo el aspecto de un hombre frío y controlado.

-¿Estás lista?

Niema afirmó con la cabeza, y él miró otra vez el monitor.

-Allá vamos -dijo, tomándola del brazo y guiándola hasta la puerta.

De un modo u otro Niema recuperó el control de la voz y encontró palabras. De un modo u otro, consiguió parecer tan natural como él.

-¿Y la cerradura? ¿Vas a arreglarla?

-No, Ronsard pensará que se ha estropeado. A esta clase de cerraduras les pasa de vez en cuando.

Abrió la puerta, echó un vistazo al exterior, y acto seguido salió con Niema al pasillo desierto. Estaba cerrando la puerta de la oficina, aún con la mano sobre el picaporte, cuando de pronto se abrió la puerta del pasillo y entró por ella un guardia de seguridad. Se paró en seco al verles, y gritó algo al tiempo que se llevaba la mano a su arma en un gesto automático.

John ya se estaba moviendo caso antes de que el guardia les viera. Empujó a Niema contra la pared, se agachó sobre una rodilla y sacó el arma que llevaba en el tobillo. Al guardia le dominó el pánico y disparó demasiado pronto, por lo que la bala se incrustó en el suelo, a poco más de tres metros de él, John no se inmutó. Niema vio su semblante, calmo e impertérrito, en el momento en que levantó la mano. Disparó dos veces, la primera al pecho y la segunda, para estar seguros, a la cabeza. El guardia se agitó como una marioneta con las cuerdas rotas y se desplomó de espaldas sobre la puerta abierta.

John agarró a Niema de la mano y, de un solo movimiento, la puso de pie. Se oyeron gritos al otro lado de la puerta y el ruido de varias personas que corrían en su dirección.

-Vamos -dijo, y la empujó hacia la salida de la izquierda, al tiempo que la puerta a sus espaldas comenzaba a vomitar gente.

En el piso de arriba, los tres disparos dejaron a Hossam congelado en el sitio. Bajo de la cama de un salto y cogió a toda prisa sus pantalones del suelo, y se los fue poniendo mientras corría hacia la puerta. También cogió la funda de la pistola para el hombro y sacó el arma.

-¡Hossam! ¡No me dejes así! -La voz de Cara, hace tiempo liberada de su mordaza, estaba teñida de pánico, pero el egipcio hizo caso omiso de ella y salió corriendo de la habitación. Tuvo la presencia de ánimo suficiente para cerrar de un portazo al salir, pero aquello fue lo único que se molestó en hacer.

Con los pies descalzos, salió disparado pasillo abajo hasta la escalinata, y en vez de utilizar los peldaños apoyó una mano en la barandilla y alvanzó de un salto la planta siguiente, maniobra que repitió una y otra vez hasta llegar a la planta baja. Los disparos parecieron provenir directamente de abajo y de la derecha, lo cual quería decir que estaba cerca de la oficina de Ronsard.

El largo pasillo estaba abarrotado de gente, algunos de ellos huéspedes de Ronsard que lanzaban exclamaciones de horror. El personal de seguridad intentaba sacarles de allí, pero la llegada de un hombre enorme y medio desnudo hizo que todos los invitados se replegaran .

-¿Dónde? -chilló Osma.

-Al otro lado de esta entrada -contestó un guardia, señalando la puerta-. Era Temple y una de las mujeres. -Hossam giró sobre sus talones y se internó en la noche.

¿Adónde iría Temple? Hossam se detuvo un instante a pensar. Trataría de conseguir transporte en lugar de escapar a pie, pero los vehículos de los invitados se encontraban a buen recaudo en una zona vallada. Sin embargo, los vehículos de la propiedad no. Hossam cruzó descalzo la hierba húmeda y se dirigió hacia la zona de los garajes.

Por toda la propiedad se encendieron brillantes luces de emergencia que iluminaron todo como si se tratara de un campo de fútbol. Hombres armados invadieron el césped. Hossam vociferó:

-¡Los vehículos de los invitados! ¡Registradlos!

Se formó un grupo grande que echó a correr hacia la zona vallada. Hossam salió disparado en dirección al garaje, empuñando el arma. ¡Maldito fuera aquel Temple, lo podidamente inoportuno que había sido! Cara y él estaban a punto de correrse por décima vez cuando oyó los tiros, pero tuvo que saltar de la cama y dejarla allí tal cual, todavía atada al cabecero.

El garaje, alargado y en sombras, estaba silencioso. Empezó a avanzar entre las filas de los Land Rover y los Jeep.

-¿Estás ahí? -susurró.

-Estoy aquí.

Hossam se giró en redondo al tiempo que Temple salía de las sombras llevando una mujer de la mano.

-Toma, tío -le dijo, sacándose un juego de llaves del bolsillo y lanzándoselas a Temple, quien soltó a la mujer para atraparlas con la mano izquierda-. Ese Mercedes verde de ahí.

-Gracias. Date la vuelta.

Con un suspiro, Eric Govert se dio la vuelta. Sólo esperaba no estar ausente demasiado tiempo, o Cara se pondría histérica de rabia. No oyó a Temple moverse, ni tampoco sintió el golpe que le dejó tirado en el frío suelo de hormigón.

CAPÍTULO 23

John se agachó, sacó el arma del corpulento hombre y se la lanzó a Niema.

-Ten, cógela.

Ella metió la pistola en el envoltorio que formaba la estola de noche, con las demás cosas. Levantaría sospechas el hecho de que no se llevasen en arma. John desbloqueó el cierre centralizado del coche con el mando a distancia que había en el juego de llaves y ambos saltaron al interior del vehículo.

-Túmbate en el suelo -dijo, poniéndole una mano en la cabeza a Niema y empujándola para que obedeciera.

Ella se acuclilló en el hueco que formaba el suelo mientras John arrancaba el coche y pulsaba el interruptor de apertura de la puerta del garaje. Esta empezó a deslizarse hacia arriba y se encendió la luz automática del techo. John miró a Niema, sonrió, y metió la primera velocidad. El potente automóvil se lanzó hacia delante con tal suavidad de tracción que no se oyó el menor chirrido ni fricción de neumáticos.

El primer disparo destrozó la ventanilla por encima de Niema y lanzó una lluvia de trozos de cristal al interior del coche. Reprimió un grito de sorpresa y se cubrió la cabeza con los brazos al tiempo que un segundo disparo atravesaba la puerta del conductor y el respaldo del asiento a escasos centímetros del brazo de John. La bala hizo un curioso ruido al hundirse en el cuero y la tela.

John pisó a fondo el acelerador, manipulando el cambio de marchas con cuidado. A cada nueva marcha, el incremento de la inercia empujaba a Niema contra el asiento.

-No te levantes -dijo John, y agachó la cabeza una fracción de segundo antes de que la ventanilla del conductor saltara en pedazos.

Las puertas. John se dirigía hacia aquellas enormes puertas con barras de acero. Niema apenas tuvo tiempo de sujetarse bien para resistir el impacto. Hubo un chirrido métalico y un estruendo de cristales rotos, y Niema oyó más disparos, las rápidas ráfagas de armas automáticas. Se vio lanzada hacia un lado, y se golpeó la cabeza contra la palanca de cambios. Una de las pesadas puertas, arrastrada de sus goznes, cayó a medias sobre el capó del coche.

-Estás bien? -gritó John al tiempo que metía la marcha atrás. La puerta giró y resbaló hasta el suelo. Volvió a cambiar de marcha y el coche se lanzó adelante y pasó por encima de la puerta con un entrechocar de metales.

-Sí -chilló Niema, pero no sabía si él la oiría por encima del tiroteo. John no estaba devolviendo los disparos, pues se encontraba totalmente concentrado en conducir. Niema buscó torpemente las dos armas que

escondía en los pliegues de la estola; la primera que tocó era la grande que llevaba el hombre de la Compañía. Se puso de rodilla y quitó el seguro.

-¡Maldita sea, no te levantes! -rugió John, moviendo una mano hacia ella como si quisiera empujarla de nuevo al suelo.

¡Tú conduce! -Niema se apartó bruscamente, agarró la pesada pistola con ambas manos y comenzó a disparar por la ventanilla. Aunque no acertara a nadie, el hecho de devolver los disparos por lo menos haría que sus atacantes buscaran refugio. Si no hacía algo, el coche, con ellos dentro, acabaría hecho trizas.

El arma culebreó en su mano, y la fuerte detonación la ensordeció. Varios casquillos calientes salieron despedidos al interior del coche, uno de ellos le rebotó en el brazo desnudo, dejándole una quemadura.

El Mercedes ya no avanzaba con la suavidad de antes; saltaba y se sacudía, el motor se ahogaba. Alguna de las balas debían de haber alcanzado algún punto crítico, pero por lo menos ya estaban fuera del recinto de la propiedad. Más disparos pasaron silbando junto a ellos, pero sonaban como armas de mano, lo cual quería decir que ellos quedaban fuera de su radio de acción.

-Tenemos que deshacernos del coche -dijo John, volviendo la cabeza para mirar atrás. El espejo retrovisor no era más que un marco metálico destrozado, pues el cristal había saltado por todas partes, reducido añicos.

-¿Dónde?

-En cuanto nos pierdan de vista. Con suerte, no encontrarán el coche hasta mañana.

Niema se asomó por encima de lo que quedaba del destrozado respaldo del asiento. La finca estaba iluminada de tal manera que parecía una ciudad en miniatura. Docenas de luces aparecieron tras ellos, claramente distribuidas por parejas… Eran faros de automóviles.

-Nos siguen -dijo.

Doblaron una curva, y de pronto surgió un denso grupo de árboles que ocultó la propiedad de la vista. John se salió de la carretera y aminoró la marcha para que los neumáticos no removieran el terreno, conduciendo el pesado vehículo en dirección a los árboles. Saltaron por encima de ramas y piedras, y los arbustos arañaron lo que en otro tiempo había sido la inmaculada pintura.

No tocó el pedal del freno, por si acaso una de las luces traseras funcionaba todavía . Cuando ya estuvieron lo bastante lejos de la carretera como para que los faros que les seguían no detectasen destellos de metal, se detuvo y apagó el motor. Los dos permanecieron sentados, en un silencio roto tan sólo por el leve tintineo y siseo del motor, atentos al ruido de los automóviles que pasaban de largo por su escondite.

Se encontraban a poco más de un kilómetro de la propiedad.

-¿Y ahora, que? -preguntó Niema. Su voz sonó graciosa, pero era porque aún le zumbaban los oídos a causa del tiroteo. El interior del coche apestaba a pólvora quemada y metal caliente.

-¿Te apetece correr un poco?

-Es mi pasatiempo favorito en medio de la noche, calzada con sandalias y vestida con un traje de dos mil dólares, con un centenar de tipos persiguiéndome y disparándome.

-Alégrate de que las sandalias no sean de tacón alto. -John golpeó las luces interiores con su pistola, rompiendo las bombillas, para que ninguna luz les traicionara al abrir la puerta.

Niema se levantó del suelo con cautela. Había infinidad de trozos de cristal esparcidos por los asientos, por sus hombros, por su pelo. Estaba muy oscuro entre aquellos árboles. La portezuela de su lado no se abría; probablemente, una bala habría alcanzado el mecanismo de la cerradura. Se arrastró por encima de la palanca de cambios, rozando cristales con cada movimiento que hacía.

John salió del automóvil y se introdujo otra vez en él para sacar a Niema en brazos de allí y depositarla de pie en el suelo, una vez fuera.

-Sacúdete -le dijo.

Ambos se agacharon, agitaron la cabeza y se sacudieron los brazos y la ropa para desprenderse de los pedazos de cristal que todavía llevaban prendidos. Niema sentía que le escocían un poco los hombros y los brazos, pero cuando se palpó con cuidado sus dedos aparecieron secos, así que por lo menos no sangraba. Ya era asombroso que los dos siguieran vivos; no haber resultado heridos bajo aquella granizada de cristales ya constituía un milagro, pero cuando se incorporaron, los ojos de Niema se habían adaptado más a la oscuridad, y vio que John tenía una mitad del rostro más oscura que la otra. El estómago se le cayó a los pies.

-Estás herido -dijo, luchando por mantener el tono sereno. No podían haberle dado. No podía ser. Algo vital para ella dependía de que él se encontrara bien.

-Por los cristales, no por las balas. -John parecía más irritado que ninguna otra cosa. Sacó el pañuelo de seda que llevaba en el bolsillo frontal de la chaqueta y se lo sujetó contra la frente-. ¿Tienes las dos pistolas?

-Están en el coche. -Niema se inclino y recuperó las dos armas-. ¿Y mis herramientas? ¿Vamos a dejarlas aquí? -Desde luego, no tenía ningunas ganas de cargar con ellas.

-Sácalas aquí.

Niema le entregó la bolsa de terciopelo, repleta de herramientas. Él las sacó y las fue lanzando, de una en una, lo más lejos que pudo entre los árboles y la vegetación. Si encontraran la bolsa de herramientas, Ronsard se preguntaría para qué las habían usado, y ya que habían sido descubiertos saliendo de su despacho, sin duda ordenaría un registro completo de todo el cableado, y daría con el micrófono. Un registro era la única manera de encontrarlo, pero no había manera de ocultar un micrófono cuando se examinaban los cables mismos.

-¿Tienes la estola?

-¿Para qué la necesito?

-Porque es negra y tapará una parte de esa piel que vas enseñando.

Niema cogió la estola y el bolso de noche del interior del Mercedes, aunque tuvo que ir palpando con todo cuidado hasta encontrarlos. El bolso era inútil; no llevaba dentro nada que pudiera servirles, ni siquiera dinero. Todo su dinero, su pasaporte, todo, estaba en su habitación. El pasaporte no la preocupaba; el nombre era falso, y John conseguiría que ambos regresaran incluso sin llevar ninguno, pero el dinero les habría venido muy bien.

John cogió el bolso del coche, pero en lugar de tirarlo se lo guardó en el bolsillo.

-Vamos.

Correr a través del bosque en medio de la oscuridad era demasiado peligroso; se arriesgaban a torcerse un tobillo, y posiblemente a romperse algún hueso, de modo que fueron escogiendo el camino entre los árboles y la vegetación baja, deteniéndose cada poco a escuchar si les perseguían. Les llegaba el ruido del tráfico de la carretera, cada vez más amortiguado a medida que se iban alejando de él. Pero no podían abrigar la esperanza de engañar a los hombres de Ronsard durante mucho más tiempo.

Salieron de los árboles a una vía secundaria.

-Vamos a seguir esta carretera durante un rato -dijo John-. Resulta más fácil andar por aquí, y mientras sea de noche podremos verles a ellos mucho antes que ellos a nosotros.

-¿Vamos a algún sitio en particular, o simplemente corremos?

-A Niza.

-¿Niza? ¿Por qué no a Lyon? Está más cerca.

-Ronsard tendrá vigilado el aeropuerto de Lyon y todos los alquileres de coches. Supondrá que iremos allí.

-¿Y qué tal Marsella?

-Nuestro yate se encuentra en Niza.

-Claro. No sabía que tuviéramos un yate.

-Es de la Compañía, y cuenta con un ordenador con enlace por satélite.

Desde allí podré enviar esta información a Langley para que se pongan a trabajar en ella inmediatamente.

-Entonces, a Niza.

John sacó una navaja del bolsillo y se arrodilló a los pies de Niema. Asió un puñado de tela, introdujo la hoja más o menos a la altura de la rodilla y rasgó el vestido de lado para cortar toda la mitad inferior de la falda.

-Llevas más cosas en los bolsillos de ese esmoquin de las que tiene Snoopy en su casita -comentó Niema-. No entiendo cómo te sigue sentando tan bien.

-Tengo un sastre muy bueno.

Ahora que ya habían salido de los árboles, Niema se fijó en que todavía le sangraba la cabeza. John rasgó una estrecha tira de la tela que acababa de cortar del vestido y se la ató sobre la herida. Llevaba el esmoquin sucio y con algunos jirones, pero cuando Niema se miró a sí misma vio que lo que

quedaba de su maravilloso Dior presentaba el mismo estado. John se enrolló al cuello los restos de la tela.

Empezaron a correr con un paso cómodo, porque no llevaban calzado deportivo y el impacto del duro asfalto contra las delgadas suelas de sus respectivos calzados de vestir laceraba cada hueso y cada músculo.

-¿Vamos a ir hasta Niza corriendo? -preguntó Niema cuando llevaban recorrido más o menos un kilómetro y medio.

-No, vamos a robar un coche.

-¿Cuándo?

-En cuanto encontremos uno.

Niema procuró buscar una zancada que resultara más fácil para sus piernas y sus pies, y trató de concentrarse en el presente. Mientras les disparaban, no le supuso esfuerzo alguno concentrarse, pero ahora no había más que el rítmico golpear de sus pasos sobre el asfalto, el suave sonido de su respiración y los ruidos nocturnos que les rodeaban. Sin nada que plantease una amenaza inmediata, sus pensamientos se redujeron a lo que había ocurrido en la oficina de Ronsard.

No quería pensar en ello, pero no podía evitarlo. Tal vez hubiera sido inevitable, dada la intensidad de la atracción sexual que sentía por John, desde el momento mismo en que le puso los ojos encima en el despacho de Frank Vinay. Él le había arrancado chispas, la había hecho sentirse tan viva que hubo ocasiones en las que no creyó poder caber dentro de sí. Aquellos besos que habían compartido… Tal vez la situación fuera fingida, pero su reacción no lo había sido. Con cada caricia, con cada baile, con cada beso, había ido creciendo su excitación hasta que resultó sorprendente que no hubiera ocurrido inmediatamente al lamerla él.

Ojalá no hubiera sucedido de aquel modo; ojalá John le hubiera hecho el amor en vez de montar una escena para seguir con la tapadera. Para ella, aquel acto había sido un cataclismo; para él, sólo un trabajo.

Quizá fuera esa la razón por la que dolía tanto. Quería ser para John algo más que simplemente otro trabajo, otro medio de conseguir un fin. Tenía miedo… Oh, Dios, tenía miedo de amarle.

Sería una insensata de primera clase si amara a John Medina.

Una cosa era amar a un hombre que viajaba; lo hacían miles de mujeres. Amar a un hombre que atrajera el peligro a cada momento era también algo que muchas hacían. Los policías, los bomberos, los trabajadores de la metalurgia, los de las plataformas petrolíferas; todos tenían trabajos peligrosos y pasaban largos períodos fuera de casa. Pero al menos vivían a la luz del día, al menos sus vidas eran reales. John siempre estaba montando una escena, realizando una misión, trabajándose a alguien. Casi siempre era otra persona. Niema nunca sabría si estaba vivo o muerto, o si iba a regresar aunque estuviera vivo.

Ella no podía amar así. No podía vivir así.

-Un coche -dijo John, interrumpiendo aquella angustiosa cadena de pensamientos. La agarró del brazo y la sacó a toda prisa de la carretera-. Agáchate.

Los faros de un automóvil surcaron la oscuridad en dirección a ellos, a gran velocidad.

Niema permaneció tendida boca abajo entre la vegetación, con la estola enrollada alrededor de los hombros y los brazos, y con los restos de su falda sobre las piernas desnudas. John estaba tumbado a su lado, entre ella y la carretera. El coche pasó de largo como una exhalación.

Se incorporaron lentamente. Hasta que dejaron de correr, Niema no se dio cuenta de lo mucho que le dolían los pies y las piernas. Se frotó las espinillas.

-Tal vez fuera mejor correr descalza antes que con esas sandalias.

-Sobre la tierra sí, pero no en el asfalto.

Las delgadas correas le estaban haciendo ampollas en los pies. Las aflojó para colocarlas de otra forma.

Estoy empezando a tener un problema con esto. John se puso en cuclillas a su lado.

-¿Ampollas?

-Todavía no, pero pronto las tendré.

-Está bien, se acabó lo de correr. Pero necesitamos conseguir un transporte esta noche, porque de día seremos más fáciles de localizar. Quería haber llegado más lejos antes de aliviar un coche, pero no podrá ser.

-¿Y qué diferencia hay?

-Si desaparece un coche prácticamente del jardín de Ronsard, ¿crees que él no se enterará y se imaginará que hemos sido nosotros los que lo hemos robado? Entonces sabrá en qué clase de coche vamos y podrá enviar gente que nos vigile.

Niema lanzó un suspiro.

-Entonces, caminemos.

John cerró la mano suavemente sobre su pie.

-No creo que podamos hacer eso tampoco. Pronto nos toparemos con una granja o un pueblo, y conseguiré lo que haya, aunque sea una grúa.

-Hasta ese momento -dijo Niema al tiempo que se ponía de pie-, caminaremos.

CAPÍTULO 24

Ronsard estaba más furioso de lo que había estado nunca en su vida, pero era más consigo mismo que con nadie. Al fin y al cabo, en aquel negocio cabía esperar traición. Lo que no había esperado era que alguien le hubiera engañado de aquella manera. Ni tampoco que con tanto personal de seguridad como había en la propiedad, nadie hubiera sido capaz de impedir que escapara un automóvil. Se suponía que eran profesionales, pero no habían desempeñado su función como tales.

Tenía un hombre muerto, y otro, Hossam, recuperándose de una contusión. Hossam había sido hallado en el suelo del garaje, inconsciente y a medio vestir. Después de suponer correctamente que Temple intentaría coger uno de los vehículos de la propiedad, era evidente que le habían sorprendido por la espalda. El hecho de que Hossam llevara puestos sólo los pantalones cuando debía estar trabajando representaba un enigma, hasta que se percató de que no había forma de encontrar a Cara, y envió a alguien a investigar. La encontraron atada a la cama, desnuda y furiosa. Ronsard recapacitó sobre si tendría que matar a Hossam por tratarla así, hasta que la preocupación de la chica, al enterarse de que él estaba herido, le hizo ver que lo que hubiera sucedido en aquella habitación fue de mutuo acuerdo.

Los invitados de Ronsard estaban impresionados y nerviosos. La violencia de lo ocurrido aquella noche había hecho comprender con exactitud a muchos de ellos cómo era el mundo en que vivía su anfitrión. Estaba muy bien eso de coquetear con el peligro, de jactarse ante los amigos de haber sido huéspedes en la lujosa propiedad de Louis Ronsard, de haberle pasado información que les hacía a ellos sentirse malvados y famosos también, pero la realidad fue más brutal de lo que ellos habían imaginado.

Ronsard supuso que ninguno de ellas había vista nunca un hombre que hubiera recibido un disparo en la cabeza. Se armó un follón de mil demonios mientras Temple lograba huir, bajo una lluvia de balas de armas automáticas que retumbaban como si hubiera estallado una pequeña guerra en el césped de la entrada. El coche se abrió paso a través de las puertas de la finca, y sus guardias se dispersaron al ver qua les contraatacaban con pequeñas armas de fuego. No fue sólo su seguridad la que había sido violada, sino también la de sus invitados. Ya no tenían la ilusión de estar a salvo; la mayoría de ellos se marcharían a primera hora de la mañana.

Como anfitrión, aquella noche había resultado un fiasco. Como hombre de negocios, todavía peor.

Temple y Niema habían estado en su oficina. No se le ocurría qué podía estar haciendo Niema allí. Quizá fuese socia de Temple, quizá no. Quienes presenciaron el tiroteo en el pasillo estuvieron unánimemente de acuerdo en que él la dominaba, la empujó de un lugar para otro y la arrastró afuera. Por otra parte, el coche lo conducía Temple; entonces, ¿quién, sino Niema, había

disparado a sus guardias? Era posible que Temple condujera y disparara a la vez; difícil, pero no imposible, era un experto asesino.

¿Qué habían estado haciendo en su oficina?

La cerradura no funcionaba. Sin embargo, se hallaba en perfecto estado la última vez que salió de su despacho, porque, automáticamente, llevado por la costumbre, siempre probaba la puerta al salir.

Permaneció de pie allí, mirando a su alrededor, tratando de verlo que podía haber visto Temple. ¿Qué podía interesarle? Los ordenadores, naturalmente. Pero en el de Cara no había nada que pudiera serle de interés, y la información que contenía el suyo estaba protegida por una contraseña.

La contraseña. Fue hasta su escritorio y echó un vistazo a lo que había encima. Nada parecía cambiado de sitio; su ejemplar de Historia en dos ciudades se encontraba exactamente donde 611. había deja-Sin embargo...

Sin embargo, el instinto de supervivencia que tan útil le había resultado siempre le dijo que, de algún modo, Temple había roto la barrera de seguridad de su ordenador, tan seguro como había roto la de la finca. Ronsard no podía permitirse el lujo de suponer otra cosa, ni tampoco de subestimar a su oponente, un hombre que era obvio que aparecía y desaparecía a voluntad, y que tenía acceso a documentos del gobierno antes de que estos se hicieran públicos. Un hombre así era un hombre que estaba respaldado por el poder, o que lo tenía en sus propias manos.

Había que encontrarles. Con una llamada telefónica a las autoridades de Lyon, lanzó inmediatamente una red sobre el aeropuerto; a continuación, cuando uno de sus hombres más observadores vio el punto en que un coche se había salido de la carretera, lo que le permitió dar con el Mercedes abandonado, extendió dicha red a las empresas de alquileres de coches.

Se movían a pie, a menos que Temple robase otro coche. Ronsard ordenó que se le informara inmediatamente si se daba parte de algún robo.

Se sentó frente a su escritorio, tamborileando con los dedos sobre la madera. Lyon era el destino inmediato más lógico... pero quizá Temple huyera en dirección contraria, por esa misma razón. Hacerlo inesperado. Mantener a tu oponente desequilibrado, confuso.

Aquello iba a ser como una partida de ajedrez, con ataques y contraataques. La clave de la victoria consistía en planificar por adelantado, anticiparse a los movimientos que pudiera hacer el adversario.

Marsella se encontraba al sur. Era una ciudad más grande que Lyon y tenía un puerto enorme y muy activo. Estaba más lejos, pero una vez allí, las probabilidades de escapar aumentaban espectacular-mente.

El puerto. Aquella era la clave. Temple huiría por mar.

El pueblo era pequeño, no más de quince casas sueltas, repartidas a ambos lados de la carretera. John eligió un antiguo modelo de Renault que estaba aparcado frente a una casita, pues en los coches antiguos era más fácil hacer un puente. Niema vigiló los alrededores mientras él abría fácilmente la portezuela y palpaba debajo del salpicadero, buscando los cables. Estaba encendida la luz del interior del coche, pero John no llevaba linterna y tuvo que arriesgarse a que alguien viera la luz. Con su navaja, peló la cobertura de plástico de los cables.

Tres casas más allá, un perro despertó de sus sueños perrunos y ladró una vez, y después guardó silencio. Ninguna luz se encendió en las ventanas de las casas.

-Entra -susurró John, haciéndose a un lado para que Niema pudiera meterse en el coche por aquella puerta sin hacer ruido para abrir la del copiloto. No era precisamente una niña, y el Renault era pequeño; se golpeó la rodilla contra la palanca de cambios, la cabeza contra la luz del techo, y el codo contra el volante. Lanzó un juramento en voz baja y por fin logró situarse en el asiento.

John no se rió, pero su boca mostró una curva que decía que deseaba hacerlo. La pequeña luz del interior del coche le permitió verle claramente por primera vez desde que salieron de la finca de Ronsard, y el corazón se le detuvo en el pecho. John tenía el lado derecho de la cara manchado de sangre seca, a pesar de sus esfuerzos por limpiarla. Su camisa, antes blanca como la nieve, se veía sucia de tierra y de sangre, llevaba el pelo revuelto y una barba incipiente que le oscurecía la mandíbula. Con la tira de tela negra alrededor de la cabeza, parecía un infame pirata vestido de Armani.

Si viera alguien el aspecto que ambos tenían en aquel momento, estaban listos.

John retorció los cables juntos, y el motor comenzó a querer arrancar. Tosió, el ventilador se puso en marcha, y John se deslizó al asiento y pisó con suavidad el pedal del acelerador. Con un rugido agudo, similar al de una máquina de coser, el coche arrancó. Sin cerrar la puerta, John pisó el embrague y metió la primera; entonces soltó el embrague y el coche empezó a rodar. Cincuenta metros más adelante, cerró la portezuela.

-¿Qué hora es? -preguntó Niema, hundiéndose en el asiento. Tenía los pies hinchados y doloridos. Se los sacó con cuidado de las sandalias, sabiendo que quizá no pudiera volver a ponérselas, pero no le importaba. El hecho de sentarse suponía un alivio tan grande que casi gimió de placer.

John consultó su reloj de pulsera.

-Poco más de las tres. Con suerte, disponemos de dos o tres horas antes de que alguien eche en falta el coche. ¿Por qué no intentas dormir un poco?

-No tengo sueño. -Y era verdad. Estaba agotada, pero no tenía sueño. Tenía hambre y sed, y una verdadera necesidad de poner sus doloridos pies en agua fría.

-Lo tendrás. Cuando te dé el bajón de adrenalina, caerás redonda.

-¿Y tú? ¿Tú no tienes adrenalina? -le soltó, aunque no sabía por qué de pronto se había puesto de mal humor.

-Yo ya estoy acostumbrado. He aprendido a superar el bajón. -Estoy bien.

Pero no lo estaba. Miró a J o h n . Sus fuertes manos se afirmaban sobre el volante, y su semblante se veía tan sereno como si se estuvieran yendo de excursión. A lo mejor ella tenía el mismo aspecto de calma, pero por dentro estaba hecha trizas.

-¿Quieres hablar de ello?

-No -contestó Niema, abatida. No había necesidad de preguntar a qué se refería con «ello». No quería que él mostrase lógico y razonable y le dijese que considerara lo que habían hecho parte de la misión. Lo único que deseaba era dejar atrás aquel episodio y salir con algún atisbo de dignidad aún intacta.

-En algún momento tendremos que hablar de ello.

-No. Quiero olvidarlo, y nada más.

J o h n calló por unos instantes, y su mandíbula se endureció.

-¿Estás enfadada por haberte corrido, o porque me corrí yo? Niema sintió deseos de gritar. Dios, ¿por qué no lo dejaba tal como estaba?

-Ninguna de las dos cosas. Las dos.

-Ésa es una respuesta ciertamente muy clara.

-Si quieres respuestas claras, hazte con un diccionario. Otra pausa, como si estuviera midiendo la resistencia de ella.

-Está bien, lo dejaré de momento, pero hablaremos de esto. Niema no contestó. ¿Es que no lo entendía? Hablar de lo que había sucedido esa noche era como meter el dedo en la llaga para que siguiera sangrando. Pero no, claro, cómo iba a entenderlo, cuando él no lo sentía así.

-¿Cuánto falta para llegar a Niza?

-Unos trescientos kilómetros si vamos por la autopista, menos si vamos por las montañas. Aunque es probable que la ruta directa no sea la más rápida, por lo menos con este c o c h e . No tiene caballos suficientes para subir las montañas poco más que arrastrándose.

-Si fuéramos por la autopista, llegaríamos hacia las seis y media o las siete.

Aproximadamente. Tenemos que detenernos a robar otro coche.

-¿Otro?

- Estamos demasiado cerca de la propiedad de Ronsard. Se enterará del robo de este en cuanto den el parte. Tenemos que abandonarlo.

- ¿Dónde?

-En Valence, supongo. Allí buscaré alguna otra cosa.

Eran ladrones de coches en serie, musitó Niema. Bueno, ¿no quería emociones? Pues John Medina ciertamente se las proporcionaba con creces; en su compañía no había tiempo de aburrirse. Pero el hogar cada vez le parecía mejor, un refugio en el que podría hacer frente a la idiotez de haberse enamorado de él. Pensó en la paz de su casa, con todo minuciosamente colocado a su gusto... excepto los pestillos dobles que había en todas las puertas y ventanas.

-Si consigo sacar un billete de avión, mañana a estas horas estaré en casa -dijo, pero entonces se acordó del pasaporte-. No, borra eso. No tengo pasaporte. ¿Cómo voy a regresar a Estados Unidos?

- Probablemente tomaremos un transporte militar. ¿Se incluía él también?

Aquello era nuevo.

-¿Tú también vas a regresar a Washington?

- Por el momento. No se explayó más sobre el asunto, y Niema no preguntó. En vez de eso, reclinó la cabeza y cerró los ojos. Aunque no pudiera dormir, al menos podría descansar.

-Esta mañana, un panadero ha dado parte del robo de su coche... aquí.

-Ronsard puso un dedo en el mapa. El pueblo se encontraba situado a trece kilómetros de su mansión, en una estrecha carretera que torcía en general hacia el suroeste y más adelante cruzaba la autopista. Varios de sus empleados de seguridad estaban reunidos alrededor de la mesa mientras él hablaba por teléfono con un amigo que tenía en las autoridades locales.

Si Temple se dirigía al sur, habría estado aproximadamente en la misma zona en la que estaba aquel pueblo.

-¿De qué marca y color es el coche? ¿Tienes el permiso? -Escribía mientras escuchaba-. Sí, gracias. Manténme informado. Colgó y arrancó la hoja del cuaderno.

-Buscad este coche-dijo, entregando el papel a sus hombres-. En la autopista de Marsella. Traedle vivo, si es posible. Si no... -Se encogió de hombros sin terminar la frase.

-¿Y la mujer?

Ronsard titubeó. No sabía hasta qué punto estaba complicada Niema. Había registrado personalmente su habitación y no había encontrado nada sospechoso. ¿Podría Temple haberla secuestrado? Había una cosa de la que estaba completamente seguro: Temple se había obsesionado con ella. La intensidad con que la miraba no podía ser fingida. Podía sentir eso si eran socios, pero si no lo eran, Temple era de la clase de hombres que no se molestarían en raptar a una mujer si ella no quería ir voluntariamente.

La Niema que él conocía era graciosa, de lengua un poco afilada y tierno corazón. Recordó la forma en que enseñó a Laure a ponerse el maquillaje que acababa de recibir, la dulzura, el hecho de no hablarle a la niña como si estar enferma hubiera embotado la capacidad de ésta para comprender las cosas.

Por Laure, dijo:

-Procurad no hacerle daño. Traédmela aquí.

CAPÍTULO 25

Llegaron a Valence antes del amanecer. John recorrió las calles, buscando un objetivo prometedor. La ciudad tenía una población de más de sesenta mil habitantes, de modo que no debería tener demasiadas dificultades en encontrar otro coche.

Lanzó una mirada a Niema, que iba sentada derecha como un soldado, y apretó los labios en una mueca agria. Aquella noche había estado a punto de conseguir que la mataran. Estaba tan seguro de que iba a ser cuestión de entrar y salir, un trabajo de los que era capaz de hacer a ciegas... y en lugar de eso les había costado escapar con vida.

Seguía corriendo riesgos con la vida de ella. Lo sabía, y sin embargo no se atrevía a hacer la llamada que les sacaría de allí, todavía no, con aquello que había sucedido en la oficina de Ronsard aún interponiéndose entre ellos como una serpiente enroscada y lista para atacar si él intentaba moverla.

Una llamada telefónica. Aquello era lo único que haría falta. En el plazo de una hora les recogerían y les llevarían por vía aérea hasta Niza, donde transmitiría los archivos por satélite y finalizaría la misión. Pero tal como estaban las cosas, Niema removería cielo y tierra para irse a su casa y alejarse de él. No podía permitir que sucediera eso, no tal como estaban las cosas entre ellos.

Se había tomado muchas molestias para impedir que Niema se diera cuenta de lo centrado que estaba en ella, y ahora eso se volvía contra él. Niema creía que no era más que un medio para lograr un fin. ¿Qué diría si él le dijera la verdad, que incluso aunque la escena de sexo en la oficina de Ronsard había comenzado como un montaje, vio la oportunidad de hacerla suya y la usó sin piedad? Lo que era peor, volvería a hacerlo. La tomaría del modo que pudiera, en el momento en que pudiera.

Todo lo que había dicho en la mansión de Ronsard, todo lo que había hecho era la verdad. Por eso Ronsard se lo había creído tan fácilmente, porque era cierto. Pero Niema no parecía verlo, aunque Jonh sabía que ella le deseaba, que tenía tal conciencia física de él que había llegado al orgasmo con sorprendente rapidez. A lo mejor era que él era muy bueno a la hora de representar un papel. Estaba cansado de representar papeles; cuando la besó, maldita sea, deseaba que ella supiera que la besaba porque quería, y no porque aquello era lo que decía algún guión no escrito en ninguna parte.

Un coche de la policía venía hacia ellos por el otro carril. John estaba tan preocupado que casi se le pasó por alto que iba aminorando la marcha al acercarse. Entonces entró en acción el instinto y los reflejos se hicieron cargo de la situación.

-Nos han pillado -dijo, al tiempo que reducía de marcha y tomaba por la siguiente a la derecha girando sobre dos ruedas. No tenía sentido mostrarse sutil; no importaba que supieran que les habían visto. Lo que importaba era

sacar aquel coche de la calle antes de que les atraparan. Pisó el acelerador a fondo, pues necesitaba girar de nuevo antes de que la policía pudiera dar la vuelta y plantarse detrás de ellos.

Niema se puso totalmente alerta.

-¿Tan pronto? -preguntó con incredulidad.

-Ronsard tiene mucho dinero. Puede hacer que un vehículo robado se convierta en un asunto de la máxima importancia.

Presionó al pequeño coche todo lo que pudo, haciendo protestar al motor. El siguiente giro fue a la izquierda, y también lo hizo sobre dos ruedas. Se saltó los semáforos y torció por la siguiente a la izquierda, que les llevó de vuelta a la calle de la que habían huido la primera vez. Niema trataba de sujetarse al salpicadero, a la puerta, a cualquier cosa, con tal de no rebotar por todo el coche.

John giró a la derecha. Ahora, con suerte, se estaban alejando del coche de policía. La estrecha calle en la que se encontraban era tortuosa y oscura; a menos que tocase los frenos, sus perseguidores no podrían encontrarles. Se le daba bien conducir sin usar los frenos. Reducía de marcha cada vez que necesitaba aminorar para tomar una curva, y así dejaba que el trabajo lo hiciera el motor.

-¿Y ahora, qué? -preguntó Niema. Había renunciado a tratar de sujetarse y estaba de rodillas en el suelo. A pesar de todo, su voz había recobrado una chispa de ánimo. John recordó la manera en que había agarrado la pesada pistola y contestado a los disparos mientras atravesaban las puertas de la finca; lejos de ponerse histérica, se creció con la emoción.

-Nos atendremos al plan original. Dejar este coche y conseguir otro.

-¿Hay alguna posibilidad de conseguir algo de comer mientras hacemos todo esto?

-Si encontramos un arroyo donde poder lavarnos. Tal como vamos, llamamos demasiado la atención.

Niema se miró los pies descalzos y el destrozado vestido, y luego contempló el esmoquin manchado de sangre de John, y se encogió de hombros.

-Vamos un poco demasiado vestidos. No creo que sirva de mucho que nos lavemos la cara y las manos.

En eso tenía razón. Necesitaban cambiarse de ropa antes de dejarse ver en público. Además, John se había olvidado de la tira de tela negra que llevaba alrededor de la cabeza, pero no podía quitársela hasta que encontrasen agua, pues la sangre seca había pegado el tejido a la herida, y si se lo arrancaba, aquello podía empezar a sangrar otra vez.

Por otra parte, si el siguiente coche que robasen tenía el depósito lleno de gasolina, también podrían robar algo de comida y agua, y así no necesitarían detenerse más veces hasta llegar a Niza. En el yate se ducharían y les darían ropa.

-También necesitamos encontrar una zona apartada, por otras razones -señaló Niema.

-Entendido y obedeciendo.

Dejó el Renault aparcado detrás de una tienda y quitó las placas de matrícula. Al siguiente coche que encontraron le quitó las matrículas y las sustituyó por las del Renault, después regresaron a este último y le pusieron las placas del otro. Cuando la policía local encontrase el coche y comparase la matrícula con la del coche objeto del robo, pensaría que se trataba de un automóvil distinto. Al final se imaginarían lo ocurrido, pero por lo menos eso les retrasaría un poco.

-¿Adonde vamos ahora? -quiso saber Niema. Estaba cansada, pero al menos John había encontrado un arbusto detrás del cual había podido aliviarse, así que no sentía ninguna incomodidad física, aparte de sus maltrechos pies.

-Iremos andando hasta que encontremos otro coche.

-Ya me temía que fueras a decir eso. ¿Por qué no hemos cogido el coche al que hemos puesto las matrículas del Renault?

-Los dos estaban demasiado juntos. Sospecharían automáticamente de nosotros. Necesitamos un coche que esté al otro extremo de la ciudad.

Niema suspiró. Lo último que deseaba hacer en aquel momento era ir andando hasta el otro extremo de la ciudad. No; lo último que deseaba era que la atrapasen. Se mordió la lengua para contener cualquier queja que pudiera escapársele.

Caminaron durante cuarenta y cinco minutos hasta dar con el coche que John quería. Se trataba de un Fiat, aparcado en lo alto de una pequeña cuesta, y no estaba cerrado con llave.

-Entra -dijo, y ella se subió al vehículo, agradecida. En vez de hacerle un puente, John lo puso en punto muerto, apoyó las manos en el marco de la puerta y lo empujó para hacerlo avanzar. Luego se coló adentro de un salto y fueron rodando en silencio cuesta abajo, alejándose de la casa de su propietario. Lo dejó rodar hasta donde fue posible y entonces hizo el puente. El motor sonó como otra máquina de coser, pero funcionó sin problemas, y eso era lo único que necesitaban ellos.

Ronsard paseaba en silencio. No le gustaba dejárselo todo a sus hombres. Comprendía a Temple, por lo menos no le subestimaba. Sus invitados se habían ido; no había motivo alguno para quedarse allí.

Sonó el teléfono con noticias nuevas. El Renault había sido encontrado en Valence, pero no había rastro de Temple ni de madame Jamieson. Las matrículas del Renault se habían intercambiado con las de un Volvo, pero el Volvo no había sido robado.

-¿Qué otros coches han sido robados en las últimas veinticuatro horas?

-Se han llevado un Peugeot de detrás de una casa, a un kilómetro de donde estaba el Renault. También un Fiat, pero ese estaba un poco más lejos. Y también se ha dado parte del robo de un Mercedes, pero el dueño ha estado fuera de la ciudad y no sabe cuánto hace que le desapareció el coche.

El Peugeot era el más probable de todos, pensó Ronsard. Era el que estaba más cerca. Aun así... tal vez fuera eso lo que Temple quería que pensara.

-Concéntrate en el Mercedes y el Fiat -dijo-. Tomaré el helicóptero y me reuniré contigo dentro de dos horas. Encuentra esos dos coches.

-Sí, señor -fue la concisa respuesta.

Ya era mediodía cuando llegaron a Niza. Niema estaba tan cansada que apenas podía pensar, pero de un modo u otro su cuerpo continuaba moviéndose. Fueron recibidos en el muelle por un hombre en un pequeño fueraborda, que les llevó hasta el yate amarrado en el puerto. Tenía que ser de la Compañía, pensó Niema. Era americano y no hizo preguntas, sólo se limitó a guiar el bote con mano experta por el puerto y situarlo al costado de un reluciente barco de color blanco de veinte metros de eslora.

No estaba tan cansada como para no asombrarse. Contempló el yate, con su impresionante juego de antenas que sobresalían de él. Cuando John dijo «yate», se imaginó una embarcación de unos nueve o diez metros, con una cocina diminuta, un cuarto de baño más diminuto todavía, y literas en un abarrotado camarote. Pero aquello pertenecía a una categoría totalmente diferente.

John cruzó algunas palabras en voz baja con el otro hombre, dándole instrucciones acerca de cómo deshacerse del Fiat robado. Tenía que desaparecer de inmediato. También le dio otras instrucciones:

-Manténnos vigilados. No dejes que nadie se nos acerque sin avisar.

-Entendido.

Se volvió para mirar a Niema.

-¿Podrás subir por la escalerilla?

-Si lo hago, ¿me ganaré una ducha y meterme en la cama?

-Desde luego.

-En ese caso, puedo subir la escalerilla.

Unió la palabra a la acción, apoyó los pies descalzos en los barrotes y empleó las últimas fuerzas que le quedaban para subir a cubierta. John lo hizo con tanta facilidad como si acabara de despertarse después de haber dormido toda la noche, tan fresco. Tenía un aspecto terrible, pero Niema no logró ver en él ningún signo de fatiga.

Abrió la escotilla y la hizo pasar. El interior era sorprendentemente espacioso, y llevaba incorporado todo lo que era posible llevar, con un diseño a la vez moderno y lujoso. Ellos se encontraban en la parte central del barco, en un gran salón decorado con madera de color claro y bordes en azul marino; al fondo se abría una cocina completa. John la condujo más allá de la cocina, a un estrecho pasillo, o como quiera que se llamase eso en un barco. Si a las cuerdas las llamaban cabos y a los dormitorios camarotes, un pasillo debía de tener un nombre distinto también.

-Este es el cuarto de baño -dijo, abriendo una puerta-. Ahí dentro tienes todo lo que necesitas. Cuando termines, usa cualquiera de estos camarotes. -Le indicó dos puertas que había en el pasillo, un poco más adelante.

-¿Dónde vas a estar tú?

-En la oficina, enviando la información vía satélite. Hay otros dos cuartos de baño a bordo, de modo que no tengas ninguna prisa.

¿Prisa? Debía de estar de broma.

El cuarto de baño estaba tan lujosamente amueblado como el resto del barco. Todos los armarios eran empotrados, para ahorrar espacio. La ducha con mampara de cristal era indiscutiblemente amplia, con accesorios dorados. En un gancho detrás de la puerta colgaba un grueso albornoz blanco de felpa, y el suelo de brillantes baldosas estaba cubierto por una alfombra de baño tan gruesa que los pies se le hundieron en ella.

Investigó el contenido de los armarios y encontró todo lo que podía necesitar, como John había dicho: jabón, champú, acondicionador, dentífrico, un cepillo de dientes nuevo, crema hidratante. En otro cajón había un secador de pelo y un surtido de peines y cepillos.

Estaba tan cansada que lo único que deseaba hacer era tenderse en la cama y pasar el resto del día durmiendo. Se encontraban a salvo, misión cumplida. Había hecho lo que se había comprometido a hacer.

Debería sentirse satisfecha, o por lo menos aliviada, pero en cambio, lo único que sentía era un intenso dolor hueco que le había nacido en el pecho y ahora parecía extenderse por todo el cuerpo. Todo había terminado. Se acabó. John. La misión. Todo.

-No puedo permitir que se vaya -susurró, sosteniéndose la cabeza con las manos. Le amaba demasiado. Llevaba semanas intentando luchar contra aquel sentimiento; amar a un hombre como él era muy duro. Ya había amado a un maldito héroe, a Dallas, y perderle casi había acabado con ella. A lo que se arriesgaba ahora era demasiado destructivo para tenerlo en cuenta siquiera, pero no había forma de volver atrás.

Tampoco veía ningún futuro para ellos. John era esencialmente un lobo. Habían trabajado juntos en aquella misión, pero no era probable que volviera a suceder algo así. Por necesidad, John tenía que limitar el número de personas que conocieran su verdadera identidad, y controlar con mucho cuidado los contactos con ellas. Todavía no entendía por qué ella era una de esas personas, a pesar de aquello que él dijo de haberse visto tomado por sorpresa y haber soltado por impulso su nombre auténtico. John Medina no decía nada por impulso; todo lo que decía, todo lo que hacía, tenía algún propósito.

¿Por qué se lo había dicho a ella? Ella no era nadie, un técnico de bajo nivel con cierto talento para los dispositivos de vigilancia electrónica. Podía haberse callado y haber dejado que siguiera creyendo que se llamaba Tucker, o también podía haberse inventado otro nombre. Estaba bien claro que tenía una lista entera guardada en algún recóndito lugar de aquel retorcido cerebro. Ella no tenía forma de distinguir la diferencia.

Se volvería loca preguntándose qué sería de él, qué estaría haciendo y por qué. Ninguna mujer en su sano juicio podía amarle, pero si aquella misión le había enseñado algo, era que no estaba en su sano juicio. Era una yonqui de la adrenalina, una amante del riesgo, y aunque había pasado los cinco últimos años castigándose a sí misma por la muerte de Dallas y tratando de reorganizar su vida y su personalidad de forma más convencional, ya no podía seguir manteniendo aquella fantasía. Lo único que tenía que hacer John era entrar por una puerta y hacerle una seña, y ella se iría con él... a donde fuera, en el momento que fuera.

La irritaba estar tan indefensa ante él. Si él le hubiera demostrado a su vez aquella misma debilidad, no se sentiría tan desesperada. Sabía que le gustaba a John; físicamente, él había reaccionado cuando se besaron, y, desde luego, en la oficina de Ronsard había demostrado estar a la altura de las circunstancias, pero una respuesta física en un hombre era algo tan automático, que no podía asignarle ninguna importancia. Como el propio John había señalado, los hombres eran criaturas simples, lo único que necesitaban era un cuerpo caliente. Ella había cumplido ese requisito.

Podría quedarse allí el día entero, repasando los detalles en su mente una y otra vez, como un ratón tratando de salir de un laberinto, pero siempre llegaba a la misma conclusión: no veía un futuro con John. Él era lo que era. Vivía en la sombra, se arriesgaba todos los días, y mantenía su vida personal reducida al mínimo. Niema incluso amaba aquella parte de él, porque ¿cuántas personas habría en el mundo que pudieran hacer lo que había hecho él, sacrificarse del modo en que se había sacrificado?

Lo único que podía hacer era tener la esperanza de verle de vez en cuando. Incluso bastaría cada cinco años, sólo para saber que seguía vivo.

Con un estremecimiento, apartó de su mente aquella última idea y se puso en acción. Se quitó aquella ropa sucia y se metió bajo la ducha caliente. Dejó la mente en punto muerto mientras se enjabonaba, se frotaba y se lavaba el pelo. Insistió en una tozuda mancha oscura que tenía en el muslo, hasta que se dio cuenta de que era un moratón. Lavarse la hizo sentirse ligeramente mejor, aunque el rostro que vio en el espejo seguía estando pálido y demacrado, y los ojos se veían oscurecidos por el agotamiento. Aprovechó al máximo todo lo que había a su disposición, se lavó los dientes, se aplicó crema hidratante, se secó el pelo. Incluso encontró un tubo de pomada que se puso en las rozaduras de los pies.

El ritual de acicalamiento tuvo un efecto sedante, y calmó la tensión nerviosa que sentía. Ahora podría dormir, se dijo, e incluso consiguió esbozar una sonrisa. ¡Como si lo hubiera puesto en duda en algún momento! Pensaba pasar por lo menos diez horas en posición horizontal, y alguna más si podía.

Más tarde se encargaría de su ropa sucia, y se envolvió en el suave albornoz. Lo único que quería ahora era dormir.

Al abrir la puerta se quedó petrificada en el sitio. John estaba allí, al otro lado de la puerta, desnudo salvo por una toalla mojada que llevaba alrededor de la cintura. Ya se había duchado; todavía tenía algunas gotas de agua en el vello del pecho. Niema cerró las manos en dos puños sobre el cinturón del albornoz para impedirse a sí misma tocarle, apoyar las palmas en aquella pared de tibios músculos y sentir los latidos de su corazón bajo los dedos.

-¿Has terminado? -le preguntó, sorprendida.

-Me ha llevado sólo un par de minutos. Cargar el disco en el ordenador, conectar con el satélite, y enviar la transmisión. Hecho.

-Bien. Debes de estar tan cansado como yo.

Él le bloqueó la salida del cuarto de baño y la miró con una expresión indescifrable en sus ojos azules.

-Niema…

-¿Sí? -le animó ella, al ver que no decía nada más.

John le tendió una mano, con la palma vuelta hacia arriba, totalmente firme.

-¿Quieres dormir conmigo?

El corazón le dio tal vuelco que sintió que se le doblaban las rodillas. Miró fijamente a John, preguntándose qué habría detrás de aquella mirada impenetrable, y entonces se dio cuenta de que no importaba. Por el momento, lo único que importaba era estar con él. Puso su mano en la de John y susurró:

-Sí.

John la rodeó con sus brazos y la levantó del suelo casi antes de que aquella palabra saliera de su boca. Sus labios se cerraron sobre los de ella, hambrientos, devoradores, ardientes. Su boca sabía a la misma pasta de dientes que ella había usado. Su lengua entró con urgencia en la boca y se encontró con la suya. Niema le echó los brazos al cuello y se perdió, sintiendo una explosión de alegría y placer en las venas.

John dejó caer la toalla allí mismo, y ella perdió el albornoz en algún punto del breve recorrido hasta el camarote más cercano. No supo exactamente cómo se lo quitó él, pero lo hizo. Ambos cayeron sobre la cama, y antes de que pudiera recuperar el aliento, John se colocó encima e introdujo las piernas entre las de ella.

Fue una penetración brusca y violenta. Niema gritó, arqueó la espalda, clavó las uñas en los hombros de él. Su pene estaba tan caliente y duro que era como un grueso tubo candente que pugnara por introducirse en su cuerpo sin preparar. El cuerpo entero de John ardía por la urgencia, sus músculos se estremecían al penetrar cada vez más profundo, en toda su longitud. Su boca se apoderó de la de Niema, acallando sus gemidos a medida que iba inundándola la excitación. Aquello no formaba parte de una misión. Aquello no era fingido. La deseaba de verdad.

Lo tenía dentro hasta la empuñadura, como una presencia opresiva, rebosante. John enterró la cabeza en su hombro y se estremeció de alivio, como si no pudiera soportar un instante más separado de ella.

Aquel no era el John Medina que ella conocía, aquel hombre con aquella imperiosa necesidad. Él siempre era muy controlado, pero en aquel momento no mostraba ningún control.

Niema le acarició la espalda con las manos, notando los fuertes músculos bajo la piel.

-Hay un concepto que quiero meterte en la cabeza -murmuró-. Se llama preliminares.

Él levantó la cara y esbozó una sonrisa de tristeza. Se apoyó sobre los codos, adoptó una postura más cómoda sobre ella y dentro de ella, le tomó la cara entre las manos y la besó en los labios.

-Soy un hombre desesperado. En cuanto me permites tocarte, necesito meterme dentro de ti lo más rápidamente posible, antes de que cambies de opinión.

Aquellas palabras la sorprendieron, pues apuntaban a una vulnerabilidad, una necesidad que jamás había sospechado que pudiera sentir John.

Él se movió, una caricia lenta que desencadenó un pequeño motín en las terminaciones nerviosas de Niema. Lanzó una leve exclamación, y alzó las piernas para abrazarle las caderas.

-¿Por qué iba a cambiar de opinión? -consiguió decir.

-Las cosas no siempre han sido... fáciles entre nosotros.

Tampoco eran fáciles en aquel momento. Había tensión, dolor e incertidumbre, una explosiva atracción sexual, hasta una chispa de hostilidad provocada por el choque entre dos personalidades fuertes. No había nada sereno en aquella relación, no lo había habido nunca.

Niema deslizó los dedos entre los mechones húmedos del cabello de John, sujetándole, al tiempo que levantaba las caderas y empezaba a moverse por su cuenta.

-Si quisiera algo fácil y relajado, me subiría a un tiovivo.

El cuerpo entero de John se puso tenso, y sus ojos ardieron con un azul eléctrico. Pareció perder la capacidad de respirar. Niema repitió el movimiento, levantarse para absorberle dentro de sí y contraer todos sus músculos internos para retenerle, succionarle con su cuerpo. Un áspero gruñido salió de la garganta de él.

-Entonces agárrate fuerte, cariño, porque esto va a ser largo y muy duro.

-De hecho -ronroneó ella-, ya lo está siendo.

El sonido que emitió él fue casi como si riera.

-No quería decir eso.

-Entonces enséñame qué es lo que querías decir.

Otra vez aquella mirada en sus ojos, aquel muro impenetrable tras el cual se agitaba algo esquivo.

-Un montón de cosas distintas -murmuró John-. Pero por el momento, vamos a concentrarnos en esta.

CAPITULO 26

Niema despertó en sus brazos a la mañana siguiente. Permaneció tumbada y en silencio, aún soñolienta, oscilando entre la vigilia y el sueño. Estaba acurrucada sobre su costado izquierdo, John era un sólido muro a su espalda, con sus piernas entrelazadas con las suyas y un brazo descansando sobre su cadera. Sentía el calor de su respiración en el hombro.

No había dormido así con un hombre desde Dallas, pensó medio dormida. El nombre resonó suavemente en su cabeza. No... El último hombre con el que había dormido había sido John. Aquella revelación le causó una fuerte impresión. Se acordó de la horrible experiencia que había vivido en Irán, del modo en que él la abrazó y la tranquilizó para que se quedara dormida, del modo en que volvió a abrazarla a la mañana siguiente mientras ella lloraba, cuando se despertó y se dio cuenta de que él no era Dallas, de que Dallas jamás volvería a abrazarla en la noche.

No veía el reloj, pero casi había amanecido; el cielo empezaba a clarear. Llevaban en la cama... ¿cuánto, dieciséis, diecisiete horas? Hacer el amor, dormir, otra vez hacer el amor. John se había levantado una vez y había regresado con una bandeja de pan, queso y fruta, y aquello había sido la cena de ambos. Aparte de eso, no habían salido del camarote excepto para visitar el cuarto de baño.

Se sentía aletargada, contenta de estar justamente donde estaba. Todo su cuerpo estaba relajado, satisfecho, bien usado.

Los labios de John le rozaron ligeramente la nuca, y entonces comprendió que estaba despierta. Se acurrucó un poco más contra él y suspiró de placer. Cómo le gustaba aquello, despertarse temprano estrechamente abrazada por el hombre al que amaba; pocas cosas había en la vida que fueran más satisfactorias.

La erección matinal de John la empujó por detrás, insistiendo contra sus nalgas. Intentó darse la vuelta, pero él la mantuvo en su sitio con un murmullo y ajustó su postura para guiarse entre sus piernas. Niema arqueó la espalda para ofrecerle un mejor ángulo. John le puso una mano en el estómago para sujetarla y empujó. Fue penetrando lentamente; Niema estaba suave, húmeda, pero las posiciones de ambos hacían que su cuerpo cediera de mala gana a aquella intrusión. Respiró por la boca, tratando de mantenerse relajada. Teniendo las piernas juntas, no había mucho espacio en su interior; sentía a John enorme, dilatando su carne hasta el límite. Era una sensación que bordeaba el dolor, pero precisamente por eso resultaba excitante. Echó la cabeza hacia atrás, contra el hombro de John, luchando por contenerse y al mismo tiempo obtener más de él. Un centímetro más, y dejó escapar un gemido.

John se paró.

-¿Va todo bien? -Su voz era grave, turbia por el sueño y el deseo.

No lo sabía. Tal vez.

-Sí -susurró.

John subió la mano derecha hasta sus pechos y empezó a acariciar la curva inferior de los mismos con las yemas de los dedos, tal como había descubierto que a Niema le gustaba. Aquella sutil caricia encendió una llama de placer, preparó sus pezones para un contacto más directo. Este vino del dedo pulgar, que comenzó a moverse despacio sobre ellos, trazando lentos círculos, hasta que se endurecieron y se le clavaron a John en la palma de la mano. Asustaba ver lo rápidamente que él había aprendido hasta el más nimio detalle de cómo le gustaba que la tocasen; asustaba ver que había centrado su atención en ella de tal forma que no se le había escapado ni el menor fallo de su respiración. Después de una sola noche, John conocía su cuerpo tan bien como ella misma.

Deslizó el brazo izquierdo debajo de ella para rodearle la cintura y descansar una mano sobre su pubis. A continuación introdujo el dedo medio y presionó ligeramente el clítoris. No lo frotó, sólo lo presionó, dejó el dedo allí. Entonces empezó a empujar con movimientos lentos y largos que hacían que el cuerpo de Niema avanzara y retrocediera contra su dedo.

Ella gritó y se agitó bajo aquella sacudida de placer. John le susurró algo tranquilizante para calmarla, y reanudó los movimientos.

-Te deseé la primera vez que te vi -le murmuró-. ¡Dios, cómo envidié a Dallas! -Su mano derecha subía y bajaba por el torso de Niema, acumulando sensación tras sensación-. He permanecido apartado de ti cinco largos y jodidos años, te he dado la oportunidad de asentarte con un hombre adecuado, pero tú no la has aprovechado y yo ya estoy cansado de esperar. Ahora eres mía, Niema. Mía.

Niema tenía la mente aturdida. John no era dado a desahogarse diciendo palabrotas, así que el hecho de que hubiera dicho lo que acababa de decir daba una buena medida de la intensidad de sus sentimientos.

-¿J-John? -tartamudeó, buscándole con las manos. No tenía idea de que dentro de John bullían semejantes cosas. Pero ¿cómo iba a saberlo? Era demasiado buen actor.

John retiró las caderas y volvió a penetrarla en un movimiento firme, sin prisas, que no guardaba relación alguna con la forma en que le retumbaba el corazón.

-Te pedí que participaras en esta misión porque no podía dejarte escapar.

Deslizó la boca hasta su cuello, en busca del punto exacto situado entre el cuello y el hombro en que el más leve contacto la hacía estremecerse de placer y un mordisco la iluminaba como si fuera un árbol de navidad. John la lamió y la besó, sujetando su tembloroso cuerpo, tenso contra el suyo. Niema intentó separar las piernas, levantar un muslo y apoyarlo contra el de él, pero John le bajó la pierna y se lo impidió.

Niema culebreó, casi enloquecida de necesidad. Por muy bueno que fuera aquel dedo entre sus piernas, al tenerlas cerradas el contacto no era suficiente; sus caricias no llegaban lo bastante adentro ni lo bastante rápido.

John la había llevado hasta el punto de ebullición con palabras y caricias, pero no le permitía rebasarlo.

-Tenías razón -jadeó John, proyectando su aliento caliente sobre la piel de ella-. Podría haber encontrado otra persona que colocase el micrófono. Diablos, hasta podría haberlo colocado yo mismo. Pero quería tenerte conmigo. Quería esta oportunidad de tenerte.

-Déjame poner una pierna encima de la tuya -rogó Niema, casi loca de frustración-. Muévete más deprisa. Por favor. ¡Haz algo!

-Aún no. -Volvió a besarla en el cuello. Niema llevó la mano derecha detrás de ella para agarrarle, y se aferró a su nalga-. En la oficina de Ronsard...

-¡Por el amor de Dios, confiésate más tarde!

Él rió y le cogió la mano para apartarle las uñas de su trasero.

-No era mi intención llegar tan lejos. Nunca he perdido el control de ese modo. -Le hociqueó la oreja-. Tenía que saborearte, besarte... y después tuve que hacerte mía. Quería que nuestra primera vez fuera en una cama, con tiempo de sobra para amarte, pero no pude parar. Olvidé la misión. Lo único que importaba era tenerte.

Estaba diciendo cosas que cualquier mujer en sus cabales querría oír del hombre al que amaba, pensó Niema con la mente confusa. Pero, maldito fuera, estaba diciéndolas cuando ella se encontraba al borde de la muerte. Y, además, lo que decía la excitaba cada vez más, porque cada una de aquellas palabras parecía clavársele directamente en el alma.

-Tú crees que el fin de esta misión es el fin de nosotros. Nada de eso, amor mío. Tú eres mía, y seguirás siendo mía.

-John -boqueó Niema-. Te quiero. ¡Pero si no empiezas a mover el culo en este mismo momento...!

John rió con un profundo rugido gutural de puro placer, y obedeció. Le alzó el muslo sobre su cadera y empezó a moverse más deprisa, profundizando más. Niema se tensó, con las piernas temblando, y explotó en un violento climax. John se unió a ella antes de que hubieran cesado los espasmos.

Niema no podía dejar de temblar. El placer había sido demasiado intenso, demasiado prolongado, y aún no se creía del todo las cosas que había dicho John. Se volvió para verle el rostro, e inmediatamente la expresión de él se volvió cautelosa.

Niema logró esbozar una sonrisa, aunque el corazón le retumbaba de tal manera que apenas podía hablar.

-No creas que vas a poder decir cosas así sólo cuando me tengas de espaldas. -Le tocó la cara, tomando su mejilla en la palma de la mano-. ¿Lo has dicho en serio?

A John le recorrió un estremecimiento.

-Palabra por palabra.

-Yo también.

John le cogió los dedos y se los llevó a los labios. Por un instante parecieron faltarle las palabras.

Niema le besó la barbilla.

-No espero de ti más de lo que puedas darme. Sé quién eres, ¿no te acuerdas? Tienes un trabajo que hacer, y yo no voy a pedirte que renuncies a él. Es probable que yo misma vuelva al trabajo de campo...

-¿Por qué será que no me sorprende? -dijo él en tono irónico.

Niema no podía dejar de tocarle. Todas aquellas largas horas pasadas en la cama con él no habían hecho otra cosa que aumentar su anhelo, en lugar de aplacarlo. Acarició su pecho duro como una roca, depositó un beso en su garganta.

-Ya lo pensaremos. No tenemos necesidad de tomar decisiones ahora, ni siquiera mañana.

John levantó las cejas y se colocó hábilmente encima de ella. Apoyado sobre los codos, dijo divertido:

-Estás siendo muy amable conmigo.

-No quiero espantarte.

-¿Después de cinco años de espera? Cariño, no podrías espantarme ni con un rifle para elefantes. Pero tienes razón en una cosa: no tenemos necesidad de tomar decisiones, excepto la de qué queremos para desayunar. Podemos robar unos cuantos días para los dos antes de regresar a Washington.

-¿De verdad?

Aquello sonaba a gloria bendita. No tener nada que hacer excepto dormir hasta muy tarde, hacer el amor, tumbarse a tomar el sol. Ningún papel que interpretar, ni discos que robar. Podrían limitarse a ser ellos mismos. Todavía no acababa de digerir todo lo que John le había dicho. ¿Cómo es que no había notado la atracción que él sentía hacia ella? Pero tal vez sí la había notado; tal vez era eso lo que había percibido en Irán y por eso se había sentido tan incómoda. En aquel momento no podía distinguir de qué se trataba, porque John era muy bueno ocultando lo que pensaba, pero ella notó que existía cierta tensión. ¿Habría estado antes preparada para oír lo que él le había dicho ahora? No lo sabía.

Ahora estaban juntos, y eso era lo único que importaba.

CAPÍTULO 27

John hizo una llamada por la radio, y un par de horas más tarde el hombre del fueraborda les trajo algo de ropa al barco: unos vaqueros, camisetas, ropa interior, calcetines y zapatillas deportivas.

-¿Sabes algo de Ronsard? -preguntó John al tiempo que tomaba el bulto de ropa.

El hombre negó con la cabeza. Iba vestido de forma muy similar al día anterior, con unos pantalones de algodón y una sudadera, y llevaba gafas de sol oscuras que impedían verle los ojos.

-Nada desde anoche. Sus hombres han recorrido todo Marsella. Al parecer, los perdiste allí. Sin embargo, mantendremos el yate bien vigilado por si acaso.

Niema aguardó hasta que el hombre de la Compañía se hubo marchado, y entonces salió a la cubierta.

-Ropa -dijo con satisfacción, cogiendo el envoltorio de manos de John-. Gracias a Dios. Una cosa es andar desnuda cuando una tiene ropa que ponerse, pero andar desnuda cuando no se tiene otro remedio destroza los nervios a cualquiera.

John extendió una mano y tocó con el dedo el grueso albornoz que Niema se había puesto, bien atado, tras la ducha momentos antes.

-A mí me pareces vestida… Demasiado vestida para mi gusto.

-De eso se trata. Si uno tiene que esforzarse para conseguir algo, lo aprecia más. -Se separó de aquel dedo invasor y volvió bajo la cubierta.

-Entonces deberías considerarte a ti misma la mujer más apreciada del mundo civilizado -masculló John.

Quizá no había pretendido que ella le oyera, pero lo cierto es que le oyó. Las rodillas se le aflojaron un poco. Cada vez que pensaba en las cosas que John había dicho aquella mañana, se le aceleraba el corazón. Estaba tan feliz que se sentía capaz de echar a volar.

En el futuro, posiblemente en un futuro próximo, se enfrentarían con problemas. No sabía qué forma adoptaría aquella relación, si habría algún compromiso formal o simplemente serían amantes cuando quiera que estuvieran juntos…, lo cual tal vez no ocurriera con mucha frecuencia. Pero todo aquello pertenecía al futuro. Por el momento, durante aquel par de días robados antes de que les recogiera un transporte militar para devolverles a los Estados Unidos, lo único que tenían que hacer era amarse.

John no había dicho que la amara, pero no necesitaba decirlo. Niema lo sentía cada vez que la tocaba, con una conmovedora mezcla de ternura y lujuria casi salvaje que hacía que le temblaran las manos, o cuando la miraba con los sentimientos al desnudo en los ojos. John era tan controlado,

que el hecho mismo de permitirle ver lo que sentía le decía más de lo que podrían revelarle las palabras.

No tenía necesidad de promesas, de planes. Ni aquel día ni al siguiente. Quizás el hecho de perder a Dallas la había vuelto temerosa de contar con el futuro; lo único que sabía era que se sentía feliz de tener a John en aquel momento.

John bajó al camarote y se apoyó contra el marco de la puerta, contemplando cómo ella iba sacando las prendas de la bolsa y depositándolas sobre la cama, separando las suyas y las de él.

-¿Vas a alguna parte?

-No, sólo quiero vestirme. No me creo que Ronsard se hay rendido, y si hay problemas no quiero encontrarme vestida tan sólo con un albornoz de baño.

John se acercó a ella despacio y metió un dedo en el cinturón del albornoz para atraerla hacia sí. Niema fue de buen grado y le rodeó el cuello con los brazos.

-Aquí, en el barco, estamos bastante seguros -dijo John-. La única forma de llegar hasta nosotros sin ser visto es por debajo del agua. Estamos bajo una vigilancia constante, y el barco está dotado de medidas de defensa electrónicas contra el que pretenda intervenir las comunicaciones.

-¿Así que tenemos que quedarnos a bordo hasta que nos recojan?

-No me importaría tener un par de días de descanso. -Una leve sonrisa curvó sus labios-. Por otra parte, tampoco soy Superman, de modo que sería mejor que nos vistiéramos.

Se quitó los pantalones del esmoquin, que eran lo único que llevaba puesto, y se puso una camiseta y unos vaqueros en el tiempo que Niema tardó en ponerse unas bragas. Le miró los pies.

-Necesitas unas tiritas en esas ampollas antes de ponerte los calcetines y los zapatos. Voy por el botiquín.

Niema se sentó en la cama y se examinó los pies. Las ampollas no tenían mal aspecto y no la molestaban; la pomada antibiótica que se había aplicado el día anterior había servido de mucho, y además había ido descalza desde que subieron al barco. Pero John tenía razón: necesitaba proteger sus pies. La gente que corría aprendía a cuidar de ellos.

John regresó con un pequeño botiquín blanco en la mano y se sentó a su lado.

-A ver esos pies -le dijo, señalándose las rodillas.

Sonriendo ante semejante lujo, Niema se dio la vuelta y se tendió de espaldas sobre las almohadas, apoyó los pies sobre las rodillas de John y se entregó totalmente en sus manos. Aquellas fuertes manos acunaron sus pies con suavidad, aplicando una fresca pomada sobre las ampollas y cubriéndolas después con tiritas. John realizó aquella tarea con la misma temible concentración que ponía en todo.

Todavía con los pies de Niema en las manos, levantó la vista hacia ella y le dijo;

-¿Sabías que los pies son una zona erógena?

Alarmada, Niema respondió:

-Sé que son una zona de cosquillas. -Intentó recuperar la posesión de sus pies, pero él se lo impidió con muy poco esfuerzo.

-Confía en mí. -Su tono era sedante y estimulante a la vez-. No haré nada que te produzca cosquillas.

Niema estaba tratando de colocarse en una postura sentada cuando él apoyó la boca en el empeine del pie derecho. Niema volvió a caer contra las almohadas, con la respiración agolpada en la garganta, sintiendo minúsculas agujas de placer que le subían hasta la ingle. Aspiró profundamente.

-Repítelo.

-Será un placer -murmuró John, acariciando el empeine con la lengua y observando con interés cómo se endurecían sus pezones.

Niema cerró los ojos. Lo que John estaba haciendo resultaba increíble. No tenía la menor tentación de reír. Su contacto era firme, casi masajeante. Su lengua encontró sin equivocarse el punto más sensible del empeine y lo acarició hasta que ella tuvo que reprimir gemidos de placer. Luego centró su atención en el pie izquierdo y cambió de posición para quedar de frente a Niema y poder tener un pie en cada mano. Repartió su atención entre ambos, besando y lamiendo hasta que Niema no pudo contener más aquellos gemidos. Su cuerpo se retorció y se arqueó, y su respiración se volvió áspera.

Apenas se dio cuenta del momento en que John le deslizo las bragas hábilmente por las piernas, sólo notó que le tomaba las nalgas en las manos y las levantaba hasta su boca. Notó el tacto fresco de su pelo en las caras internas de los muslos, y su boca caliente al introducirle la lengua. Estaba tan excitada que empezó a tener el orgasmo en cuestión de segundos, tan intenso, que la sangre le zumbó en los oídos y la realidad se contrajo hasta que sólo existió la sensación que latía entre sus piernas.

Cuando por fin consiguió abrir los ojos, John la miraba sonriente.

-¿Lo ves?

-Vaya. -Niema se estiró lánguidamente-. ¿Tienes algún otro truco escondido?

Él rió y se puso de pie.

-Unos cuantos, pero ya los practicaremos.

John le había hecho perder el interés por vestirse, pero lo hizo de todas formas y luego se reunió con él en cubierta. El sol se reflejaba brillante sobre el agua. Contempló la playa abarrotada de gente y la ciudad que se extendía detrás.

-Ojalá pudiéramos ir a la ciudad -dijo, y se puso las gafas de sol.

-Tal vez más tarde. Antes, vamos a ver si nos enteramos de algo más sobre Ronsard. -Cogió unos prismáticos y examinó la playa.

-¿Estas mirando a las mujeres en topless? -le preguntó Niema, pellizcándole el trasero-. Creía que eras demasiado maduro para eso.

-Un hombre nuca es demasiado maduro para eso -murmuró John, y rió cuando ella volvió a pellizcarle.

Esa misma tarde, John recibió otro informe de los hombres de la Compañía que estaban en tierra. Al parecer, Ronsard había hecho regresar a sus hombres; aunque seguían vigilando los aeropuertos, no había nadie buscándoles activamente.

-Según parece, vamos a poder hacer un poco de turismo -dijo John.

Niema era consciente de que la estaba complaciendo.

-Ya has estado en Niza antes, ¿verdad?

Él se encogió de hombros.

-He estado en muchos sitios.

-¿Qué haces para relajarte?

Él reflexionó un momento.

-Esconderme en un barco en la Costa Azul y hacer el amor contigo -respondió por fin.

-¿Quieres decir… que nunca te subes a un coche y conduces? ¿No alquilas una cabaña en las montañas, te vas de pesca, contemplas el paisaje? -Niema estaba pasmada. No entendía cómo se podía vivir con aquel constante estrés.

-¿Cómo una persona normal? No.

Señor Medina, eso va a cambiar, pensó, mirándole fijamente. Cuando él dispusiera de un rato de descanso, ella se cercionaría de que se relajara en algún lugar donde no tuviera que estar mirando constantemente detrás de él o interpretando una tapadera. Aquella sería probablemente la única manera de estar juntos, en algún lugar tan aislado que tuvieran que hacer un esfuerzo para ver a otro ser humano.

John comunicó por radio que iban a bajar a tierra.

-¿Quieres vigilancia?

John meditó sobre ello.

-¿De cuántos hombres dispones?

-Podemos cubrir el yate, o podemos cubrirte a ti, pero andaremos muy justos si queremos hacer las dos cosas.

Era un riesgo calculado, Niema lo sabía. El hecho de que no se hubiera descubierto ningún hombre de Ronsard no significaba que no hubiera ninguno. Pero en la vida de John todo era un riesgo calculado… y últimamente también en la suya. Así iba a ser todo, se dijo; aquella era la vida que estaba escogiendo, la vida que quería.

-Haz que nos vigile un hombre a nosotros- dijo John.

-Bien.

Se guardó la pistola en la cintura, a la espalda, y después se puso encima una chaqueta ligera. Niema había encontrado en el camarote un bolso de paja con bandolera, y metió en él su pistola.

El yate tenía su propia motora, y se subieron a ella. El sol brillaba bajo en el cielo, la luz era de color miel y las sombras cada vez más profundas. Pasearon durante un rato, mezclándose con otros turistas. Luego se detuvieron a tomar un café en una terraza al aire libre. Niema curioseó por

unas cuantas tiendecitas y decidió comprarse un pañuelo de cuello azul cielo, pero entonces se dio cuenta de que no llevaba dinero.

-Estoy sin blanca -le dijo a John, riendo al tiempo que le sacaba de la tienda.

Él volvió la vista atrás.

-Yo te compraré el pañuelo.

-No quiero que me lo compres. Lo que quiero es que me consigas algo de dinero.

-Siempre tan independiente -señaló él, zafándose de ella y volviendo a entrar en la tienda.

Niema esperó en la acera, cruzada de brazos y dando golpecitos en el suelo con el pie, hasta que John regresó a su lado con el pañuelo envuelto en papel. Dejó el paquete en su bolso y le depositó un beso en la nariz.

-Esto es de mi parte. En cuanto a dinero para funcionar, haré que mañana nos hagan llegar más fondos.

-Gracias. -A su espalda vislumbró brevemente un hombre que les observaba, y que se apresuró a dar media vuelta y entrar en una tienda. Niema dijo pensativa-: ¿Sabes qué aspecto tiene el hombre de la Compañía que nos vigila?

-Le he descubierto al bajarnos de la motora. Camisa blanca y pantalones caqui.

-Había un hombre observándonos que llevaba pantalones negros, camisa blanca y una chaqueta de color tostado. Se ha metido en una de las tiendas al darse cuenta de que yo le miraba.

John se movió de inmediato, aunque sin prisas, rodeando la cintura de Niema con un brazo y caminando hasta la siguiente tienda. Una vez allí dentro, la atravesaron a toda prisa sin hacer caso de las voces de la dueña y salieron por la puerta de atrás. Se encontraron en una estrecha callejuela de adoquines, en sombras, abierta por ambos extremos. John torció a la derecha, de modo que se dirigían a la tienda en la que había desaparecido su desconocido observador.

Si el hombre les seguía a la tienda y después a la callejuela de atrás, giraría instintivamente a la izquierda, en sentido contrario al que traía él. Si lograban salir del callejón antes de que él decidiera que les había atrapado y viniera tras ellos, le despistarían.

Casi lo consiguieron. El hombre irrumpió en la callejuela cuando se encontraban a dos puertas del final de la misma. La dueña de la tienda le siguió vociferando, frustrada por el hecho de que la gente usara su tienda como atajo. El no hizo el menor caso, como si no fuera más que un mosquito y la apartó de su camino al tiempo que extraía una pistola de la funda que llevaba al hombro, debajo de la chaqueta.

La tendera chilló y regresó corriendo a su establecimiento. John empujó a Niema a un pequeño portal y acto seguido se lanzó en la dirección contraria, sacó su pistola y rodó al caer al suelo. El primer disparo se estrelló con un ruido metálico contra un cubo de basura. El segundo fue el de John, pero el hombre volvió a colarse en la tienda de un salto.

-¡Corre! -exclamó John, y disparó de nuevo a la entrada de la tienda-. Yo le entretendré.

Niema estaba hurgando en su bolso, en busca de la pistola, pero al oír la orden de John se lanzó a la carrera, pues sabía que cualquier retraso podía representar un estorbo para él. Delante de ella, la gente empezaba a dispersarse y a dejar libre la entrada del callejón, gritando y corriendo para ponerse a salvo.

Cuando alcanzó el final del callejón, salió y se pegó a la pared, y se asomó al interior del mismo. John estaba abriéndose paso caminando de espaldas, disparando tiros cuidadosamente calculados que arrancaron grandes desconchados de la pared de ladrillos del edificio. Cuando estuvo ya cerca, giró en redondo, agarró a Niema de la muñeca y ambos echaron a correr calle abajo, por entre los confusos y alarmados peatones.

-¿Volvemos a la motora?-jadeó Niema, acomodando la zancada.

-No hasta que les despistemos. No quiero que identifiquen el barco.

Aquello quería decir que el barco no era un lugar que ellos pudieran destrozar. A bordo había información secreta; quizás el barco en sí fuera secreto.

Mientras corrían, Niema se quitó el bolso del hombro y metió la mano en él para coger su pistola.

-¿Qué estás haciendo? -le preguntó John, lanzando una mirada hacia atrás-. ¡A la derecha!

Niema torció a la derecha.

-Estoy poniendo la pistola donde pueda cogerla sin tener que rebuscar -gruó. Y se metió la pistola en la cintura tal como había hecho él, y después se bajó la camiseta para ocultarla.

Alguien gritó tras ellos. Desgraciadamente, las calles aún seguían estando llenas de turistas, y varias cabezas se giraron hacia ellos mientras corrían y esquivaban a la gente. Cualquiera que les estuviese persiguiendo no tenía más que seguir el hilo del alboroto.

-A la izquierda -dijo John, y giraron con tanta suavidad como si ambos estuvieran unidos por las caderas-. Derecha.- Cogieron la siguiente a la derecha. Si la gente mirara en otra dirección, tal vez creasen una momentánea confusión que les permitiría ganar un poco de terreno y desparecer de la vista.

Se introdujeron en una pequeña calle lateral, rebosante de macetas de flores colocadas en los estrechos portales; las puertas estaban pintadas de alegres colores, y los niños aprovechaban las últimas horas de sol. John incrementó la velocidad. Tenían que salir pronto de aquella calle, antes de que resultara herido algún pequeño.

Torcieron a la derecha, hacia un callejón tan estrecho que el sol nunca entraba en él. Tuvieron que correr uno delante del otro. La calle que se abría frente a ellos estaba sumida en la penumbra y llena de gente. Empezaban a encenderse algunas luces.

Alguien embistió contra John nada más emerger del callejón, y los dos cayeron al suelo. Durante una fracción de segundo, Niema pensó que se

traba de un accidente, pero en ese momento unos brazos la agarraron por detrás. Reaccionó de forma automática, lanzando un codazo al estómago de su atacante, que no era tan duro como podía haber sido. El individuo dejó salir el aire de sus pulmones en una violenta explosión. Niema se zafó de él, giró sobre sí y le metió los dedos en el estrecho espacio al lado del ojo. No acertó con el ángulo correcto, de atrás adelante, pero el hombre cayó de todos modos, retorciéndose y vomitando en el suelo.

John la aferró de la muñeca y tiró de lla para echar a correr otra vez. Niema volvió la vista atrás y vio a su atacante inmóvil en el suelo. Él que había embestido contra John estaba medio sentado, medio tumbado contra la pared, y tampoco se movía.

-No mires. -John aún tiraba de su muñeca, tan rápido que sus pies apenas tocaban el suelo-. Sólo corre.

-No era mi intención…

-La de él, sí - señaló John, conciso.

Regatearon por otra calle más y se encontraron en una parte de la ciudad en la que las calles parecían salir una de otra como una madeja. Delante de ellos vieron tres hombres que bloqueaban un cruce, empuñando armas. Uno de ellos les vio y apuntó. John arrastró a Niema hacia la calle más cercana.

-¿Cuántos hay? -jadeó Niema.

-Muchos.

John habló en tono grave. Giró hacia donde habían visto a los tres hombres, con la esperanza de salir por detrás de ellos. Recorrieron una calle estrecha y pintoresca, con macetas de flores en las ventanas y unas ancianas que vendían objetos de artesanía a la puerta de su casa, desde chales de encaje hasta una enorme variedad de artículos hechos a mano. Una mujer lanzó un chillido al vez el arma en la mano de John. Giraron bruscamente otra vez hacia la izquierda, y desembocaron en un callejón sin salida. Niema se volvió y quiso regresar por el mismo camino, pero John la cogió del brazo y la atrajo hacia sí.

Niema oyó lo mismo que él. La calle que había a su espalda fue quedando poco a poco en silencia, las ancianas recogieron sus cacharros y desaparecieron en el interior de sus casas. A lo lejos se oía el ruido del tráfico, pero donde ellos estaban no había nada.

Entonces apareció Louis Ronsard caminando, con una ligera sonrisa en sus esculpidos labios y una Glock17 en la mano, apuntando a la cabeza de Niema.

John se apartó inmediatamente en ángulo recto de Niema, pero el arma no se movió de la cabeza de ella.

-Quédate donde estás -dijo Ronsard, y John obedeció.

-Amigos míos -dijo en tono ligero-, os fuisteis sin despediros.

-Adiós -dijo John, sin expresión alguna. No hizo el menor movimiento con el arma que llevaba en la mano, no con aquella nueve milímetros apoyada en el centro de la frente de Niema.

-Tira el arma -dijo Ronsard a John. Sus oscuros ojos azules estaban fríos como el hielo. John obedeció y dejó caer la pistola al suelo-. Abusaste de mi hospitalidad. Si el guardia no te hubiera sorprendido, te habrías salido con la tuya. Yo jamás habría sabido que entraste en mi ordenador. Lo hiciste, ¿verdad? De lo contrario no estarías saliendo de mi oficina a aquellas horas, aún estarías allí trabajando.

John se encogió de hombros. No tenía sentido negarlo.

-Conseguí lo que iba buscando. Lo copié todo; ahora sé lo mismo que tú.

-¿Hasta qué punto, amigo mío? ¿Hasta el punto del chantaje? ¿O acaso querías tener acceso exclusivo al RDX-a?

Fue Temple quien contestó. Bajo la mirada de Niema, el semblante de John se alteró ligerísimamente, sus ojos adquirieron una expresión fría.

-El que posea ese compuesto ganará mucho dinero en muy poco tiempo. Además…yo tengo dónde emplearlo.

-Podrías haber comprado la cantidad que necesitaras.

-Y tú habrías ganado el dinero.

-¿Así que de eso se trataba? ¿sólo de dinero?

-Siempre es sólo dinero.

-¿Y ella? -Ronsard señaló a Niema-. Supongo que es tu socia.

-Yo no tengo socios.

-¿Entonces es…?

-Ella no tiene nada que ver en esto. Deja que se vaya -dijo John con suavidad. En cuestión de un segundo, Ronsard dejó de apuntar a Niema y apuntó a John, con el dedo ya sobre el gatillo.

-No me tomes por idiota -dijo en tono grave y amenazador.

Niema se llevó la mano derecha a la espalda y agarró la pistola que llevaba en la cintura. Ronsard captó el movimiento por el rabillo del ojo y fue a girarse, pero ella ya había sacado el arma y la tenía apoyada contra su cabeza.

-Quizás -murmuró en su mejor imitación de John Medina- deberías hacerme a mí las preguntas. Tira la pistola.

-Me parece que no -contestó Ronsard, todavía apuntando a John con el arma-. ¿Estás dispuesta a arriesgar la vida de tu amante? Él no estuvo dispuesto a arriesgar la tuya.

Niema se alzó de hombros, como si aquello no le importara.

-Tú apártate y ponte al lado de él.

Los dos hombres se quedaron petrificados. John pareció dejar de respirar y palideció. Ronsard la miró atónito un instante, y entonces se echó a reír sin alegría. Niema no se atrevía a desviar los ojos de Ronsard, pero estaba casi paralizada también por el riesgo que estaba asumiendo. Con el historial de John, una esposa a la que había matado antes que permitir que traicionara a dos hombres, el hecho de que otra amante le traicionase resultaría devastador, tan devastador que ni siquiera su control

sobrehumano podría con ello. Su reacción era crucial, porque Ronsard tenía que tragarse el anzuelo.

-Mis disculpas, monsieur Temple -dijo Ronsard a John-. Por lo visto, nos han utilizado a los dos.

-Lo siento, cariño. -Niema obsequió a John con una sonrisa falsa-. El disco lo tengo yo. Anoche, mientras dormías, digamos que lo confisqué.

John sabía que aquello era mentira. No sólo Niema no había abandonado la cama en toda la noche excepto para ir al cuarto de baño, sino que, además, tener el disco ya no significaba nada, ahora que la información había sido enviada a Langley.

Niema volvió a mirar a Ronsard para que este mantuviera la atención fija en ella, y no en John.

-Me presentaría, pero es mejor que no lo haga. Me gustaría hacerte una propuesta, Louis, una de la que nos beneficiaríamos los dos.

-¿En qué sentido?

Ella sonrió otra vez.

-La CIA tiene mucho interés en… llegar a un acuerdo contigo. No queremos que dejes tu negocio. Podrías resultarnos muy útil, y viceversa. Tienes acceso a una gran cantidad de información interesante… y nosotros estamos dispuestos a pagártela bien.

-También otros gobiernos -repuso él con mirada fría.

Niema vigilaba a John al mismo tiempo que a Ronsard, pues no quería que echase a perder la estratagema.

-No tanto como nosotros. Además, hay una bonificación extraordinaria.

-¿Cuál?

-Un corazón.

Aquellas palabras, dichas en voz baja, produjeron un silencio casi sepulcral. John fue a decir algo, pero se contuvo. El rostro de Ronsard se contrajo por el odio.

-¿Te atreves -susurró-, te atreves a negociar con la vida de mi hija?

-Te estoy ofreciendo los servicios del gobierno de los Estados Unidos para buscar un corazón para ella. Son servicios que tú no puedes igualar, por mucho dinero que tengas. Incluso puede ser que un corazón nuevo no salve a Laure, pero al menos tendrá la oportunidad de sobrevivir hasta que se descubran otros tratamientos.

Ronsard permaneció allí plantado, inmóvil, con la angustia de un padre pintada en el rostro.

-Hecho -dijo con voz ronca, sin regatear, sin más maniobras. Su amor por Laure era genuino y absoluto. Haría lo que fuera, incluso vender su alma al diablo, para salvarla. Trabajar para la CIA no era nada en comparación. Bajó el arma e hizo un gesto con la cabeza en dirección a John-. ¿Y él, qué?

-¿El señor Temple? -Niema se encogió de hombros al tiempo que bajaba su propia arma. Era un riesgo, pero sabía que tenía que asumirlo para que funcionara aquel trato-. Él es… un extra, por así decirlo. No esperaba contar con su ayuda para este trabajo, pero ya que estaba allí, y que era tan bueno,

le dejé participar. -Tenía que mantener la tapadera de John, se dijo. Su identidad como Joseph Temple no podía se cuestionada.

John se agachó y recogió su pistola. Niema no pudo verle la expresión de la cara. Tenía el semblante aún pálido y los ojos más fríos de lo que los había visto jamás. Avanzó hacia Ronsard.

-¡Temple! -exclamó Niema, justo en el momento en que un sonido atrajo su atención hacia la derecha.

Dos hombres de Ronsard doblaron la esquina. Sus miradas se clavaron inmediatamente en John; él era el objetivo principal de su caza. Vieron la pistola en su mano y le vieron moverse hacia Ronsard. Niema supo, en el espacio de una millonésima de segundo, lo que iba a suceder. Vio las armas de los dos hombres apuntarle a él. John estaba momentáneamente demasiado centrado en Ronsard para reaccionar con la rapidez de costumbre.

No se oyó a sí misma gritar, un áspero alarido de terror y de rabia. No supo que se estaba moviendo, no sintió su propia mano empuñar la pistola y levantarse. Lo único que oía eran los latidos de su corazón, lentos y firmes, como si bombease melaza en lugar de sangre. Lo único que supo fue… otra vez no. No podía verle morir. No podía.

Se oyó un rugido a lo lejos. Un fogonazo azul de humo de pistola. La picazón de la cordita en las fosas nasales. El retroceso del arma en su mano al disparar, al continuar disparando. Una fuerza arrolladora la golpeó, la lanzó al suelo. Intentó incorporarse, pero sus pies no la obedecieron. Disparó otra vez.

Entonces imaginó que había alguien más disparando. Había un rumor más intenso… ¿no? John. Sí, John estaba disparando. Bien. Estaba todavía vivo…

Las luces parecieron apagarse, aunque tal vez no. No estaba segura. Había un montón de ruidos informes que poco a poco tomaron la forma de palabras. Algo tiraba de ella, algo que le producía un dolor peor del que jamás había sentido en su vida, un dolor tan intenso y abrumador que casi no le permitía respirar.

-…maldita sea, no te mueras -gritaba John al tiempo que le desgarraba las ropas-. ¿Me oyes? Mierda, no te me mueras encima.

John rara vez usaba un lenguaje malsonante, pensó Niema, luchando contra el dolor; debía de estar realmente muy enojado. ¿Qué demonios había ocurrido?

Estaba herida. Ahora se acordaba, ahora se acordaba de aquel fuerte impacto que la arrojó al suelo. Algo la había golpeado.

Un tiro. Le habían disparado. De modo que esto era lo que se sentía. Era mucho peor de lo que se había imaginado.

-No te mueras -rugía John mientras apretaba con fuerza contra su costado.

Niema se humedeció los labios y logró decir:

-Tal vez no me muera, si te das prisa y consigues ayuda.

Él volvió la cabeza a un lado y a otra y luego la miró fijamente. Sus pupilas eran dos puntas de alfiler, su cara estaba pálida y contraída.

-Aguanta -dijo-. Detendré la hemorragia. -Miró más allá de Niema, y su expresión se tornó salvaje-. Más vale que utilices toda la influencia que tengas para encontrar a los mejores médicos de Europa, Ronsard-dijo en un tono grave y gutual-, porque si se muere, yo te cortaré en pedacitos y te echaré como cebo para los peces.

Washington D.C., tres semanas después.

Niema se bajó con cuidado de la cama y fue hacia la única silla que había en la habiración del hospital. Sentía las piernas más firmes, ya caminaba un poco más cada día, aunque en este caso la palabra “más” significaba unos cuantos minutos más de tiempo, no una gran distancia. Había llegado a odiar aquella cama, y pasaba todo el tiempo que podía en la silla. Sentarse en una silla la hacía sentirse menos una inválida.

El último gotero intravenoso se había terminado esa mañana. Al día siguiente debían darle el alta. Completaría su recuperación en casa; Frank Vinay había venido a verla y lo había dispuesto todo para que alguien la ayudase en su casa hasta que estuviera lo bastante fuerte para arreglárselas otra vez sola.

Estar de nuevo en casa sería agradable, pensó. Estaba bien tener emociones, pero una mujer necesitaba paz y tranquilidad cuando se estaba recuperando de una herida de bala. Una buena parte de lo sucedido en las últimas tres semanas no era más que un borrón, o un enorme espacio en blanco desaparecido para siempre de su memoria. Recordaba vagamente haber sido atendida en algún hospital de Francia. Era posible que se encontrara allí Louis Ronsard; le había sostenido la mano una vez.

Después la llevaron en avión de Francia a los Estados Unidos, de vuelta a Washington, y a aquel hospital. No recordaba en absoluto el vuelo, pero las enfermeras le dijeron que eso era lo que había ocurrido. Se había dormido en Francia y se había despertado en Washington. Aquello era suficiente para desorientar a cualquiera.

Cada vez que emergía a la superficie experimentaba un dolor increíble, pero hacía una semana que había dejado de tomar analgésicos, cuando la trasladaron de cuidados intensivos a una habitación normal. Los dos primeros días habían sido duros, peor a partir de entonces cada día era mejor.

La última vez que había visto a John fue cuando estaba tendida en el suelo de aquel estrecho callejón sin salida de Niza. Había tenido que desaparecer, naturalmente. No podía quedarse allí, ni como Joseph Temple ni como John Medina. Tampoco había preguntado a Frank Vinay por él. Ya aparecería él solo, o no.

En la habitación había sólo una pequeña lámpara encendida. Después de la fuerte iluminación que soportó día y noche en la unidad de cuidados intensivos, ahora sólo quería luces tenues. Puso la radio en una emisora musical y bajó el volumen. Se recostó en la silla, cerró los ojos y dejó que su mente vagara con la música.

No oyó ningún ruido extraño ni notó ninguna corriente de aire al abrirse la puerta, pero lentamente percibió la presencia de John. Abrió los ojos y le sonrió, en absoluto sorprendida de verle de pie en las sombras, al otro extremo de la habitación.

-Por fin-dijo, tendiéndole una mano.

John avanzó hacia ella tan silenciosamente que podría estar deslizándose sobre una nube, recorriéndola con mirada hambrienta, pero ensombrecida por el dolor al fijarse en los kilos que había perdido Niema. Le tomó la cara y acarició con el dedo la pálida mejilla, al tiempo que se inclinaba para depositarle un ligero beso en los labios. Ella apoyó la mano en su nuca, y sintió que algo en su interior se aflojaba al notar el calor y la vitalidad de él.

-No podía aguantar más tiempo sin venir -dijo John en tono bajo y ronco-. Frank me ha mantenido informado, pero yo… No era lo mismo que estar aquí.

-Lo he comprendido. -Niema trató de borrar con una caricia las nuevas arrugas que flanqueaban la boca de John.

-Mañana, cuando te vayas a casa, yo estaré allí.

-Va a quedarse una persona conmigo…

-Lo sé. Yo soy esa persona. -Se agachó en cuclillas delante de ella y le cogió una mano.

-Bien. Podrás ayudarme a volver a ponerme de pie. Los fisioterapeutas de aquí no me dejan hacer todo lo que necesito hacer.

-Si crees que yo voy a dejarte hacer algo más que comer y dormir, estás muy equivocada.

-¿En serio? Pensé que tendrías un incentivo para hacerme recuperar la forma.

-¿Y por qué?

-Para que pudieras enseñarme el resto de tus trucos.- Mostró una ancha sonrisa-. No tengo paciencia para esperar. Llevo una semana tumbada aquí, imaginando en qué consistirán.

La tensión del rostro de John se relajó cuando una sonrisa tocó su boca.

-Pasará un tiempo antes de que estés en forma para eso.

-Depende de lo rápido que tú me pongas en forma, ¿no te parece?

-Vamos a tomárnoslo con mucha tranquilidad. Una perforación de hígado, no es algo de lo que uno se recupera en uno o dos días.

También había perdido parte del bazo, y la bala le había destrozado dos costillas. Pero por otra parte, John seguía vivo, y eso era lo más importante. Le habrían matado ante sus ojos si ella no hubiera atraído la atención de los atacantes.

-¿Qué estabas haciendo? -le preguntó, echándose hacia atrás y mirándole ceñuda, pues por fin podía formularle la pregunta que la obsesionaba desde que recuperó la consciencia-. ¿qué estabas haciendo al lanzarte así hacia Ronsard?

-El muy cabrón te estaba apuntando a la cabeza con una pistola -respondió John con sencillez-. Y perdí el control. Me sucede muy a menudo en lo que tiene que ver contigo.

-Esto no puede seguir pasando.

-Procuraré hacerlo mejor. -El tono era muy seco…muy seco.

-El trato que hice con Ronsard… No he hablado de eso con el señor Vinay. ¿Seguirá en pie?

-¿Qué si seguirá en pie? Están exultantes.

-Me pareció una buena idea en aquel momento. Lo único que quiere Ronsard es dinero para cuidar a Laure; no le importa de dónde provenga ni cómo tenga que conseguirlo. -Calló por un instante-. ¿Realmente podéis encontrar un corazón?

-Lo estamos intentando. Hay muchas dificultades, pero lo estamos intentando. -John suspiró-. Y si encontramos un corazón, eso significará que en alguna parte habrá un niño más sano que no tendrá esa oportunidad.

-Sin embargo, con la información que nos puede proporcionar Ronsard, se salvarán otras muchas vidas.

Ambos guardaron silencio, acusando el peso de las consideraciones éticas de los distintos aspectos del argumento. Niema reflexionó que la postura de cada uno dependía de si estaba implicado un hijo propio. Comprendía la inquebrantable devoción de Ronsard por su hija, pero una persona cuyo hijo estuviera a la espera de un corazón no la entendería en absoluto.

Apoyó las manos en los brazos de la silla, y se levantó despacio hasta ponerse de pie. John se incorporó también, con una expresión de ansiedad y las manos extendidas para sostenerla, como si Niema fuera un bebé que está dando sus primeros pasos. Ella le sonrió.

-No soy tan frágil.

-Para mí, sí lo eres -replicó él, y entonces se le alteró el semblante al recordar el terror que había sentido-. Maldita sea, no quiero mas heroicidades, ¿me oyes?

-¿Te refieres a que te las deje a ti?

John respiró hondo.

-Sí. Déjamelas a mí.

-No puedo. -Le rodeó con los brazos y apoyó la cabeza en su pecho-. Los héroes escasean y son difíciles de encontrar. Cuando se da con uno, hay que cuidarlo. -Pensó en lo afortunada que había sido al amar y ser amada por dos hombres como Dallas y John, hombres extraordinarios a todas luces.

Las manos de John le acariciaron la espalda despacio, con cuidado de no hacerle daño sin querer.

-Eso es exactamente lo que estaba pensando yo.

Niema volvió los labios hacia el pecho de John y aspiró el fuerte aroma masculino de su piel. Había perdido el hilo de la conversión en cuanto él la tocó.

-¿El qué?

-Cuando se encuentra una heroína, hay que cuidarla. -Le levantó la barbilla con la mano-. ¿Socios?

Una lenta sonrisa se extendió por el rostro de Niema, disipando su aura de fragilidad.

-Socios -contestó, y ambos se estrecharon la mano para sellar el pacto.